

cuadernos hispanoamericanos



DOSSIER Mujeres españolas en ultramar / El hispanismo a examen — MESA REVUELTA Ensayos de Guillermo Carnero, Juan Arnau, Eduardo Moga y José Antonio Llera. Poemas de Eduardo Mitre — ENTREVISTA Manuel Longares

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

DOSSIER

MUJERES ESPAÑOLAS EN ULTRAMAR

- 4 *Juan Francisco Maura* – Mujeres hispano-lusas en la expansión ultramarina de los siglos XV y XVI
 24 *Blanca López de Mariscal* – «Había mucha falta de tales mujeres de Castilla»
 38 *Judith García-Quismondo* – María de Estrada: de la historia a la ficción
 52 *María Inés Lagos* – Inés de Suárez. ¿Fundadora y madre de la nación?

EL HISPANISMO A EXAMEN

- 68 *Anna Caballé* – Españoles de dos mundos. Apuntes para un estudio
 84 *José M. del Pino* – Voces y ecos del hispanismo estadounidense
 105 *Mauricio Tenorio Trillo* – La C por la K. El Barret Mexicà en las Ramblas
 121 *Carlos Ramos* – Enseñar España como problema. Hispanismo para tiempos líquidos
 137 *Laura Freixas* – Gracias, gracias, gracias

MESA REVUELTA

- 148 *Guillermo Carnero* – Más prodigiosa cuanto más sencilla. La poesía de María Victoria Atencia
 159 *José Antonio Llera* – La perdiz de Federico García Lorca
 174 *Eduardo Moga* – La carreta y el cuervo. Un ejercicio de traducción comparada
 186 *Juan Arnau* – Regreso a Whitehead
 199 *Eduardo Mitre* – Tres poemas

ENTREVISTA

- 202 *Carmen de Eusebio* – Manuel Longares

BIBLIOTECA

- 213 *Gerardo Fernández Fe* – Luz a la zona rara
 217 *Julio Serrano* – Un testimonio apolítico de la Revolución de 1917
 222 *Juan Ángel Juristo* – Ferlosio y el fraude de la profundidad
 226 *Isabel de Armas* – Hacer saber, comprender y sentir

DOSSIER



Mujeres españolas en ultramar

Coordina Juan Francisco Maura



In hac tabula monstrantur fere omnes, nos modernis
aevi facimus religiose: quarum cum sit instituti non
solummodo persequuntur. Et Deus et Domus Quodlibet
designare, videtur superuacua interiora loca. Quod
huius, nos possunt etiam universis litteris nominis. Et
nisi ostendit, quibus, natus, etiam notulis oblique
atqueque Quodlibet litteris, solummodo na. Ita ab 20 1916
nil latere una in persequuntur, nos persequuntur.

Por Juan Francisco Maura

MUJERES HISPANO-LUSAS

en la expansión ultramarina de los ss. XV y XVI

Perdoneme los soldados portugueses esta memoria de su frialdad, q' se puede llamar dichosa, por aver sido motivo de q' saliesse aquí a la luz del mundo una heroína Portuguesa.

—Mascarenhas. *Historia de la ciudad de Ceuta*

I

Un pueblo que por razones religiosas, políticas o culturales ignora, discrimina, humilla y maltrata física e intelectualmente a madres, hijas y hermanas, no es un pueblo ni civilizado ni valiente. Las mujeres representan la mitad de la población de este planeta y todavía en pleno siglo XXI no han recibido el respeto y reconocimiento que merecen. Dicha declaración de principios no obedece a ninguna orientación de género, sino simple y llanamente a una pura razón de justicia. Por esa razón necesitamos enmendar las negligencias, amnesias o falta de interés del pasado y sacar a la luz aquellos hechos llevados a cabo por mujeres; en este caso, mujeres hispano-lusas, las primeras en tener una dimensión global en la historia universal. No hubo océano ni continente donde no pusiesen sus pies, y en parte gracias a ellas hoy el legado lingüístico y cultural de la península Ibérica es compartido por más personas que el de ninguna otra región occidental.

Aunque gracias a la fortaleza, determinación y entrega de estas mujeres, y a la sensibilidad de algunos historiadores, tenemos información sobre ellas, no siempre fue el caso. Sin contar con las que existieron en la península Ibérica antes de la llegada de los musulmanes, encontraremos que durante la Córdoba califal aparece un número considerable de mujeres sobresalientes: literatas, músicas, maestras, doctoras, teólogas y científicas. Entre

ellas encontramos a Çobh (Aurora), la mujer del califa Alhaquén II, probablemente el monarca más culto de su tiempo, además de Mozna y Lobna, secretarias de Abderramán III y Alhaquén II, respectivamente. Se cuenta que Aixa no tuvo rival entre los españoles de su tiempo en cuanto a su conocimiento sobre ciencia, literatura, poesía y elegancia de estilo, tal como atestiguan los numerosos códices compuestos por su puño y letra (Simonet 15). Algo parecido ocurre con Wallada, la hija del califa Mohamed III que, al igual que Meriem en Sevilla, sobresalió por su estilo poético y sus dotes pedagógicas en humanidades y literatura. Con respecto a Granada, escribe el arabista Simonet:

«Sólo en el reino arábigo de los Nazaritas resplandeció una brillante pléyada de maestras, literatas y escritoras ilustres, como Meriem bent Ibrahim, Mosada, Leila, Mohcha, Hamda, Rihana, la Vellisiya (la de Vélez), y aquellas tres insignes poetisas, Nazhun, Zat'nab y Hafza, bastarán para ennoblecer á Granada en lo tocante al ingenio y á la sabiduría» (16).

Lo mismo ocurrirá con mujeres involucradas en la construcción y financiación de obras para su gente (Conde 193). De la misma manera, aparecerán personajes femeninos relevantes en la España cristiana medieval, como Leonor López de Córdoba, presunta autora de *Memorias*, primera biografía escrita en castellano, doña Urraca, Teresa de Cartagena u otras muchas que dejaron dentro y fuera de cortes y conventos su impronta a lo largo de ese periodo que se ha venido en llamar «Reconquista», que duraría casi ocho siglos. Sea como fuere, las huellas y el legado de estos personajes no pueden ni deben caer en el olvido en los anales de la historia².

En el presente trabajo incluiré una selección de mujeres fundamentales en la expansión ibérica ultramarina de los siglos XV y XVI, resaltando el importante –indispensable, diría yo– papel jugado por mujeres portuguesas y españolas en el llamado pre-descubrimiento y primeros años de la conquista y colonización ultramarina. Ya desde los primeros años de la presencia española en las Américas observamos cómo las mujeres están presentes en todos los documentos de compraventa, préstamos, herencias, deudas y bienes de todo tipo.

Pese a lo realizado hasta la fecha, todavía está por escribir una épica formal sobre las gestas de estas mujeres, que no forman parte del discurso crítico del descubrimiento y conquista de las tierras ultramarinas por razones de sexo, poder y falta de información. Así pues, el objetivo de este trabajo será el de presentar, en síntesis,

una dimensión poco conocida de la epopeya femenina, con algunos ejemplos notables de los lances de las mujeres que participaron en la conquista y defensa de la ciudad norteafricana de Ceuta por parte de los portugueses, así como de la conquista de América por la española. Para ello, se analizarán textualmente algunos documentos desde la perspectiva en que fueron narrados y este examen primario ofrecerá una serie de registros en el discurso escrito de la épica novomundista, dada la psicología interpretativa del narrador al presentar los sucesos protagonizados por mujeres. En la siguiente cita refleja cómo lucharon las mujeres portuguesas a principios del siglo XV en la famosa «reconquista». Se trata, en este caso, de la conquista «ultramarina» de Ceuta, primera ciudad de una larga lista de conquistas portuguesas. Destaca, sin embargo, cómo el historiador se referirá a ellas como el «sexo frágil»:

«Ya a este tiempo aviam llegado Portugueses de socorro a aquella parte, q' incorporados embistieron tan reciamente con los moros, q' les hizieron dexar lo q' havian ganado, siendo siempre el q' iba delante Gonçalo Vello, q' mato al ultimo moro q' se quedo sobre la muralla, y fue herido en esta ocasion. Perdieron en ella otros muchos las vidas, assi en la pelea como despeñados, i ahogados; i en todas partes recibieron considerable daño, viendo lo poco q' havian obrado las fustas, se recogieron a sus cuarteles, no quedando otro cuidado al Conde, q' prevenir aquella noche de nuevos socorros de gente, i bastimentos los puestos de mayor peligro. A las mugeres se les debe gran parte del successo, por q' sirvieron de manera, q' no fue necesario q' soldado alguno se apartasse de las murallas, i no solo ayudaron por este camino, mäs muchas mudando de traje, i bien armadas, obraron mas de lo q' se podia esperar de su sexo frágil» (Mascarenhas 130).

El mismo Mascarenhas, resaltando el valor de estas mujeres lusas y dejando atrás el término «sexo frágil», ensalzará sin titubeos el valor de estas mujeres portuguesas por encima del de los hombres en su lucha contra castellanos y moros. Llegará al extremo de regalarnos el nombre propio de una de estas heroínas:

«Començose la ciudad a batir de tierra por los moros, i de mar por los castellanos, a la parte q' llaman de Almina. Diorenle fortissimos combates. La artilleria con q' se hallava Mendes, eran unes [sic] pocos e pequeños cañones de hierro, como en tiempos en q' se usavan poco estos mortales instrumentos. Tampoco tenia artillero alguno, ni aun hombre q' osasse poner fuego aquellas inuteles [sic] bombardas. Andava Doña Isabel de Galvan, muger de Rui Mendes

de Vasconcelos, con sus criadas, i con otras mugeres, i hijas de Capitanes, i soldados, sirviendo calderas de aceite hirviendo, piedras, i otras cosas necesarias a la defensa. Y passando por el muro, vio aun soldado con una cuerda encendida, sin atreverse a dar fuego a una bombardas arrebatole interpidamente [sic] la cuerda de las manos, i incendiando un cañon de aquellos, subito mato dos hombres, q' fueron solos los q' [en] esta ocasion murieron con nuestra artilleria. Perdoneme los soldados portugueses esta memoria de su frialdad, q' se puede llamar dichosa, por aver sido motivo de q' saliesse aqui a la luz del mundo una heroína Portuguessa, mostrossse q' tambien sabia quemar polvora, como pastillas en un estrado, si bien ninguna[s] fueron tan olorosas como esta polvora a lo menos en el tiempo de la fama» (Mascarenhas 249-250).

Las españolas que participaron en la conquista de México en 1519-21, un siglo después, no fueron a la zaga de sus vecinas portuguesas³. Una de las constantes en la exploración, conquista y colonización hispano-lusa de todo el mundo fue la participación tanto de mujeres como de hombres, de todos los niveles sociales y raciales. En el siguiente episodio de la conquista de México, narrado por Francisco Cervantes de Salazar, se nos cuenta cómo una mujer, en uno de los enfrentamientos ocurridos por la toma de Tenochtitlán, increpa espada en mano a los españoles animándoles a que hagan frente a los soldados mexicas que ya les estaban poniendo en retirada. El nombre de esta mujer «de noble linaje», como dice el documento, es el de Beatriz Bermúdez de Velasco. Estando los mexicanos rodeados por el lago y por la tierra de los españoles, no les quedaba otra salida –si se descartaba la rendición– que lanzarse a la desesperada en contra de sus enemigos. Esto hicieron, y con tanto valor y fortuna que, matando e hiriendo a cuantos podían, consiguieron «afrentosamente volver las espaldas» a tres capitanías de españoles y de indios aliados, haciendo que se dirigieran en retirada hacia su real. Fue aquí cuando Beatriz Bermúdez, viendo el «lamentable» panorama que se ofrecía ante sus ojos, intervino de esta suerte:

«Saliendo a ellos en medio de la calzada con una rodela de indios e una espada española e con una celada en la cabeza, armado el cuerpo con un escaupil, les dixo: ¡Vergüenza, vergüenza, españoles, empacho, empacho! ¿Qué es esto que vengáis huyendo de una gente tan vil, a quien tantas veces habéis vencido? Volved a ayudar a socorrer a vuestros compañeros que quedan peleando, haciendo lo que deben; y si no, por Dios os prometo de no dexar pasar

a hombre de vosotros que no le mate; que los que de tan ruin gente vienen huyendo merecen que mueran a manos de una flaca mujer como yo» (211; lib. 5, cap. 169).

Las españolas, solteras, casadas, doncellas, mulatas, humildes o de «noble linaje» salieron a pelear dentro y fuera de sus campamentos contra los mexicas, luchando cuerpo a cuerpo, a caballo o a pie, como los mejores. Igualmente lo hicieron criadas y señoras portuguesas, al lado de sus maridos fuera de las murallas, capturando moros a caballo con lanzas escudos y bombardas como en 1418 en la conquista y defensa de Ceuta o, posteriormente, en otras partes de África, América y Asia (Mascarenhas 130).

II

Y dicen algunos, que la nobleza es una alabanza que proviene de los merecimientos y antigüedad de los padres; yo digo que la ajena luz nunca te hará claro si la propia no tienes. Y por tanto no te estimes en la claridad de tu padre, que tan magnífico fué, sino en la tuya. Y así se gana la honra, que es el mayor bien del hombre.

—*La Celestina*, Acto II, 33⁴.

Beatriz de Portugal, al igual que su sobrina Isabel la Católica, fue fundamental en la historia de los descubrimientos y, según algunos, predescubrimientos portugueses. Se casó con un hijo adoptivo de Enrique el Navegante, fue suegra de Juan II de Portugal —primer monarca visitado por Colón a la vuelta de su primer viaje— y madre del rey Manuel I. Le fue otorgada por el Papa la gobernación de la Orden de Cristo y tuvo una influencia enorme en todos los acontecimientos marítimos de su época. Entre otras cosas, la infanta Beatriz dio en donación la capitania de Angra —la isla Tercera, en las Azores— a João Vaz Côrte-Real que, según un autor contemporáneo —Gaspar Frutuoso—, descubrió América en 1474. Algunos conjeturan que mandó naves en dirección a Occidente y que éstas descubrieron las Antillas y Terranova antes que Cristóbal Colón:

«Dizem alguns que Jácome de Bruges, primeiro capitão da ilha Terceira de Jesus Cristo, era framengo e que veio povoar a ilha, da parte da Praia, por mandado do infante Dom Anrique, e, estando-a povoando, veio ter ali João Vaz Corte-Real, que dizem alguns que era francês, outros que era genoês de nação, e vinha do descobrimento da Terra Nova do Bacalhau, e o Jácome de Bruges o recolheu e lhe disse que lhe largaria ametade da ilha, a qual acei-

tou, e depois Jácome de Bruges se foi pera sua terra e desapareceu, de maneira que não tornou mais, e a infanta Dona Breatis, por vaga, deu a ilha ao dito João Vaz Corte-Real e a Álvaro Martins Homem, da casa da mesma infanta, e foi a ilha partida entre eles» (Frutuoso, Libro 6, cap. 9, 36).

A pesar de todo, y como ha sido siempre habitual en la historia de la expansión portuguesa, el secretismo y la escasa información de la que disponemos hace de esta enigmática figura femenina un personaje fascinante. Estas afirmaciones, por el momento, no pasan de ser conjeturas. De cualquier manera, ya son varios los trabajos, incluso libros, dedicados a su persona⁵.

No es necesario mencionar a la monarca española Isabel I de Castilla en cuanto al enorme apoyo que otorgó al proyecto de Cristóbal Colón. Gracias, entre otros factores, al interés de estas dos grandes mujeres, España, junto con Portugal, pasaron a ser las primeras naciones en tener una dimensión universal. No obstante, no solo hubo aciertos; también se cometieron injusticias como mencionaba al principio del presente trabajo. Uno de ellos fue el ocurrido hace más de 500 años con unas dos mil «meninas y meninos castellanos» que terminaron sus días a miles de kilómetros de su tierra natal y que, por razones religiosas, fueron apartados de sus padres y diezmados por cobras y cocodrilos. Este caso, merecedor de la mayor atención, está relacionado con la expulsión de los judíos de España y ocurrió en el mismo año en que el almirante genovés partía hacia América en su segundo viaje de 1493. La expulsión en los siglos XV y XVI de aquellos españoles que no compartían la religión cristiana no solo fue una enorme injusticia, ya que llevaban más de mil quinientos años en la península, sino además un grave y triste error que, debido a la escasa información de la que disponemos, ha dado origen a múltiples interpretaciones.

En un artículo publicado recientemente en la presente revista, incluí los nombres de las primeras españolas que viajaron con Cristóbal Colón en su segundo viaje de 1493: dos Catalinas y una María⁶. Efectivamente, esos son los tres primeros nombres propios documentados de mujeres españolas que partieron para las Américas. En la expedición portuguesa de ese mismo año, nos referimos a un grupo de niños y niñas que tuvieron que hacer un recorrido similar en cuanto a distancia y fechas, aunque el destino fuese distinto. Estos «meninos» fueron mandados a la isla de Santo Tomé, en el corazón del atlántico africano, cerca de lo

que hoy es Guinea Ecuatorial. Algunos dicen que los tripulantes de Colón, al llegar a la altura de las Canarias, se cruzaron en el camino con un barco de bandera portuguesa que llevaba a estos pobres niños hispano judíos a miles de kilómetros de la península⁷. Una triste historia que trata de niños y niñas desgarrados a la fuerza del seno paternal por no poder pagar los padres las condiciones establecidas por la Corona para establecerse en Portugal y para que no compartiesen con ellos las «Leyes de Moisés». Así nos lo cuenta el historiador portugués, contemporáneo a los hechos, García de Resende:

«No anno de quatrocentos, e noventa, e tres, em Torres Vedras, deu el Rey a Alvaro de Caminha cavalleiro de sua casa, a Capitania da ilha de S. Thome de juro, e de herdade, com cem mil reis de renda cada anno pagos na casa da Mina. E porque os judeus Castelhanos, que de seus Reynos se naó fahiraó nos termos limitados, os mandou tomar por captivos segundo a condição da entrada, e lhes tomou os filhos, e filhas pequenos, que alli eraõ captivos, e os mandou tornar todos Christaõs, e com o dito Alvaro de Caminha os mandou todos à dita ilha de S. Thome, para que fendo apartados dos pays, e suas doutrinas, e de quem lhes podesse fallar na ley de Moyses, foísem bons Christaõs, e também para que crescendo, e casandose, podesse com elles povoar a dita ilha, que por esta causa dahi em diante foy em crescimento» (77)⁸.

Otra fuente inestimable para el caso que nos ocupa, así como para el estudio de los descubrimientos portugueses, es el códice manuscrito de Valentim Fernandes. El texto referente a los niños y niñas hispanos nos cuenta que en el año 1506, el capitán Álvaro de Caminha los bautizó y los empezó a casar porque las mujeres blancas «parían» más negros que blancos y las chicas negras más de los blancos. Por esa misma fecha de 1506, trece años después de su llegada, ya sólo quedaban 600 «meninos» de los 2000 que habían partido originalmente. Escribe el cronista:

«Ylha de Sam Thome

Ho seguinte escreuj eu Valentym Fernandez alemam de Gonçalo Piriz marinheyro que foy a esta e outras ylhas / muytas vezes / homen maduro e de credito anno de 1506 / no dezembro /

ylha de Sam Thome

Ho primeyro capitán desta ilha foy Aluvaro de Camjnha fidalgo del rey de Portugal / Ao qual elrey dom Joham deu a juridiçam della / E o mandou pera la no anno de 1492 / E foy com o dito capitam muyta gente de seu grado por seu soldo amtre os quaes forom

dous carpynteiros de mjnha casa e morreron la / E assi mandou o dito rey com este capitam ij [2000] menjnos de viij [8] annos pera baixo que tomou aos judeus castellanos e os mandou baptizar dos quaes morrerom porem pello presente seram viuos antre machos e femeas bem vj [600] E o dito capitam os casou porem poucas dellas parem dos homens aluos / muyto mais parem as aluas dos negros E as negras dos homens aluos» (Fol. 197/ 65. Citado en Códice Valemтин Fernandes 162-163).

A pesar de todas las bajas que hubo entre estos niños desterrados, parece que la isla de Santo Tomé pasó a ser una de las más prósperas del continente africano, ya que para el año de 1525 pasará a tener la categoría de ciudad⁹. Otros autores destacan la crueldad del rey portugués por desterrar a estos niños a una isla donde era sabido que lo único que había era serpientes y un tipo de cocodrilo que llegaba a medir los diez metros (Cunha de Azevedo 26):

«[O]s moradores eram lagartos, serpes e outras muito peçonhentas bichas... chegados aqueles inocentes ao lugar deserto de S. Tomé que sua sepultura havia de ser, tiraram-nos em terra, ali desapiudadamente deixando-os, foram dos grandes lagartos de que a ilha era povoada tragados quase todos; e o resto que no ventre daquelas bichas no entrou, à fome desamparo se consumiram» (Usque 28-29).

Otros autores, en cierta manera, justifican la acción del rey portugués diciendo que no tendría ninguna lógica mandar a estos pobres niños a una muerte segura, no solo por problemas de conciencia del monarca luso, sino por ser esta una empresa costosa. Al parecer, el rey proveyó de esclavos y mantenimiento a estos niños durante varios años (Cunha de Azevedo 27). Como se ha visto, esta acción traumática terminó resultando rentable. Sea como fuere, a nadie le gustaría ver a sus hijos correr la misma suerte:

«D. João II foi provavelmente o primeiro monarca que teve um projecto concreto de expansão, com uma incidência muito particular na área de Mina e de S. Tomé, daí que não fosse por mero capricho ou maldade que resolvesse aproveitar esses jovens num projecto de colonização promissor, a nível estratégico, agrícola e comercial» (Cunha de Azevedo 28).

Estas islas sufrieron varios intentos de ocupación por parte de los holandeses en los años 1600-1647 que, aunque en un principio

saliesen victoriosos, a la larga resultaron en fracaso por las condiciones y la dureza del clima (Cunha de Azevedo 30). Caso triste y singular el de esta temprana colonización de tierras africanas realizada por «meninos castellanos» que en la más adversa de las circunstancias supieron dar lo mejor de sí mismos para su supervivencia y el engrandecimiento y gloria de la Corona portuguesa.

Otro episodio relevante, en cuanto al maltrato e injusticia perpetrado con mujeres es el relacionado con las mujeres aventureras que participaron en uno de los viajes que el célebre navegante portugués Vasco de Gama realizó a la India. No solo desafiaron los mares en uno de los viajes más peligrosos de la navegación de todos los tiempos, sino que desobedecieron las órdenes de uno de los hombres más testarudos, determinados y valientes de los que se tenga noticia. No menos testarudas, determinadas y valientes fueron estas mujeres, aunque por esa razón diesen buena cuenta de ello sus espaldas. Allá por el año de 1524, el entonces virrey y gobernador de la India Vasco de Gama, redactará severísimas leyes prohibiendo terminantemente la presencia de mujeres en los viajes al Oriente asiático. Este proceder no es nuevo, ya que otro excelso navegante portugués, en este caso nacionalizado español y al servicio de España, Fernando de Magallanes, promulgó la misma prohibición, según nos cuenta el cronista de la primera expedición alrededor del mundo, Antonio de Pigafetta: «Todas las mañanas se bajaba a tierra para oír la misa en la iglesia de N. S. de Barrameda; y antes de partir, el jefe determinó que toda la tripulación se confesase, prohibiendo en absoluto que se embarcase mujer alguna en la escuadra» (Pigafetta 19).

Que se tenga noticia, en el largo periplo de la primera vuelta al mundo no participó ninguna mujer española o portuguesa. No así, como se verá a continuación, en el último viaje a la India realizado por el gobernador y virrey Vasco de Gama en 1524, el mismo año de su muerte. Este acontecimiento no sólo resultará doloroso para las mujeres, sino que le acarreará al virrey más de un dolor de cabeza y un gran cargo de conciencia por la dureza de su proceder. Pese a las duras penas y prohibiciones impuestas, a mitad de viaje se encontrará a tres mujeres que viajaban clandestinamente y que, al parecer, ya estaban prometidas con algunos de los marinos a bordo. Las órdenes del virrey eran claras: «[Q]ue nenhuma mulher solteira fosse na armada sob pena de açoites, por evitar muitos pecados que se seguem de as levarem, como eu vi» (Castanheda, lib. 6, cap. 71, 154). Ni la dureza de la travesía, que debía cruzar el cabo de Buena Esperanza, una de las zonas

más peligrosas para la navegación, ni las amenazas del virrey Vasco de Gama podrán detener la voluntad de tan intrépidas damas. El cronista Gaspar Correia nos relata lo ocurrido en este suceso:

«O Visorey estando em Belem pera partir, sabendo o grande inconveniente que era os homes trazerem molheres nas naos, assy pera as almas como oniões e brigas, por nom aver causa pera estes males mandou apregoar em terra, e nas naos, e seus assinados postos nos pés dos mastos, que qualquer molher, que fosse achada nas naos fora de Belem, seria pubricamente açoutada, aindaque fósse casada, e seu marido tornaria a Portugal carregado de ferros; e o capitão que em sua nao achasse molher e nom entregasse por yssso perderia seu ordenado. Dos quaes pregões mandou o ouvidor fazer auto» (Correia, tomo 2, cap. 1, 819-820).

Al llegar las naos de Vasco de Gama a Mozambique, el gobernador descubrió a tres mujeres en sus barcos, a las que mandó azotar nada más llegar a Goa (India) mediante la siguiente proclama: «¡Por la justicia del rey nuestro Señor! Se envía azotar a estas mujeres porque no tuvieron miedo de la justicia real y fueron por su cuenta y riesgo en contra de lo establecido»: *«Justiça d’el Rey nosso senhor! Manda açoutar estas molheres, porque bom tiverão temor de sua justiça, passando á India contra sua defesa»* (Correia, volumen 2, cap. 1, 819). Afortunadamente, estas mujeres no se vieron solas, ya que todos los nobles, hidalgos, incluso el mismo obispo y los hermanos de la Misericordia de dicha ciudad de Goa, se unieron para pedir clemencia, incluso se ofrecieron a pagar dinero para la redención de cautivos al virrey para frenar tan desproporcionado y brutal castigo. Pero el virrey no les quiso oír. Al día siguiente, cuando las tres mozas tenían que ser azotadas, llegaron los hermanos de la Misericordia y los frailes de San Francisco con el crucifijo del altar por las calles del pueblo para ser escuchados. Sin embargo, esta acción tuvo el efecto contrario en el ánimo del virrey, que les amenazó diciendo que con ese proceder lo único que iban a conseguir era que la gente del pueblo pensase que él era un hombre cruel y despiadado. El virrey les pidió que no lo volviesen a hacer porque con esa actitud lo único que iban a conseguir era que la gente despreciase su autoridad; que si no castigaba a esas mujeres y ponía en ejecución sus amenazas, no le tomarían en serio y muchos hombres se aprovecharían de su buena voluntad dando por hecho que les perdonaría sus desmanes. Por lo tanto, juró y prometió que por nada del mundo dejaría de hacer lo que había proclamado y que se haría

justicia con los transgresores: no habría perdón para los delitos llevados a cabo bajo su jurisdicción y, aunque estuviese dispuesto a perdonar algunos hechos cometidos antes de su llegada, sería implacable con los crímenes perpetrados bajo su mandato; tomaría las haciendas y las vidas de los injusticiados y por nada del mundo dejaría de azotar a dichas mujeres para el escarmiento de los otros y para los que no tienen temor de Dios; dejaría, en fin, que Nuestro Señor fuese el que tuviese piedad con ellas en el otro mundo, pero en éste, él se encargaría de imponer su justicia.

Las personas del lugar se escandalizaron al ver la firmeza y determinación del virrey y lo juzgaron de cruel, pero muchos –escribe el cronista– se enmendaron y se lo pensaron dos veces antes de cometer cualquier fechoría. Dice Correia, que esta actitud provocó que muchos de los males que había en la India se frenasen y se pusiese coto a la mucha disolución que había entre los hidalgos y nobles del lugar (Correia, volumen 2, cap. 1, 819-821):

«E mandou açoutar as molheres dizendo que elle avia de punir com direita justiça n'este mundo, que Nosso Senhor no outro teria misericórdia com quem a merecesse, e com a tenção que ysto fazia Deos lhe daria o galardão segundo fosse sua tenção, porque com todas suas forças avia de punir os máos, porque nom cressem os males que fazem os que nom temem a Deos «que nunca em mym terão senão toda» cruzeza e punição ». O povo muyto se escandalizou do feito d'estas molheres julgando o Visorey por cruel; mas vendo tanta firmeza d'enxecução lhe overão grande temor, e se cavidarão, e emendarão muytos males que avia na India, mormente nos fidalgos, que erão muytos dessolutos em fazer males» (Correia, tomo 2, cap. 1, 819-821).

Los prometidos de dichas mujeres llegaron a decir al virrey que si las azotaba ya no se casarían con ellas, pero eso tampoco sirvió de nada porque, como nos cuenta el cronista Gaspar Correia en sus *Lendas da India*, las mandará dar doscientos azotes (Correia, lib. 3, cap. 5, 426). Sólo hace falta imaginarse como puede quedar la espalda de una persona después de doscientos latigazos para que además los ingratos que supuestamente las querían por esposas, después de que estas bravas mujeres hubiesen arriesgado su vida y hacienda para partir con ellos, las despreciasen. No debemos, sin embargo, dejar de resaltar que la vida de Vasco de Gama fue una de las más gloriosas de la historia de Portugal, habiendo sido la inspiración de Luis de Camões para componer el libro más

famoso de la literatura portuguesa, *Os Luisiadas*. Ese mismo año de 1524, el gobernador y virrey, a los tres meses de llegar a Cochín, contrajo la malaria y adoleció de forúnculos por en todo el cuerpo. Cuando notó que su fin ya estaba próximo, sintió un gran remordimiento por lo que había hecho con sus paisanas. En su lecho de muerte, Vasco de Gama dejará escrito en su testamento dar en secreto cien mil reales a estas mujeres, que terminarán casándose con buenos maridos «llevando una vida honesta», como dice la crónica:

«E mandou ás molheres que em Goa mandou açotar a cada huma cem mil réis, que lhos dessem em muyto segredo, e se os nom quisegessem tomar dobrados os dessem á casa da Misericórdia; as quaes com este dinheiro acharão bons maridos e forão casadas e honradas» (Lib. 3, cap. 5, 845).

Ese fue el precio que tuvieron que pagar algunas de las mujeres que se aventuraron en semejantes viajes transoceánicos.

Una de las injusticias más notorias perpetradas contra mujeres célebres de los primeros años de la presencia española en las Américas fue la realizada contra Beatriz de la Cueva, que pasó a ser gobernadora de Guatemala en 1541 tras la muerte de su marido Pedro de Alvarado, capitán de Hernán Cortés. Esta pobre mujer fue acusada de «blasfema» por haber pronunciado unas palabras de desesperación al enterarse de la muerte de su marido. Lo más triste de todo es que ecos de esa condena siguen vigentes hasta nuestros días (Varner 78). Parece que muchos de sus detractores no podían ver a una mujer como encargada de la gobernación de Guatemala. Al final, pudo ser enterrada en camposanto pese a habérsela hecho culpable de la tormenta y el terremoto que arrebató la vida a muchos en Santiago de los Caballeros. Pretender relacionar fenómenos meteorológicos con acciones humanas no es nuevo, pero recuerda más a una remota mentalidad supersticiosa e inquisitorial¹⁰. Algunos cronistas como fray Antonio de Remesal (1570-1627 ca.) decían: «Y con todos estos extremos excedía su ambición a las lágrimas, y el deseo de mandar, a la falda monjil y pliegues de la toca» (Lib.4, Cáp. 3, 264). Misoginia descarada que, dicho sea de paso, ha sido habitual hasta hace relativamente poco tiempo. Dicho autor nos cuenta pormenorizadamente cómo se originó todo el escándalo y la reacción de doña Beatriz que, según él, «saltando como una víbora pisada», contestó al impertinente fray Pedro Ángulo que insistía en hablar con ella pese a la negación de doña Beatriz:

«Enojose tanto la mujer con el remate del discurso del padre fray Pedro, que saltando como una víbora pisada muy encendida le dijo: Quitaos de ahí padre, no me vengáis acá con esos sermones. ¿Por ventura tiene Dios más mal que hacerme después de haberme quitado al Adelantado mi señor?» (Lib.4, Cáp. 3, 264).

Demasiada franqueza la suya al pronunciar estas palabras que hirieron en lo más profundo el amor propio de este fraile y que posteriormente fueron utilizadas en su contra¹¹.

Antonio de Remesal nos da a entender que era el pueblo quien quedó molesto por haberse afrentado de esa manera a un miembro de la iglesia, y que por esa razón no quería que enterrasen a doña Beatriz en «campo santo», sino que la dejaran donde las alimañas pudieran dar buena cuenta de ella. Finalmente, gracias al obispo, se le pudo dar cristiana sepultura:

«[Y] echose de ver en esta ocasión el gran respeto que al obispo se le tenía y lo que era amado de los ciudadanos que atribuyendo todo [el terremoto y el diluvio] a la blasfemia de la doña Beatriz, la destrucción de la ciudad, calumnia de que ahora no se limpia si con todo eso fue sola esta la causa y siendo los más de parecer, que como el de otra Jezabel le echasen a los perros o en una tabla por el río abajo para que la comiesen los peces en la mar o los cuervos si en la tierra se detuviese» (Lib.4, Cáp. 6, 277).

Otro de los cronistas más conservadores y reaccionarios de la época colonial, fray Jerónimo de Mendieta (1525-1604), haciéndose eco de la acusación anterior, escribe en su obra *Historia Eclesiástica Indiana*:

«La doña Beatriz tenía tan desordenado amor a su marido, que fue demasiado y excesivo el sentimiento que hizo. Mandó teñir de negro toda su casa, dentro y fuera; no quería comer, ni beber, ni recibir consuelo de nadie, ni consejo. Hacía y decía cosas que ponían espanto a los oyentes. En especial traía en la boca una blasfemia con que respondía muchas veces a los que la consolaban, diciendo que ya no tenía Dios más mal que le hacer» (Cáp., 8, 25-26)¹².

Este mismo autor especula con la posibilidad de que esa tormenta hubiese sido enviada por Dios para que doña Beatriz pudiese arrepentirse de sus pecados (26; cap. 8).

Unas líneas más adelante, Mendieta, tras reflexionar y re-capacitar sobre sus propias preguntas, termina por disculpar a doña Beatriz.

«Mayormente que la doña Beatriz (que tuvo menso tiempo y no se pudo confesar) se dice era tenida en reputación de muy buena cristiana y muy honesta y virtuosa señora, y aquellos extremos que hizo de blasfemia que dijo, pudieron ser fuera de su entero juicio, como hemos visto perderlo por algún espacio a personas cuerdas con sobrada y repentina pena, y en volviendo en sí luego se arrepienten de lo que han dicho o hablado» (25-26; cap. 8).

Semejante forma de pensar –entiéndase poco abierta– ha existido siempre. Ayer, hoy y mañana habrá gente que disculpe las acciones del pasado diciendo que «era un hombre de su tiempo». No en vano, si miramos cualquier periódico de «nuestro tiempo» veremos como la xenofobia, el racismo, la intolerancia religiosa o la explotación física y sexual de las personas sigue existiendo en muchas esquinas de nuestro planeta. Afortunadamente, en el caso que nos ocupa de mediados del siglo XVI, historiadores con mayor claridad mental y menor dependencia religiosa dan otra perspectiva de la que fuera segunda gobernadora del Nuevo Mundo¹³. Si nos remontamos a las fuentes de esta información, podemos observar que ni Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), Francisco López de Gómara (1511-1559) o Fray Toribio de Benavente (1499 ca.-1569) se atreverán hace casi 500 años a emitir un juicio condenatorio a esta mujer cuando explican los hechos ocurridos; más bien al contrario, la disculparán de sus acciones y palabras diciendo que fueron dichas «sin corazón ni sentido». Escribe Gómara:

«Hizo doña Beatriz de la Cueva grandes extremos, y aun dijo cosas de loca, cuando supo la muerte de su marido. Tiñó de negro su casa por dentro y fuera. Lloraba mucho; no comía, no dormía, no quería consuelo ninguno; y así, diz que respondía á quien la consolaba, que ya Dios no tenía más mal que hacerle; palabra de blasfemia, y creo que dicha sin corazón ni sentido» (vol. 22, 286).

Más adelante, durante la espantosa tormenta que azotó Guatemala en 1541 y en la que murieron 600 personas, entre ellas Beatriz de la Cueva, Gómara se lamentará de la muerte de esta mujer, que tuvo la oportunidad de haberse salvado si no hubiera salido de su habitación:

«Levantóse al ruido la doña Beatriz, y por devoción y miedo entróse á un oratorio suyo con once criadas. Subióse encima del altar, abrazóse con una imagen, encomendándose á Dios. Cargó la fuerza del agua, y derrocó aquella cámara y capilla, como á otras muchas de la casa, y ahogólas: fue muy gran desdicha; porque si ella estuviera queda en la cámara donde dormía, no muriera» (Gómara 286).

Cuenta Gómara que mientras duró la tormenta, se escucharon todo tipo de historias. Durante la riada se vio pasar una vaca con una soga y un «negro no conocido» que unos dijeron que era el diablo y que la vaca era la hija de una «que por hechicera y alcahueta azotaron en Córdoba» (286). Frente a todo esto, Gómara mostrará en su narración una mentalidad mucho más moderna: «También cuentan que vieron por el aire y oyeron cosas de gran espanto. Pudo ser; empero con el miedo, todo se mira y piensa al revés» (286)¹⁴. Aunque la superstición fue un factor a tener en cuenta, también hubo otro digno de consideración, como es el de la envidia que muchos tenían a Beatriz de la Cueva por convertirse en gobernadora¹⁵. Por su parte, Gonzalo Fernández de Oviedo nos relata su versión de los hechos, presentando una visión humanizada de la desconsolada Beatriz para la que no escatimará en adjetivos laudatorios, absolviéndola porque «Dios es misericordioso, [y] no se debe sospechar que miraría su flaqueza y malas palabras». Escribe Oviedo:

«Llegada la nueva de su muerte del adelantado á Guatimala, donde su muger doña Beatriz de la Cueva estaba, é no con más ventura que su marido, ella hizo el sentimiento que suelen hacer las buenas é generosas mugeres sus semejantes, é aun excediendo en desatinadas palabras que con el extremado dolor dixo, como lastimada é fuera de sentido (Historia general y natural de las Indias, Tomo 4, Lib. 41, Cáp. 3, 26).

En la descripción de la tragedia, el historiador madrileño no sólo muestra clemencia para con la viuda de Alvarado, sino también ternura y compasión:

«[É] con muchas lágrimas [doña Beatriz], abraçándose con un crucifixo que estaba en el altar, é teniendo á par de sí una niña hija del adelantado, llegó la tormenta de piedra á dar derechamente en la capilla con tan grandíssimo ímpetu, que del primero golpe cayó la pared é tomólas á todas debaxo, donde juntas dieron las ánimas á su Criador, encomendándose a él; y assi se debe creer que las recibió é las tiene en su reposso é gracia» (Tomo 4, lib. 41, cáp. 3, 27-28).

Fray Toribio de Benavente (Motolinia) dirá: «De creer es piadosamente que Dios había merced de su ánima, ca era tenuta por buena cristiana, y muy honesta y virtuosa señora» (*Memoriales e Historia de los Indios de la Nueva España*, t. 140, 122). En la colección Muñoz de la Real Academia de la Historia se encuentra la copia de una carta escrita por el obispo de Guatemala, don Francisco Marroquín, testigo presencial, que igualmente y con no excesiva claridad, cuenta como doña Beatriz y sus doncellas murieron en una capilla, incluyendo en este grupo a una esclava blanca (Real Academia de la Historia, Colección Muñoz, A/109, fols. 237r-237v)¹⁶.

Beatriz de la Cueva hizo nombrar teniente de gobernador a un primo suyo, Francisco de la Cueva, y algunos dicen que en la sesión de investidura a la hora de firmar el acto doña Beatriz lo hizo como «La Sin Ventura», Doña Beatriz (Remesal 430). Un siglo más tarde, Fray Francisco Ximénez (1666- 1722) no tendrá palabras piadosas para la que fuera primera gobernadora de Guatemala: «pero en medio de aquellos llantos y tristezas entró en el regimiento y se hizo jurar por gobernadora (desvarío y presunción de mujer y cosa nueva entre españoles de Indias)» (Ximénez Libs. I y II, Cáp. XVIII, 248). Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, en el Libro IV, Capítulo VII, de su *Historia de Guatemala o Recordación Florida*, defendiendo a Beatriz de la Cueva de las críticas de muchos que no querían ver a una mujer en un puesto de tanta autoridad, compara la gobernación de Guatemala con algunas de las nacientes monarquías europeas:

«Y sin en tan antiguos reinos, a donde sobran hombres, y hombres que llaman grandes, gobernaron mujeres tan altas, ¿Qué mucho que en Goathemala, Reino recién fundado, gobernara una mujer que no era de la menor esfera?... Y, en fin, a veces es mejor ser gobernado de una mujer heroica, que de un hombre cobarde y flaco» (Fuentes y Guzmán, Lib. 4, Cáp. 7, p. 286).

III

*Porque a quien dices el secreto, das tu libertad.
La Celestina, Acto II, 35.*

Hernando Colón, el hijo cordobés de Cristóbal Colón, nos relata en su *Historia del Almirante* las experiencias que su padre vivió durante los años que pasó en Portugal, donde fue bien arropado por sus paisanos genoveses residentes en este reino y, lo que más

interesa en el presente trabajo, su matrimonio con Felipa Muñiz (o Moñiz). Con dicha mujer se fue a vivir a la isla de Puerto Santo, en el archipiélago de Madeira, donde su suegro, Bartolomé Perestrello, había sido gobernador. Durante este tiempo en la isla, Felipa y él se quedaron a vivir en casa de su suegra. Isabel Muñiz había sido la tercera esposa de Bartolomé Perestrello que había estado casado anteriormente con una mujer involucrada en el mundo de la navegación: Beatriz Furtado de Mendoza (D'Armada 70). Hernando Colón cuenta en su *Historia*, que esta mujer le contó al almirante que Bartolomé, su difunto marido, había sido un gran hombre de mar. Según Isabel Muñiz, en cierta ocasión, su marido, junto con dos capitanes y el beneplácito del rey de Portugal, navegando hacia el Sudoeste, llegaron a la isla de Madera y de Puerto Santo, lugares hasta entonces no descubiertos. Como premio a su descubrimiento, Enrique el Navegante otorgó al suegro de Colón, personaje importante en la corte portuguesa, la gobernación hasta su muerte de la isla de Puerto Santo. Viendo la suegra de Colón el entusiasmo que ponía su yerno en todas las historias de navegaciones, le pasó todos los secretos que su marido había acumulado hasta entonces. Escribe Hernando Colón:

«[L]e dio las escrituras y cartas de marear que habían quedado de su marido, con lo cual el Almirante se acaloró más, y se informó de otros viajes y navegaciones que hacían entonces los portugueses a la Mina y por la costa de Guinea, y le gustaba tratar con los que navegaban por aquellas partes. Y para decir verdad, yo no sé si durante este matrimonio fue el Almirante a la Mina o a Guinea, según dejó dicho, y la razón lo requiere; pero sea como se quiera, como una cosa depende de otra, y otra trae otras a la memoria, estando en Portugal empezó a conjeturar que del mismo modo que los portugueses navegaban tan lejos del Mediodía, igualmente podría navegarse la vuelta de Occidente, y hallar tierra en aquel viaje» (Hernando Colón 61, cap. 5).

Si este testimonio de Hernando Colón es veraz, la génesis del descubrimiento de América la encontraríamos en la generosidad de una mujer que ofreció la información cuidadosamente guardada de su marido a las ambiciosas manos de su yerno, que acabó por ser el descubridor oficial de América. Podemos dudar de la información que de su padre nos da Hernando Colón y especular sobre la importancia e influencia que tuvieron otros factores en dicho descubrimiento, pero lo que está claro es que la cercanía con la familia Moñiz Perestrello (o Muñiz) y las amistades y con-

tactos que el almirante hizo con hombres de mar y cartógrafos en la corte de portuguesa, le permitieron vender en otros países como suya la idea de que había un camino hacia el oeste para llegar a la tierra de las especias. Poco años después de la muerte del almirante, observaremos como su familia era parte ya de la aventura americana. Su hijo Diego, junto con su esposa María de Toledo, «primera virreina de las Américas», serán los que pongan los cimientos de la presencia española en el Caribe¹⁷. Incluso una cuñada de Cristóbal Colón, Briolanga Muñiz, tía de su hijo Diego Colón, residente en esos momentos en «las casas del Almirante mayor de la isla Española», también estaba involucrada en la compra de bienes suntuarios¹⁸.

Si hacemos un breve repaso cronológico de las primeras exploraciones ultramarinas de los portugueses por el Atlántico y las costas occidentales africanas nos daremos cuenta que ya desde 1420 los monarcas lusos serán los impulsores de una política transoceánica que se llevó en el mayor secreto hasta el descubrimiento oficial de América en 1492, esto es, hasta la revelación de esos secretos de su marido Bartolomé Perestrelo que Isabel Moñiz dejó en manos de su yerno. Un marido lo suficientemente ambicioso e importante como para mandar de emisario a Roma a un tal Jerónimo Bonesene pidiendo en su nombre el uso del hábito de la Orden de Cristo o la cruz de Santiago¹⁹.

En un excelente trabajo sobre los viajes que llevaban a cabo los portugueses desde Guinea hasta Portugal, así como de las corrientes y vientos atlánticos, Jaime Cortesão nos hace reflexionar sobre la gran posibilidad de que en alguno de los hasta cinco mil viajes calculados para el periodo 1418-1492 entre África y la península, alguna de esas embarcaciones se desviase de su rumbo hasta las costas brasileñas: «[P]odemos calcular que até à data da primeira viagem de Colombo à América os navios portugueses cruzaram por 4000 ou 5000 vezes as paragens em que podiam ser impelidos pela força anormal o normal dos ventos e das corrientes para as costas americanas» (138).

No se debe silenciar tampoco que los portugueses contaron con una importante base científica –cartográfica y astronómica– aportada por cartógrafos judíos mallorquines como Abraham y su hijo Jehuda Cresques, este último jefe de los cartógrafos portugueses.

En conclusión, podemos afirmar que la importancia de la participación femenina desde los primeros años es patente a todos los niveles y en todos los órdenes, incluyendo a las mujeres de los personajes más notorios de estos primeros viajes²⁰.

- ¹ Quiero agradecer una vez más a María José Luna, del Instituto Hispano-Cubano de Historia de América, de Sevilla, su apoyo documental durante todos estos años.
- ² Véase, Clara Estow, «Leonor Lopez de Cordoba: Portrait of a Medieval Courtier». *Fifteenth Century Studies* 5, Michigan (1982), pp. 23-46.
- ³ Como ya escribí en un artículo en 1996: «La épica olvidada de la conquista de México: María de Estrada, Beatriz Bermúdez de Velasco y otras mujeres de armas tomar».
- ⁴ También encontramos el mismo mensaje en el acto noveno de *La Celestina*: «[L]as obras hacen linaje, que al fin todos somos hijos de Adán y Eva. Procure de ser cada uno bueno por sí, y no vaya a buscar en la nobleza de sus pasados la virtud» (Acto noveno, 88). Cervantes sabrá buen provecho de este adagio en dos capítulos del *Quijote*: «Cada uno es hijo de sus obras» (*Quijote* I, cap. 4 y cap. 47).
- ⁵ Véase también, Fina d'Armada, *Segredo da Rainha Velha*, Lisboa, Esquilo, 2008, también de la misma autora, *Beatriz - A Mulher Que Liderou os Descobrimentos*: Lisboa, Esquilo, 2013.
- ⁶ Gracias a la investigación de Alice Gould y la corroboración de investigaciones recientes. Véase mi artículo, «Primeras señoras y esclavas españolas en las Américas: el caso de Isabel de Bobadilla y su esclava blanca Isabel». En *Cuadernos Hispanoamericanos* 769-770 (2014), pp.78-88.
- ⁷ Véase, Carsten Wilke. *Historia dos judeos portugueses*.
- ⁸ Garcia de Resende. *Chronica dos valerosos e insignes feytos del Rey Dom Ioam II*. Lisboa, Na officina de Manuel da Sylva, 1752.
- ⁹ Véase la relación del piloto anónimo de la carrera de Santo Tomé fechada entre 1534 y 1541 (Albuquerque 7-40).
- ¹⁰ La equivalencia entre sentimientos del hombre/voz poética y la naturaleza, «falacia patética», fue muy común en romances medievales y más tarde en el Romanticismo.
- ¹¹ Merece la pena leer la definición de «mujer» que aparece en el diccionario de Covarrubias. (Covarrubias 117).
- ¹² Sin embargo, en la etiqueta borgoñona, imperante en ese momento en España, quedaba bien estipulado que se cubriesen de negro las cámaras a la muerte del marido, tal como hizo Leonor de Poitiers dama al servicio de maría de Borgoña entre 1465 y 1482. Tras el matrimonio de Felipe el Hermoso con Juana de Castilla en 1496, se convierte en dama de honor de la princesa: «Y todos deben saber que la cámara de la reina debe estar toda cubierta de negro, y las salas tapizadas de paño negro, como corresponde» (cap. 14, 113). Véase, Jacques Paviot, «Éléonre de Poitiers; *Les États de France (Les Honneurs de la Cour)*».
- ¹³ La primera fue Isabel de Bobadilla en Cuba. También encontramos posturas tibias e intermedias como la siguiente de Juan de Torquemada: «Si este caso fue castigo que Dios quiso hacer en esta mujer (como por entonces se platicaba entre todos los que quedaron vivos) no lo sé, porque como Dios no nos da razón de sus juicios no tenemos nosotros licencia de juzgarlos». Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana* (6 vols.) vol. 1, 445.
- ¹⁴ Recordemos las siguientes palabras del *Quijote*: «“El miedo que tienes”, dijo don Quijote, “te hace, Sancho, que ni veas ni oyas a derechas. Porque uno de los efectos del

miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son. Y si es que tanto temes, retírate a una parte y déjame solo, que solo basto a dar la victoria a la parte a quien yo diere ayuda”» (128; lib.1, cap. 18).

- ¹⁵ También recibió una buena herencia de su padre Don Luis de la Cueva. Archivo General de Simancas, Guerra y Marina, Legajo 3, Doc. 228.
- ¹⁶ Véase mi artículo sobre esclavas blancas: «Esclavas españolas en el Nuevo Mundo: una nota histórica».
- ¹⁷ Se conserva abundante cantidad de documentos sobre las transacciones de Diego Colón y de su mujer María de Toledo en esos primeros años. «Catalina Alvarez, criada de la marquesa de Montemayor, que es en el reino de Portugal, y Antonio Cererolos, albacea testamentario de Evaldo de Avellaneda, otorgan carta de pago al Almirante D. Diego Colón, como heredero de D. Cristóbal Colón, por 4.230 maravedís en que fueron tasadas las cosas que Evaldo de Avellaneda dejó por memoria que dio al dicho señor D. Cristóbal Colón, según constaba en su testamento». AHPS: Libro del año: 1509. Oficio XV. Libro I. Escribanía: Bernal González Vallesillo. Folio: Primer tercio del legajo. Fecha: 17 de abril. Citado en el *CFAAPS*, tomo. 1, n. 633, p. 160.
- ¹⁷ Asunto: «Briolanga Muñiz [hermana de la mujer de Cristóbal Colón], estante en las casas del señor Almirante mayor de la isla Española, se obliga a pagar a Batista Cataño, mercader genovés, 22 ducados de oro por cierto raso que compró y que le había de ser pagado en el puerto de Santo Domingo, en la isla Española, por Diego Méndez, criado de dicho almirante». AHPS: Libro del año: 1509. Oficio V. Libro único. Escribanía: Francisco Esquibel. Folio: Primer tercio del legajo. Fecha: 9 de marzo. Citado en el *CFAAPS*, tomo. 1, n. 602, p. 152.
- ¹⁹ AHPS: Libro del año: 1508. Oficio XV. Libro II. Escribanía: Bernal González Vallesillo. Folio: Primer tercio del legajo. Fecha: 21 de agosto. Citado en el *CFAAPS*, tomo. 1, n. 441, p. 115.
- ²⁰ Mujeres de casi todos los hombres célebres de estos primeros años como Cristóbal Colón, Diego Colón, Juan de la Cosa, Vicente Yañez Pinzón, Francisco de Garay, Hernán Cortés, etc., etc., aparecen una y otra vez en documentos protocolarios del Archivo Histórico de Protocolos de Sevilla.

BIBLIOGRAFÍA

- Albuquerque, Luis. *A Ilha de Santo Tomé nos Séculos XV y XVI*. Lisboa, Publicações Alfa, 1989.
- d'Armada, Fina. *Mulheres Navegantes no tempo de Vasco de Gama*. Lisboa, Esquilo, 2006.
- Castanheda, Fernão Lopes de. *Historia do Descobrimto e Conquista da Índia pelos Portugueses*. 8 vols., Lisboa, Na Typographia Rollandiana, 1833.
- *Catálogo de los Fondos Americanos del Archivo de Protocolos de Sevilla [CFAAPS]*, 13 vols. Sevilla, Instituto Hispano Cubano de Historia de América, 1930-2013.
- Colón, Hernando. *Historia del Almirante* (Ed. Luis Arranz). Madrid, Historia 16, 1984.
- Conde, José Antonio. *Historia de la dominación de los árabes de España*, (sacada de varios manuscritos y memorias árabigas) París, Librería Europea, 1840.

- Correa, Gaspar. *Lendas da Índia*. Direcção Rodrigo José de Lima Felner. Livro Segundo, tomo II, Parte II. Lisboa, Na Typographia da Academia das Sciencias, 1861.
- Cortesão, Jaime. *Os descobrimentos pré-colombinos dos portugueses*. Lisboa, Portugalia Editora, 1966.
- Covarrubias, Sebastián de. *Tesoro de la lengua Castellana o Española* (Ed. Martín de Riquer). Editorial Alta Fulla, Barcelona, 1993.
- Cunha de Azevedo Mea, Elvira. «O resgate dos meninos de S. Tomé em Orion». *Literatura e historia. Actas do Colóquio Internacional*, Porto 2004, vol. 2, pp. 25-39.
- Fernandes, Valentim. *Código Valentim Fernandes*. Lisboa, Academia Portuguesa de la Historia, 1947.
- Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias*. Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia, 1851.
- Frutuoso, Gaspar. *Saudades da Terra*. Ponta Delgada, Instituto Cultural de Ponta Delgada, 1998.
- Estow, Clara. «Leonor Lopez de Cordoba: Portrait of a Medieval Courtier». *Fifteenth Century Studies* 5, Michigan (1982), pp. 23-46.
- Garcia de Resende. *Chronica dos valerosos e insignes feytos del Rey Dom Ioam II*. Lisboa, Na officina de Manuel da Sylva, 1752.
- Gil Mendes, Laurinda. *Os judeos de Penamacor e a Inquisição*. Penamacor, Camara Municipal, 2010.
- López de Gómara, Francisco. *Historia de las Indias*. Biblioteca de Autores Españoles vol. 22. Madrid, Atlas, 1946.
- Mascarenhas, Jerónimo. *Historia da la Ciudad de Ceuta* (Dir. Afonso de Dornelas). Lisboa, Academia das Sciencias de Lisboa, 1918.
- Maura, Juan Francisco. «Primeras señoras y esclavas españolas en las Américas: el caso de Isabel de Bobadilla y su esclava blanca Isabel». En *Cuadernos Hispanoamericanos*. 769-770 (2014), pp. 78-88.
 - «Ilustraciones de la Casa de Niebla: una nota histórica sobre el ‘predescubrimiento’ de Cristóbal Colón ». *Colonial Latin American Historical Review* 5 (1996), pp. 311-329.
 - «Alegorias de la derrota en La Malinche y Florinda “la Cava”: dos paradigmas de la identidad hispana ». *Hispanic Journal*. 16.2 (1995), pp.259-267.
 - «La épica olvidada de la conquista de México: María de Estrada, Beatriz Bermúdez de Velasco y otras mujeres de armas tomar ». *Hispanófila*. 118 (1996), pp. 65-74.
- Mendieta, Fray Gerónimo de. *Historia Eclesiástica Indiana*. Vols. 260-61. Biblioteca de Autores Españoles. Madrid, Atlas, 1973.
- Muñoz Camargo, Diego. *Historia de Tlaxcala*. Madrid, Historia 16, 1986.
- Paviot, Jacques. «Éléonre de Poitiers; *Les États de France (Les Honneurs de la Cour)*». En *Annuaire-Bulletin de la Société de l’histoire de France*, (1996), 75-118.
- Pigafetta, Antonio. *Primer viaje alrededor del globo* (Ed. Nelson Martínez Díaz). Barcelona, Ediciones Orbis, 1986.
- Rojas, Fernando de. *La Celestina*. México, Porrúa, 1975.
- Simonet, Francisco Javier. «La mujer arabigo-hispana». En *Memoria presentada al IX congreso de orientalistas*. Granada, Imprenta de D. José López de Guevara, 1891.
- Torquemada, Juan. de. *Monarquía Indiana*. México, Editorial Porrúa, 1975.
- Usque, Samuel. *Consolaçam às Tribulações de Israel*. III, Coimbra, Francisco França Amado, 1907.
- Varner, John Grier and Jeannette Johnson Varner. *Dogs of the Conquest*. Norman, University of Oklahoma Press, 1983.
- Wilke, Carsten. *Historia dos judeos portugueses*. Lisboa, Edições 70, 2009.

«HABÍA MUCHA FALTA de tales mujeres de Castilla»

El título de este artículo está tomado de *Historia General y Natural de las Indias, Islas y tierra firme del Mar Océano*, de Gonzalo Fernández de Oviedo. Con ella, el cronista de Indias nos hace reflexionar sobre el viaje de las primeras mujeres españolas que llegaron al Nuevo Mundo y lo que pudo haber sido enfrentarse a los peligros de surcar el océano en busca de una vida mejor. Ya desde las primeras flotas que llegaron a las islas del Caribe tenemos noticia de que los conquistadores viajaron acompañados de sus mujeres. Posiblemente, las primeras que vinieron formaban parte de la expedición de Nicolás de Ovando, que llegó a la Española en 1502. Posteriormente, el mismo Fernández de Oviedo da noticia de la llegada en 1509 de la virreina Doña María de Toledo, esposa de Don Diego Colón, que había sido designado como virrey. Con ellos llegaron también algunas mujeres:

«[...] dueñas é doncellas hijasdalgo, é todas ó las mas dellas que eran moças se casaron en esta cibdad y en la isla con personas principales é hombres ricos de los que acá estaban, porque en la verdad abia mucha falta de tales mugeres de Castilla» (97).

Estas mujeres que acompañaron a Doña María de Toledo hicieron el viaje en compañía, ya fuera de sus propios maridos, ya como damas de la virreina que posteriormente habrían de desposarse con los conquistadores recientemente establecidos en el Nuevo Mundo. A partir de las cifras que maneja Georges Baudot, la proporción de mujeres españolas que llegaron a América suele reportarse con números muy bajos, pero crecientes. Así, mientras que en el período que va de 1493 a 1519 solamente el 5,6% de los viajeros registrados eran mujeres, entre 1520 y 1539 el porcentaje aumentó al 6,3%, alcanzando el 16,4% en el período que va de 1540 a 1559 (Baudot 20).

A los responsables de la colonización les interesaba la situación en la que vivían los pobladores de las nuevas tierras, de tal forma que se promulgaron leyes y se dictaron disposiciones que obligaban a los colonos a viajar con sus esposas o mandar traer a las que se habían quedado en España¹. Asimismo, son frecuentes los intentos de la Corona por mantenerse informada sobre el número de habitantes que había en los virreinos, así como por el estado en que estos vivían. Se ve también un especial interés por fomentar los matrimonios entre los conquistadores y las mujeres españolas. Es por eso que, de las mujeres que llegaron con María de Toledo, varias habrían de desposarse con los protagonistas de la conquista y la posterior colonización, caso de Catalina de Juárez, que se casó con Hernán Cortés, o de María de Cuellar, quien fuera esposa, por un brevísimo período, de Diego Velázquez, ya que ella murió seis días después de la ceremonia matrimonial.

Las Virreinas y sus damas viajaban con relativa comodidad y bien abastecidas. Sus provisiones les permitían apoyar a los más necesitados, que se embarcaban en la misma flota. Fray Tomás de la Torre, uno de los dominicos que acompañaron en su viaje a Chiapas al Obispo Bartolomé de las Casas, consigna en su diario de viaje *Desde Salamanca España, hasta Ciudad Real Chiapas: Diario de Viaje 1544-1545*, una valiosa información sobre la flota en la que viajaron: «Iban veintiséis navíos, entre naos y gruesas carabelas y un galeón de armada». En él viajaba, entre otras, la viuda de Diego Colón, virreina de la Isla de Santo Domingo (Torre 69). A lo largo de la descripción del viaje, el dominico nos va dando una serie de pistas a partir de las cuales se puede inferir la forma de viajar de los poderosos. Nos informa, por ejemplo, que la virreina pidió «importunamente que dos sacerdotes fuesen a su navío» (Torre 70). Es de suponer que los pedía para que celebraran cada día, en privado, oficios y maitines, y, aunque el fraile califica de importuna la petición de la virreina, lo cierto es que cada vez que el grupo se encontraba en aprietos era a ella a quien acudían para que mediara entre las partes y les consiguiera lo que habían menester. Por ejemplo, cuando llegaron a Canarias: «fueron a suplicar a la condesa nos mandara aposentar», y posteriormente informa que «la virreina nos enviaba cada día un carnero», o que «la virreina juraba devolverse a España y quejarse del capitán al rey por ver cómo nos trataban», y cuando los frailes se encontraban en aprietos por falta de dinero: «la virreina se ofrecía a pagarle» (Torre 80-82). De tal forma que el haber viajado en la

misma nave de la virreina y proveerla en todo lo necesario para la edificación de su alma redundó en una serie de beneficios para los frailes que acompañaban al obispo Las Casas.

Ahora bien, no todas las mujeres tuvieron la fortuna de viajar acompañadas de un séquito y muchas de las que emprendieron la travesía tuvieron que hacerlo solas o acompañadas de algún pariente. De ello nos dan cuenta las cartas de «llamado» que Enrique Otte publicó en 1988, en un volumen titulado *Cartas privadas de emigrantes a Indias 1540-1616*. En ellas, el familiar que ya se había establecido en los territorios conquistados por la Corona reclamaba la presencia de su esposa, madre o hermana para que viajara al Nuevo Mundo, en donde le prometía una vida mejor a la que llevaba en la península –«Mira que habéis de ser en esta tierra querida y servida» (Otte 112), le escribe Juan Díaz de Pacheco a su mujer, mientras que Cristóbal Moreno le asegura a la suya que «esta tierra es buena para ganar de comer» (Otte 75)–. En ellas encontramos disposiciones de parte de los remitentes para que la mujer no viaje sola, pues el gran peligro es que en la mar se puede perder la honra, dado que «es viaje largo, y la gente del navío es ruin» (Otte 194). Por ello, en algunas ocasiones se sugiere la compañía de un religioso conocido de la familia –«y escribo al padre Diego Sánchez que venga contigo, y sí no, un clérigo deudo de mi señora Doña Isabel» (Otte 195)–, aunque es más frecuente que se les pida que se acompañen, o con otras mujeres que como ella han sido reclamadas por sus maridos, o por sirvientes o esclavas que harán el trayecto menos miserable: «acá viene la mujer de Delgado, y la de Hernán González Barrocal, todas os podéis venir juntas como hermanas» (Otte 62).

Además, se les aconseja tomar una cámara y no salir de ella a lo largo de toda la travesía, ya que con esa precaución se aseguran de no ser violentadas por alguno de los pasajeros o de los marineros. «No salgáis vos ni vuestras hijas, burlando ni de veras, de la cámara, porque conviene así» (Otte 112), le pide el marido de Ana García Roldán a su señora. Aquí vale la pena apuntar que las cámaras amplias no solían tener más de dos metros de ancho por dos y medio de largo. Queda claro, entonces, que la responsable de guardar el honor es la mujer misma, y que los menos pudientes no tienen más que confiar en sus esposas, como Sebastián de Montes de Oca, quien sugiere a la suya que «busque compañía con quien venga, y si no la hallare, venga sola, que mujer es para mirar por su honra» (Otte 44). Y es que era importante cuidar la honra de la mujer, pues de ella dependía la honra de los hombres

de la casa –padre, hermanos, marido e incluso hijos–. En este sentido, Rodrigo Prado dice en una de las cartas a su hermano:

«[...] mirar por vuestra hermana, y que se os ponga por delante que es mujer y que su honra es la mía y vuestra y de todos [...] dígoles porque sé muy bien, como hombre que lo he visto por mis ojos [...] Dende que os embarquéis con vuestra hermana hasta que salgáis acá en San Juan de Ulúa, si fuese posible no os apartéis de ella» (Otte 49).

En las cartas publicadas por Otte encontramos información valiosa sobre los preparativos para emprender la travesía y los peligros que el viaje podría deparar. Los hombres, además de enviar dinero para solventar el viaje, aconsejan a sus mujeres sobre muy diferentes materias, sobre todo aquellas relacionadas con el avituallamiento, que seguramente no debería de ser económico. Había que pensar en todo, desde los alimentos que se consumen a lo largo del traslado, hasta algo tan elemental como el agua, que por lo demás podría acedarse a lo largo del camino. Afortunadamente, antes de internarse en la «mar tenebrosa», se hacía una escala en las Islas Canarias, en donde se reabastecían de todo lo que fuera necesario. Los más acomodados llevaban entre sus provisiones pescado, carne, ovejas, tocino, jamones, gallinas, vinos, barriles de galleta blanca, cajones de frutas secas (higos y pasas), aceitunas, alcaparras, limones, naranjas, confites, dulces, conservas, mermeladas y toda especie de jaleas de Portugal. Al menos así queda asentado en la factura de lo que habían comprado para consumir a bordo un grupo de religiosos dominicos con los que viajó Thomas Gage.

En el caso de las mujeres, el vestido y la ropa de casa son un renglón fundamental en los preparativos del viaje. Había de ser abundante, lujoso y, sobre todo, apropiado para la nueva vida que habrían de llevar en el Nuevo Mundo. Todos coinciden en que el precio de los lienzos y la ropa ya confeccionada es siempre menor en la península, motivo por el que conviene que las mujeres vayan bien provisionadas. Al hilo de esto, en 1566, Antonio de Blas envió a su mujer trescientos pesos, y en la carta le da instrucciones sobre la manera en que ha de emplearlos: lo primero es comprar «una negra, para que os sirva por el camino»; además, la mujer y el hijo han de vestir muy bien «porque acá vale todo muy caro», y no sólo ha de llevar todo el lienzo que pueda traer, sino que ha de comprar ropas lujosas para el marido que la espera: «Para mí me trae para un vestido para sayo y capa y calzas, negro, y raso para

mi jubón, y si pudiéredes traer un pedazo de paño de Perpiñán, ha de ser de lo muy bueno, porque para vestidos será bueno acá» (Otte 50). También Andrea López pide a sus hermanas de Jerez de la Frontera que las ropas y las sayas sean adornadas: «con pasamanos de oro [y] con tres franjas de oro»; además, han de traer «un manto de lustre, para cada una y no han de olvidar camisas, gorgueras y tocas» (Otte 78). Es por tanto un denominador común que en las cartas de «llamado» los remitentes insistan a sus destinatarias que los vestidos que han de traer «sean honrosos, de seda y oro, porque conviene así» (Otte 230). Queda claro que, una vez que se pedía a la mujer, esposa o hermana que realizara la travesía, era porque el colono ya había conseguido tener un lugar acomodado en la nueva sociedad y deseaba demostrarlo ostentando una nueva forma de vestir.

La ropa interior y la ropa blanca son un factor importante a la hora de realizar los preparativos. En las cartas de «llamado» solemos encontrar indicaciones como: «traeréis la más ropa blanca que pudiéredes» (Otte 107). Esto seguramente se debía a que el baño resultaba imposible durante la larga travesía, que solía durar entre once y doce semanas para llegar hasta San Juan de Ulúa. Sin embargo, con una dotación abundante de camisas y gorgueras, la carencia de baño no presentaba un inconveniente mayor, ya que en el siglo XVI los baños no formaban parte del ritual diario de aseo. La costumbre indicaba que bastaba con mantener limpia la camisa y la ropa que estaba en contacto con el cuerpo para que fuesen estas prendas las encargadas de remover las impurezas de la piel.

Se encargaba también a las mujeres llevar consigo aquellos utensilios o implementos que eran difíciles de adquirir en el Nuevo Mundo, desde azafrán, vino y aceite «porque al presente valen mucho en esta tierra» (Otte 101), hasta herramientas propias del oficio, como tijeras, espejo, pentinol y escarpidor para un barbero o «una espada y daga, con sus vainas de terciopelo» (Otte 107) para otro elegante caballero.

La travesía marina y sus peligros están también presentes en las cartas de «llamado». Lo primero con lo que se enfrentan las mujeres que viajan es el mareo, ya que no están acostumbradas al movimiento de las embarcaciones en alta mar, algo que, por lo demás, afecta también a los hombres, tal y como demuestra el relato de Fray Diego de Ocaña, para quien los primeros días de travesía se convirtieron en una verdadera pesadilla: «En estos siete días no me levanté de la cama, de mareado que estaba. No

podía comer y lo que comía no lo podía retener en el estómago, hasta que a los seis días hice unos vómitos de cólera y luego comencé a estar bueno» (Ocaña 72). Conocedor de estos lances, en 1574 Melchor Valdelomar trata de disuadir a su suegro de realizar el viaje, hablándole del «mucho trabajo y peligro que en el camino hay, que es el mayor que se puede imaginar» (Otte 86), y lo mismo sucede con Beatriz de Carvallar, quien le dice a su padre que «padécese tanto en la mar que no me he atrevido a enviarlo llamar, y también no hay flota que no de pestilencia, que en la flota que nosotros venimos se diezmó tanto la gente, que no quedó la cuarta parte» (Otte 85). Esta información –la que revela que un alto porcentaje de los que emprendían la travesía no llegaban a su destino con vida– está presente tanto en las cartas, como en los relatos de viaje. Los peligros del mar estaban relacionados tanto con las condiciones climáticas –«por causa de las grandes tormentas de ella» (Otte 89)– como con las condiciones de las embarcaciones, «porque se han perdido muchos navíos, y se ahogó en ellos mucha gente, así le ruego que si hubiesen de venir que miren en qué navíos vienen, que no sean podridos, porque no les acontezca alguna desventura» (Otte 67).

Una vez que se llegaba a alguna de las islas del Caribe, quedaba aún un largo trecho para alcanzar el puerto de San Juan de Ulúa. Surcar el Golfo de México no estaba exento de peligros: la navegación podía tomar entre veinticuatro y treinta días dependiendo de los vientos y de las corrientes, que suelen ser contrarios en esta parte del recorrido. En varios de los textos, los viajeros hablan de las prolongadas horas en las que el viento no sopla: «estando la mar tan en calma que en el espacio de ocho días no avanzamos siquiera media legua por falta de viento» (Gage 63). Gage narra cómo en estos períodos de calma el calor resulta insoportable: «La refracción de los rayos de sol en el agua nos abrasaba, la brea se derretía, y sudábamos de tal manera que nos veíamos en la necesidad de aligerarnos de la mayor parte de nuestra ropa» (Gage 63). La única forma de refrescarse era echarse a nadar cerca de la embarcación, pero el nadador se exponía al ataque del «pescado monstruoso llamado tiburón». Claro está que estos alivios, aligerarse de las ropas o nadar, estaban vedados a las mujeres honradas.

Tampoco resultaba extraño que, estando ya muy cerca de Ulúa, se desatasen fuertes tormentas con vientos del norte. A veces eran de tal magnitud que obligaban a las embarcaciones a retirarse mar adentro, para evitar ser azotadas contra la costa. De

hecho, eso fue lo que le sucedió en enero de 1556 a la flota en la que viajaban un grupo de ingleses, siete de cuyas ocho embarcaciones estuvieron luchando contra el mal tiempo e intentando sobrevivir durante los diez días que duró la tempestad. Uno de los barcos, concretamente en el que venían dos ingleses de apellido Tomson y Field, sufrió graves averías –se le abrió la popa– y la tripulación y los pasajeros no tuvieron más remedio que echar al mar todas sus pertenencias, incluso cortaron el árbol mayor y arrojaron al agua toda la artillería, «excepto una pieza la cual disparamos una mañana que pensamos irnos a fondo» (Tomson 64). La detonación sirvió para que una de las naves de la flota se acercara a auxiliar a los pasajeros, quienes no sin grandes dificultades transbordaron. En este punto Tomson nos brinda uno de los testimonios más asombrosos sobre las desgracias a las que las mujeres se podían ver expuestas:

«Quiso Dios [...] que el viento amainase un poco, de suerte que a las dos horas pudo el otro buque abordarnos, y nos pasó en sus botes a hombres, mujeres y niños, aunque muchos desnudos y descalzos. Acuérdomme que la última persona que salió del buque fue una negra, que al saltar al bote, con un niño de pecho en los brazos, tomó mal la distancia y cayó al mar. Estuvo harto tiempo debajo del agua, antes que el bote viniese a darle auxilio; mas con el aire que cogieron sus ropas volvió a salir a flote, y asíndola del vestido la metieron en la embarcación, siempre con el niño bajo del brazo, ambos medio ahogados, y con todo ello, el amor natural a su hijo le hizo no soltarle. Y cuando entró en el bote tenía todavía tan apretado al niño con el brazo que difícilmente pudieron quitárselo dos hombres» (Tomson 64-69).

Fue así como, tres días después, lograron desembarcar en San Juan de Ulúa, casi desnudos y habiendo perdido todas sus pertenencias. Afortunadamente, fueron recibidos en casa de Gonzalo Ruiz de Córdoba, un comerciante español que los proveyó de todo lo necesario para la jornada a México. Sin embargo, cuando finalmente llegaban a la Villa rica de la Veracruz, se veían expuestos a los peligros causados por las condiciones de la naturaleza y las propiedades geológicas del trópico, «porque es tierra enferma» (Otte 129) o, lo que es lo mismo, porque «los serenos de esta tierra son muy malos, que en verdad me quitaban los días de la vida» (Otte 72). La costa del Golfo de México estaba considerada malsana y los viajeros que venían debilitados por la larga travesía se veían expuestos a «las enfermedades

de la tierra», tanto «que en la flota en que venimos murió las dos partes de la gente que vino» (Otte 86). Por ello, en muchas de las cartas de «llamado» encontramos la recomendación de no permanecer en el Puerto e iniciar el camino hacia Xalapa, ya que las tierras altas contaban con mejores condiciones climáticas y en ellas no se corría el riesgo de contraer las enfermedades propias del trópico. Siguiendo este consejo, varios de los remitentes de las cartas ofrecen a las mujeres la posibilidad de esperarlas en San Juan de Ulúa o en Veracruz, con las cabalgaduras necesarias para emprender el viaje a la Ciudad de México: «yo he de estar con ayuda de Nuestro Señor en el puerto aguardándoos [...] para regalaros y serviros, porque no es otro mi propósito» (Otte 110). Uno de estos hombres fue Alonso Ortiz, quien le promete a su mujer que si viene él estará «ya en el puerto esperándola con caballos y todo recado [...] aunque hay desde México al puerto sesenta leguas, y aunque hubiere ciento me parece que no había menester comer para andarlas, y que fuera volando» (Otte 79).

Cuando iniciaban el desplazamiento terrestre, habían de recorrer el camino que va del puerto a la ciudad de México Tenochtitlán, una vía muy transitada por los antiguos mexicanos que se interna en el Altiplano Central y la que se suben 2.250 metros a lo largo de unos 400 kilómetros. No existen indicios de que las mujeres viajaran en carruajes o en literas, como solían hacerlo en España, pues todos los remitentes de las cartas hablan de esperar a sus mujeres con mulas y caballos. Por lo tanto, se infiere que el trayecto entre Veracruz y México se hacía de este modo, algo que parece confirmar una carta de Francisco Ramírez Bravo, un rico minero de Taxco que pide comprar dos sillones y unas angarillas en Sevilla para su hija y la dama que la habría de acompañar: «El sillón para mi hija ha de ser de terciopelo guarnecido [...] porque así se usa acá, la gualdrapa de terciopelo, con su fleco de seda y la guarnición de hierro pavonado toda ella» (Otte 193). Las angarillas estaban destinadas a la moza de servicio; así lo indica Ramírez Bravo en otra carta dirigida a su hija, en la que encontramos que el término ya se utiliza con su acepción novohispana y en singular: «un par de varas de que tira una bestia por un extremo y que por el otro arrastra para aligerar la carga» (Santamaría 67).

Como se ha dicho, no era extraño que los recién llegados enfermaran en el trayecto, presentando fiebres agudas acompañadas de escalofríos y temblores, al grado que en ocasiones el enfermo no podía sostenerse por sí mismo sobre su cabalgadura.

En ese caso, había que completar el viaje entre Veracruz y México de una forma un tanto particular, concretamente a «lomo de indio», tal y como se ilustra en los códices postconquista o como lo consigna Tomson en el relato de su viaje: «A las dos jornadas de camino al interior, caí con una enfermedad que al día siguiente no me dejó montar a caballo, sino que fue preciso llevarme desde allí hasta México en hombros de indios» (Tomson 72). Lo más común era que enfermaran de fiebre amarilla o vómito negro, a consecuencia de la cual muchas veces morían tanto los hombres como las mujeres al llegar a la Ciudad de México. Esto nos lleva a otra de las grandes calamidades que solían enfrentar las mujeres: la viudez. Cuatro de los ocho ingleses que venían en el grupo de Tomson, incluyendo al mismo Field y uno de sus hijos, murieron a pocos días de su arribo a la Ciudad de México. Con lo cual la mujer de Field, a escasos diez días de haber llegado a su destino, se encontró, como muchas otras españolas que habían realizado la misma travesía, enfrentando su desamparo. El caso de María Díaz es otro ilustrativo ejemplo:

«y luego que llegamos, a cabo de quince días tornó a recaer de la propia enfermedad, de la cual fue Dios servido de llevárselo. Y cierto que fuera para mí, harto más contento que juntamente con él aquel día me enterraran, para no verme viuda y desamparada a tan lejos de mi natural, y en tierra donde no me conocen» (Otte 97).

Este tipo de relato en el que la mujer habla de la pérdida del marido se repite una y otra vez en las cartas en las que el remitente es una mujer –«mi marido es muerto y estoy me viuda» (Otte 43); «quedo con mucha salud y viuda y con un hijo» (Otte 89); «no podré yo contar de [esta tierra] ningún bien, pues perdí en ella a mi marido» (Otte 101)– con lo que se hace evidente el incierto destino que les esperaba a aquellas que osaron emprender la ruta hacia una tierra en la que se les auguraba una vida mejor. Pero en los relatos de los cronistas también nos encontramos con el caso contrario: el de los hombres que enviudaban cuando sus mujeres españolas, al poco de llegar al Nuevo Mundo, perdían la vida en la aventura de la colonización. Algunas son tomadas prisioneras por los indígenas o mueren en la batalla, como las que llegaron con el grupo de Narváez, quien se había tenido que quedar en Tustepeque porque algunos de ellos estaban enfermos. Bernal Díaz del Castillo relata su trágico fin y cómo fueron sitiados en un cerro «que era adoratorio de ídolos, adonde se habían hecho fuertes cuando

les daban guerra, y allí los cercaron, y de hambre y sed y de heridas les acabaron las vidas» (Díaz del Castillo 585). Bernal habla también de la muerte causada por las inclemencias de las extremas tierras americanas y menciona a Doña Francisca de Valterra, esposa de Pedro de Guzmán, uno de los hombres de Cortés. Ambos esposos se fueron al Perú «e hubo fama que murieron helados él y la mujer y un caballo» (Díaz del Castillo 857). Pero además de por las enfermedades, el clima o los enfrentamientos con los nativos, algunas de las primeras mujeres que viajaron al Nuevo Mundo también pierden la vida a manos de sus propios esposos: Juan Pérez mató a su mujer, dice Bernal Díaz, y aparentemente sin recibir por esto ningún castigo, pues en el transcurso de la narración nos enteramos que el dicho Juan Pérez «murió de su muerte» (854), lo mismo que un tal Xuárez «el viejo», que mató a su mujer con una piedra de moler maíz y también «murió de su muerte» (855) o uno de los Monjarraz, quien había matado a su mujer «muy honrada buena y hermosa, sin culpa ninguna» y que buscó testigos falsos que juraron «que le hacía maleficio» (427).

Decidirse a hacer la travesía marítima y posteriormente a adentrarse en los territorios recientemente conquistados no era entonces una aventura atractiva. Sin embargo, el número de mujeres que llegaron a tierras novohispanas fue siempre creciente durante los primeros cien años que siguieron a la conquista. Existe un pasaje en el texto de Bernal Díaz –tachado en el *manuscrito de Guatemala*– que nos da información sobre los nombres y las características de las primeras mujeres españolas que llegaron a México. Es una descripción de la fiesta que se llevó a cabo tras el triunfo definitivo de los españoles, con el que se logró la sujeción de los mexicas y el control de la ciudad:

«Pues ya que habían alzado las mesas, salieron a danzar las damas que había, con los galanes cargados con sus armas, que era para reír, y fueron las damas que aquí nombraré, que no había otras en todos los reales ni en la Nueva-España; primeramente la vieja María Estrada, que después casó con Pedro Sánchez Farfán, y Francisca de Ordaz, que se casó con un hidalgo que se decía Juan González de León; la Bermuda, que se casó con Olmos de Portillo, el de México; otra señora mujer del capitán Portillo, que murió en los bergantines, y ésta por estar viuda, no la sacaron a la fiesta; e una fulana Gómez, mujer que fue de Benito de Vegel; y otra señora hermosa que se casó con un Hernán Martín, que vino a vivir a Oaxaca; y otra vieja que se decía Isabel Rodríguez, mujer que en

aquella sazón era de un fulano de Guadalupe; y otra mujer algo anciana que se decía Mari Hernández, mujer que fue de Juan de Cáceres, el Rico; y de otras ya no me acuerdo que las hubiese en la Nueva España» (Díaz del Castillo 557).

La enmienda es comprensible –independientemente de que esta provenga de la voluntad del autor o de la censura en años posteriores–, ya que lo que se describe en ese pasaje resulta y resultó ridículo, tanto para los ojos del lector del siglo XVI como para el narrador que, con exceso de pudor, introduce el período diciendo: «y valiera más que no se hiciera, por muchas cosas no muy buenas que en él acaecieron» (Díaz del Castillo 557). Y es que no solo las mujeres –viejas y jóvenes– bailaron con los soldados que aún llevaban puestas sus armaduras, sino que también corrió en la fiesta de Coyoacán «mucho vino de un navío que había venido al puerto de la Villa Rica [...], tanto que hizo a algunos hacer desatinos, y hombres hubo en él que anduvieron sobre las mesas después de haber comido que no acertaban a salir al patio» (Díaz del Castillo 557). Queda preguntarnos las razones por la que el texto fue enmendado. Es muy posible que se deba a la descripción de un cuadro ridículo que desdora la celebración de un evento de tanta importancia para la Corona española, protagonizado por una serie de figuras que, debiendo ser heroicas, no «aciertan a salir al patio» henchidos por el mucho vino y los cerdos traídos de Cuba. Las mujeres no quedan mejor libradas, ya que de las nueve que participan en la fiesta de Coyoacán, tres son viejas, una es viuda y a otra se refiere como una «fulana», término que en el siglo XVI, como ahora, tiene una profunda carga despectiva y se utiliza para suplir el nombre de alguna persona que se desconoce o que no tiene importancia. De otra más, de la que no recuerda el nombre, es de la única que el cronista dice que era hermosa y, por último, hay una a la que se refiere por el apodo de «la Bermuda». Sin embargo, aunque fuesen viejas, feas o de poca importancia, todas ellas terminan esposándose con los mismos conquistadores: María Estrada lo hace dos veces, como ya vimos más arriba, y es que, para el peninsular, la mujer de su raza va a constituirse no solo en un símbolo de estatus, sino también en un medio para dar continuidad a una raza que permanezca leal a la corona, ya que, como Cortés le dijo a Alonso de Ávila «las mujeres han parido y paren en Castilla soldados», a lo que Ávila responde «que soldados y capitanes e gobernadores...» (Díaz del Castillo 363). Existe, a este respecto, otro interesante pasaje en el

que Bernal Díaz, al escribir sobre la ciudad de Guatemala, afirma que «en naciendo los hijos de los conquistadores tienen escritos en el pecho y en el corazón la lealtad que deben tener a nuestro rey y señor» (Díaz del Castillo, Ed. Pedro Robredo 282)².

Muchas de ellas sí se aposentaron con éxito en la Nueva España y tomaron parte activa en la construcción de la nueva sociedad. Al mismo tiempo que comienza la reconstrucción de la Gran Tenochtitlan, los hombres de Cortés hacen venir poco a poco a sus parientes –madres, esposas, hermanas e hijos– para empezar a formar el núcleo familiar en la nueva tierra. Tenemos como ejemplo a un Orduña «el viejo», vecino de Puebla, quien «después de ganado México trajo cuatro o cinco hijas que casó muy honradamente» (Díaz del Castillo 464), o al comendador León de Cervantes, que hizo lo propio «después de ganado México» (Díaz del Castillo 421). Otro buen ejemplo puede ser Cristóbal de Olid, quien se encontraba en territorios de Michoacán «y, como era recién casado y la mujer moza y hermosa, apresuró su venida» (Díaz del Castillo 585); o el caso de Narváez, que solicita a Cortés, por boca de Garay, que le «diese licencia para volver a la isla de Cuba con su mujer, que se decía María de Valenzuela», de la que el cronista puntualiza que «estaba rica de las minas y de los buenos indios que tenía» (Díaz del Castillo 606).

Una de las primeras esposas que llegaron a la Nueva España fue Catalina de Juárez, «la Marcaida», quien, como dijimos antes, vivía en Cuba. Según el texto bernaldino, Hernán Cortés había enviado a Catalina y a su hermano Juan una carta con los hombres de Narváez que solicitaron permiso para regresar a Cuba «y les envió ciertas barras y joyas de oro, y les hizo saber todas las desgracias y trabajos que nos habían acaecido, y cómo nos echaron de México» (Díaz del Castillo 421). Catalina se embarcó unos meses después, se presentó sorpresivamente en las costas mexicanas «y cuando Cortés lo supo, dijeron que le había pesado mucho de su venida» (Díaz del Castillo 592). La esposa del conquistador venía acompañada de su hermano Juan Juárez y de otras señoras, entre las que se encontraba su hermana y la mujer de un Villegas a la que llamaban «la Zambrana», así como sus hijas y aún la abuela «y otras muchas señoras casadas»; y aun me parece –dice el texto bernaldino– «que entonces vino Elvira López “la Larga”, mujer que entonces era de Juan de Palma» (Díaz del Castillo 591).

De la misma forma, los cronistas nos reportan la llegada de las mujeres de los principales hombres de Cortés. Con el correr

de las páginas nos vamos dando cuenta de cómo Pedro de Alvarado llega en el año treinta y nueve con su segunda esposa, Doña Beatriz de la Cueva, «que consigo llevaba é con su casa á Guatemala» (Fernández de Oviedo 218). Esta Beatriz de la Cueva es la misma de la que posteriormente se narra su muerte en la *Relación del espantable terremoto* que aconteció en la ciudad de Guatemala. Otra Beatriz, en este caso de Herrera, llegó en busca del adelantado Montejo, con quien se había casado clandestinamente en Sevilla, porque según Landa, decían «algunos que la negaba, pero Don Antonio de Mendoza, Virrey de la Nueva España, se puso de por medio y así la recibió» (Landa 31). Muchos otros trajeron a sus hermanas o hijas para casarlas después con sus colegas conquistadores. Así y con base en el texto de Bernal Díaz del Castillo, sabemos que una de las hijas de Orduña se casó con Jerónimo Ruiz de Mota (464) y otra con Pedro de Solís «tras de la puerta» (851). Por su parte, Solís «el de la huerta» lo hizo con una hija del Bachiller Ortega (423) y un tal Vargas fue suegro de Cristóbal Lobo (422); Francisco de las Casas se casó con una hermana de Hernán Cortés (Fernández de Oviedo 188), Alonso Romero y Niño Pinto eran cuñados, y Álvaro Gallegos fue cuñado de unos Zamora. La lista de conquistadores que emparentan, reportados solo por Díaz del Castillo, puede prolongarse de forma impresionante. De su lectura va quedando muy claro, por un lado, la persistente llegada de las mujeres españolas y, por otro, la red de parentesco que se va formando entre los hombres de Cortés sobre los que recaerá el gobierno de la Nueva España y, por tanto, el poder en la colonia. Es así es como en la Nueva España se tejen y destejen alianzas, y como se va formando una red poderosa de familias de conquistadores que durante tres siglos va a dominar los territorios conquistados. Y es también así como las mujeres españolas de ultramar se convierten en un importante factor para que se establezcan las relaciones de poder en el nuevo Mundo.

NOTAS

¹ «Carlos V llegó incluso a prohibir oficialmente trasladarse a América a los hombres casados que pretendieran partir sin sus cónyuges. En 1554, el mismo Emperador, dictó nuevamente disposiciones que ordenaban a las administraciones de los territorios americanos vigilar que todo español casado regresara a buscar a su esposa en la metrópoli» (Baudot 19).

² Esta cita no proviene, como las demás, de la edición de Sáenz de Santa María, sino del capítulo CCXIV de la edición de Pedro Robredo. La edición de Sáenz de Santa María termina en el capítulo CCXII.

BIBLIOGRAFÍA

- Baudot, Georges. *La vida cotidiana de la América española en tiempos de Felipe II; siglo XVI*. Fondo de Cultura Económica, México, 1983.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Ed. Joaquín Ramírez Cabañas. México, Pedro Robredo, 1939.
 - *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Edición, índices y prólogo de Carmelo Sáenz de Santa María. Editorial Patria, México, 1983.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia General y Natural de las Indias, Islas y tierra firme del Mar Océano*. Imprenta de la Real Academia de Historia, Madrid, 1851-1855.
- Gage, Thomas. *Nuevo reconocimiento de las Indias Occidentales*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994.
- Ocaña, Diego de. *Viaje por el Nuevo Mundo: de Guadalupe a Potosí, 1599-1605*. Edición crítica, introducción y notas de Blanca López de Mariscal y Abraham Madroñal. Ed. Iberoamericana / Vervuert / Bonilla Artigas, Madrid / Frankfurt / México, 2010.
- Landa, Fray Diego de. *Relación de las cosas de Yucatán*. Ediciones Dante, Mérida, 1983.
- Otte, Enrique. *Cartas privadas de emigrantes a Indias, 1540-1616*. Fondo de Cultura Económica, México, 1996.
- Santamaría, Francisco Javier. *Diccionario de Mejicanismos*. Porrúa, México, 1978.
- Tomson, Robert. «Viaje de Roberto Tomson, comerciante, a la Nueva España, en el año de 1555». En *Obras*, Joaquín García Icazbalceta, tomo VII, Opúsculos Varios IV. Agüeros editor, México, 1898. 55-88.
- Torre, Fray Tomás de la. *Desde Salamanca España, hasta Ciudad Real Chiapas: Diario de Viaje 1544-1545*. (Ed. Franz Bloom). Editorial Central, México, 1944.

MARÍA DE ESTRADA: DE LA HISTORIA A LA FICCIÓN

En mayo de 2012, el Museo Naval de España en Madrid organizó una exposición llamada «No fueron solos. Mujeres en la conquista y colonización de América» en la que se destacaba la importancia de la mujer en la colonización española de ultramar. Debido al éxito de público, la exposición, que debía cerrarse a finales de septiembre, se mantuvo abierta hasta el 30 de diciembre del mismo año. Miles de visitantes contemplaron objetos de uso diario de la sociedad novohispana desde los siglos XVI al XVIII que mostraban el protagonismo de las mujeres criollas en la vida diaria. Junto a la primera obra cartográfica del continente americano de Juan de la Cosa (1500), en paneles informativos se repasaba visual y sucintamente las vidas de grandes mujeres como Mencía Calderón, Isabel Barreto, Beatriz de la Cueva, María de Toledo, María Escobar, Mencía Ortiz, Inés Suárez, Beatriz Bermúdez de Velasco, Catalina de Erauso y María de Estrada. El 28 de septiembre de 2012, coincidiendo con la Semana Naval organizada por la Armada en Madrid, se invitó a dicha exposición a la escritora Elvira Menéndez para hablar de la figura de Mencía Calderón, que protagonizó su novela histórica *El corazón del océano*, publicada ese mismo año. Sin embargo, Mencía de Calderón fue solo una de las muchas mujeres españolas que se embarcaron hacia las Indias por diversos motivos, en consonancia con el amplio espectro de sus personalidades y variada posición económica: deseo de aventuras, matrimonio, intención de convivir con el esposo o familiares en el Nuevo Mundo, esperanza de construir un futuro diferente del que podían encontrar en la península, mejora de posición social y económica, etc. Desgraciadamente, de ellas se sabe muy poco. Históricamente, las hazañas heroicas han sido asociadas a la esfera masculina y, por razones políticas y culturales, se ha ninguneado el papel de la mujer española en el Nuevo Mundo

desde muchos frentes. El peso de la Leyenda Negra ha generado un profundo sentimiento de culpabilidad en la sociedad española que, junto con nuestra capacidad para la autocrítica, ha potenciado obviar los acontecimientos relativos a la conquista. Si a esto le añadimos la poca importancia brindada al protagonismo femenino en la historia y el interesado deseo de algunos historiadores por minimizar la colonización española, se explica la escasa atención concedida a investigar a estas mujeres.

Queda mucho camino por recorrer, pero la investigación académica del protagonismo de la mujer española en la conquista y colonización de América es una tarea que ya comenzó, aunque de forma discreta, hace dos siglos. A Juan Francisco Maura (1993, 1997, 2003, 2005), en el imprescindible *Españolas de ultramar*, entre otros, podemos agradecerle su labor continua de rescate del olvido de todas estas mujeres anteriormente anónimas gracias a una meticulosa labor de rastreo y cotejo con fuentes primarias y documentos originales, muchos de ellos inéditos y sin catalogar en diferentes archivos y bibliotecas de España. Documentos claves para entender el papel de la emigración femenina en la posterior colonización española de los territorios de ultramar son el índice geobiográfico de Boyd Bowman (1964) en torno a los primeros cuarenta mil pobladores españoles de los nuevos territorios americanos y los estudios posteriores acerca de los pasajeros a Indias de Martínez Rodríguez (1983).

Según Bowman, al principio de la colonización, en torno a la década de 1509-1519, hasta 308 mujeres provenientes de grandes ciudades españolas se embarcaron rumbo a Santo Domingo. Mientras que la mayoría viajaba en grupos acompañando a sus esposos y otros familiares, algunas solteras, fundamentalmente sevillanas, viajaron en condición de criadas. Andalucía se convirtió en la región exportadora de mayor número de mujeres, contraponiendo un 67% de pobladoras, frente a un 37% de hombres andaluces. (1964, XXXVIII-XX). En la década posterior, de 1520-1539, Martínez observa un aumento considerable en la presencia femenina y, nuevamente, el origen de más de la mitad de las pobladoras es andaluz, siendo Sevilla la ciudad de la que muchas de ellas son oriundas (1983, 21). No es de extrañar el papel predominante de Sevilla en dicha empresa colonizadora, considerando el asiento real que la convirtió en puerto y puerta hacia las Indias y centro metropolitano regulador del comercio ultramarino. Con instituciones administrativas tan imprescindibles como la Casa de Contratación, la Lonja (sede del actual Ar-

chivo de Indias), la Audiencia o la Casa de la Moneda, Sevilla y su población se acostumbraron a un tráfico constante de personas y mercancías mediante la llegada de embarcaciones particulares o de galeones y barcos de menor calado componentes de la Flota de Indias. Piossek Prebisch también recalca el origen andaluz de la mayoría de las primeras pobladoras españolas y señala que, frente al 5,6% inicial de emigración femenina en las tres décadas inmediatas al descubrimiento, a finales de siglo el porcentaje aumentó a un 27% de mujeres, en su mayoría solteras, que iniciaban la aventura transatlántica dispuestas a contraer matrimonio y asentarse en el Nuevo Mundo (1). No obstante, no faltaron las casadas que decidieron acompañar a sus maridos y compartir sus vicisitudes. Boxer, al diferenciar la Corona española de la portuguesa durante la etapa de colonización americana, señala que otra «great difference was the comprehensive legislation enacted by the Castilian Crown to compel erring or absconding husbands to return to their wives in Spain, or to send for them to join them in America» (27), y cita la Cédula Real de 29 de marzo de 1503, tal y como recoge José María Opts Capdequí en *Instituciones Sociales de la América Española en el período colonial*, por la cual la Corona sugiere la práctica de matrimonios interraciales: «[...]e que ansi mismo procure que algunos cristianos se casen con algunas mujeres Indias, e las mujeres cristianas con algunos Indios» (Opts Capdequí, 119). No es cierta, por tanto, la afirmación de que el conquistador español se vio inclinado al matrimonio o al concubinato con la mujer indígena por la ausencia de mujeres españolas. De otra forma, hubiera sido imposible el rápido afianzamiento social y cultural de la clase criolla. Muchas de las mujeres que partieron lo hicieron de forma clandestina y sin figurar en listas oficiales de pasajeros. Perry aduce que, en una carta real de 1604, se incluía una queja de que más de 600 mujeres habían partido desde Sevilla hasta Nueva España, pero sólo 50 lo habían hecho con la debida licencia de la Casa de Contratación (216).

Son de hecho las españolas quienes se encargarán de cimentar la herencia peninsular en las nuevas colonias. Pumar Martínez destaca el valor y magisterio de unas mujeres que supieron trasladar la educación y culturas heredadas a la vida cotidiana (5). Asimismo, O'Sullivan-Bearse se aleja del tópico de asociar a la pobladora española con una clase alta indolente y apunta que muchas de ellas se dedicaron a tareas domésticas y agrícolas con empeño, encargándose de cultivos e ingenios que sus maridos no pudieron dirigir, ya por ausencia, ya por muerte (49). Es por tanto

significativo el olvido al que estas mujeres han quedado relegadas en la historia –a no ser por la encomiable labor de recuperación de los investigadores del tema– y la escasa mención que a algunas de ellas hacen los cronistas de la época colonial. Mientras que para Oviedo y Pérez de Tudela, «la mujer surge como elemento habitual» porque «Bernal [Díaz del Castillo] no deja de citar la presencia de mujeres en el proceso de la Conquista» (1993), la idea más generalizada es que son escasas las apariciones de mujeres en las crónicas. Así, Luisa Campuzano establece una división tripartita de los cronistas según las siguientes características: «el de quienes nada dijeron de las mujeres en sus textos, ni siquiera cuando su participación en los asuntos tratados hubiera sido excepcional [...], los que refiriéndose a sus acciones, jamás las llamaron por sus nombres [...] y, por último, el de quienes exclusivamente se refieren a ellas si se trata de esposas de conquistadores destacados, o de víctimas de espantosas calamidades» (76). La española María de Estrada, quien participó junto con Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo en la conquista de México, pertenece curiosamente a estas tres categorías.

Poco se sabe de la vida de María de Estrada –especialmente de su vida en España antes de su viaje al Nuevo Mundo–, y el hecho de que haya sido protagonista de al menos cuatro novelas históricas ha empeorado la tarea de ordenar su biografía. Muchos de los apuntes biográficos ficticios de las novelas se han tomado por ciertos y se han distribuido hasta la saciedad en la red e incluso han aparecido como datos históricos en libros de ensayo. En realidad, el rastreo documental de la vida de María de Estrada comienza en el catálogo de pasajeros a las Indias. No obstante, surge un problema adicional por el hecho de haberse encontrado en los documentos dos referencias a una «María de Estrada». Por un lado, entre las muchas mujeres de las que se hace un listado, Ortega Martínez señala que «en la papeleta con el número 910 aparece una María de Estrada hija de Sancho de Estrada, vecino de San Vicente de la Barquera, que pasó a las Indias el 15 de diciembre de 1512» (36). Por lo tanto, podría ser que el origen de María de Estrada fuese cántabro. Sin embargo, es más plausible que fuese sevillana, tal y como apunta Campuzano. Ella misma recoge que en el índice de Boyd Bowman, María de Estrada es hermana de Francisco de Estrada¹, sevillano que viajó a Santo Domingo con el Adelantado Diego Colón, cuya presencia aparece confirmada desde 1508. Sin embargo, Boyd Bowman no descarta que Francisco de Estrada pudiese haber participado en el cuarto viaje de Colón como grumete

(Boyd Bowman: 1964, I, 117). El hecho de que Francisco participara en la conquista de Tenochtitlán en 1520 acompañando al grupo comandado por Pánfilo de Narváez hace más plausible que María de Estrada, reseñada por Díaz del Castillo como partícipe femenina de la conquista, fuese su hermana, y que ambos estuvieran juntos en las Indias. Si se supone que María de Estrada viajó a Santo Domingo con su hermano y ambos residieron allí –al menos desde 1508– hay una ausencia de información concerniente a María de al menos 10 años, porque en 1519, reaparece en las fuentes, pero ahora localizada en la isla de Cuba. Campuzano realiza un minucioso recorrido cronológico de las primeras apariciones de María de Estrada usando principalmente los textos de Bernal Díaz del Castillo y de Fray Bartolomé de las Casas. Aunque éste último comenzara a escribir su *Historia de las Indias* en 1527, el proyecto no se terminó hasta 1561 y tardaría algo más de dos siglos en publicarse (1875). Por lo tanto, iniciaré la aparición documental de María de Estrada con la crónica de Díaz del Castillo, terminada cincuenta años después de los acontecimientos (1568), aunque publicada en 1631. Es crucial recordar el momento de escritura de dichas crónicas porque, frente a los que detractan la crónica de Francisco López de Gómara por provenir de alguien que no estuvo nunca en América ni participó directamente en los hechos, Gómara, con su recopilación de información a través del testimonio de los protagonistas –Hernán Cortés y otros conquistadores a su regreso al puerto de Sevilla– fue el primero en publicar el recuerdo más cercano al momento histórico (1552).

En el capítulo VIII, Díaz, al explicar cómo acompaña en calidad de alférez a los cuatro navíos de exploración de la isla de Cuba distribuidos por Diego de Velázquez, relata así el origen del nombre de Matanzas que se le dio al puerto cubano:

«[...] venían en el navío sobre treinta personas españolas y dos mujeres, y [...] vinieron muchos indios de la Habana y de otros pueblos con intención de matarlos y de que no se atreviesen a dalles guerra en tierra, con buenas palabras y halagos les dijeron que los quierian pasar en canoas y llevarlos a sus pueblos para dalles de comer. Ya que iban con ellos a medio del río en las canoas, los trastornaron y mataron, que no quedaron sino tres hombres y una mujer que era hermosa y la llevó un cacique de los que hicieron aquella traición y los tres españoles repartieron entre sí» (32).

Para calmar la zozobra del lector respecto al porvenir de los españoles, Díaz añade de inmediato «Yo conocí a la mujer, que, des-

pués de ganada la isla de Cuba, se quitó al cacique de poder de quien estaba, y la vi casada en la misma isla de Cuba, en una villa que se dice Trinidad, con un vecino della que se decía Pedro Sánchez Farfán» (32). A pesar de confirmar el bienestar de la dama, Díaz no aclara su nombre. Su identidad se basa en su estado civil y la conocemos por su vinculación al nombre del marido «Pedro Sánchez Farfán».

La segunda pieza del puzle la ofrece Las Casas, quien, al encontrarse con Pánfilo de Narváez en su viaje de exploración por la región central, recibe la noticia de que en la región de la Habana los indios retenían con vida a tres españoles –dos hombres y una mujer– y, para evitar que los maten, envía cartas a fin de que dichos cristianos les sean devueltos. Es significativo que, si se tratan de los españoles que lograron escapar de la muerte en Matanzas, en la memoria de Las Casas sean dos las mujeres con vida en lugar de una, y un cautivo español, en lugar de tres. De los tres hombres vivos tras el ataque en Matanzas, el mencionado ahora por Las Casas podría ser el único superviviente si pensamos que ha transcurrido algo de tiempo, pero extraña la diferencia entre los dos autores en cuanto al número de mujeres, lo que induce a pensar que Díaz, quien, al igual que Las Casas, cuenta la historia de Matanzas de oídas, sólo logra recordar la mención a una mujer en concreto –tal vez por asociación espontánea con su «belleza»–, o que el siguiente pasaje edénico narrado por Las Casas pueda no describir a la mujer que luego se casó con Pedro Sánchez Farfán: «vese venir una canoa esquiada de indios remadores, y viene a desembarcar junto a la posada del padre que estaba bien dentro del agua, en la cual venían las dos mujeres, desnudas, en cueros, como las parieron sus madres, con ciertas hojas cubiertas solamente las partes que suele siempre cubrir la honestidad humana» (120). Cabe decidir si una de estas dos mujeres se corresponde con la descrita por Díaz del Castillo como «hermosa» y dilucidar el tiempo que ambas pasaron en las Indias, basándose en el hecho de que el naufragio de Las Casas, García Mexía, dejó a entender en su español rudimentario y olvidado que hacía tres o cuatro años que se encontraba allí. Como el encuentro de Las Casas con los naufragos se produjo en 1513, Campuzano plantea tres hipótesis sobre las dos mujeres mencionadas por el sacerdote:

«a) que se encontraban entre las diecisiete mujeres de las que hay constancia de que viajaron a las Indias en 1509² y 1510, y de las cuales, salvo en el caso de las que vinieron con Diego Colón, prácticamente lo único que se sabe es esto; b) que se encontraban

entre las que viajaron en los mismos años, pero que no han dejado rastros en los registros; c) o que habrían llegado antes³ de 1509 a la Española y formado parte de la pequeña población femenina de esa isla, no recogida en ningún documento» (82).

Puesto que el único dato existente es que la «hermosa mujer» de Díaz del Castillo se casó con un tal Pedro Sánchez Farfán y residieron juntos en la villa de Trinidad, la investigación se debe centrar tanto en el lugar como en el marido.

Al inicio del capítulo XXI de la crónica, Díaz del Castillo menciona a los hombres que salieron de la villa de Trinidad con la intención de seguir a Cortés en su campaña de conquista y, tras el nombre de Juan de Escalante, hay una referencia a un tal «Pero Sánchez Farfán». Estos dos datos podrían confirmar la idea de que dicha mujer se asentara en la zona y tuviera descendencia con Sánchez Farfán, si este «Pero» es el mismo «Pedro» anteriormente mencionado, como es lógico suponer por la similitud de los nombres y la coincidencia de contar ambos hombres con apellidos idénticos. De hecho, Sánchez Farfán volverá a surgir en la crónica de Díaz del Castillo cuando, dos años más tarde, se describen los preparativos para el ataque final contra Tenochtitlán en los que Cortés «puso por capitán de Tezcuco [...] a un buen soldado que se decía Pedro Sánchez Farfán, marido que fue de la buena y honrada mujer María de Estrada» (cap. 137, tomo III). Es en este comentario cuando, por asociación con el anteriormente nombrado Sánchez Farfán, podemos inferir que la náufraga de la isla de Cuba se llamaba María de Estrada.

En realidad, María de Estrada, con nombre propio, aparece en los textos escritos por varones, particularmente en episodios relativos a la conquista de México, tal vez por la dimensión de sus hazañas, que la hacen merecedora del recuerdo y de la admiración de los hombres. Francisco de Aguilar sólo recoge los nombres de María de Estrada e Isabel Rodrigo como participantes en la conquista de Nueva España. En *Crónica de la Nueva España*, Cervantes de Salazar incluye a un soldado de nombre «Pero Sánchez Farfán» vigilando el aposento de Narváez mientras éste yace herido y capturado por los hombres de Cortés (21) y, al hablar del viaje de Tlaxcala a Tezcuco en busca de suministros, añade «[e]ntregaron lo más del bastimento a Pero Sánchez Farfán y María de Estrada, que allí estaban por mandado de Cortés, y lo de demás llevaron a Cuyoacán» (207). Asimismo, al ponderar

las virtudes de la mulata Beatriz de Palacios, casada con el español Pedro de Escobar, reflexiona sobre el resto de mujeres que la acompañan y las equipara a las Macedonias. Cuando Cortés les ruega que se queden a descansar en Tlaxcala en lugar de entrar en combate, las mujeres le respondieron:

«“No es bien, señor Capitán, que mujeres españolas dexen a sus maridos yendo a la guerra; donde ellos murieren moriremos nosotras, y es razón que los indios entiendan que son tan valientes los españoles que hasta sus mujeres saben pelear, y queremos, pues para la cura de nuestros maridos y de los demás somos nescasarias, tener parte en tan buenos trabajos, para ganar algún renombre como los demás soldados”, palabras, cierto, de más que mujeres, de donde se entenderá que en todo tiempo ha habido mujeres de varonil ánimo y coraje. Fueron éstas Beatriz de Palacios, María de Estrada, Joana Martín, Isabel Rodríguez y otra que después se llamó doña Joana, mujer de Alonso Valiente, y otras, de las cuales en particular, como lo merecen, hará mención» (209).

Asimismo, Herrera y Tordesillas, en *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierrafirme del Mar Océano*, publicado unas décadas más tarde, casi repite las mismas palabras variando mínimamente la ortografía y recurriendo al estilo indirecto libre para expresar la opinión de las mujeres: «Que no era bien, que mujeres castellanas dejasen a sus maridos, yendo a la guerra, y que a donde ellos muriesen, morirían ellas» (década 3, lib. 1, cap. 22, p. 73).

De igual manera, María de Estrada es descrita por partida doble por su arrojo y valentía durante la *Noche Triste* y la batalla de Otumba, el 30 de junio y el 10 de julio de 1520, respectivamente. Muñoz Camargo, en *Historia de Tlaxcala*, antepone el valor de María a cualquier otro, y relata lo siguiente:

«En esta tan temeraria noche triste, mataron a un paje de Hernán Cortés delante de sus ojos, llamado Juan de Salazar, donde asimismo se mostró valerosamente una señora llamada María Estrada, haciendo maravillosos y hazañeros hechos con una espada y una rodela en las manos, peleando valerosamente con tanta furia y ánimo, que excedía al esfuerzo de cualquier varón, por esforzado y animoso que fuera, que a los propios nuestros ponía espanto, y ansimismo lo hizo la propia el día de la memorable batalla de Otumba a caballo con una lanza en las manos, que era cosa increíble en ánimo varonil, digno por cierto de eterna fama e inmortal memoria» (cap.6, 220-221).

En relación con las últimas palabras de Muñoz Camargo, la escritora Gómez Lucena da por cierto que la conquistadora española María de Estrada es la figura femenina del Lienzo de Tlaxcala, la mujer que cabalga junto a un capitán mientras sale de la ciudad de Tenochtitlán junto a un grupo liderado por Pedro de Alvarado. La inclusión de la heroína en dicho códice sería una forma adicional de honrar su memoria. Por otro lado, Torquemada sitúa el arrojamiento de María durante la Noche Triste casi al mismo nivel de sus compañeros al afirmar:

«y así mismo se mostró muy valerosa en este aprieto y conflicto María de Estrada, la cual con una espada y una rodela en las manos hizo hechos maravillosos, y se entraba por los enemigos con tanto coraje y ánimo, como si fuera uno de los más valientes Hombres del Mundo, olvidada que era Mujer, y revestida del valor que en casos semejantes suelen tener los Hombres de Valor y Honra. Y fueron tantas las maravillas, y cosas que hizo que puso en espanto y asombro a todos los que la miraban» (Lib. 4, cap. 72, p. 504).

Según Torquemada, la admiración que despierta María de Estrada estriba en su capacidad de renuncia a su condición femenina. Lo inusitado del comportamiento hace que produzca «espanto» entre los compañeros de armas, sugiriendo un sentimiento de temor reverencial.

Lo más significativo en torno a estos pasajes épicos relativos a María Estrada es el hecho de que Díaz del Castillo, partícipe en la conquista de México, a diferencia de otros cronistas, no se explaye en detalles al hablar de la capacidad de lucha de María. Esto puede corroborar la interpretación de Boyd Bowman y Orozco y Berra de que, aunque Sánchez Farfán integrase las filas del grueso militar de Cortés, María Estrada y su hermano fueran parte del contingente que acompañaba a Pánfilo de Narváez, por lo que el contacto de Díaz del Castillo con ella se limitase a los días en los que las fuerzas de Narváez se encontraran con Cortés y sus tropas en territorios próximos a Tenochtitlán hasta la trágica salida de la ciudad (del 24 de junio al 10 de julio de 1520). Díaz del Castillo sólo recuerda a María Estrada al hablar de los supervivientes y comparte «el contento que recibimos de ver viva [...] también una mujer que se decía María de Estrada, que no teníamos otra mujer de Castilla en México sino aquella» (cap. 128, tomo I, p. 489). Ortega Martínez, con razón, concluye que Díaz del Castillo, al hablar de México, se debe referir aquí a Tenochtitlán, porque si no, no tendría sentido la siguiente irrupción de María Estrada

en su crónica, en compañía de otras damas españolas durante el banquete celebratorio en Coyoacán por la conquista final de Tenochtitlán:

«[...] y fueron las damas que aquí nombrare que no hubo otras en todo el real ni en toda la Nueva España: primeramente la vieja María Estrada, que después se casó con Pero Sánchez Farfán, y Fransica de Ordáz que casó con un hidalgo que se decía Juan González de León; “la Bermuda” que se casó con Olmos de Portillo el de México; otra señora mujer del Capitán Portillo que murió en los bergantines, y ésta por viuda no la sacaron a la fiesta e una Hulana Gómez, mujer que fué de Benito de Vargas, y a otra señora hermosa que se decía “la Bermuda”, no se me acuerda el nombre de pila [posiblemente, la misma a la que se refirió antes], que se casó con un Hernán Martín que se vino a vivir a Guaxaca, y otra vieja que se decía Isabel Rodríguez mujer que en aquella sazón era de un Hulano de Guadalupe, y otra mujer algo anciana que se decía Mari Hernández, mujer que fué de Juan de Cáceres “el Rico”, y de otras ya no me acuerdo que las hobiesen en la Nueva España...» (tomo II, p. 149, la cursiva es mía).

Es significativo el hecho de que la última aparición de María de Estrada en la crónica de Díaz del Castillo la lleve de nuevo a desaparecer como personaje histórico, perdida en un contrasentido cronológico, puesto que, si dimos por hecho que la náufraga de Cuba de 1513 que se casó con Sánchez Farfán era María –la misma que luego se encargará, junto con su esposo, de recoger los suministros para la lucha, como apunta la crónica de Cervantes de Salazar– ¿cómo es que Díaz del Castillo asegura al final de la conquista de Tenochtitlán que se casó con Sánchez Farfán *después*? Para Campuzano, esto se debe a un error en el manuscrito original de Díaz del Castillo, porque no tendría sentido que María de Estrada estuviese luchando sola en la conquista de México sin estar acompañando a alguien, y lo más lógico sería pensar que en esas fechas ella ya estaba casada con Pedro Sánchez Farfán.

Tanto Campuzano como Ortega Martínez recalcan el hecho de que justamente ese párrafo está tachado en el manuscrito original y podría contener información poco rigurosa o una falta de revisión por parte del autor, como se desprende del hecho de que Díaz del Castillo mencione dos veces el apodo de «la Bermuda». Aunque Orozco y Berra aluda a la posibilidad de la existencia de dos Sánchez Farfanes –un «Pero», soldado que luchó con Narváez y pudo estar con María y su hermano y un «Pedro», capitán

de la flota de Cortés–, para solucionar el problema del estado civil de María de Estrada, las coincidencias vitales –mismas ubicaciones geográficas, fechas, nombres similares de los dos hombres– me resultan demasiado rebuscadas. Según Boyd Bowman, Pedro Sánchez Farfán era también sevillano y se encontraba en las Indias desde 1513 (1964, I, 132). De hecho, por los servicios prestados en la conquista, fue regidor entre 1525 y 1527 y tuvo por repartimiento el pueblo de Tetela del Volcán. En la entrada 392 del *Diccionario autobiográfico* de Icaza, aparece el nombre del segundo esposo de María Estrada, Alonso Martín Partidor, quien es descrito como «vezino de la ciudad de los Angeles [Puebla de los Angeles], y natural de la villa de Carmona, [...] y que sirve al presente del pueblo de Tetela, el qual obo en casamyento con María Destrada, muger primera que fué de Pero Sánchez Farfán; y que tiene dos hijas, casadas, en la dicha çiudad, la vna con Aluaro de Sandoual, conquistador, y la otra con Hernando de Villanueva» (204). Lo más sorprendente de la referencia al pueblo de Tetela, cuya encomienda heredó Alonso a la muerte de María Estrada, fue que su mujer volvió a protagonizar un episodio épico que motivó al Marqués del Valle, Hernán Cortés, a entregarle el repartimiento por el valor demostrado. Así lo cuenta el cronista Fray Diego Durán:

«Dígoles por un cuento que me contaron de una muger que iba en el ejército del Marques, que después fue muger de Martin Partidor, que saliendo el Marques de Oaxtepec, [...] y subiendo á un pueblo que se dice Tetetlan, que [...] esta muger, por consejo de algunos del ejército, tomó un caballo y una lanza y una adarga y fué a pedir al Marques licencia para salir á los índios y probar el valor de su persona. El Marques concendiéndoselo puso en delantera y picando el caballo salió contra los índios, invocando á voces el nombre de Santiago y á ellos, y tras ella empezaron á correr algunos de los del campo, á la cual, como los índios vieron venir, empezaron á huir y otros á despeñarse por las barrancas abaxo y tomaron el pueblo, cuyos principales vinieron con las manos cruzadas á ofrecerse al Marques, el cual como vido la valentía que la muger abía hecho, le hizo merced de aquellos dos pueblos, poniéndoselos en su cabeza en nombre de S.M.» (66).

Con referencia a esta acción de María de Estrada, descrita también en la página de web oficial del ayuntamiento de Tetela del Volcán, obviamente han aparecido críticos que dudan de su autoría, como si el invocar a Santiago en una batalla requiriera la in-

tervención de un milagro para ganarla. Así, Ortega Martínez cita a Don Francisco del Paso y Troncoso, quien atribuye la historia «a una hablilla de la época o en todo caso a la mala aplicación, refiriéndola a esos pueblos, de la hazaña que la Estrada realizó en la jornada de Otumba y que es citada por Diego Muñoz Camargo» (36). Dado que ambas acciones comparten un carácter bélico y una furia implacable por parte de María, también hay críticos como Davies, Brewster y Owen que atribuyen la hazaña de Otumba y la lucha en la Noche Triste a una invención de Muñoz Camargo, quien además, no se encontraba presente en los hechos. Nuevamente, la crónica de Díaz del Castillo se toma como referente fundamental y se arguye que la ausencia de descripciones guerreras sobre María de Estrada en dicho documento obedece al hecho de que todo el belicismo femenino de la conquista fue un constructo español, tal vez una loa exagerada de los hechos por parte de Muñoz Camargo, quien parecía extender la valentía hasta las mismas españolas para elevar los ánimos de los pobladores del Nuevo Mundo. Asimismo, se critica la ausencia de María de Estrada en las *Cartas de Relación* de Cortés. Las cartas de relación obedecían a un propósito encomiástico que premiaba la acción personal prioritariamente como garantizador de un beneficio determinado. Aunque pueda extrañar que María de Estrada no se mencione, es más imperdonable que Doña Marina, madre de un hijo de Cortés, no aparezca con nombre propio, sino que se aluda a ella por una descripción indirecta. Si María de Estrada fuese un caso aislado y no hubiese constancia de otras españolas aguerridas y emprendedoras durante la conquista, se podría pensar en la construcción literaria de María de Estrada como posibilidad, pero junto a ella –y como bien ha demostrado Gómez-Lucena con su colección de biografías femeninas de la etapa colonizadora del Nuevo Mundo– hubo otras muchas mujeres anónimas cuyas vidas siguen sin valorarse lo suficiente.

Desgraciadamente, la aparición velada de sus nombres y la ausencia de referencias por parte de los cronistas provocan el problema añadido de que cuando sus hechos merezcan ser reconocidos por unas líneas, la crítica contemporánea pueda dudar de su veracidad. Las fronteras que delimitan la historia de la ficción son a veces borrosas y ciertos elementos históricos acaban convirtiéndose en fuente de futuras novelas. Es, por tanto, urgente que los investigadores académicos y todos aquellos interesados en recuperar del olvido la memoria y los hechos de tantas mujeres ignoradas rastreen el mayor número de documen-

tos posible y hagan uso de los muchos que aún siguen sin editar en los archivos y bibliotecas de España e Hispanoamérica. De los escasos testimonios acerca de María de Estrada y sus hechos, junto con las loas dirigidas hacia otras mujeres que la acompañaban, se puede inferir que las españolas en América lograron ser más independientes que las peninsulares. Los espacios abiertos del Nuevo Continente, las nuevas labores que acometieron las mujeres –plantar las primeras semillas, responsabilizarse de la educación, fundar hospitales– y el intercambio cultural entre los diferentes grupos de la sociedad novohispana supuso una mayor participación femenina en la organización familiar y económica de las áreas de población. Es una labor de todos, tanto de los españoles como de los hispanoamericanos, porque estas mujeres son fundadoras de una cultura que han heredado. Y es que, como bien asegura Gómez-Lucena al hablar de los españoles actuales:

«[n]osotros no somos los herederos de aquellos primeros emigrantes al Nuevo Mundo. Al fin y a la postre, los actuales habitantes de América son sus descendientes, no nosotros. Qué pensaríamos hoy del historiador que culpara a los fenicios, griegos, romanos, visigodos, árabes, cristianos, judíos, y a otros muchos pueblos que invadieron nuestra península, tras los sangrientos primeros combates, de haberse asentado y de ser los responsables de nuestra compleja diversidad como españoles. ¿Acaso tiene sentido? Prefiero investigar la historia, no sin sentir compasión y espanto por tantos pueblos que sufrieron los desmanes de otros pueblos»⁴.

NOTAS

¹ Carlos B. Vega también afirma que María de Estrada era hija de Juan Sánchez de Estrada, aunque no he encontrado información relativa al padre de la joven.

² En 1509, un grupo de mujeres casaderas formaría parte del séquito del gobernador de la Isla Española y Almirante de las Indias, Diego de Colón, y su noble esposa, Doña María de Toledo (sobrina del rey Fernando el Católico), recién llegados de España. Las mujeres se alojaron en una calle reservada para ellas que recibió el nombre de Calle de las Damas. Entre ellas vendría Catalina Suárez Marcyda, futura esposa de Hernán Cortés. Sin embargo, Boxer (35) señala que las primeras mujeres que llegaron al Nuevo Mundo fueron las treinta mujeres que acompañaron a Cristóbal Colón en su tercer viaje (1497-98). Fernández Duro infiere, asimismo, que Hernando Colón ya podría estar hablando de españolas en su alusión a los españoles y «sus mujeres» cuando habla del segundo viaje de su padre en el capítulo L de la *Historia del almirante* (Maura, 2005,

70). Según Ortwin Sauer, para 1514 «wives from Castile were present in all save one of the fourteen towns which had been established in Hispaniola, and that about one married Spaniard in three had an Amerindian wife» (36).

³ Se menciona siempre la crónica de Gonzalo Fernández de Oviedo (97) para confirmar el año de 1502 como punto de partida oficial de la presencia femenina española en las Indias con la llegada de familias que acompañaban al comendador Ovando.

⁴ En la entrevista concedida a Ismael G. Cabral para *El correo de Sevilla* (13 de diciembre, 2013). <http://elcorreoweb.es/2013/12/13/la-mujer-andaluza-influyo-en-las-costumbres-americanas/>

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar, Francisco de. «Relación breve de la conquista de la Nueva España». En Germán Vázquez Chamorro. *La conquista de Tenochtitlán*. Madrid, Editorial Dastin, 2003, pp. 149-198.

- Boxer, C.R. *Women in Iberian Expansion Overseas, 1415-1815*. New York, Oxford University Press, 1975.
- Boyd Bowman, Peter. *Índice geobiográfico de cuarenta mil pobladores españoles de América en el siglo XVI*. T. I. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1964.
- Campuzano, Luisa. «Blancas y blancos en las crónicas de la conquista de Cuba». En Luisa Campuzano. *Mujeres latinoamericanas: historia y cultura: siglos XVI al XIX*. La Habana, Casa de las Américas, 1997.
- Cárdenas, Magolo. *María contra viento y marea*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Cervantes de Salazar, Francisco. *Crónica de la Nueva España. Volumen II*. Madrid, Atlas, 1971.
- Cortés, Hernán. *Cartas de relación* (Ed. Mario Hernández Sánchez-Barba). Madrid, Editorial Dastin, 2003.
- Davies, Catherine, Brewster, Claire y Owen, Hilary. *South American Independence: Gender, Politics, Text*. Liverpool University Press, 2006.
- Díaz del Castillo, Bernal. *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Madrid, Viajes Clásicos, 1928.
- Durán, Fray Diego. *Historia de las Indias de Nueva España y Islas de Tierra Firme*. México, Imprenta de Ignacio Escalante, 1880.
- Durán, Gloria. *María de Estrada. Gypsy Conquistadora*. Pittsburgh, Latin American Literary Review Press, 1999.
- Fernández del Castillo, Francisco. *Catalina Xuárez Marcayda*. México, Editorial Cosmos, 1980.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Historia General y Natural de las Indias, Islas y tierra firme del Mar Océano*. Tomo IV. Madrid, Real Academia de la Historia, 1851-54.
- Fernández Duro, Cesáreo. «La mujer española en Indias». *Revista de Derecho, Historia y Letras*. V, XIII, 1902, pp. 165-182.
- Herrera y Tordesillas, Antonio de. *Historia General de los Hechos de los Castellanos en las Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Madrid, Real Academia de la Historia, 1935.
- Icaza, Francisco A. de. *Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de Nueva España sacado de los textos originales por Francisco A. De Icaza*. Guadalajara (México), Edmundo Aviña Levy Editor, 1969.
- Las Casas, Bartolomé de. *Historia de las Indias*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1986.
- López de Gómara, Francisco. *Historia de la conquista de México* (Ed. José Luis de Rojas). Madrid, Historia 16, 1986.
- Martínez Rodríguez, José Luis. *Los Pasajeros de Indias*. Madrid, Alianza, 1983.
- Maura, Juan Francisco. «Cobardía, crueldad y oportunismo español: algunas consideraciones sobre la "verdadera" historia de la conquista de la Nueva España». En *Lemir (Revista de literatura medieval y del Renacimiento)* 7, 2003, pp. 1-29.
- «En busca de la verdad: Algunas mujeres excepcionales de la conquista». En *Hispania* Vol. 76, Nº 4, 1993, pp. 904-910.
- *Españolas de ultramar en la historia y en la literatura. Aventureras, madres, soldados, virreinas, gobernadoras, adelantadas, prostitutas, empresarias, monjas, escritoras, criadas y esclavas en la expansión ibérica ultramarina (Siglos XV a XVII)*. Valencia, Universidad de Valencia, 2005.
- «La época olvidada de la conquista de México: María de Estrada, Beatriz Bermúdez de Velasco y otras mujeres de armas tomar». En Luisa Campuzano. *Mujeres latinoamericanas: historia y cultura: siglos XVI al XIX*. La Habana, Casa de las Américas, 1997.
- *Women in the Conquest of the Americas*. New York, Peter Lang Publishing Inc, 1997.
- Muñoz Camargo, Diego. *La historia de Tlaxcala*. En Alfredo Chavero. Guadalajara (México), Edmundo Aviña Levy editor, 1892.
- Orozco y Berra, Manuel. *Historia antigua y de la conquista de México*. México, Tipografía de Gonzalo A. Esteva, 1880.
- Ortega Martínez, Ana María. *Mujeres españolas en la Conquista de México*. México, Vargas Rea, 1945.
- Ortwin Sauer, Carl. *The Early Spanish Main*. Berkeley, University of California, 1966.
- O'Sullivan-Bear, Nancy. *Las mujeres de los conquistadores. La mujer española en los comienzos de la colonización americana*. Madrid, Compañía Bibliográfica Española, S.A., 1956.
- Oviedo y Pérez de Tudela, María del Rocío. «Renacimiento y religión: la mujer en la crónica de Indias». *El Girador: studi di letterature iberiche e ibero-americane offerti a Giuseppe Bellini*. Roma, Bulzoni Editore, 1993, pp. 757-764.
- Perry, Mary Elizabeth. *Crime and Society in Early Modern Seville*. New Hampshire, University Press of New England, 1980.
- Piossek Prebish, Teresa. *Las conquistadoras. Presencia de la mujer española en América durante el siglo XVI*. Austin, University of Texas, 1989.
- Pumar Martínez, Carmen. *Españolas en Indias. Mujeres-soldado, adelantadas y gobernadoras*. Madrid, Anaya, 1988.
- Sierra, Julio. *Mujeres sin miedo. Conquistadoras, aventureras y libertarias*. Buenos Aires, Vergara, 2013.
- Torquemada, Fray Juan de. *Monarquía Indiana*. México, Editorial Porrúa, 1986.
- Vega, Carlos B. *Conquistadoras. Mujeres heroicas de la conquista de América*. Jefferson, NC, McFarland & Company, Inc., Publishers, 2003.

INÉS DE SUÁREZ

¿Fundadora y madre de la nación?

Inés de Suárez (1507-1580), la mujer extremeña que acompañó a Pedro de Valdivia en su expedición desde el Cuzco hacia Chile en enero de 1540 y cuyo objetivo era la conquista de los territorios de Copiapó al sur, no cuenta con una presencia destacada en los anales de la historia del país¹. Figura más bien legendaria, su recuerdo persiste en el imaginario nacional y, sin embargo, poco se sabe de su historia y de la importancia que tuvo en la conquista y posterior colonización del territorio. A través de las generaciones, se ha exaltado el valor y audacia de esta mujer que defendió la recién fundada ciudad de Santiago de Nueva Extremadura el 11 de septiembre de 1541, cuando sufrió un feroz ataque por parte de varios grupos indígenas en ausencia de Valdivia. No obstante, a la vez que se admira su osadía y entereza, se enjuicia la crueldad del castigo infligido a los jefes indígenas.

El quinto centenario del primer viaje de Colón en 1992 y la posterior celebración del bicentenario de la independencia de Chile en 2010 suscitaron un renovado interés por la historia nacional en una atmósfera de mayor inclusividad. Este proceso de revisión histórica, que coincide con el fin de la dictadura militar (1973-1990) y la restauración del proceso democrático a finales de los 80 y comienzos de los 90, reconoce una variedad de componentes culturales, especialmente étnicos y de género. El ambiente de cambio y renovación contribuye a rescatar a esta figura femenina, a quien se rinde homenaje de manera oficial y pública con la creación de parques y calles que llevan su nombre en las distintas regiones². En la capital, en las cercanías de la amplia e imponente Avenida Pedro de Valdivia, arteria que cruza una extensa zona de la ciudad de Santiago, se inaugura el Parque Inés de Suárez. Esta iniciativa, que comienza siendo una plaza en la vecindad de la conocida

avenida, se ha convertido hoy en una concurrida zona de entretenimiento para los ciudadanos, que se recrean en sus extensas áreas verdes.

INÉS DE SUÁREZ, FIGURA HISTÓRICA

Oriunda de Plasencia, Extremadura, Inés de Suárez viaja al Nuevo Mundo en 1537 acompañada de una sobrina para reunirse con su marido, con quien se había casado en Málaga. Llega a la región del Caribe venezolano y de allí se dirige a Panamá para emprender viaje a Lima, la Ciudad de los Reyes, donde supuestamente se encuentra su esposo. Pero allí se entera de que éste ha muerto en el Cuzco en la rebelión de 1536 (Navarro / Korrol 22). Suárez se establece entonces en el Cuzco, donde vive de las ganancias de una pequeña encomienda que hereda de su cónyuge (Navarro / Korrol 22). Allí conoce a Pedro de Valdivia, extremeño como ella y en esa época maestro de campo del gobernador Francisco Pizarro. En recompensa por sus trabajos para la corona, Valdivia ha recibido una encomienda en el valle de la Canela y una mina de plata en Porco, lo que le permite vivir con cierta holgura; sin embargo, el capitán no está interesado en una vida sedentaria, sino en la búsqueda de la fama, por lo que está determinado a explorar y conquistar las tierras del sur después de que Diego de Almagro regresara derrotado al Perú. Debido a la desastrosa experiencia de Almagro en Chile, quien en 1535 había partido con 500 hombres armados, caballos, pertrechos y varios miles de indios, a Valdivia le resulta extremadamente difícil conseguir voluntarios para su expedición. Al comienzo, solo cuenta con siete soldados e Inés de Suárez, su amante. Hay que tener en cuenta que las empresas de conquista se financian con capital privado, por lo cual es necesario disponer de bienes o conseguir un socio que respalde la empresa. Valdivia logra enrolar a otros y logra un socio, lo que le permite salir hacia Chile en enero de 1540 con algo más de diez hombres, una mujer y mil indios. Otros se unirán a la expedición más adelante, de modo que al final cuenta con unos 150 españoles para hacer la travesía. Durante el extenuante y difícil trayecto por lugares inhóspitos y sin agua, Inés se distingue por cuidar a los enfermos, evitar una serie de disputas y emboscadas contra Valdivia –especialmente la conspiración de Pedro Sancho de la Hoz– y hasta de encontrar agua en medio del desierto³. En *Crónica del Reino de Chile*, Pedro Mariño de Lobera, el prin-

cipal cronista coetáneo que la menciona, la representa como una mujer audaz, determinada y valiente que no solo es capaz de resistir el arduo viaje de más de 800 leguas que se prolonga por alrededor de un año, sino que contribuye con sus hazañas a la empresa de conquista y colonización.

En cuanto a Pedro de Valdivia, cuando se embarca para el Nuevo Mundo es un hombre casado. Su mujer, la extremeña doña Marina Ortiz de Gaete (1509-1592), de familia noble, permanece en Castuera, lugar de procedencia de la familia Valdivia. Se sabe que durante la larga separación Pedro de Valdivia le envía puntualmente dinero para su manutención (Maura 220). Francisco Pizarro, el gobernador del Perú y bajo cuyos auspicios Valdivia realiza su expedición, le concede autorización para que Inés de Suárez forme parte del contingente que acompaña al capitán en calidad de sirviente, es decir, no va como compañera suya, sino a contrata para encargarse del servicio de los indios. No obstante, después de la muerte de Pizarro, un nuevo gobernador del Perú, el sacerdote Pedro de la Gasca, considera escandalosa la conducta de Valdivia y desapruueba enérgicamente que viva con su amante mientras su esposa reside en España. A consecuencia de las acusaciones contra Valdivia y como resultado de un juicio, el religioso le ordena que mande a buscar a su mujer y que dé en matrimonio a Inés, pues de otro modo ésta debería regresar a España. La Gasca actúa no solo por razones morales y religiosas, sino que atiende a las quejas que le llegan de los vecinos de Santiago. Doña Marina emprende el viaje, pero cuando llega al Perú en 1554 se entera de que Pedro había muerto en 1553 a manos de los indígenas. Marina viaja a Chile y allí reclama su herencia. Sin embargo, debido a los subidos gastos de la conquista, los acreedores se quedan con los escasos bienes que le hubieran correspondido. Mientras tanto, en 1549, Inés de Suárez se casa con el capitán Rodrigo de Quiroga, más tarde nombrado gobernador, por lo cual Inés llega a ser legítima gobernadora⁴. Ambos mueren en Santiago en 1580, pero Marina vive hasta 1592.

Para poner en perspectiva la historia de Inés de Suárez es necesario considerar el papel de las mujeres peninsulares en la época de la conquista. Si bien en los viajes y expediciones iniciales solamente fueron los hombres quienes cruzaron el océano para emprender la tarea de exploración y conquista, apenas comienza el proceso de asentamiento y coloniza-

ción llegan funcionarios de la corona y mujeres españolas, quienes traen las herramientas y productos necesarios para la supervivencia cotidiana (Navarro / Korrol 21). Ya para el cuarto viaje del Almirante Colón, 30 mujeres reciben autorización para cruzar el océano y, en 1509, llega un grupo grande a la isla Española, entre las que se encuentra Doña María de Toledo, esposa del virrey de las islas Diego Colón (Navarro / Korrol 21). La mayoría de ellas viajan acompañadas de sus maridos o parientes y, con el paso de los años, el flujo aumenta significativamente: en el primer tercio del siglo XVI, las mujeres constituyen entre el 5 y 6% de los viajeros, mientras que hacia 1570 alcanza ya el 28% (Navarro / Korrol 21)⁵. La escritora colombiana Soledad Acosta de Samper (1833-1913), escribiendo sobre las esposas de los conquistadores, observa que los cronistas e historiadores «nunca dan la suficiente importancia a la parte que la mujer española tuvo en aquellas conquistas, ya que sin la mujer civilizada, la mujer cristiana, compañera del hombre por el espíritu, jamás se hubieran fundado establecimientos cultos y durables en el Nuevo Mundo» (141). Sobre la presencia de mujeres españolas en el Perú y Chile señala que «en 1543 ya habían llegado al Perú muchas europeas», pues los navíos en dirección a los puertos del Pacífico «llevaba[n] mujeres, unas iban en busca de sus esposos, de sus padres, de sus hermanos, y otras por su propia cuenta, en busca de maridos unas y de sus aventuras un gran número» (152)⁶.

El caso de Inés de Suárez es ciertamente excepcional, y no solo porque es la única mujer española que forma parte de la expedición de Valdivia, sino porque participa de manera destacada en la travesía desde el Cuzco hasta el valle del Mapocho y, más tarde, en la defensa de la ciudad de Santiago seis meses después de su fundación. Sin embargo, la información que se tiene de la vida de esta mujer se debe a su relación con el conquistador, de ahí que no se pueda hablar de ella sin mencionar la figura de Valdivia. Como han notado historiadores y estudiosos del periodo, las *Cartas* de Valdivia y las crónicas de dos de sus coetáneos –Alonso de Góngora Marmolejo en *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575* y Pedro Mariño de Lobera en *Crónica del Reino de Chile*– son las fuentes más importantes para conocer los sucesos relacionados con la conquista y posterior colonización de Chile en el siglo XVI (Esteve Barba XXV)⁷. Por otra parte, como Inés de

Suárez comparte su vida durante diez años con el gobernador, los historiadores no dejan de mencionarla. Mientras algunos historiógrafos contemporáneos solo aluden a Suárez someramente, otros, como Jaime Eyzaguirre, la incluyen y comentan sus contribuciones⁸. Me interesa destacar especialmente el modo en que la representa Eyzaguirre, uno de los biógrafos chilenos de Valdivia del siglo XX con más prestigio y de cuyo libro, *Ventura de Pedro de Valdivia*, publicado con ocasión del cuarto centenario de la fundación de la ciudad de Santiago, se han hecho numerosas ediciones⁹. Para Eyzaguirre, Valdivia es una figura crucial en la historia de Chile, su verdadero fundador. Sobre él, escribe: «concibe y realiza con mirada de estrategia la conquista de Chile y con mente de estadista sabe trazar las primeras y más difíciles líneas de la organización. Valdivia es el artífice de esta obra maestra de la audacia, el más arriesgado protagonista de la epopeya, el más fiel historiador de sus hechos de gloria y desventura, el captador más tierno y afectuoso de la belleza que exhalan la tierra, el árbol y el agua de Chile» (13). Y lo considera «el glorioso fundador de la nacionalidad» (15).

En cuanto a Inés de Suárez, así la retrata Eyzaguirre la primera vez que la menciona, cuando enumera a quienes acompañan al conquistador en su salida del Cuzco:

«Hasta los culpables amoríos caben en tan pequeño cortejo. Inés Suárez ha atado su destino al del jefe de tan singular expedición. Tenía treinta años y era viuda cuando abandonó la Península, y recaló en Tierra Firme con una sobrinita. ¿Fue allí donde la conoció Valdivia al aprestarse a pasar al Perú? ¿O meses después, ya en el dominio del Inca? Poco importa. El caso es que la ruta de ambos se confunde y que el lugar de doña Marina ha venido a ocuparlo esa paradójica mujer de femenina lascivia y voluntad y entereza de varón» (56, la cursiva es mía).

La presentación inicial de la extremeña no deja de ser sugerente, como se advierte en los pasajes señalados. Antes de nombrarla, el historiador califica de «culpables» los «amoríos» entre Inés y Pedro, y ella aparece como el agente de esta actividad, pues es el sujeto de «ha atado su destino al del jefe». Aunque al final del párrafo reconoce la fuerza de esta mujer varonil, ella ha venido a «ocupar» el lugar de la esposa legítima que ha permanecido en España. Me parece importante tener en cuenta el modo en que presenta Eyzaguirre a Suárez

en este pasaje donde la caracteriza como «paradójica mujer de femenina lascivia». El historiador no ofrece una explicación de la situación irregular de Inés, quien no cuenta con la debida autorización oficial para formar parte de la expedición como mujer española ni menciona las objeciones que más tarde levantan los vecinos sobre su relación extra-marital con Valdivia, sino que vierte una opinión teñida de moralismo como si expusiera objetivamente el hecho, cuando lo que hace es insinuar su culpabilidad y debilidad moral. Cito este pasaje como ejemplo de un modo de escribir la «Historia» en el que se mezcla la descripción de los hechos con juicios ostensiblemente de carácter moral.

Una de las notables hazañas de Suárez –episodio que no falta en ninguna versión– es haber hallado agua en medio del desierto. Aquí el historiador destaca cómo «*el ingenio* de la única mujer que los acompaña viene a procurar bebida a los sufridos expedicionarios» (58). Otro episodio que se repite en la caracterización de Inés es su reconocida muestra de valor e inteligencia cuando interrumpe la emboscada que Pedro Sancho de Hoz pergeña una noche al entrar en la tienda de Valdivia empuñando una daga¹⁰ con la que pretende asesinarle. Casualmente, no solo no está allí Valdivia, sino que Inés, con quien comparte tienda el capitán, se da cuenta de lo que sucede y pide auxilio. Para relatar esta escena, Eyzaguirre reproduce el diálogo del cronista Mariño de Lobera (59), a quien nombra con cierta frecuencia, pero no cada vez que recurre a su texto. El biógrafo también destaca el valor de Inés ante una nueva rebelión de los enemigos de Valdivia, mencionando de soslayo que su presencia en la conquista es ilegal porque no ha sido autorizada, aunque ella se comporta como si lo fuera:

«Sigue Valdivia fuera del campamento, ajeno a lo que ocurre. Pero hay un corazón que vela, un brazo de apariencia fina, aunque de temple nunca bien conocido, que contiene de inmediato la catástrofe. No dispone de títulos legales que justifiquen el mando, pero una palabra, una mirada de esa Inés Suárez son ya suficientes. ¿Quién se habría atrevido a desdecirla cuando ordena, categórica, la prisión de Chinchilla? Las voces de los conspiradores se extinguen en las gargantas y todas las bravatas de Pero Sancho se paralizan» (67, la cursiva es mía).

El ataque de los indígenas el domingo 11 de septiembre de 1541 (Mariño de Lobera 264), cuando Valdivia no se encuen-

tra en la ciudad, pone otra vez a prueba el valor de Inés: «La única mujer de ese campamento aguerrido no podía estar descuidada en la hora de prueba» (Eyzaguirre 91). Ocupada con los enfermos y heridos, se hace cargo de la situación cuando los siete caciques de la región atacan la recién fundada ciudad, que en realidad no es más que un campamento.

Al narrar la muerte de Valdivia, cuando éste intuye que se acerca su fin en la batalla de Tucapel (1553), Eyzaguirre lo presenta intentando confesarse con el padre Pozo. Para el historiador, con «la vergüenza de sus faltas» (177), Valdivia habría nombrado en primer lugar a Inés, faltas de las que el padre lo absuelve. Pero antes ha recordado que doña Marina seguramente está en camino, en alguna parte entre España y las Antillas. Así, a la vez que describe el coraje y el valor de Inés, el historiador añade sutiles comentarios que manifiestan los reparos que las autoridades y los vecinos tenían ante la relación de la pareja. Sin embargo, en la manera de presentar los últimos momentos de Valdivia, no queda claro si el historiador está formulando su propia opinión o si repite lo que afirman las fuentes –no hay comillas ni referencias– por lo que da la impresión de que agrega juicios éticos estratégica y solapadamente. Y, entonces, si el héroe no es perfecto, ¿es Inés responsable?

INÉS DE SUÁREZ EN LA FICCIÓN

Más que en los libros de historia sobre Valdivia, Inés de Suárez ha sido rescatada como personaje de ficción cuya historia ha dado origen a versiones noveladas de su persona y hazañas. Entre las novelas publicadas en el siglo XX y comienzos del XXI hay que destacar, en primer lugar, *The Conqueror's Lady Inés Suárez*, de Stella Burke May, publicada en Nueva York en 1930. En el prefacio, la autora destaca que echa de menos la mención a esta heroica figura cuando sus anfitriones en Santiago le muestran con orgullo la estatua de Pedro de Valdivia en el Cerro Santa Lucía. Después de 400 años –dice– nadie recuerda a la única mujer que lo acompaña en una expedición difícil y peligrosa a la cual solo siete hombres se unen de partida. May escribe: «But of Inés Suárez, the Spanish woman, who rode her white horse to victory with him, the world knows little or nothing. No statue marks the spot where her bold feet first trod on Chilean soil» (xi). Y añade en el frontispicio de su libro un hermoso medallón en el que, junto a la efígie de Valdivia, aparece la de Inés, y ella en primer plano.

Entre las novelas de escritores chilenos publicadas en las últimas décadas, las más conocidas y accesibles son también las más recientes, a saber, *Ay mamá Inés* (1993), de Jorge Guzmán, e *Inés del alma mía* (2006), de Isabel Allende¹¹. Otras, anteriores, son: *Inés de Suárez*, de Alejandro Vicuña, publicada con motivo del cuarto centenario de la fundación de Santiago por Nascimento (1941); una dramatización, *Inés de Suárez. Acción dramático-histórica Pedro de Valdivia*, de Giuseppe Guerra, traducida del italiano por O. Alborea Y.; *Inés... y las raíces de la tierra* (1964), de María Correa Morandé, e *Inés Suárez, La Condoresa* (1968), de la argentina Josefina Cruz¹². De ellas, me referiré brevemente a continuación a las tres más contemporáneas¹³.

Reconstruir creativamente una figura histórica sobre la que no se tienen muchos datos no es tarea fácil, aunque exista copiosa información sobre la época y sobre la figura del hombre con quien compartió diez años de su vida, periodo en el que se enfocan las tres novelas. Ciertamente se requiere una extensa investigación para consultar la variedad de fuentes disponibles y así lograr crear un personaje complejo y con profundidad psicológica, como ha sido el caso de los tres autores, Josefina Cruz, Jorge Guzmán e Isabel Allende. Antes de proceder a analizar cómo estas narraciones ficticias representan a Inés de Suárez, me parece necesario establecer algunas diferencias entre las narraciones de carácter historiográfico y las novelescas. En primer lugar, aunque para escribir obras de ficción se recurre a las fuentes históricas, éstas no se utilizan del mismo modo que en la historiografía. Si bien se espera que las novelas sobre personajes históricos se atengan al testimonio que proveen los documentos históricos, el novelista recurre a su imaginación para crear con libertad la intimidad y subjetividad del personaje, mientras que en la historiografía el historiador debe apoyar su narración en las fuentes y seguir las líneas fundamentales de los datos históricos. No obstante, esto no quiere decir que el historiador sea el que cuenta la verdadera historia en detrimento del novelista, especialmente cuando no se tiene mucha información sobre el personaje en cuestión. Tanto la mirada del historiador –lo hemos visto en el caso de Eyzaguirre– como la del novelista están ligadas a la época en que escriben y a los fundamentos ideológicos que sustentan su visión, de modo que las versiones literarias y las históricas son reconstrucciones tamizadas por la mirada de una época y

por un sujeto histórico. Por ejemplo, cómo se concibe el rol de la mujer en un periodo histórico y las convicciones personales de quien las analiza, serán factores determinantes en cuanto al tipo de retrato que se represente en el discurso narrativo, ya sea historiográfico o novelesco. En *Metahistory*, Hayden White sugiere que la modalidad que se elige para contar, lo que llama «*emplotment*» –es decir, cómo y desde qué perspectiva se cuenta una historia–, es inseparable de aquello que se cuenta. La narración misma no es neutral, sino que está teñida de las aproximaciones individuales, el estilo, la época, etc.

De las tres novelas aquí consideradas que reconstruyen el personaje histórico de la fundadora de Chile, solo *Inés Suárez, La Condoresa* utiliza una narración tradicional mediante un narrador omnisciente y abundancia de diálogos, lo que le permite a Josefina Cruz mostrar al personaje a través de sus acciones y decisiones. Jorge Guzmán, por su parte, emplea la narración omnisciente en tercera persona en *Ay mama Inés*, pero en este texto predomina la narración descriptiva, que va recreando deliberadamente las relaciones entre los personajes y sus motivaciones psicológicas. Por último, la novela de Isabel Allende, *Inés del alma mía*, está contada en primera persona por el personaje epónimo cuando está a punto de morir, lo que le permite a la escritora recrear la interioridad del personaje desde la perspectiva de la protagonista sin la presencia de un mediador, como en el caso de las otras dos novelas. De modo que el pacto con el lector que se establece en cada una de ellas ofrece su propia especificidad.

En *Inés Suárez, La Condoresa*, Josefina Cruz construye un escenario apegado a las fuentes históricas en cuanto a la información sobre el viaje mismo, y recrea un lenguaje en el que se mezclan los usos peninsulares con palabras indígenas que ya empiezan a formar parte del vocabulario cotidiano para nombrar productos regionales relacionados con la naturaleza, la vestimenta, la comida y las prácticas culturales. Así, se va mostrando la convivencia con los indígenas, parte imprescindible de la expedición por su conocimiento de la zona, de las lenguas locales y responsables de la carga y demás menesteres necesarios para el viaje. Todo esto revela aspectos de la vida diaria y muestra cómo se solucionan las contingencias del día a día. Inés se destaca como cocinera, enfermera que cura las dolencias y, en general, se preocupa del bienestar de los hombres. Cuando advierte que Villagra padece de «bubas», le prepara

un cocimiento (60). Se entiende bien con la tropa y muestra su llaneza cuando se acerca a ayudar a Cecilia, la mujer indígena que está a punto de parir un hijo del joven Almagro, su amado. Inés celebra la llegada del primer mestizo que nace durante la travesía, se presenta de manera optimista y confiada, y le da ánimos a Valdivia cuando éste cobra conciencia de lo arduo de la expedición y del tamaño de los obstáculos, insistiendo en que no puede volver derrotado. En otras ocasiones, se siente abandonada por Pedro, como cuando éste dedica toda su atención a resolver los problemas que enfrenta como capitán de la expedición –especialmente cuando no llegan los prometidos refuerzos del Perú– y la espera se hace demasiado larga. Inés aparece retratada como una mujer de origen plebeyo que desdén la arrogancia de quienes se sienten superiores, distinción que se manifiesta también en las diferencias entre su modo de hablar y el del capitán. Además, siendo la única mujer española de la expedición, Inés se siente sola entre tantos hombres, pues no hay otra mujer de su condición con quien pueda hablar sinceramente. Las indias –reflexiona– son diferentes y no muy locuaces, y los hombres la miran como objeto de deseo. Autora de varias novelas históricas, Cruz reconstruye con pericia la convivencia entre los españoles, las envidias, los desacuerdos, los roces de la vida cotidiana, la dificultad de ser subordinado, las diferencias entre los hombres, el deseo de conseguir una buena recompensa por el trabajo de la conquista y la falta de mujeres. También el capellán es una figura de importancia, no solo como representante de la religión, sino para resolver problemas éticos y de convivencia.

La novela de Jorge Guzmán, *Ay mama Inés*, ha tenido una excelente acogida, pero no ha sido estudiada como merece una obra de su envergadura. La novela comienza con un primer capítulo en letra cursiva que remite a los hechos históricos, a las crónicas, para luego abocarse a la recreación del mundo y los personajes en que se enfoca el relato. Aun cuando la novela tiene como personaje central a Inés, la figura de Valdivia es ineludible y preponderante, de manera que a su alrededor gira gran parte de la narración. Guzmán describe con gran fineza psicológica la relación entre Inés y Pedro, así como las interacciones entre los diversos personajes. Al comienzo se presenta una conversación entre Pedro e Inés en la cual, mientras ella remienda una capa gastada para un cliente, él le habla de sus dudas, de cómo pedirle al marqués Pizarro que lo apoye en

su proyecto de conquista. Un poco más adelante, ella le oye sus disquisiciones sobre Erasmo y las ideas que se debatían en el mundo intelectual europeo de la época, que Inés no logra entender. Veinte años separan el último capítulo del anterior, enfocado en Valdivia, mientras éste gira en torno a una Inés enferma, prácticamente moribunda. Así, la novela termina con un largo monólogo de Inés interrumpido de vez en cuando por la criada que le habla a su señora. En sus últimos momentos ésta reflexiona sobre los cambios que se han producido con el transcurso del tiempo desde la fundación, y anticipa un futuro en el que «estas castas se seguirán mezclando entre ellas y producirán algo; en eso, en suma, se nos convirtió el sueño» (262).

En «Apuntes bibliográficos» –nota incluida al final del libro– Isabel Allende le informa al lector de *Inés del alma mía* que para escribir su texto investigó el tema y la época durante cuatro años. Entre los libros que leyó menciona la novela de Guzmán, pero dice no haber encontrado otra novela sobre Suárez. En su reseña sobre *Inés del alma mía* aparecida en *El Mercurio*, Camilo Marks se muestra desilusionado por el tratamiento que le da Allende a su personaje en comparación con el de Guzmán. Da la impresión de que a Marks le habría gustado que Allende hubiera escrito otra novela, no la que publicó, y ciertamente está en su derecho de pensar así, pero me parece que habría que considerar que los dos proyectos –el de Guzmán y el de Allende– son completamente distintos. La novela de Guzmán es un texto erudito, elaborado al detalle, muy bien documentado y que, al mismo tiempo que respeta las fuentes, le agrega una penetrante y creativa dimensión psicológica a la subjetividad de los personajes; en cambio, la novela de Allende está escrita con humor y con la conciencia de que está hablando en el siglo XXI sobre un personaje histórico del XVI del que no se tienen muchos datos, para un público lector contemporáneo. Allende presenta una subjetividad que revela una sensibilidad cercana a la del presente sin pedir excusas, pues sobre el pasado solo se puede escribir desde el presente. La novela utiliza ciertos anacronismos estratégicamente, y también algunas coincidencias¹⁴. Así, cuando Inés recuerda la muerte de Caupolicán, hace referencia al poema de Ercilla, pero comete un error cuando dice Zurita en lugar de Ercilla –«como lo relata en sus versos el joven Zurita, ¿o era Zúñiga? Por Dios, se me van los nombres, quién sabe cuántos errores hay en este relato» (351)–; utiliza la expresión «el pago de Chi-

le» (265), obvio anacronismo; explica un uso contemporáneo –«yo pienso seguir llamándolos mapuche -la palabra no tiene plural en castellano-» (83)–, y hace hincapié en la fecha del ataque a Santiago por parte de Michimalonko y los otros caciques el 11 de septiembre de 1541, coincidencia que subraya con un breve comentario –«la noche del 11 de septiembre de 1541, fecha que nunca he olvidado» (225)–. También hay que tener en cuenta la «Advertencia necesaria», donde Allende escribe: «Ésta es una obra de intuición, pero cualquier similitud con hechos y personajes de la conquista de Chile no es casual. Asimismo me he tomado la libertad de modernizar el castellano del siglo XVI *para evitar el pánico* entre mis posibles lectores» (s/n, la cursiva es mía). Tampoco es gratuito el encabezado que precede al capítulo uno, donde se lee que este volumen contiene «*Crónicas de doña Inés Suárez*, entregadas a la iglesia de los Dominicos, para su conservación y resguardo, por su hija Isabel de Quiroga, en el mes de diciembre del año 1580 de Nuestro Señor» (s/n, la cursiva es mía). Es decir, aquí tendríamos la sección de la historia que falta, la crónica de la misma Inés, quien cuenta lo que dejaron de lado los cronistas por ignorancia o falta de interés y encarga a su hijastra Isabel que la deposite en el convento. Isabel de Quiroga, la oyente de las memorias de su madrastra, es quien finalmente termina de escribir lo que ésta le dicta cuando ya no puede sostener la pluma¹⁵.

Mientras para los cronistas e historiadores la mujer que acompañó a Pedro de Valdivia en su empresa conquistadora es una figura marginal, en los textos de ficción se subraya su papel de inteligente y perspicaz confidente que observa atentamente lo que ocurre a su alrededor y a quien se dota de subjetividad y vida propia. Estas novelas sugieren que no parece haber otro modo de escribir la historia de una mujer sobre la que hay escasa documentación histórica que haciendo uso de la imaginación y utilizando una genealogía creativa, ya que los episodios documentados corresponden o a sus grandes hazañas o a su relación con Valdivia.

NOTAS

- ¹ A Inés se la llama comúnmente Inés de Suárez en Chile, aunque se ha observado que su nombre debiera ser Inés Suárez, ya que no era de origen hidalgo. El cronista Mariño de Lobera la llama doña Inés Juárez (250, 264, 265, 268) y luego doña Inés Suárez (449 y 515). Siguiendo el modo de nombrarla en Chile, usaré la forma con «de» para referirme a la figura histórica y sin la preposición para el personaje representado en las novelas donde se la llama Inés Suárez. En cuanto a Pedro de Valdivia, no se sabe con precisión quiénes fueron sus padres ni su lugar de nacimiento en Extremadura, en el año 1497 (Esteve Barba XXV), pero se menciona San Juan de Castuera como lugar de procedencia de la familia (Eyzaguirre 18). En 1534 se embarca para Las Indias (Esteve Barba XXV). En *Ay mama Inés*, Jorge Guzmán comenta con un tono burlón los antecedentes familiares que se le han atribuido a Inés de Suárez y Pedro de Valdivia (10-11).
- ² La proyectada línea 6 del Metro de Santiago incluirá la estación Inés de Suárez, anunciada para 2017, en la intersección de las Avenidas Pedro de Valdivia y Francisco Bilbao.
- ³ A la fuente se la bautizó como «jagüey de doña Inés» (Mariño de Lobera 250).
- ⁴ Además, Inés había sido debidamente recompensada por sus valerosas acciones (Maura 222).
- ⁵ La información que cita Navarro proviene del estudio de Peter Boyd-Bowman, *Patterns of Spanish Emigration to the New World (1493-1580)*. Buffalo, N.Y., Special Studies Council on International Studies, 1973.
- ⁶ La escritora colombiana se refiere al caso de Doña Marina Ortiz de Gaete (152-53), pero no menciona a Inés de Suárez.
- ⁷ De las dos crónicas solo la de Mariño de Lobera menciona a Inés Suárez.
- ⁸ Para un estudio detallado de cómo se menciona a Inés de Suárez en las crónicas y en la historiografía, ver Katherine Karr-Cornejo (38-51).
- ⁹ Francisco Esteve Barba elogia el trabajo de Eyzaguirre, «[el] penetrante biógrafo de Valdivia, Jaime Eyzaguirre» (XXIX). En el prólogo a una reedición de 1986, Gabriel Guarda sostiene que a pesar de que se han seguido publicando libros sobre Valdivia y que la *Crónica* de Jerónimo de Bibar –publicada en 1966 y que se considera «el hallazgo histórico del siglo»– añade y enmienda alguna información de otras crónicas (Guarda 11), la lectura de Eyzaguirre, quien no revisó su libro sobre Valdivia, sigue vigente. Mario Orellana Rodríguez confirma esta opinión sobre la *Crónica* de Bibar y distingue entre los propósitos de unas y otras (57 y ss). La mencionada *Crónica* de Jerónimo de Bibar, recuperada a mediados del siglo XX, sigue muy de cerca las dos crónicas citadas. Su autor parece haber tenido acceso a las *Cartas de Valdivia* a través de su secretario, por lo que no hay grandes novedades en esta crónica que estuvo desaparecida y que se publicó en 1966 (Orellana, 11).
- ¹⁰ Hay que tener en cuenta que ninguno de los cronistas mencionados formó parte del grupo que viajó con Valdivia desde el Perú. Los dos principales cronistas que han servido de fuente para la historia de Chile en el siglo XVI

escriben de lo que han oído a testigos, por lo que no es de extrañar que sus versiones sean a veces contradictorias. Fechada «a 16 de diciembre de 1575», Góngora de Marmolejo empieza su historia en 1572 (Esteve Barba XXXI). Para Thayer Ojeda la crónica de Mariño no es de confiar, expresando serias reservas (Esteve Barba XXXVI).

- ¹¹ Isabel Allende menciona en su libro que leyó la novela de Guzmán, pero dice que no encontró otras. Por ello sabemos que no tuvo acceso a la opinión de Stella Burke May, quien lamenta que después de 400 años no se conozca esta figura, opinión que coincide con la suya.
- ¹² La novela de Josefina Cruz de Caprile (1904-1993), se titula *La Condoresa* en ediciones argentinas, pero la edición que he usado, publicada en Santiago de Chile lleva el nombre de la protagonista delante del apodo que le da la autora, *Inés Suárez, La Condoresa* (Editorial Orbe, 1974). En la película *La Araucana* (1971, Italia), dirigida por Julio Coll, Elsa Martinelli hace el papel de Inés de Suárez.
- ¹³ Para un estudio detallado de la representación literaria de Inés de Suárez desde la perspectiva de la historiografía, ver Karr-Cornejo (51-67).
- ¹⁴ A lo largo de su vida, Inés hace empanadas, ya desde España. Sobre las «empanadas» en la novela ver Karr-Cornejo 92-95.
- ¹⁵ Isabel, hija mestiza de su marido Rodrigo de Quiroga, es quien termina de escribir lo que Inés dicta. Su nombre es otra coincidencia que se utiliza estratégicamente a lo largo del texto, pues Isabel es la oyente a quien su madrastra se dirige continuamente y quien acaba escribiendo su historia, como Isabel Allende escribe la historia de Inés Suárez. Maribel Molyneaux sugiere en su reseña de la novela que «in this passing of the pen, Allende provides a 400-year old link between a legendary Chilean woman writer and the contemporary woman writer that is Isabel Allende» (E4 B).

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta de Samper, Soledad. «Las esposas de los conquistadores. Ensayo histórico». *Boletín de la Academia de la Historia del Valle del Cauca*. Cali, Junio 1957. XXV, 108: 141-154.
- Allende, Isabel. *Inés del alma mía. Una novela*. Nueva York, Harper Collins, 2006.
- Cruz, Josefina. *Inés Suárez, la condoresa*. 1968. Santiago, Editorial Orbe, 1974.
- Guzmán, Jorge. *Ay mama Inés (Crónica testimonial)*. 1993. Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Esteve Barba, Francisco. *Crónicas del Reino de Chile*. Edición y estudio preliminar de Francisco Esteve Barba. Biblioteca de Autores Españoles. Tomo 131. Madrid, Atlas, 1960.
- Eyzaguirre, Jaime. *Ventura de Pedro de Valdivia*. 1942. Prefacio de Gabriel Guarda. Santiago, Editorial Universitaria, 1986.
- Karr-Cornejo, Katherine. «Our Nation, Ourselves. Constructions of Subjectivity in Chilean Historical Fiction of the

- Democratic Transition (1990-2010)». Doctoral dissertation (73:7) Enero 2013. DA 3501712.
- Marks, Camilo. «Letanía de virtudes». Revista de Libros de *El Mercurio* de Santiago, Septiembre 3, 2006, p. 15.
 - Maura, Juan Francisco. «Inés Suárez: Corazón de León». *Españolas de ultramar en la historia y en la literatura*. Valencia, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2005. 219-23.
 - Mariño de Lobera, Pedro. *Crónica del Reino de Chile. Crónicas del Reino de Chile*. Edición y estudio preliminar de Francisco Esteve Barba. Biblioteca de Autores Españoles. Tomo 131. Madrid, Atlas, 1960.
 - May, Stella Burke. *The Conqueror's Lady. Ines Suarez*. Nueva York, Farrar & Rinehart, Inc., 1930.
 - Molyneaux, Maribel. «A Saga of Chile's founding mother». *The Philadelphia Inquirer*, Diciembre 28, 2006, E4 B.
 - Navarro, Marysa, Virginia Sánchez Korrol, con Kecia Ali. *Women in Latin America and the Caribbean. Restoring Women to History*. Bloomington, Indiana U P, 1983.
 - Orellana Rodríguez, Mario. *La crónica de Gerónimo de Bibar y la conquista de Chile*. Prólogo de Sergio Villalobos. Santiago, Editorial Universitaria, 1988.
 - White, Hayden. *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore, Johns Hopkins U P, 1973.



El hispanismo a examen

Coordina Anna Caballé



ESPAÑOLES DE DOS MUNDOS

Apuntes para un estudio

El título de este artículo remite al ensayo de Juan Ramón Jiménez, *Españoles de tres mundos. Viejo Mundo. Nuevo Mundo. Otro Mundo*, publicado en Buenos Aires, en 1942. El libro –«librillo» en palabras de JRJ– consiste en una serie de semblanzas literarias de personajes, la mayoría de ellos escritores, agrupados en torno a esos tres mundos conceptuales concebidos por el poeta: España, América y la Muerte. Yo aquí voy a olvidarme de la muerte y a adaptar el título juanramoniano para incidir en el análisis de una actitud intelectual pero también doméstica y cotidiana, como es la forma en que los españoles que por una u otra razón se vieron en el pasado estimulados o forzados por las circunstancias a viajar e instalarse como docentes en Estados Unidos, entrando forzosamente en contacto con un mundo académico muy distinto del nuestro, consiguieron adaptarse, o no, a la nueva situación: españoles pues de dos mundos, el mundo hispánico del que procedían y el mundo del hispanismo estadounidense en el que fueron a vivir y del que se rodearían durante una larga etapa de sus vidas. Un tema sobre el que se viene reflexionando, por fortuna, de una forma cada vez más intensa en los últimos años, pues el olvido de nuestro mundo literario por los escritores que vivían fuera de España fue enorme durante años. Luis Cernuda dedicó varios de sus poemas a ese silencio que pesó durante el franquismo de forma particular sobre los españoles afincados en universidades americanas, pues en general su largo asentamiento no podía calificarse con los tintes trágicos que tuvo en otras situaciones: la de Rosa Chacel, viviendo casi del aire en Río de Janeiro, o la de María Zambrano, viviendo asimismo en modestísimas condiciones ya fuera en Cuba, México, Roma o en la Pièce. ¿Hasta qué

punto –me pregunto– los que visitaron o se instalaron en Estados Unidos como docentes se convirtieron en españoles de dos mundos, o bien llevaron su propio mundo a cuestas? Es la pregunta a la que me propongo responder partiendo tan solo de documentos autobiográficos, es decir, pulsando la voz de los autores en testimonios escritos al hilo de su experiencia. Solo son algunas voces, germen de un trabajo que desearía de mayor envergadura. Por supuesto que Juan Ramón Jiménez fue uno de esos españoles de dos mundos: conocemos bastante bien sus estancias en la universidad de Maryland entre 1946 y 1948 gracias al testimonio de su esposa Zenobia Camprubí, quien da cuenta en su Diario de los avatares del matrimonio, primero en Maryland y más tarde en Riverdale, donde ella misma ejercería felizmente como profesora.

La publicación de *Españoles de tres mundos* fue acogida de inmediato con reservas por parte de Jorge Guillén, quien al poco de publicarse preguntaba por carta a su amigo Pedro Salinas: «¿Has visto *Españoles de tres mundos*? En caso negativo, te lo llevaría para que vieses entre los “Rudos y entrefinos del 98 y demás”. Habráse visto más mala entraña... cronológica!» (1992: 298). Y es que, en efecto, el poeta agrupaba sus semblanzas en cinco capítulos, uno de los cuales se titulaba maliciosamente «Rudos y entrefinos del 98 y demás» y en ese calificativo «y demás» incluía Juan Ramón a los poetas del 27 que retrataba –Salinas, Moreno Villa y Domenchina–, reservando para ellos el carácter de mero apéndice de la generación del 98, cosa que enfureció a Salinas. De hecho, el autor de *Platero y yo* es uno de los protagonistas estelares de la interesantísima correspondencia entre Jorge Guillén y Pedro Salinas, mantenida por los dos poetas entre 1923 y 1951, año de la muerte del autor de *La voz a ti debida*.

Las tensiones entre los tres grandes poetas fueron máximas a raíz precisamente de este poemario, en 1934. La idea de Juan Ramón de que aquel libro debía haberse llamado «La voz a mí debida» por las influencias que de su propia obra veía en él, junto a la desgraciada crítica escrita por José Bergamín, quien para elogiar a su amigo Pedro Salinas utilizó como contrapunto adverso la poesía de Juan Ramón, una poesía a la que calificaba de más impresionista que impresionante, llegando a calificar el *Diario de un poeta recién casado* de «impúdica irresponsabilidad humana» escrita por un poeta fantasma, rompió las relaciones entre ellos de forma definitiva. Desde entonces, la enemistad entre los dos amigos en relación al poeta senior fue total, aunque ello no impedía que en sus respectivas clases de poesía española contemporánea

se reconocieran unos a otros los méritos de las obras. La lectura de la correspondencia entre los dos poetas del 27 es una magnífica piedra de toque –ya lo fue en el momento de su publicación (1992)–, pues no hay más que sentir una legítima admiración ante aquellos dos hombres, adaptándose rápidamente al sistema académico estadounidense y yendo de una universidad a otra: cambios de lugar con mejores ofertas económicas y/o docentes, semestres sabáticos, permisos para investigar... A la larga, Pedro Salinas resultaría mucho más inquieto que Guillén, con un agujero permanente en el bolsillo que le llevaba a sufrir continuas estrecheces económicas, ganara lo que ganase. Al llegar, en 1937, ocupó una plaza como profesor en Wellesley College y el puesto lo heredaría pocos años después su íntimo amigo Jorge Guillén, y después de él sería Carlos Bousoño quien se hizo cargo de la plaza. «Salinas raramente estaba en el mismo sitio durante mucho tiempo», comenta su biógrafa Jean Cross Newman (2004:188). Y en efecto, en poco más de diez años daría clases en Wellesley, en San Juan de Puerto Rico, en la John Hopkins... «Nunca me cansaré de bendecir nuestra suerte, Jorge, al haber escapado a todo eso», le confiesa Salinas a Guillén el 3 de febrero de 1940. «Todo eso» era la triste situación que se vivía en España, y las pobres cartas que recibía Salinas, pobres en cuanto al contenido, temerosas de las represalias y de la censura política y por tanto condenadas a dar noticias escuetas, factuales o bien condenadas, peor todavía, al disimulo y el intento de querer decir algo de envidia entre líneas. En 1940 Salinas todavía está en Wellesley, mientras Guillén ejercía como profesor en la prestigiosa McGill University de Montreal. «Yo he tenido, como tú, una suerte enorme –le contesta Guillén–. Estamos fuera de España. Y esto constituye una situación de privilegio, de extraordinario privilegio. Además, nos encontramos en América, y en la América no hispánica, y en unas cátedras ideales» (1 de marzo de 1940). Con todo, la llegada de Salinas a un *college* exclusivamente femenino como el Wellesley hizo que el poeta se sintiera en un primer momento fuera de lugar. Pocos días después de su llegada, la directora del Departamento de Español, Ada Coe, organizó, como es maravillosa costumbre en Estados Unidos, una cena de bienvenida en su casa. El ritual de sentarse a la mesa rodeado de mujeres turbó al poeta. Y escribía a su esposa, Margarita Bonmatí, al día siguiente: «No te puedes figurar el efecto tan raro que me causa el verme yo, único hombre entre tantas mujeres. Parece uno un intruso, un ser de otro mundo, y a mí en vez de producirme orgullo o vanidad,

esta condición tan excepcional me intimida y me achica» (29 de septiembre de 1936).

Las comparaciones son siempre odiosas, pero, en efecto, su posición allá nada tenía que ver con la que hubieran vivido en España de quedarse al terminar la guerra. Para empezar, no hubieran tenido cabida en la nueva y decapitada Universidad surgida del régimen de Franco, pues a pesar de su categoría intelectual, sus ideas liberales no habrían podido encajar de ningún modo con las nuevas directrices ideológicas que acabaron apartando a tantos escritores e intelectuales de la tribuna pública. Incluso su actividad como profesionales independientes se vio coartada, y arrojada su experiencia al vacío más ominoso. Pero el viaje de los españoles a las universidades americanas ha estado siempre cargado de contradicciones. El Diario de Concha Espina (*Singladuras. Viaje americano*, 1932), escrito a raíz de su viaje en 1929 a Estados Unidos invitada por el Middlebury College ya es un ejemplo excelente de la ambivalencia con que se vivirá la experiencia en el futuro. Espina llega a Nueva York cargada con los prejuicios que la obligan a rechazar un país protestante y mercantilista. Nada más escudriñar en el horizonte la estatua de la Libertad la califica de monstruosa y compara su supuesto mensaje con el escrupuloso cuestionario que ha tenido que rellenar. ¡Nadie nunca le había preguntado si iba a un país sin intención de querer matar a su presidente! En un primer momento todo le parece expresión del vértigo, la calentura y la crispación a una escritora tan orgullosa de su nacionalidad española, pero basta que visite la Public Library de Nueva York y entre en aquel mundo solemne y acogedor que funciona admirablemente y que tiene a su disposición, «como por arte de milagro», el último de los libros publicados por la novelista para que Espina quede desconcertada y deba reconocer el valor que se concede allí a la cultura. Su experiencia pasa primero por la Universidad de Columbia, donde «todos los españoles de algún prestigio literario, viajeros en Nueva York, somos recibidos con homenaje caluroso en la Universidad de Columbia y saboreamos nuestra recepción, pública y solemne» (2010:68). El motivo es la influencia ejercida por Federico de Onís, profesor en Columbia y presidente del Instituto de las Españas en Nueva York. Él surtirá de profesores españoles a las universidades estadounidenses en los años 30 y 40 y concentra a su alrededor la principal influencia que el hispanismo puede ejercer en Estados Unidos en aquella etapa decisiva. Y es quien organiza una cena en su casa con asistencia de Fernando de los

Ríos y Federico García Lorca que transcurre «con la melancolía propia de los emigrantes». La estancia en Middlebury College, en el seno de los cursos de verano dirigidos por el lingüista Samuel Gili Gaya, representará una sorpresa continua: el peso de los estudiantes en la vida universitaria, la belleza de un campus que tiene diez kilómetros de extensión y la hospitalaria intimidad con que se acoge a los profesores invitados tendrá que convivir, sin embargo, con los prejuicios vigentes también en la mente de las universitarias sobre las corridas de toros, el flamenco, los amores trágicos y el fanatismo imperante en España. Una mezcla endiablada de prejuicios por los dos lados a partir de la cual, sin embargo, surge fugazmente el conocimiento y la comprensión.

Salinas y Guillén representan un paso adelante, pues llegan a ser de dos mundos realmente: el mundo hispánico del que proceden y el mundo del hispanismo estadounidense en el que van a vivir –no solo a visitar– y del que se rodearán durante una larga etapa de sus vidas. Y en este sentido, la correspondencia entre Salinas y Guillén es de una enorme importancia, pues su mirada es la cruzada entre dos amigos que se escriben francamente haciendo de la «epistolaridad» (término saliniano) una escritura feliz, expansiva y liberada de las inhibiciones frecuentes en cualquier correspondencia. Son dos madames de Sevigné, deseando llegar a su escritorio para entrar en contacto con lo mejor de sí mismos, proyectado en el afecto que sienten por el otro, ausente y añorado confidente de su experiencia vital. Nada que ver, no obstante, sus extensas cartas en las que tanto monta, monta tanto Pedro Salinas como Jorge Guillén, con la estrecha y reservada actitud de la hija de Sevigné, Françoise, condesa de Grignan, respondiendo siempre tarde, corto y mal a su entregada madre. En las cartas de madame de Sevigné a su hija tenemos a una epistológrafa a la que no importan los desdenes de su hija, pues ella es capaz de suplirlos con su amor y el talento narrativo que desprende su escritura: «En cuanto recibo una carta, me gustaría recibir otra al instante, solo vivo para ellas. Pocas personas son dignas de comprender lo que siento», escribe en 1795. En el caso de Salinas y Guillén nos encontramos con dos autores que están a la misma altura de su sincero afecto y admiración por el otro. Sus cartas diseñan una especie de *huis clos* donde nada se deja en la recámara de la prudencia porque el Otro es casi una proyección del Yo, y el beneficio propio supone también el beneficio ajeno. Por ello, no tenemos pues una madame de Sevigné, sino dos en una sola correspondencia. Aunque sus cartas representaban asimismo

para ellos la posibilidad de entrar en contacto con su esfera más íntima y necesaria –su propia lengua–, frente a los sentimientos de impotencia e inferioridad que necesariamente les generaba el tener que recurrir a otra lengua que hablaban con consciencia de su precariedad.

Pero volvamos a su mirada del nuevo mundo. Aun siendo conscientes de su privilegiada situación, su encaje en la universidad americana les plantearía dificultades. Por ejemplo, al principio se les hizo duro tener que enseñar la lengua y ver cómo los estudiantes la destrozaban en su lógico proceso de aprendizaje. Menos acomodaticio que Guillén es Salinas, quien tiene asimismo los juicios más duros sobre el procedimiento de la contratación, acusando a la enseñanza estadounidense de un despiste que es fatal, en su opinión, por las consecuencias que trae consigo. Un no saber quién es quién y qué es qué generalizados: «Me siento cada vez más alejado de las normas que la presiden», le confiesa al autor de *Cántico*, aunque hay que decir que lo afirma en un momento de enfado, cuando el Departamento de Lenguas Románicas de Harvard ha contratado a otra persona para un puesto de profesor, cuando él creía tener más opciones. Guillén le responde pasado un tiempo y echando un capote sobre lo ocurrido: «Sí, los defectos del sistema de tan alta institución son graves y numerosos. Pero yo, en definitiva, siento por esta gente simpatía y admiración» (1992: 460).

Guillén tiene menos carisma que Salinas, no traba amistades tan fácilmente y se queda mucho tiempo en Wellesley, quejándose de sus cuatro clases de hora y media a la semana, frente a las ventajosas condiciones de su amigo, en aquel momento profesor en San Juan de Puerto Rico: «En Wellesley no acabo de sentirme a gusto por culpa de este maldito departamento de Español, definitivamente insoportable. ¡Y cuánta constante pérdida de horas y horas en esta vida de colegio-convento!» (1992: 374). Pero, a pesar de ello, el poeta sacará adelante sin problemas las nuevas e inspiradas adiciones de *Cántico*, prueba de que no naufragó en aquel «charquito de trivialidad» que amenazaba siempre con transformarse en «un océano de estupidez», según sus palabras. La sangre nunca llegaba al río, y es fácil comprender al poeta ensimismado con su obra y ajeno, al menos hasta cierto punto, a las reuniones de departamento, los *papers*, el Academic Council, la atención a los estudiantes, es decir, entregado a una vida social y específicamente académica que ambos hombres rechazan porque lo que desean es disponer de todo el tiempo posible para su propia labor intelectual y las horas

destinadas a visitas, encuentros y reuniones –imprescindibles en los campus anglosajones– son computadas como una pérdida de la verdadera vida, la única que cuenta, la de la escritura: escribir es la verdadera acción, comenta Guillén como diciéndoselo a sí mismo (1992: 400). La correspondencia entre los dos poetas, en todo caso, va venciendo del lado de la añoranza. Si los primeros años se caracterizan por el deseo compartido de «Aprender América» y eso absorbe todas sus energías, poco a poco el peso de la emigración se hace un hueco cada vez más grande en su espíritu y cada viaje que hacen a Europa tiene el aire de una repatriación. «Lo que yo necesito es la modesta realidad de España», asegura Guillén en 1948. Mientras que Salinas un año antes de morir, apunta como razón de su desánimo que «Como siempre somos animales razonadores y buscadores de causas, se me figura que el destierro, el vivir en una situación que me es íntimamente extraña, es causa de esa situación, y creo que en España las cosas serían de otra manera. Pero vete a saber cómo serían, me dice una voz, por dentro» (1992: 518). Es como si el bienestar material, la atmósfera objetivamente satisfactoria y confortable en la que viven, crean y enseñan no fuera suficiente, sobre todo en Salinas, para acallar la punzada de la insatisfacción interior, de un espíritu que se siente fatalmente empobrecido a causa del desarraigo de su país y de su lengua. Con todo, Guillén solo se instalaría en España a la muerte de Franco, en 1977.

Dos casos muy distintos pero apenas considerados son los que protagonizan Miguel Delibes y Carmen Laforet en sendos viajes a Estados Unidos en plena guerra fría, invitados por el Departamento de Estado como visitantes internacionales y en el contexto de la política, hoy sabemos que patrocinada por la CIA, con un objetivo claro: consolidar un frente ideológico favorable a los intereses norteamericanos. Delibes fue con su mujer, Angelines, en 1964 y de aquel viaje nacería de inmediato no solo su libro de viajes *USA y yo* (Destino, 1966), publicado previamente por capítulos en *El Norte de Castilla*, sino también –y más importante– su novela *Cinco horas con Mario*, un poderoso alegato contra la hipocresía y la división entre las dos Españas (se publicó, asimismo, en 1966). Por su parte, Carmen Laforet viajaría a Estados Unidos al año siguiente de Delibes, en el mismo programa (International Visitor) y del viaje surgiría su libro *Paralelo 35* (título propuesto por el editor José Manuel Lara y que nunca gustó a Laforet). Lo cierto es que ambos libros tienen hoy un carácter bastante arqueológico, ya que nacieron del asombro ante la opulencia del nivel de vida de la sociedad americana y de su grado de libertad, de modo que sus au-

tores dan cuenta de una realidad que en pocos años sería asimilada por toda Europa Occidental. El contagio de las ideas y costumbres americanas, divulgadas muy especialmente a través de su poderosa industria cinematográfica, se extendería más y más, y de una forma muy acusada en España, según Delibes una de las sociedades más permeables y miméticas del mundo conocido por él. En todo caso, ambos novelistas viajaron más o menos en la cima de su fama literaria y en unas condiciones de máxima comodidad. Podían disponer como quisieran el itinerario de su viaje y dar conferencias, o no, en las universidades que visitaban. Lo único que se les pedía es que en su viaje procuraran conocer de la forma más amplia posible tanto el territorio como sus estructuras humanas y sociales. Que no se limitaran, en fin, a un Estado o a unas universidades. En las mismas y desde luego maravillosas condiciones había viajado en 1947 Simone de Beauvoir, de cuya experiencia surgió el libro *Amérique, jour à jour*, aunque su viaje trajo más cola, pues en Chicago conoció al escritor Nelson Algren y aquella experiencia cambió a Beauvoir, como sabemos por la intensa correspondencia que intercambiaron en años sucesivos, hasta su ruptura producida en 1964, a raíz de la publicación de *La force des choses*. Y cambió también su actitud, pues gracias al amor dejó de sentirse una turista experimentando una nueva complicidad e integración con el país de acogida. La pensadora francesa, tan independiente como siempre, no quiso acompañante, se manejaba bien con el inglés y prefirió sustraerse a los cauces más o menos propagandísticos concebidos por el Departamento de Estado para experimentar por sí misma, sin una agenda más que aproximada de su itinerario, es decir, quedando su viaje, como ella dice, al azar de la improvisación.

El libro de Delibes es menos interesante que el de Laforet. El deseo de hacer una especie de sociología improvisada por evitar unas notas más personales hace que el relato del escritor vallisoletano caiga en afirmaciones demasiado generales y, leídas años después, anodinas: una especie de crónica impersonal que envejecería rápidamente y cuyas descripciones del nuevo mundo americano poco tienen que ver con la sutileza literaria vertida en sus maravillosos diarios de caza. Se diría que su mirada estaba hecha al paisaje castellano, cruzado por liebres, perdices y conejos y, frente a él, los rascacielos de Manhattan poco tenían que ofrecerle. Pero Delibes extrajo sus propias conclusiones de aquel viaje, y concretamente de su conocimiento bien que fugaz de la universidad americana: no tienen bedeles que avisen al profesor de la hora, cada cual sabe, y se presume que debe saber, cuándo

ha de terminar su clase; las infraestructuras –edificios, campus, instalaciones deportivas, residencias, tiendas, cafeterías– son soberbias, de modo que la universidad no es solo el *alma mater*, sino también el *cuerpo pater* pensado para estudiar, pero también para vivir; el juego de becas disponibles no deja que el talento se pierda y las posibilidades de promoción universitaria son conocidas y transparentes, aunque lentas y farragosas «Este país –concluye Delibes–, a la hora de enseñar no regatea la munición. Sabe que su cultura, su estabilidad política y su prosperidad salen de ahí y no llora las inversiones» (132).

Menos positivista en su reflexión fue Carmen Laforet, autora de *Paralelo 35*, un texto que se lee con cierto interés, tal vez porque hay en él algún tipo de conflicto que lo aleja del voluntarioso informe del escritor vallisoletano, indudablemente incómodo ante un espacio que no es el suyo ni puede compartir. Y es que nada más desembarcar en el inmenso muelle neoyorquino en octubre de 1966, Laforet se daría cuenta de que no sintonizaba con la acompañante y traductora que le habían encomendado desde el Departamento de Estado. Se trataba de una polaca madura y algo severa a la que se nombra siempre por sus iniciales, miss P.B., que obró, sin saberlo, del modo que más podía detestar Laforet: identificándola con una intelectual sumida en sus preocupaciones (para entendernos no hay modelo de mujer más alejado de Beauvoir que Laforet). Miss P.B. había tomado la precaución de leerse previamente las dos primeras novelas de la escritora con la intención de conocerla mejor y poder hablar de literatura con ella, cuando a la novelista lo que le gustaba era mantener conversaciones cercanas y domésticas y rechazaba hablar de literatura y de política de una forma radical. Cuando en alguna de las pocas, muy pocas, conferencias que dio en universidades americanas, se le preguntaba por la cultura española o por la guerra civil, ella amablemente rehuía las respuestas diciendo que había ido a Estados Unidos a recoger información, no a darla. En todo caso, la cuestión era que las dos mujeres habían de convivir dos meses y a todas las horas del día. Finalmente miss PB pidió que la sustituyeran, de modo que a partir de Springfield a Laforet le destinaron una joven de origen colombiano, Eliana, cuya principal diversión era mostrarle los barrios más lujosos de las ciudades que visitaban. La profesora Marion Ament, docente en Maryland, que también había acogido a Delibes en su paso por aquella universidad, comentaría: «Laforet manifestaba una gran incomodidad por todo lo relacionado con España cuando vino. Daba la impresión

de arrastrar cierta frustración personal y de tener muchas ganas de independizarse, a todos los niveles, también el conyugal». Una impresión que no puede ser más certera, aunque no es esta la ocasión de ahondar en el estado de ánimo en el que Laforet viajó a Estados Unidos. Pero sí es importante señalar que aquel viaje le serviría para contraer una relación de complicidad y afecto con el país que se mantendría hasta el final de su vida y que hubiera podido prosperar muchísimo de no interferir su rechazo al mundo académico y el progresivo deterioro de su estado mental.

Cuando Laforet visitó Harvard almorzó con Jorge Guillén en uno de los comedores privados de la Universidad, pero nada escribió de aquel encuentro. Sabemos que al poeta vallisoletano, la lectura de *Nada* no le convenció en su momento, prefiriendo, sorprendentemente, la novela de Eulalia Galvarriato, *Cinco sombras*, que quedó finalista en el premio Nadal al año siguiente (1946) de ganarlo Laforet con *Nada*. Conociendo los perfiles de una y otro es de suponer que la novelista se refugió en su tabaco, aunque estoy segura de que en la correspondencia de Guillén puede encontrarse alguna referencia a aquel almuerzo cargado de silencio. En todo caso, mucho más importante fue su encuentro con Ramón J. Sender, unos días después, en Los Ángeles, después de perderse en la inmensa avenida Michigan de Chicago, donde estuvo alojada en el mismo hotel, Palmer House, que Simone de Beauvoir ocupó casi veinte años atrás. En el gran vestíbulo del hotel a Laforet le parece respirar un denso olor a dólares. Aquello es una ciudad en toda regla, «con sus barrios residenciales, sus tranquilas avenidas y su bullicioso centro comercial, su bar, cafetería, lunch-room, salón azul, salón rojo, salón victoriano, orquesta zíngara, orquesta mexicana, flores, caramelos, todo tipo de tiendas, agencias de viajes y compañías aéreas» (Beauvoir, p. 104). Al día siguiente de conocer a Sender en la cena organizada en su honor, Laforet se presentó a la hora de su clase en la Southern University para felicidad del escritor aragonés, pues sentía una viva admiración por la novelista desde que leyó *Nada* y comprendió la singularidad excepcional de su voz narrativa. En *Paralelo 35* evoca aquella situación y se dirige a Sender cada vez más vencida por la depresión: «Usted no se acostumbraría ahora a una vida tan áspera como es la de España para los escritores. Usted no se acostumbraría a sentirse perdido en las bibliotecas, a tener que buscar cualquier material de estudio como un guerrillero entre libros. Tampoco se acostumbraría a nuestras envidias, enemistades y rencillas». En la universidad de Berkeley, visita obligada en su rápido recorrido por California, almorzó con

el profesor chileno Arturo Torres Rioseco. De nuevo un almuerzo tenso, pues al parecer a Torres Rioseco le había llegado la información de que Laforet prefería visitar la Facultad de Física a la de Humanidades. Los propios organizadores rectificaron creyendo que era un malentendido. ¿Lo fue? Conociendo a Laforet, es más que probable que evitara el encuentro con profesores de literatura a los que no conocía previamente. Sea como fuere, al parecer, al poco rato los dos consiguieron suavizar sus diferencias y aceptarse mutuamente.

En todo caso, las resistencias que había que vencer cruzan mares y fronteras. Juan Larrea, de paso por una universidad neoyorquina en 1951, escribe a León Felipe confesándole su admiración por Estados Unidos. Lo ve un país cuyas cualidades básicas son superiores a sus defectos: «(Y) creo, porque creo en la eficiencia de la libertad, que ganarán la batalla» (2015: 138). León Felipe le contesta despectivamente burlándose del presidente Truman y Larrea reprende su actitud: «(M)e consterna ver que un poeta como tú ande haciendo migas con quienes industrializan el engaño» (2015: 149). Una actitud igualmente ambivalente, como la manifestada por Concha Espina, es la que refleja el libro escrito por Ramón Carnicer, *Nueva York, nivel de vida, nivel de muerte*, fruto de su experiencia de seis meses como profesor en la City University of New York (CUNY), aunque en el libro no se mencione su nombre y solo se la defina como la más grande del Estado de Nueva York. Carnicer, autor de un libro de viajes memorable, *Donde las Hurdes se llaman Cabrera* (1964), un retrato cabal y al mismo tiempo abrumador de una de las regiones más depauperadas y atrasadas de España, quiso escribir sobre su antítesis, la ciudad de Nueva York, epítome de la modernidad, el progreso y la prosperidad económica. Que yo sepa nadie ha encarado la lectura de esos dos libros como una especie de díptico dialogante que muestra dos imágenes, dos realidades inequívocamente enfrentadas: la pobreza contra la opulencia, el paisaje urbano de Central Park contra la tierra quebrada y dura de Cabrera, pero también el arraigo de las gentes a unos pueblos terriblemente aislados contra la soledad que solo se conoce en las inmensas urbes actuales. Dos años después del regreso de Laforet, Ramón Carnicer emprendía el viaje a Estados Unidos invitado por el Departamento de Románicas de la CUNY, desde donde se le propuso impartir un curso o dos de Historia de la Lengua Española a postgraduados. La primera sorpresa, para un hombre de su formación, fue grande: nadie había estudiado latín ni tenía

idea de la forma en que evolucionaron las lenguas románicas. Su planteamiento de la asignatura debió ajustarse a una realidad que para Carnicer remitía sus contenidos al nivel del bachillerato español. Dicho esto, encontraría que los estudiantes eran entusiastas, tenían voluntad de aprender y se esforzaban por conseguir las mejores notas. Pero Carnicer, de estirpe netamente viajera, se lanza al descubrimiento de la gran ciudad: prueba restaurantes, habla con camareros, pasea por Central Park al atardecer sin importarle las advertencias de peligro que le hacen algunos colegas y se introduce, en fin, en todos los rincones de la ciudad que quedan a su alcance. No aspira a apresuradas conclusiones sociológicas, sino que, más allá del gigantismo de las estructuras, se fija en la gente común, en su vivir diario y en sus aspiraciones y en cómo el consumismo se ha adueñado del sueño americano hasta el punto de hacerlos indistinguibles a unos de otros. Los comentarios sobre la Universidad son ambivalentes: como les ocurre a todos, queda sobrecogido por los servicios e infraestructuras que ofrece el campus. Sin embargo, no tarda en verse implicado en las rencillas, intrigas y neurosis comunes, al parecer, a todos los departamentos universitarios del mundo. Para Carnicer, como para los autores que hemos visto hasta aquí, se impone una tarea ardua y desacostumbrada, navegar en el mar a veces áspero de los colegas y de las reuniones. Lo importante, en su opinión, para preservar el equilibrio mental en ambientes permanentemente enraizados por las tensiones es salir del campus y recorrer la ciudad, andar y ver, que diría Ortega, como única forma verdadera de atrapar, siquiera fugazmente, una visión total de lo humano, y tal vez ninguna ciudad como Nueva York es capaz de ofrecerle esta imagen al visitante con tanta intensidad. El libro donde recoge su experiencia fue editado en 1970 y se ha reeditado en 2012, con motivo del centenario del nacimiento del escritor (1912- 2007).

También en la década de los 60 el novelista Gonzalo Torrente Ballester aceptó la invitación de la State University of New York, en Albany, para dar clases como *distinguished professor*. Los problemas que estaba teniendo con la censura española debidos a la publicación de su novela *Don Juan* y la firma de un manifiesto en apoyo de los mineros asturianos le habían colocado en una posición delicada en España, pues como consecuencia de ambas cosas, pero sobre todo del manifiesto, había perdido su puesto de trabajo como profesor de Historia Universal en la Escuela Naval de Madrid, que era su *modus vivendi*. De modo que la invitación procedente de Albany vino a significar un respiro para este atribulado escritor y

padre de una familia numerosa –en total tuvo once hijos de dos matrimonios–. En agosto de 1966 se embarcó con su familia –su esposa Fernanda y los cinco hijos nacidos de esta relación– en el Guadalupe, el mismo transatlántico en el que viajaría unos meses después Laforet, con el mismo destino, Nueva York. Llevaban un aparatoso equipaje de baúles, cajas y maletas, nada que ver con la solitaria Laforet, siempre dispuesta a comprar lo que podía necesitar en el lugar de llegada. Un año después de instalarse en Albany, el matrimonio se decidía a comprar una hermosa casa allí, prueba de su intención de quedarse en Estados Unidos. Pero aquel prometedor viaje, en principio solo de ida, o en todo caso de una ida muy larga, sería de ida y vuelta, pues para Torrente Ballester su salida del país había sido forzada por las circunstancias más que fruto de su libre voluntad, y la acomodación no resultó posible. La familia permaneció con él unos cuatro años, hasta 1970, y después se instaló de nuevo en Madrid. El escritor estuvo yendo y viniendo y el regreso definitivo se produjo en 1973. En Albany, Torrente encajaría relativamente: el frío del invierno, con temperaturas que alcanzan los menos veinte grados centígrados, la lejanía geográfica respecto del mundo gallego que puebla su ficción, la precariedad del idioma... Lo cierto es que en su diario de aquel tiempo a lo que da más importancia es al estado de sus novelas, a si escribe o no escribe, y a cómo pueden evolucionar los argumentos de las mismas. La vida diaria en América se filtra, pero no con la misma intensidad. Por otra parte, es difícil hacer un diagnóstico de su estancia estando todavía a la espera de sus tres cuadernos depositados en Albany, «Mi fuero interno», según él mismo los bautiza en *Los cuadernos de un vate vago* (p. 113). Se anunció su publicación en 2011 pero por alguna razón el proyecto de editar esos cuadernos, complementarios a los *Cuadernos de un vate vago* –y al parecer los más privados, según se ha dicho, de toda su escritura diarística–, se sigue retrasando. En cualquier caso, y vinculada a su experiencia americana, disponemos de *Los cuadernos de un vate vago*, que recoge su diario hablado entre 1961 y 1976. Sabemos que Torrente Ballester descubrió el magnetófono y que desde entonces, debido a su extrema miopía, buena parte de su creación surgía de las grabaciones en las que volcaba su fértil mundo interior. También su diario, mantenido con interrupciones desde 1960, es un diario hablado: «El recurso de hablar solo. Mi vicio de toda la vida. Antes lo hacía al aire; desde hace unos años lo hago a este aparato que me mira con su ojo de mosca, este aparato, confesor sin alma, implacable. Lo recoge todo pero no responde. Y uno necesita ha-

blar, pero también que le escuchen... ¡Vaya, coño! Ahora me estoy acatarrando, ¡con el calor que hace aquí dentro!» (8 de abril de 1969), (1982: 165). La cuestión de una excesiva calefacción en los interiores de las casas es un motivo recurrente de queja en hombres hechos al frío, como Delibes o Torrente Ballester. Abunda también la mención a los problemas técnicos con su grabadora: grabaciones superpuestas, cintas en mal estado o mal colocadas, de modo que después de hablar un buen rato el escritor percibía que lo había hecho en balde, etc. Lo importante es que tenemos lo que tenemos, y es bastante, aunque a la espera de que alguien se disponga a estudiar sus importantes diarios en profundidad. Tres años después de llegar a Albany, Torrente está encallado en la escritura de *La saga/fuga de J.B.*, y se siente desanimado. Le angustia no dedicar suficiente tiempo a su literatura de creación, porque, como nos pasa a todos, el día a día lo absorbe y se encuentra preparando clases para un público que no entiende una palabra de lo que les dice y no disponiendo de tiempo suficiente para su novela. Pero, al mismo tiempo, sus condiciones de trabajo son inmejorables, a pesar de sus protestas. Se confiesa al dictáfono: «¡Dios mío! Nunca he tenido más tiempo que ahora, ni más dinero. ¿Qué coño me falta para escribir, qué coño me falta para que todo esto se convierta en páginas? Me falta decisión. Me falta esta última y decisiva victoria sobre la pereza. Siempre hay algo que me entretiene. Siempre pensando en lo que pasa allá, qué harán mis hijos, cómo resolverán sus problemas» (1982:136). La conclusión a sus preocupaciones viene días después: «Estoy profundamente disgustado, cada vez más, cada vez más. La idea de que tengo que permanecer aquí todavía un año más me saca de quicio, me desespera, me hunde. Tengo la sensación creciente de estar prisionero, de estar prisionero de no sé qué, una prisión que no se abre más que a un año de plazo, y yo mismo no me decido a señalar ese plazo, no me decido. Es... es un verdadero desastre. Total, cuando eche una raya por debajo y sume, pondré otros cuatro años de mi vida perdidos» (1982:163). Torrente Ballester sueña ya en 1970 con establecerse en Santiago de Compostela, disponer de una casa a su gusto y dedicarse a construir las historias que le bullen en la mente. Al tiempo que no puede evitar pensar en «lo que pasa allá». Como ocurría con Salinas y Guillén la añoranza de la patria puede más que la vida confortable y los maravillosos medios que tienen a su alcance. Se sienten desarraigados, viven de la melancolía y de la nostalgia con la convicción, por otra parte, de que cuando estén en España habrá tantas cosas que les molestarán y les desesperarán que quizás echen de menos

su vida en América. Se puede tener un mundo y añorar otro, porque la esencia de la literatura es la nostalgia, como sostenía Claudio Guillén. Pero también puede pensarse el argumento de otro modo y decir que cuando descubrimos un mundo es cuando más vivo también sentimos el otro. En todo caso, para aquellos escritores el destierro –que no exilio– imponía un destiempo, un desfase en la evolución del tiempo histórico que podía llegar a ser el peor de los castigos porque significaba la expulsión del presente y, en consecuencia, la probable expulsión del futuro del país de origen. Aunque eso por fortuna no ha sucedido.

Un caso distinto es el que protagoniza Jaume Ferrán, compañero generacional de Carlos Barral y Jaime Gil de Biedma, quien después de participar en agosto de 1956 en un encuentro internacional de escritores organizado por la Universidad de Harvard, y también con problemas en España debidos a la censura, aceptó un puesto en Colgate, en el estado de Nueva York. De allí saltaría a una universidad más grande, Syracuse, y desde entonces y hasta su jubilación, Ferrán se mantuvo fiel a los dos mundos: la docencia en Estados Unidos y los veranos en una pequeña ciudad de la provincia de Lleida. ¿Cómo se pueden tener dos patrias?, se pregunta Ferrán al hilo de una pregunta formulada a su vez por el poeta Archibald MacLeish. En su autobiografía, *Memòries de Ponent*, dedica un largo apartado a la experiencia americana sobre la que reflexiona en clave hispanística. Su tesis es que el hispanismo estadounidense conoció un periodo de extraordinaria y fecunda expansión en los años 50 y 60 beneficiándose de la influencia ejercida por una importante generación de intelectuales españoles procedentes del exilio republicano que propiciaron nuevas corrientes y metodologías. Sin embargo, el hispanismo peninsular sufriría en los años 70 –y en opinión de Ferrán– un notable retroceso epistemológico, debido en primer lugar al impacto imparable del latinoamericanismo. El retroceso del hispanismo peninsular ante la fuerza narrativa de los escritores del boom y a otras razones descritas en este dossier no se hizo esperar y en él convergieron no solo el nuevo interés por la novela latinoamericana, sino la eclosión de los estudios postcoloniales. El resultado fue la pérdida de importantes espacios académicos en los estudios de Grado y una escisión del hispanismo estimulada –según Ferrán– por una política académica interesada en atomizar la hispanística, diluyendo así su influencia en grupos de poder enfrentados entre sí. Pero tampoco se puede olvidar otro aspecto que vino a enrarecer el ámbito del hispanismo peninsular en Estados Unidos y es

la nueva realidad política que empezó a dibujarse tras la muerte de Franco. Un efecto colateral del reconocimiento constitucional de un nuevo Estado español configurado en 17 autonomías que vino a plantear complejos desafíos al hispanismo tradicional. La emergencia y visibilización de dominios culturales apenas reconocidos hasta entonces, con sus lenguas –el catalán, el gallego y el euskera– y con sus propias y diversas tradiciones, inquietaron lógicamente al hispanismo rutinario, acostumbrado durante años a la cómoda idea de una España unitaria y compacta. Es una línea interpretativa que no ha dejado de dar sus frutos y sobre la cual ahora mismo se prodigan los estudios y el espíritu mismo de este dossier. Pero no idealicemos los contextos nacionalistas, porque también ellos fueron desleales con sus compatriotas: «Ah, el meu país! –le decía el historiador del arte e impulsor del Institut dels Estudis Catalans Josep Pijoan a Josep Pla en una de las varias conversaciones que sostuvieron en Suiza entre 1959 y 1968–. El meu país no m’ha demanat mai res, ni una conferencia. Per favor, no em planyeu en tant que exiliat recalitrant i voluntari. Direu que porto mig secle d’exili. És cert. Sempre, però, m’he sentit més exiliat en el propi país que a l’estranger».

En todo caso, la impresión es que aquellos hombres y mujeres –pienso también en Américo Castro, Ana María Matute, Dámaso Alonso, José María Pemán, Josep Ferrater Mora y tantos más– no estaban preparados para comprender una sociedad que les exigía tanto de sí mismos, sin exigirles apenas nada.

BIBLIOGRAFÍA

- Beauvoir, Simone de. *L'Amérique au jour le jour*. Gallimard, 1948. *América día a día: Diario de viaje*. Barcelona, Grijalbo, 1999 (Trad. de Daniel Sarasola Anzola).
- Bergamín, José. «Poesía de verdad». *En Luz*, 30/1/1934.
- Camprubí, Zenobia, *Diario 2. Estados Unidos (1939-1950)* (Ed. traducción y notas de Graciela Palau de Nemes). Madrid, Alianza, en colaboración con Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1995.
- Carnicer, Ramón. *Nueva York, nivel de vida, nivel de muerte* (1970). Palencia, Cálamo, 2012.
- Cross Newman, Jean. *Pedro Salinas y su circunstancia*. Madrid, Páginas de Espuma, 2004.
- Delibes, Miguel. *USA y yo*. Barcelona, Destino, 1966.
- Espina, Concha. *Singladuras. Viaje americano* (1932). Madrid, Evohé (Ed. de Julio Castelló), 2010.
- Felipe, León. *Castillo interior*. (Ed. de Gonzalo Santonja y Javier Expósito). Cuadernos Obra Fundamental, Fundación Banco Santander, 2015.
- Ferràn, Jaume. *Memòries de Ponent*. Barcelona, Edicions 62, 2001.
- Jiménez, Juan Ramón. *Españoles de tres mundos. Viejo Mundo. Nuevo Mundo. Otro Mundo*. Madrid, Aguilar, 1969.
- Laforet, Carmen. *Paralelo 35*. Barcelona, Planeta, 1967.
- Pla, Josep. *Tres biografías* (1968). Barcelona, Destino, 2014.
- Salinas, Pedro y Guillén, Jorge. *Correspondencia (1923-1951)*. Barcelona, Tusquets (Ed. de Andrés Soria Olmedo), 1992.
- Torrente Ballester, Gonzalo. *Los cuadernos de un vate vago*. Barcelona, Plaza & Janés, 1982.

VOCES Y ECOS DEL HISPANISMO ESTADOUNIDENSE

LAS VOCES

La práctica del hispanismo, entendida a grandes rasgos como el estudio de la lengua, la literatura y la cultura españolas practicadas fuera de España, se origina en Europa en la segunda mitad del siglo XVIII y se afianza en los Estados Unidos a partir del primer tercio del siglo XIX¹. En el caso americano, esos años son testigos de la creación de incipientes departamentos y programas de estudio de lenguas modernas o vivas. Pioneras fueron las instituciones universitarias de la costa este, principalmente la Universidad de Harvard (Massachusetts) y, más al sur, en Virginia, The College of William and Mary y la Universidad de Virginia, fundada por Thomas Jefferson en 1819². En todas ellas se incluyó tempranamente el estudio de idiomas extranjeros en sus programas curriculares. Como figura más destacada de esta nueva disciplina académica destaca George Ticknor³, conocido principalmente por ser el autor de la muy influyente *History of Spanish Literature* (New York, 1849). Aunque no es la primera historia literaria española, se la considera la más relevante, pues se consolidó como obra modelo sobre el tema durante el resto del siglo XIX, tal y como señala Thomas Hart (2002, 106). En 1805 y a la edad de catorce años, el joven Ticknor entró como estudiante de tercer año o *junior* en Dartmouth College (New Hampshire), donde se graduó en 1807. Después de estudiar leyes en la universidad de Harvard y abrir su propio despacho de abogados en Boston decidió, con el apoyo de su familia, dedicarse a su auténtica vocación: el estudio de las lenguas y las literaturas europeas modernas. Para ello, viajó a Alemania en 1815 y durante dos años desarrolló estudios filológicos y clásicos en la Universidad de Gotinga; después

visitó Francia, España y Portugal, en donde estudió la lengua y la literatura de dichos países. En Gotinga, Ticknor se familiarizó con las historias de la «poesía y elocuencia» de las distintas naciones europeas, proyecto que llevaba a cabo en dicha institución el filósofo y filólogo Friedrich Bouterwek⁴. De esta obra tomó el esquema y la orientación crítica sobre las literaturas nacionales. Además, en este gran centro del saber europeo, el joven bostoniano pudo investigar en una magnífica biblioteca universitaria en la que leyó obras literarias a las que no había tenido acceso en su país y sobre las que basó su propio trabajo.

Mientras Ticknor está en Europa, se crea en Harvard en 1816 la primera cátedra de lenguas romances, de francés y español. El financiero Abiel Smith dotó económicamente una cátedra que llevaba su nombre y para la que el presidente de Harvard propuso a Ticknor⁵. El caso de Smith es muy iluminador para entender el espíritu filantrópico de los primeros capitalistas del nuevo país americano y de su inclinación a dedicar parte de sus fortunas a fomentar las artes y las letras. Con este propósito donaban dinero para fundar escuelas y universidades de la nueva república o mejorar la enseñanza que en ellas se impartía. Smith consideró que el aprendizaje del español, por su valor intrínseco al ser una lengua europea ampliamente hablada en el nuevo continente, favorecería las relaciones comerciales con las jóvenes naciones hispanoamericanas que emergían tras su emancipación de España.

Ticknor regresa de su periplo europeo en 1818, cargado de una buena colección de libros sobre la que va a ir construyendo su impresionante biblioteca personal. En España pasó varios meses entre 1817 y 1818, estancia sobre la que escribió un diario de gran utilidad para entender la situación de la nación tras el regreso de Fernando VII⁶. A pesar de su interés por España y por su literatura, Ticknor no regresó a la península ibérica en ninguno de sus dos viajes europeos posteriores, realizados en 1835 y 1856. Durante ellos compró, entre otras, gran cantidad de obras literarias castellanas y consultó muchos fondos en la biblioteca imperial de Viena. Una de las grandes contribuciones de Ticknor, dentro de la mencionada tradición filantrópica de las familias acomodadas de Nueva Inglaterra, fue la donación de gran parte de su colección privada a la Biblioteca Pública de Boston que, fundada en 1854, tuvo en él uno de sus más fervientes promotores.

Desde 1818 hasta 1835, Ticknor detentó el puesto de catedrático de Lenguas Romances, con especial énfasis en la lengua

y la literatura españolas. Con ayuda de otros profesores innovadores consiguió introducir, no sin poca resistencia, el estudio de las lenguas modernas en los programas académicos de Harvard. Sus esfuerzos en este terreno fructificaron en su *Syllabus of a Course of Lectures on the History and Criticism of Spanish Literature* (1823). Esas famosas conferencias y cursos sobre literatura española –a las que acudían destacadas personalidades de la buena sociedad bostoniana– le proporcionaron un material fundamental para la escritura de su *Historia*, que publicada en tres volúmenes entre Nueva York y Londres en 1849, fue traducida al español en 1851, con significativas ampliaciones de Pascual Gayangos, y poco después al alemán y al francés. Thomas Hart considera en su temprano artículo (1954) que la *Historia* de Ticknor se diferencia del *Syllabus* en términos cuantitativos más que en orientación: «el número de libros y autores discutidos es apreciablemente mayor en la *Historia* que en las conferencias. La teoría general de Ticknor del ascenso y caída de las letras españolas es la misma en las dos versiones» [mi traducción] (78). La escritura de esa influyente obra –sustentada sobre los fondos bibliográficos de su biblioteca personal–, en la que Ticknor ampliaba la obra de Bouterwek, se desarrolló principalmente después de dejar su cátedra Smith en 1835. Siguiendo a Herder y Bouterwek, Ticknor sostiene la tesis de la historiografía romántica de que las literaturas nacionales son emanación del espíritu de los pueblos, cuya originalidad se materializó en obras constitutivas de su carácter nacional durante la Edad Media.

En el prólogo al Tomo Primero de su *Historia de la Literatura Española*⁷ se revela el origen de su interés por la lengua y el país, que cito por extenso:

«En el año de 1818 recorrí mucha parte de España, y pasé algunos meses en Madrid: mi objeto al hacer este viaje fue aumentar los escasos conocimientos que ya tenía de la lengua y literatura de aquel país, y adquirir libros españoles, que siempre han sido raros en los grandes mercados de librería de Europa [...] Desde aquel tiempo, muchas circunstancias especiales han favorecido las tentativas que sucesivamente he ido haciendo para enriquecer mi librería española. La residencia en Madrid de mi amigo Mr. Alejandro Hill Everett, que con tanto talento representó á nuestro país en la corte de España, y la ocupación del mismo elevado puesto de mi amigo Mr. Washington Irving [...] estas circunstancias felicísimas, repito, me han proporcionado ocasiones de adquirir libros, y facilidades que solo pueden esperarse de personas que ocupan un puesto tan emi-

nente, y que desean difundir entre sus compatriotas el conocimiento de una literatura, objeto de su afición y estudios [...] El resultado natural de tan viva afición é interes por la literatura española, y de tan repetidos esfuerzos para estudiarla y conocerla, ha sido, lo digo con desaliento y para disculparme, un libro. En el intervalo que medió entre mis dos viajes á Europa, pronuncié una serie de lecciones sobre los principales puntos de la literatura española, en desempeño de mi cátedra del colegio de Harvard; y á la vuelta del segundo viaje [1838] me resolví á coordinarlas y darlas á la imprenta.; pero luego observé, ó creí observar, que el tono de discusión, de que me valí en las lecciones académicas, no era el más propicio para formar un cuerpo de historia. Inutilicé pues cuanto tenia escrito, y comencé de nuevo un trabajo nunca ingrato para mí, del cual ha resultado esta obra, muy diversa de mi primitivo pensamiento, pero que abraza la misma idea con mayor extensión [...]» (I-VI).

Park. St. Boston, 1849^s.

En suma, el papel de Ticknor como figura fundacional del hispanismo estadounidense será el de difusor de la literatura española en las universidades americanas gracias a su historia literaria y a la rica colección de obras que enriquecen los fondos de las bibliotecas de Boston y de Harvard en el área de la literatura española y portuguesa. Además, su lucha por la inclusión definitiva del estudio de las lenguas modernas en el currículo académico tendrá una influencia capital en el desarrollo de los departamentos de español en Estados Unidos.

El caso del sucesor de Ticknor a la Cátedra Smith, el poeta y profesor Henry Wadsworth Longfellow ilumina de modo particular los intereses sobre los que reposan los orígenes del hispanismo norteamericano. Sobre la genuina motivación académica por conocer mejor la literatura castellana, siempre hubo un afán de tipo pragmático en el aprendizaje del español en Estados Unidos. En su trabajo sobre la cuestión, James D. Fernández apunta a la idea –lo que él llama la «ley Longfellow»– de que la curiosidad en Estados Unidos por España está y estuvo siempre condicionado por los intereses de Estados Unidos hacia Latinoamérica:

«En Diciembre de 1826, un joven de Boston que realizaba su gran viaje a Europa recibió una carta de su padre en la que le ofrecía consejo: “Tales son las relaciones que existen ahora entre este país [Estados Unidos] e Hispanoamérica que el conocimiento del español es tan importante como el del francés. Si dejas de lado cualquiera de las dos lenguas, puedes estar seguro de que no alcanzarás las metas que te

has trazado”. El hijo recibió la carta en París, hizo caso al consejo de su padre y se dirigió directamente a Madrid. Unos cuatro meses después respondió desde la capital de España: “No he conocido ninguna ciudad en Europa que me haya estimulado tanto como esta como lugar de residencia”» [m.t.] (cit. en Fernández, 49).

Como el párrafo indica, el interés por la lengua en su vertiente más práctica se orientará en el caso del eminente Longfellow hacia la literatura en español que, obviamente, en la primera mitad del siglo XIX es predominantemente peninsular. Fernández habla de un «doble desplazamiento» en la historia de una relación que se desliza desde Latinoamérica a España y desde la lengua, la política y el comercio hacia la literatura, la historia y la cultura (Fernández, 50). Dictamina que, aunque la mirada pragmática se fijaba en el Sur, los ojos del estudioso e investigador apuntaban al Este. En el resto de su artículo, Fernández hace un inteligente recorrido sobre cómo la centralidad de España en los estudios hispánicos en Estados Unidos fue siendo progresivamente desafiada para ampliar su enfoque hacia Latinoamérica. Para ilustrar este desplazamiento, y dando un salto de un siglo desde el inicio del hispanismo norteamericano, Fernández se centra en los debates intelectuales y profesionales que tienen lugar en los primeros cinco años de la revista de la Asociación Americana de Profesores de Español (AATS), *Hispania*, cuyos volúmenes iniciales se publican en 1917. En estas discusiones de principios siglo XX residen las articulaciones históricas, intelectuales e institucionales entre los Estados Unidos, España y Latinoamérica, entre el comercio y la cultura, así como entre la política y la investigación académica que aún perduran hoy (51).

El gran movimiento en favor del español se dio durante los años de la Primera Guerra Mundial, cuando el castellano se convirtió en la lengua «de moda» y su estudio se extendió rápidamente por institutos y universidades americanas a partir del curso 1914-1915. Solo unos años antes, la lengua y cultura española en Estados Unidos habían estado infravaloradas debido a circunstancias derivadas de la guerra entre España y Estados Unidos a consecuencia de los procesos independentistas de Cuba y Filipinas. La propaganda americana había presentado a España –con cierta razón– como un país atrasado que encarnaba los valores del viejo sistema colonial europeo e impedía la independencia de sus últimas posesiones de ultramar. Frente a la pujante democracia estadounidense, España representaba un sistema político y económico anquilosado. La muerte de los héroes de las independencias cubana y filipina –los notables poe-

tas modernistas José Martí, caído en batalla, y José Rizal, ejecutado— sirvió como acicate emocional en la corriente de simpatía entre Estados Unidos y las colonias españolas. Sin embargo, una vez terminada la guerra con la contundente victoria de Estados Unidos, el panorama cambió. El poderoso país norteamericano mostró que sus verdaderas intenciones no eran tanto el ayudar a crear nuevas repúblicas independientes y democráticas como tutelar de acuerdo a sus intereses económicos y políticos a las nuevas naciones. En realidad, Filipinas no fue independiente hasta el final de la Segunda Guerra Mundial; Cuba fue dirigida desde Washington hasta 1959 y Puerto Rico sigue anexionado a Estados Unidos. La imagen negativa de España como madrastra cruel que proyectan los poemas de los «mártires» Martí y Rizal cambia tempranamente en el poema «A Roosevelt», de Rubén Darío, publicado en 1905. En esta oda patriótica se funden, como dos componentes de una única estirpe, los pueblos precolombinos con la madre-patria España, de cuya unión nace la conciencia y la cultura latinoamericana. Dirigiéndose con tono apostrofico al nuevo poder imperial, la voz poética exclama:

Los Estados Unidos son potentes y grandes.

*Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor
que pasa por las vértebras enormes de los Andes.*

[...]

Sois ricos.

*Juntáis al culto de Hércules el culto de Mammón;
y alumbrando el camino de la fácil conquista,
la Libertad levanta su antorcha en Nueva York.*

*Mas la América nuestra, que tenía poetas
Desde los tiempos de Netzahualcoyolt,*

[...]

*la América del gran Moctezuma, del Inca,
la América fragante de Cristóbal Colón,
la América católica, la América española,*

[...]

esa América

*que tiembla de huracanes y que vive de amor,
hombres de ojos sajones y alma bárbara, vive.*

Y sueña. Y ama, y vibra, y es la hija del Sol.

Tened cuidado. ¡Vive la América española!

Hay mil cachorros sueltos del León Español.

[...]

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!⁹

Tras este momento emblemático para el desarrollo de una noción tradicionalista –ya superada– de Hispanidad, que propagó con efectividad la grandilocuencia sonora y conceptual de la poesía modernista a ambos lados del Atlántico, hubo dos acontecimientos que tuvieron una gran importancia en la expansión del español y la cultura hispánica en los Estados Unidos, y de los que se acaban de cumplir cien años. En los primeros días de agosto de 1914 se inauguró el canal de Panamá –proyecto eminentemente estadounidense¹⁰ e Inglaterra declara la guerra a Alemania para frenar su expansionismo. Por un lado, se abren nuevos mercados para el comercio hemisférico y, por otro, la lengua extranjera más estudiada en los Estados Unidos hasta entonces –el alemán– sufre una debacle de la que nunca se recuperaría del todo. Otro factor fundamental que no se puede obviar es el de la creciente ola migratoria desde México y otros países hispanohablantes a Estados Unidos en esas primeras décadas del siglo XX¹¹.

En lo que se refiere al declinar del alemán como lengua favorecida en la enseñanza de las escuelas y universidades estadounidenses y consiguiente auge del español, el artículo de Fernández estudia los números iniciales de la revista *Hispania* de la AATS (asociación aún activa que a partir de 1944 incluiría al portugués bajo las siglas AATSP). De modo interesante, se señala en dicho trabajo cómo en la fuerza numérica del español también radica su debilidad, pues según la percepción popular el español es una lengua útil, pero cuyo conocimiento no dota al hablante del capital cultural –en términos de prestigio social– que sí aporta el francés. Esta cuestión es compleja y necesitaría mayor espacio y atención para una exposición mínimamente enfocada. De los numerosos trabajos sobre el tema, se puede señalar el de Sebastiaan Faber, «Economies of Prestige: The Place of Iberian Studies in American Universities», donde realiza una sugerente lectura crítica sobre cómo la larga búsqueda del prestigio estuvo en la base misma del hispanismo desde sus inicios en la universidad americana. Sitúa Faber el auge de los Estudios Ibéricos como la fase más reciente de dicha búsqueda.

A modo de excursión quiero señalar que los *Iberian Studies*, corriente disciplinar muy deudora de los estudios culturales, se propone expandir la noción de hispanismo a áreas tradicionalmente excluidas del canon peninsular, principalmente el de las *otras* culturas españolas o ibéricas –el empleo de un término u otro no es neutral–. El ejercicio de los estudios ibé-

ricos se suele sustentar en una justa y oportuna reivindicación de literaturas peninsulares insuficientemente estudiadas por los hispanistas¹². También ponen el foco de atención sobre las consideradas prácticas excluyentes del hispanismo estadounidense, crítica que en ocasiones alcanza buenas dosis de hostilidad dialéctica¹³. Esta tendencia más extrema puede llegar a tener un efecto contrario al que se persigue, pues disuadir –no necesariamente a propósito– a los estudiantes americanos de una posible inclinación hacia el hispanismo, con sus defectos y virtudes, no supone que vayan a volcarse hacia el estudio de las otras lenguas y culturas peninsulares. El hecho es que en Estados Unidos el catalán, el gallego y el vasco –además de las lenguas indígenas americanas– no tienen apenas otro público que el que acude a los departamentos de español y, en alguna medida, a los de lingüística.

James Fernández concluye su panorama sobre la evolución del interés en la lengua española durante ese periodo inicial con una referencia a Federico de Onís, uno de los más influyentes profesores de literatura española desde su cátedra en la Universidad de Columbia. Se analiza su conferencia-carta «El español en los Estados Unidos» (1920), en donde se presenta el estado de la disciplina y los peligros internos y externos que la acechaban en aquellos momentos; según de Onís, uno de los más graves venía de los «hispano-americanistas a ultranza» (cit. en Fernández, 62). El profesor de Columbia quiere contrarrestar con su ponencia el argumento de dicho sector, que consideraría que si los verdaderos intereses para Estados Unidos residían en Latinoamérica para qué dar relevancia a la cultura de España. Su defensa apasionada de la literatura española en castellano como médula de la práctica del hispanismo se ha ido superando en décadas sucesivas hasta llegar al panorama mucho más abierto existente en la actualidad. El libro coordinado por Anna Caballé Masforroll y Randolph Pope muestra precisamente las diferentes perspectivas de veintidós hispanistas que han desarrollado su carrera académica en Estados Unidos. Su lectura invita a reflexionar sobre el origen de la inclinación o pasión de esos profesionales universitarios por la lengua y cultura española y sobre el futuro de nuestra disciplina para el presente siglo¹⁴.

Concluyo esta sección de «Voces» históricas con una cita de Federico de Onís en el citado artículo que recoge perfectamente esa «ley Longfellow» sobre la que se erigió el hispanismo clásico en los Estados Unidos:

«Entonces [1914] empezó a desarrollarse, como una fiebre colectiva, el ansia de conocer el español y todo lo referente a los pueblos donde el español se habla. El español era el instrumento para entenderse con ellos y con ellos comerciar. Pero comerciar, si ha de hacerse bien, es una actividad difícil; no basta con conocer la lengua, hay que conocer a los pueblos que la hablan, sus gustos, su carácter, sus costumbres, su psicología, sus ideales; para lograrlo hay que conocer sus historias, su geografía, su literatura, su arte. Los pueblos hispanoamericanos son hijos de España; hay, pues, que ir a la fuente y conocer a España. De todo este rodeo es capaz la mente norteamericana cuando quiere orientarse seriamente para la acción, y ésta es la razón de su éxito y eficacia» (275-76).

Poco antes de publicarse este artículo apareció *The Literary History of Spanish America*, de Alfred Coester, que dio carta de naturaleza académica a los estudios sobre la literatura hispanoamericana. Como señala Luis Fernández Cifuentes en «Lengua y literatura en Estados Unidos: tres momentos estelares», esa primera historia de la literatura hispanoamericana, que no se escribe hasta 1916, marca un punto de inflexión en el hispanismo estadounidense, pues expande su campo de acción a la historiografía literaria de los países y regiones latinoamericanas¹⁵. Su autor, el joven profesor Coester, estuvo animado en su tarea –como señala Cifuentes– por quien fuera el cuarto titular de la cátedra Smith, Jeremiah Ford, romanista y primer profesor católico de Harvard. La novedad y el éxito de esta historia le valieron a Coester una cátedra de español en la Universidad de Stanford en 1920. Esta historia de la literatura hispanoamericana, publicada casi un siglo después del *Syllabus*, muestra su deuda con Ticknor en lo referido al concepto romántico del *Volkgeist* ya desde el prefacio donde afirma que «las principales características e inclinación de la mentalidad hispanoamericana se revelan en su literatura» [m.t.] (Preface, VII).

En conclusión, se puede afirmar que en el hispanismo histórico están las bases para un desarrollo más inclusivo de las culturas hispánicas, ibéricas y latinoamericanas. Es claro e indiscutible que el énfasis se ha trasladado desde España hacia Latinoamérica. No obstante, la gran baza de esta disciplina está precisamente en su naturaleza transatlántica. Abierto a la incorporación de lenguas y culturas originarias de esas regiones y países, el nuevo hispanismo tal y como se practica en Estados Unidos tiene en la lengua española su piedra angular.

LOS ECOS

La enseñanza del español¹⁶ y de las literaturas hispánicas en Estados Unidos se ha ido afianzando desde los tiempos de Ticknor y de Federico de Onís hasta alcanzar un desarrollo extraordinario en la actualidad. Sin duda, el motor principal ha sido el interés del estudiante estadounidense por aprender español, idioma que en grandes zonas del país tiene, a muchos efectos, un estatus de segunda lengua¹⁷. En este sentido, la motivación inicial no diferiría mucho de la que estimuló a Longfellow y a otros hispanistas americanos del XIX. A dicho carácter de segundo idioma –por ser lengua materna de millones de ciudadanos del país, en su gran mayoría de origen latinoamericano– se le añade un componente práctico del que carecen las otras lenguas europeas.

Los métodos de enseñanza de las lenguas modernas han evolucionado de manera notable y ahora se presta mucha más atención a la aproximación comunicativa, y no tanto al enfoque gramatical, con un aprendizaje de la lengua en su contexto cultural. Sobre este área se han desarrollado una serie de subdisciplinas, como «Español como Segunda Lengua» –en la línea del «Español como Lengua Extranjera» del Instituto Cervantes–, «Español para Propósitos Específicos» o «Español para las Profesiones», encaminadas a un estudio de la lengua en su orientación práctica y de aplicación profesional. Estas orientaciones están sustentadas por un gran número de trabajos académicos de excelente nivel y proyección profesional.

Un departamento-tipo de español suele organizarse sobre un sólido componente de enseñanza de la lengua, una base que supone más de un tercio de los cursos que se ofrecen¹⁸. La visibilidad de nuestros departamentos –al menos en lo que se refiere al número de alumnos matriculados– ha dependido históricamente de la predilección de los estudiantes subgraduados por aprender español sobre el resto de lenguas modernas. Es de particular interés que muchos de los que toman los cursos de lengua no son estudiantes de origen hispano, lo que demuestra que su decisión no depende únicamente de consideraciones de identidad étnica o cultural. El incremento de la población hispana o latina y su progresiva asimilación en el llamado *mainstream* –entendido, a grandes rasgos, como clase media consumidora– ha hecho que la sociedad americana vaya entendiendo gradualmente la importancia de este gran grupo minoritario y valorando sus señas de identidad, entre las que la lengua es su principal capital cultural,

aunque no el único. Sobre ello se superponen factores de tipo *sentimental*, como es el de una particular simpatía –con sus pre- visibles excepciones– del estudiante americano por la lengua y riqueza cultural –que incluye lo musical o lo culinario– de los países hispánicos, así como por su diversidad étnica y carácter transatlántico. La lengua española es percibida también como más fácil de entender y hablar, al menos en sus niveles iniciales, que otras de origen europeo como el alemán o el ruso, para no mencionar el caso del chino o el árabe.

Debido a esta creciente importancia en la vida privada y económica del país, el estatus del español ha cambiado considerablemente. La *Enciclopedia del Español en los Estados Unidos*, publicada en 2006, recoge una serie de trabajos muy sugerentes para entender de manera adecuada la situación de nuestra lengua en el país norteamericano. El antiguo director del Instituto Cervantes de Nueva York, el profesor, novelista y traductor Eduardo Lago, enfatiza el cambio de actitud que se ha producido entre la población de origen hispano con respecto a la lengua y cultura de su país de origen. En contraste con lo que sucedía hasta hace pocas décadas, los latinos en Estados Unidos hacen –según Lago– un mayor esfuerzo por preservar su legado cultural. Afirma que el español tiene el doble estatus de ser una lengua nativa y extranjera a la vez. El español también va adquiriendo progresivamente mayor prestigio social en la sociedad americana, al tiempo que los hispanohablantes avanzan en la adquisición de un conocimiento más culto de la lengua que va más allá del mero uso instrumental de la comunicación oral. Ello trae aparejado un mayor crecimiento de la industria editorial en español, opinión esta contestada desde otros sectores menos optimistas. Lago –pecando de cierto voluntarismo– explica que Estados Unidos está asistiendo al nacimiento de una segunda *latinidad* bajo el signo de la integración y forja de una nueva nacionalidad hispano-norteamericana, y una nueva variante lingüística del español¹⁹. Concluye su análisis con la aseveración de que dicha población hispano-americana constituye una nación dentro de la nación, una unidad con su propia cultura, integrada generalmente sin trauma en la nación estadounidense a la que se sienten orgullosos de pertenecer²⁰. Como contraste a la opinión de Lago, los trabajos de José del Valle muestran una perspectiva más crítica con respecto a las políticas lingüísticas de España, enfocándose en la ideología del español, tanto en el terreno doméstico como en su acción exterior, principalmente en Estados Unidos. Así, afirma del Valle:

«La configuración actual de la comunidad hispánica es un proceso disputado en una dinámica que enfrenta visiones discrepantes sobre la naturaleza de la relación, pasada, presente y futura, entre las distintas naciones del mundo hispánico. Y en esta dialéctica ha intervenido con gran presencia y apoyo institucional la política lingüística española orientada hacia la promoción del estatus del español como pilar central que sostiene a la comunidad panhispánica» (55).

A este respecto, se puede añadir que el informe del United States Census Bureau de 2011 sobre el uso de lenguas distintas al inglés arroja una cifra de 37 millones y medio de hablantes de español en casa (mayores de cinco años), de los que el 56 % afirma hablar inglés «muy bien», lo cual es indicativo del mayor nivel de integración de la minoría hispana en la sociedad estadounidense. Ya en 2014, el Pew Research Center ha emitido un informe en el que señala que la población latina o hispana –usa el término indistintamente– es la que crece con más rapidez, pues de los poco más de nueve millones de personas que había en 1970 se ha pasado a los cincuenta y tres de 2012. La proyección de crecimiento del censo oficial de 2012 (U.S. Census Bureau) para 2060 es que llegará a alcanzar los 129 millones, pasando del 17% de la población en ese año al 31% (Krogstag y López). Estas y otras estadísticas confirman un uso extendido del español, en sus diferentes variantes, por grandes sectores de población estadounidense. Ello, unido al interés de millones de estudiantes no latinos por esta lengua, apunta al hecho de que Estados Unidos se convertirá en el segundo país con mayor número de hispanohablantes, después de México, en unas pocas décadas.

Las estadísticas recién publicadas por la Modern Language Association of America (MLA) en febrero de 2015, bajo el título *Enrollments in Languages Other Than English in United States Institutions of Higher Education, Fall 2013*, señalan que más del cincuenta por ciento de los alumnos estadounidenses eligen el español cuando se deciden por estudiar una lengua distinta al inglés (790.756 toman español y 771.423 el resto de las otras lenguas) (*Enrollments* 21). Dando una idea de la diferencia numérica entre las lenguas estudiadas, el informe expone que en 2013, y frente a ese número de 790.756 del español, 197.757 estudiaban francés, 61.055 chino y 12.415 portugués, entre otros ejemplos. Las lenguas incluidas en la estadística son, por orden numérico de mayor a menor, «Spanish, French, American Sign Language, Ger-

man, Italian, Japanese, Chinese, Arabic, Latin, Russian, Ancient Greek, Biblical Hebrew, Portuguese, Korean, Modern Hebrew». En una categoría general de «Other languages» –que engloba a 304 lenguas– se da una cifra de 40.059 estudiantes matriculados (*Enrollments* 27). Con respecto al número de estudiantes matriculados en las otras lenguas peninsulares, presentadas dentro de la categoría de «304 lenguas enseñadas menos comúnmente», aparece el vasco/Basque con 123 estudiantes, el catalán/Catalan con 87 y el gallego/Galician con 8. De todos modos y con respecto a años anteriores, el porcentaje de alumnos matriculados en las principales «lenguas distintas al inglés» ha descendido en torno a una media del 8% (el informe no usa el término «lenguas extranjeras»).

Estas cifras ayudan a situar el debate sobre la percepción del español en Estados Unidos en unos parámetros diferentes. Aún admitiendo un comprensible pragmatismo a la hora de elegir esta lengua, los números son tan manifiestos que permiten afirmar, sin caer en el patriotismo lingüístico, que el español está sin ninguna duda en una categoría distinta con respecto a las demás lenguas modernas. Asimismo, considerar que más de la mitad de los estudiantes matriculados en una lengua distinta al inglés no tiene en cuenta el llamado «factor prestigio» a la hora de tomar su decisión resulta a estas alturas de un elitismo absurdo. La idea defendida habitualmente de que el francés es la lengua de prestigio para los estudiantes americanos es algo que cada vez tiene menos base y apoyo en la realidad.

En donde se ha operado un cambio más notable en relación con el paradigma del hispanismo establecido en el siglo XIX, y afianzado durante gran parte del siglo XX, ha sido en la orientación de los estudios literarios, en donde la filología y la historia literaria han sido sustituidos por una aproximación más interdisciplinar y por la práctica de los estudios culturales. Asimismo, el estudio de la literatura peninsular en lengua castellana ha cedido definitivamente su primacía a las literaturas latinoamericanas. Este cambio de modelo, tanto en el estudio de la lengua española como de las literaturas y culturas peninsulares y latinoamericanas, se inserta dentro de una profunda transformación de las Humanidades en Estados Unidos. Esta, que aún no ha concluido, no se produce sin resistencia, lo que hace que en ocasiones sea etiquetada bajo el nombre de «guerras culturales», no muy distintas a las que se desarrollaron en Harvard en la década de 1820 cuando los jóvenes profesores de la generación de Ticknor

lucharon por modificar el plan de estudios de las humanidades y de las lenguas clásicas y modernas²¹. Dichas luchas académicas tuvieron su momento álgido hace varias décadas con el propósito de desplazar a la filología y la historiografía literaria del centro de la disciplina para abrir así el campo a nuevas aproximaciones. Aunque había comenzado antes, fue en las décadas de 1980 y 1990 cuando el cambio se hizo más obvio, como consecuencia principalmente del auge del postestructuralismo, la deconstrucción, el feminismo, los estudios poscoloniales y de género, más otras orientaciones que desafiaban la supremacía de un canon occidental hegemónico al que iba aparejado un modelo particular de crítica literaria y textual²². Dicho modelo se sustentaba sobre una sólida orientación histórico-filológica, así como sobre la preeminencia de la dimensión literaria y las convenciones largamente aceptadas de autor, originalidad y valor literario.

Un ensayo del profesor Louis Menand publicado en 2001 con el título de «El mercado de las ideas» («*Marketplace of Ideas*»), ampliado posteriormente en un libro del mismo título, ayuda a entender la evolución y situación de las Humanidades a principios de este siglo. Su diagnóstico resulta también aplicable, en gran medida, a los departamentos de español en Estados Unidos. Menand traza un mapa de la evolución de las Humanidades desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta el inicio de nuestro siglo. La «edad dorada» de la educación universitaria tuvo lugar desde 1945 hasta 1975, aproximadamente, y se caracterizó por una gran expansión de *colleges*²³ y universidades, y un crecimiento similar de los programas de lenguas extranjeras. Este incremento dependió de factores externos relacionados con la Guerra Fría y la campaña de Estados Unidos para convertirse en el líder del «mundo libre»; asimismo el sistema universitario se consolidaba sobre una estructura académica de tipo meritocrático. Los subsidios gubernamentales para el estudio de las ciencias y de las lenguas extranjeras iban acompañados por inversiones en «capital humano», ya que se consideraba que los ciudadanos educados eran una fuente estratégica. Durante los años cincuenta, universidades punteras tipo Harvard o Yale organizaron unos completos planes de estudio para la educación subgraduada, los cuales estaban basados en los logros de la tradición occidental, que exponían a los estudiantes al conocimiento de los grandes libros del canon. Además se establecieron sólidos paradigmas en la enseñanza de la sociología, la historia y la literatura, materias que se estudiaban con un rigor analítico basado en principios

de valor estético y significado consistente. Tras este periodo, los años setenta estuvieron dominados por la Guerra de Vietnam, las revueltas estudiantiles y la apertura de los *colleges* a más mujeres y a miembros de grupos étnicos desfavorecidos, las llamadas *minorías*. El énfasis en la *diferencia* propició, según Menand, una crisis en el modelo de meritocracia y fue testigo de un crecimiento del multiculturalismo y de la idea de una educación para la ciudadanía que anticipó los movimientos contrarios a los paradigmas académicos dominantes. Las nuevas disciplinas académicas comenzaron a definirse y consolidarse de manera antagonista con respecto a las tradicionales. La fase actual se caracteriza por ser *posdisciplinar*, pues expande la práctica del análisis literario y cultural a diversas aproximaciones interdisciplinarias. Según el pronóstico de Menand, y como contrapartida a dicha expansión, la falta de un paradigma sólido puede causar el declive de la integridad de las disciplinas específicas, el colapso del consenso sobre contenidos y planes de estudios en las humanidades y la devaluación de la especialización.

Sobre la situación de los departamentos de español dentro de este contexto general de las Humanidades, tal y como se practican en Estados Unidos, realicé unas reflexiones en un artículo anterior (2013). Mi propuesta en ese trabajo era el de la *coexistencia* entre los dos modelos más practicados en la actualidad en los departamentos de español americanos: los estudios literarios y los estudios culturales, ambos en sus diferentes variantes. Los departamentos de español se estructuraban hasta hace pocos años siguiendo el esquema tradicional que agrupa los fenómenos literarios por su origen regional, nacional o plurinacional, así como sobre el estudio de los distintos géneros literarios. La mayor apertura de la universidad americana a la modificación de su estructura organizativa ha propiciado un cambio notable en la disciplina, lo cual permite su expansión interdisciplinar. Del más tradicional enfoque en el estudio de la lengua y literatura se ha pasado a un campo de acción que incluye productos no literarios tan diversos como el cine, el turismo o la moda. En este sentido resulta muy interesante observar cómo en algunos casos los diversos departamentos retienen o no las denominaciones clásicas o cambian su nombre con intención de señalar el tipo de paradigma disciplinar favorecido. El cambio está condicionado por cuestiones no solo intelectuales, sino también de política académica²⁴. A estas alturas parece claro que los estudios culturales han transformado, en general beneficiosamente, el perfil del hispanismo estadounidense.

No obstante, la vigencia de una filología e historia literaria actualizadas en su práctica me parece también primordial.

Durante muchas décadas la actividad crítica de los departamentos de español tuvo en el centro de su práctica al texto literario, analizado este desde una perspectiva filológica, principalmente en lo referido a periodos tempranos. Según Hans Ulrich Gumbrech, el filólogo busca reconstruir el sentido original del texto a partir de sus «fragmentos» –la condición actual– con el propósito de rehabilitar un pasado nacional e histórico cuyos efectos aún se sienten. El problema central de la filología clásica fue su afán «colonizador», que la movía a ocupar todo el espacio de la investigación literaria. Esta característica ha desaparecido prácticamente del hispanismo americano, siendo hoy día la aproximación filológica una tendencia minoritaria. No obstante, la estructura epistemológica y disciplinar de la filología y de la historia literaria aún tiene un papel importante que jugar en nuestra profesión, no solo en la investigación, sino sobre todo en la enseñanza. La inserción del texto en su contexto histórico-cultural de producción se establece como práctica de inmensa utilidad para estructurar y organizar mejor el conocimiento. Es un fenómeno generalizado que los estudiantes universitarios tengan un escaso conocimiento histórico y que padezcan de lo que muchos denominan *presentismo*, fenómeno que debilita la profundización en cualquier campo de estudio humanístico. Por ello, una vez que el estudiante ha adquirido una competencia básica en el análisis de textos literarios está más capacitado para lanzarse a una crítica sólida de los fenómenos culturales y a una mejor comprensión de su compleja naturaleza. El mejor plan de estudios será pues aquel que se sustente sobre esos dos pilares: el de la producción literaria –dentro de su marco histórico y filológico– y el de la producción cultural –realizado desde la orientación de los estudios culturales. La organización de los departamentos de español según el paradigma posdisciplinar no puede dejar de lado la centralidad de los textos literarios, pero debe incluir los *textos* visuales y digitales. Por otro lado, los profesores y estudiantes deben aspirar a ser cada vez más competentes a la hora de analizar y entender productos culturales que tradicionalmente habían estado excluidos de la práctica del hispanismo.

La coexistencia productiva de esos dos modelos dominantes en la disciplina resulta fundamental para intentar paliar la progresiva devaluación de las Humanidades. La exclusión de uno u otro empobrece la práctica académica y debilita la estruc-

tura de los departamentos. En este sentido, uno de los mayores peligros de nuestra profesión es la intransigencia por parte de los practicantes de una tendencia hacia la cultivada por los otros. Después de todo, el adversario, si es que existe, no está dentro de la disciplina, sino en una mentalidad mercantilista que va calando de modo ineluctable en estudiantes, profesores y administradores universitarios.

De todos modos, dicha mentalidad no debe confundirse necesariamente con una progresiva tendencia hacia orientaciones más prácticas dentro del hispanismo, algo por lo que abogo en una columna aparecida en 2014 en la revista *Hispania*. En mi opinión, la coexistencia no debe aplicarse solo a la referida de estudios literarios y culturales, sino también al papel de la lengua en los departamentos de español. Me parece imprescindible fortalecer el componente lingüístico en el currículo subgraduado con intención de ir haciendo menos drástica la separación de lengua frente a literatura/cultura en la especialidad *–major–* de español o estudios hispánicos. Para ello hay que considerar qué se entiende hoy día por enseñanza del español y cómo se realiza. Está claro que en los programas más avanzados de enseñanza de lengua esta se practica ya desde los primeros niveles sobre contenidos culturales (entendidos de modo amplio), literarios y fílmicos. Ello propicia la quiebra de esa muralla entre «lengua» y «literatura/cultura» que ha caracterizado a los departamentos de español y otras lenguas en las últimas décadas. Una consecuencia positiva de este cambio lleva a minimizar el terror a convertirnos en departamentos «de servicio», lo cual impide que algunos departamentos e instituciones incorporen el español para el mundo profesional. En realidad se podría considerar *–sin caer por ello en el cinismo–* que, en el panorama actual de la universidad americana, las Humanidades son cada vez más un instrumento para otro fin. La clave de su supervivencia o incluso *–pecando de optimistas–* de un nuevo florecimiento reside en hacer de esa dimensión instrumental un componente esencial por medio del fortalecimiento de sus contenidos humanísticos.

La resistencia de muchos departamentos, que se precian de ofrecer una sólida instrucción en la llamadas Artes Liberales, se basa en el miedo a ceder terreno ante las presiones de una educación subgraduada obsesionada con los saberes prácticos. En este sentido, creo que muchas instituciones americanas y sus profesionales aciertan al defender un modelo de hibridez

entre el componente de utilidad y el de profundización en las disciplinas humanísticas. La coexistencia del modelo tradicional y el currículo para las profesiones ya se practica con notable éxito en muchas universidades. Cuanto antes se generalice dicho modelo mejor se podrá controlar su desarrollo, evitando así los excesos del utilitarismo más tosco.

Dentro de este paradigma, los programas de estudio en países y en regiones hispanohablantes se convierten en ejemplo de integración de los diferentes planos que componen una lengua viva dentro de su contexto social: a lo lingüístico y cultural se le añade la experiencia directa de inmersión en el medio, así como la apertura del estudiante a una perspectiva cognitiva y vital más globalizada. Ejemplos notorios de la efectividad de estos viajes de estudios los tenemos en los fundadores del hispanismo estadounidense, Ticknor y Longfellow. Otros casos significativos más cercanos a nuestras circunstancias vitales aparecen recogidos en las memorias del hispanismo del libro de Caballé y Pope, como son los testimonios autobiográficos de David Gies, Linda Gould Levine, Roberta Johnson y David Herzberger, entre otros.

Con respecto a los estudiantes, hay que plantearse si estamos considerando seriamente qué es lo que quieren y esperan. ¿Hemos de minimizar o ignorar las presiones inevitables para dar una salida profesional a su educación subgraduada o, por el contrario, debemos diseñar una estrategia lúcida en donde sus expectativas de usuario se vinculen con sus necesidades de estudiante y con su futuro laboral? Parece claro que hay que atender a ambos criterios.

Ante este panorama de lo que existe y no de lo que nos gustaría que fuera, hay que seguir planteándose desde el territorio del hispanismo cuál va a ser la organización académica de los departamentos de español en siglo XXI. Un modelo de coexistencia, en un nivel de semejante importancia, entre lengua –incluido su componente de orientación hacia la vida profesional–, estudios literarios y estudios culturales parece ser la respuesta. Esto requerirá cambios estructurales profundos que pueden llegar a sacudir los cimientos de la actual organización departamental fundamentada en una disposición jerárquica de las disciplinas en las que la lengua se halla en la base. Aquellos departamentos e instituciones que mejor lleven a cabo esta transformación tendrán una ventaja notable sobre los más reacios.

- ¹ Para una idea más precisa del sentido del término *hispanismo* y de su desarrollo, véase la Introducción de Richard L. Kagan a la colección de ensayos *Spain in America* (2002).
- ² Mar Vilar García ha hecho un recorrido muy bien documentado sobre la enseñanza del español en las universidades americanas desde su fundación hasta el presente.
- ³ Para un resumen de la vida y obra de Ticknor se puede acudir a la página web de la interesante asociación creada en su honor: «The Ticknor Society –a fellowship of book lovers–». Cambridge, Mass. <http://www.ticknor.org/George.shtml>
- ⁴ El estudio de Bouterwek *Geschichte der spanien Poesie und Beredsamkeit* –sección de la obra más amplia *Geschichte der Poesie und Beredsamkeit seit dem Ende des dreizehnten Jahrhunderts* (*Historia de la poesía y la elocuencia desde fines del siglo trece*) 12 vols. (1801-1819)– se publicaría traducido al francés en 1812 y al inglés en 1823 bajo el título *History of Spanish and Portuguese Literature*. En español apareció como *Historia de la literatura española* en 1829, traducida por José Gómez de la Cortina y Nicolás Hugalde y Mollinedo. Bouterwek fue profesor en Gotinga durante la estancia de Ticknor en esa universidad; sus trabajos sobre las literaturas nacionales sirvieron de base a la historia de Ticknor. Para un mejor conocimiento de la *Historia* de Bouterwek, véase el «Estudio Preliminar» de Valcárcel Rivera y Navarro Pastor que precede a la edición, XI-LIV.
- ⁵ David Tyack publicó en 1967 un trabajo pionero sobre Ticknor y su relevancia como intelectual, profesor y crítico literario sobre el que se han basado la mayoría de los estudios posteriores.
- ⁶ Recientemente editado y traducido por Antonio Martín Ezpeleta, el diario viene precedido del magnífico estudio introductorio «George Ticknor: Filantropía e hispanismo en Nueva Inglaterra», xi-cii.
- ⁷ «Por M. G. Ticknor, Traducida al castellano, con adiciones y notas críticas, por D. Pascual de Gayangos, individuo de la Real Academia de la Historia, y D. Enrique de Vedia Publicada en Madrid. Imprenta de La Publicidad, á cargo de M. Rivadeneyra, Calle de Jesús del Valle, núm. 6. 1851.»
- ⁸ Ticknor también nombra en sus agradecimientos a Mr. O. Rich, antiguo cónsul de los Estados Unidos en España y a Pascual de Gayangos («D. P..... de G..... uno de los mas distinguidos literatos en el ramo particular que cultiva», Prologo v) y dedica su obra a Mr. Francisco C. Gray y a Mr. Guillermo W. Prescott, «historiador de ambos hemisferios, cuyo nombre no olvidará jamás ninguno de ellos». A su amigo y discípulo William Prescott dedicó Ticknor un extenso estudio biográfico como homenaje ante la muerte de este en 1859. Sobre Prescott y el desarrollo de los estudios históricos sobre España, véase el trabajo de Kagan, «From Noah to Moses: The Genesis of Historical Scholarship on Spain in the United States».
- ⁹ Rubén Darío, *Cantos de vida y esperanza* (1905), pp. 145-146.
- ¹⁰ El efecto que esta obra de ingeniería tuvo en el aumento del interés norteamericano en Latinoamérica se resalta en la *Historia literaria* de Alfred Coester: «Latinoamérica y los Estados Unidos se parecen a dos vecinos que durante años han vivido cerca el uno del otro, pero demasiado ocupados en sus asuntos privados como para mostrar un indiferente interés cuando no hostilidad hacia el otro [...] La construcción del canal de Panamá ha dirigido nuestra atención hacia el sur. Hemos descubierto que esas vastas regiones desconocidas están habitadas por seres humanos dignos de ser conocidos mejor a pesar de que su carácter difiere ampliamente del nuestro» [m.t.] (Preface, vii).
- ¹¹ En relación a ello, Felipe Fernández Armesto ha trazado un recorrido histórico de gran valor en su reciente libro *Our America: A Hispanic History of the United States*, cuyo título replica el de la famosa obra de Waldo Frank de 1919. En él, Fernández Armesto desvela otra historia del país, una que no sigue la expansión angloamericana de este a oeste –base de la historiografía de Estados Unidos–, sino la hispana de sur a norte.
- ¹² En este sentido se sitúa el artículo de Carlos Alonso en el que propone que los departamentos de «culturas ibéricas y latinoamericanas» incluyan las diferentes lenguas y culturas peninsulares más las lenguas indígenas más habladas.
- ¹³ Un ejemplo de esa actitud más combativa es la desarrollada en el artículo «Iberian Modalities», donde Joan Ramon Resina vuelve a realizar una agria invectiva contra el Hispanismo como «epifenómeno excluyente cuya referencia máxima no es la vida cultural en la Península Ibérica, sino el Imperio castellano y el ascenso del nacionalismo español mediado a través del chovinismo lingüístico» [m.t.] (3). El trabajo de Resina es, sin embargo, más remiso a la hora de desvelar los propios postulados nacionalistas sobre los que se fundamentan muchas de sus tesis iberistas. Anna Caballé hace unos sugerentes comentarios al respecto en el prólogo a ¿Por qué España?, al afirmar que la presencia de Resina en su libro «está justificada por su posición periférica y crítica hacia el hispanismo tradicional, liderando una corriente de abierta beligerancia» (17).
- ¹⁴ Entre los participantes en el volumen destacan figuras de gran reputación profesional como Frederick de Armas, David T. Gies, Roberta Lee Johnson, Susan Kirkpatrick, Lily Litvak, Noël Valis y el propio Randolph Pope, entre otros.
- ¹⁴ Fernández Cifuentes ya publicó en 2004 un sólido estudio sobre las historias literarias realizadas en Estados Unidos, que va desde la más temprana de Ticknor a la *Historia de la literatura española* de Ángel del Río, publicada en 1948.
- ¹⁶ Con respecto al uso del término castellano o español, es obvio que en Estados Unidos, como en otros muchos países, se usa casi en exclusividad el segundo. El término «castellano» se suele identificar fuera del ámbito lingüístico hispanohablante con la norma lingüística peninsular. En Estados Unidos, *Castilian* o *Castilian Spanish* es claramente considerado como el español de España, mientras que *Spanish* es el nombre usado para referirse al español de todos los países hispanohablantes.
- ¹⁷ Sobre esta cuestión existe abundante bibliografía. Remito al trabajo de Vilar García.
- ¹⁸ En la estructura académica de la universidad americana, el portugués se suele agrupar con el español –por razones

geográficas, históricas y culturales– para formar Departamentos de Español y Portugués, que generalmente es la designación más común.

¹⁹ El término más usado en los últimos años para referirse a la población denominada oficialmente como hispana es del de *latino/latina*, el cual tiene una connotación más étnica con implicaciones políticas. Hispano va adquiriendo progresivamente un matiz más de tipo cultural. De todos modos, esta es una cuestión compleja y, por tanto, difícil de reducir a un par de líneas explicativas.

²⁰ La idea de una integración poco traumática tendría que ser explorada y matizada con mucho más cuidado, sobre todo si se tienen en cuenta las tensiones políticas causadas por el intento de modificar el estatus de muchos inmigrantes indocumentados de origen hispano por parte de la administración del presidente Obama.

²¹ Como documenta Tyack en el capítulo III «The Cause of Sound Learning», pp. 85-128.

²² En 1999 coedité el volumen *El hispanismo en Estados Unidos*, en el que colaboraban diversos especialistas de las orientaciones teóricas más productivas en EEUU en esos años y donde se incluía junto con un estudio introductorio de cada aproximación un ejemplo concreto de aplicación textual.

²³ El *college* americano no tiene un equivalente exacto europeo o español. La duración de los estudios de *college* suele ser de cuatro años a partir del momento en el que el estudiante termina la enseñanza secundaria. Existen unas asignaturas comunes para todos los estudiantes subgraduados en donde se cubren áreas como, por ejemplo, arte, literatura, sistema y tradiciones de pensamiento, estudio internacional, análisis social y ciencias: cuantitativa, física y aplicada (modelo Dartmouth College). También suele haber un requisito de lenguas modernas. Después de cumplir con los cursos obligatorios, el estudiante elige una especialidad o *major* (en ocasiones hacen una especialidad doble, por ejemplo, Biología y Español, o un *major* y un *minor*). El estudiante se gradúa con un genérico *Bachelor of Arts* o *Bachelor of Science*. Tras esos cuatro años –que van normalmente desde los dieciocho a los veintidós años y que concluyen con la famosa ceremonia de graduación tan popularizada por el cine y la televisión americanos– los estudiantes salen al mercado laboral o solicitan admisión en las escuelas profesionales para especializarse en derecho, medicina, negocios, etc., o en las escuelas graduadas para obtener un máster o doctorado (Ph.D.).

²⁴ Así no resulta del todo casual que un departamento se llame *Department of Spanish and Portuguese* (Dartmouth College, Yale University, The University of Texas at Austin o Northwestern University), *Department of Spanish, Italian, and Portuguese* (University of Virginia), *Department of Latin American and Iberian Cultures* (Columbia University) o *Iberian and Latin American Cultures* (Stanford University), por citar solo algunos ejemplos. Significativamente, en una universidad pionera en los estudios hispánicos como Columbia los términos «español» y «literatura» se sustituyen por los más generales y ambiguos de «ibérico» y «cultura». Por su lado, Harvard –cuna del hispanismo estadounidense– mantiene la nomenclatura histórica de Departamento de Lenguas y Literaturas Romances.

BIBLIOGRAFÍA

- Alonso, Carlos. «Spanish: The Foreign National Language». *Profession 2007. Modern Language Association of America*. 218-28.
- Bouterwek, Friedrich. *Historia de la literatura española* (Ed. Carmen Valcárcel Rivera y Santiago Navarro Pastor. Trad. José Gómez de la Cortina y Nicolás Hugalde y Mollinedo). Madrid, Verbum, 2002.
- Caballé Masforrol, Anna y Randolph D. Pope. ¿Por qué España? *Memorias del hispanismo estadounidense*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014.
 - «Prólogo. Veintiuna autobiografías inesperadas». En ¿Por qué España? *Memorias del hispanismo estadounidense* (Ed. Anna Caballé Masforrol y Randolph D. Pope). Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, pp. 6-20.
- Darío, Rubén. *Cantos de vida y esperanza* (1905). En *Rubén Darío. Antología poética* (Ed. Dolores A. Swan). New York, Las Américas Publishing Company, 1969.
- Faber, Sebastiaan. «Economies of Prestige: The Place of Iberian Studies in American Universities». En *Hispanic Research Journal* 9. 1, 2008, pp. 7-32.
- Fernández, James D. «Longfellow's Law: The Place of Latin America and Spain in U.S. Hispanism, circa 1916». En Epps, Brad y Luis Fernández Cifuentes (eds.) *Spain Beyond Spain: Modernity, Literary History, and National Identity*. Lewisburg, Bucknell UP, 20, pp. 49-69.
- Fernández-Armesto, Felipe. *Our America. A Hispanic History of the United States*. New York, W.W. Norton & Company, 2014. / *Nuestra América. Una historia hispana de Estados Unidos* (Trad. Eva Rodríguez Halffter). Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014.
- Fernández Cifuentes, Luis. «Lengua y literatura en los Estados Unidos: tres momentos». En *Informes del Observatorio / Observatorio Reports*. Instituto Cervantes at FAS-Harvard University. ISSN 2372-840X (online) 001-05/2014SP.
 - «La literatura española en los Estados Unidos: historia de sus historias» (Ed. Leonardo Romero Tobar). En *Historia literaria / Historia de la literatura*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, pp. 253-72.
- Gumbrecht, Hans Ulrich. *The Powers of Philology: Dynamics of Textual Scholarship*. Urbana and Chicago, University of Illinois Press, 2003.
- Goldberg, David, Dennis Looney, y Natalia Lusin. *Enrollments in Languages Other Than English in United States Institutions of Higher Education, Fall 2013*. Modern Language Association of America, February, 2015 (Web publication).
- Hart, Thomas R. Jr. «George Ticknor's *History of Spanish Literature*: The New England Background». En *PMLA*, 69. 1, 1954, pp. 76-88.
 - «George Ticknor's *History of Spanish Literature*». *Spain in America. The Origins of Hispanism in the United States* (Ed. Richard L. Kagan). Urbana and Chicago, University of Illinois Press, 2002, pp.106-21.
- Kagan, Richard K. «Introduction». En *Spain in America. The Origins of Hispanism in the United States* (Ed. Richard L. Kagan). Urbana and Chicago, University of Illinois Press, 2002, pp. 1-19.
 - «From Noah to Moses: The Genesis of Historical Scholarship on Spain in the United States». *Spain in America*

- ca. *The Origins of Hispanism in the United States* (Ed. Richard L. Kagan). Urbana and Chicago, University of Illinois Press, 2002, pp. 21-48.
- Krogstad, Jens Manuel, Mark Hugo López. «Hispanic Nativity Shift: U.S. births drive population growth as immigration stalls.» Washington D.C., Pew Research Center's Hispanic Trends Project, April, 2014 (Web publication).
 - Lago, Eduardo. «Estados Unidos Hispanos». En *Enciclopedia del Español en los Estados Unidos. Anuario del Instituto Cervantes 2008* (Ed. Humberto López Morales). Madrid, Instituto Cervantes-Santillana, 2009.
 - Martín Ezpeleta, Antonio. «George Ticknor: Filantropía e hispanismo en Nueva Inglaterra. En George Ticknor, *Diarios de viaje por España*. xi-cii.
 - Menand, Louis. «The Marketplace of Ideas». American Council of Learned Societies Occasional Paper 49 (2001). http://archives.acls.org/op/49_Marketplace_of_Ideas.htm
– «*The Marketplace of Ideas. Reform and Resistance in the American University*. New York, W.W. Norton & Company Inc., 2010.
 - de Onís, Federico. «El español en los Estados Unidos». En *Hispania* 3. 5, 1920, pp.265-286.
 - del Pino, José M. «Hacia un modelo de coexistencia en la enseñanza subgraduada del español». En *Hispania* Guest Editorial. *Hispania* 97.2, 2014, pp. 182-83
– «The Coexistence Approach: Reflections on Curricular Change in a Department of Spanish in the Twenty-First Century». En *Basque/European Perspectives on Cultural and Media Studies* (Ed. María Pilar Rodríguez). Reno, Center for Basque Studies-University of Nevada, 2009, pp. 349-61.
 - del Pino, José M y Francisco La Rubia Prado (eds.) *El hispanismo en Estados Unidos (discursos críticos/prácticas textuales)*. Madrid, Visor, 1999. «Introducción», pp. 9-13.
 - Resina, Joan Ramon. «Iberian Modalities: The Logic of an Intercultural Field». Liverpool Scholarship Online. January 2014. 18 pp (Web publication).
 - Rhodes, Nancy and Ingrid Pufahl. «Panorama de la enseñanza de español en las escuelas de los Estados Unidos. Resultado de la encuesta nacional». En *Informes del Observatorio/Observatorio Reports*. Instituto Cervantes at FAS-Harvard University. ISSN 2372-840X (online) 002-06/2014SP.
 - Ryan, Camille. «Language Use in the United States: 2011». United States Census Bureau, 2013.
 - Ticknor, George. *Diarios de viaje por España* (Ed., trad., estudio preliminar y notas de Antonio Martín Ezpeleta). Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2012.
– «Prólogo». *Historia de la Literatura Española*. Tomo Primero. Madrid, 1851, I-VI.
– «*Syllabus of a Course of Lectures on the History and Criticism of Spanish Literature*, 1823 (HathiTrust online).
 - Tyack, David B. *George Ticknor and the Boston Brahmins*. Cambridge (MA), Harvard UP, 1967.
 - del Valle, José. «La lengua, patria común: la *Hispanofonía* y el nacionalismo panhispánico». En *La lengua ¿patria común? Ideas e ideologías del español* (Ed. José del Valle). Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2007, pp. 31-56.
 - Vilar García, Mar. *El español, segunda lengua en los Estados Unidos. De su enseñanza como idioma extranjero en Norteamérica al bilingüismo*. Murcia, Universidad de Murcia, 2008 (3ª Ed).

LA C POR LA K

El Barret Mexicà en las Ramblas

La historia del hispanismo en Estados Unidos ha sido bien contada, de Fredrick Pike a Richard Kagan, de Miguel Romera Navarro a Iván Jaksic¹. Poco a nada añadido. Puedo, quizá, proponer algo interesante si mezclo mi oficio de historiador con mi destino de *participant observer* de la vida universitaria estadounidense. Así, haré como historia pero en realidad será medio antropología de tribus académicas que he observado, en archivos y en vivo, con la curiosidad y la desazón del observador que no ignora que en cualquier momento puede ser merendado por los sujetos que observa. Quiero, pues, hablar de la persistencia del iberismo –un pleito– en los estudios estadounidenses de «lo hispánico», de cómo llegó a establecerse tal contencioso y de por qué persiste en medio de la ironía, por un lado, del *boom* universitario de departamentos de español y portugués –o nombres afines– y, por otro, la marginalidad intelectual de lo que producimos los académicos de lo ibérico o en ibérico. También aventuro, cual coda, un regreso, muy iberista, al lenguaje marginal, sin patria, sin madre ni padre, como visión personal, si ilusoria, del fin de las contiendas.

EL BARRET MEXICÀ EN LAS RAMBLAS

Richard Kagan acuñó el término *Prescott's paradigm*; James Fernández el de *Longfellow's law*². Esto es, ora la idea de que el interés estadounidense con la decadencia de España coincide con el crecimiento de las ambiciones imperiales estadounidenses (*Prescott's paradigm*), ora la convicción de que esa extraña curiosidad por España ha estado filtrada por el afán de dominio sobre la llamada «América Latina» (*Longfellow's law*). Leyes, pues, y mandamases, aunque tengo para mí que el tema de la decadencia de España es, en efecto, imperial, pero no peculiarmente estadounidense; está ahí, en los arbitristas del siglo XVII o en Antonio Cánovas del Castillo o en Marcelino Menéndez Pelayo. Además,

al leer y releer a autores como William H. Prescott, George Ticknor, Washington Irving o H. M. Longfellow no acierto a precisar qué ha sido más fuerte, si unos ojos estadounidenses que miran a España «alatioamericanizados» por el imperialismo o una mirada estadounidense de *Latin America* ya españolizada por los pleitos de su propio nombre –¿*Latin America*? ¿*Hispanic America*? ¿*Ibero America*?– y por las añejas connotaciones ibéricas –raciales, religiosas, culturales– que, por bulerías, resuenan en la mirada estadounidense de, por ejemplo, México. ¿Fue Prescott primero historiador de España y luego de la conquista del Perú y México? ¿O era un fascinado por México y Perú que, para entenderlos, tuvo que remontarse a Fernando e Isabel? ¿Cómo reducir a simple imperialismo la obsesión coleccionista de Ticknor y Prescott? En efecto, estos tempranos hispanistas estadounidenses acumularon infinidad de documentos, libros, datos y contactos, lo mismo con Madame Calderón de la Barca, Lucas Alamán o Joaquín García Icazbalceta en México que con Pascual de Gayangos en España o con Domingo Faustino Sarmiento en Argentina. Imperialismo, sí, y también español, pero ante todo «amistades peligrosas», principalmente entre Estados Unidos, México y España, de ahí su relevancia. Este primer hispanismo estadounidense, por erudición y por mera colección, fue zurcido a la inteligencia estadounidense por algo más que el imperialismo, como ha mostrado *The Metaphysical Club* de Louis Menand³.

Sin duda, España y Nueva España eran un viejo-imperio, frontera a conquistar, eran todo lo que Estados Unidos decía no ser: catolicismo, atraso, monarquía, Inquisición, y una larga y complicada historia. Por tanto, a lo largo del siglo XIX y XX España y México fueron el espejo ideal para la autodefinición de lo estadounidense. Pero los cruces entre España y su imperio, y Estados Unidos y el suyo, fueron sobre todo ecos de las muchas versiones del éxtasis romántico que desde fines del XVIII viró en un lugar común del pensamiento europeo: el vicio de jugar en «fuera de lugar», cultural, histórica, cronológicamente. Y en Estados Unidos fueron éxtasis la tentación de una historia antigua y larga –*vis-à-vis* la corta historia del país que decía nacer moderno y liberal– y la nostalgia por la autenticidad y la tradición –*vis-à-vis* el rápido cambio industrial, la destrucción de un prístino estado de convivencia entre lo moderno, la virtud cívica y la religión. Esta veneración ubicada en la nostalgia, escarnio en la autoconciencia de superioridad en la escala de civilizaciones, era un común verse unos a otros en Europa desde el siglo XVII,

ya fuera entre Inglaterra y España o entre Alemania, Inglaterra, de un lado, y el sur de Italia, Portugal o Grecia, del otro.

Por no romper la común costumbre de hablar de leyes, llamo a esto «La ley del Barret Mexicà en Las Ramblas». Simple: en Estados Unidos, las cosas culturales se demandan en versión hispánica, como los sombreros mexicanos vendidos en Las Ramblas de Barcelona. El sombrero es el estereotipo estadounidense de lo mexicano que pasa por español, por catalán o, más genéricamente, por ibérico. El comerciante pakistaní que los proporciona hace las veces de hispanista: al cliente lo que pida. No hay caso de exhibir los *caganers* en las vitrinas de las tiendas de suvenires o en hacer campaña, como intentó la Generalitat, para sustituir los sombreros mexicanos por barretinas, o ni para qué componer el dicho aquel para que rece: *Catalunya is not Spain... and not Mexico, for god sake!* No tiene caso pedirle al comerciante que no venda por español o por catalán un sombrero mexicano. Por eso, por los riñones de la mandamás Ley del Barret mexicà, a saber: el detonante cambia –ora puede ser Andalucía, ora Oaxaca–, pero es el mismo éxtasis; por tanto, todos los detonantes se reburujan a ojos del buscador de éxtasis. Podían ser bellos jóvenes morenos en las playas de Sicilia, o podía ser la Alhambra o Tepoztlán, el efecto es el mismo. Ese expresado por Ticknor al llegar por primera vez a España en 1813:

«Aquí el carácter es más nacional, hay más originalidad y poesía en las costumbres populares y en los sentimientos de lo que he encontrado en ningún otro lugar. No me refiero en absoluto a la clase más alta, es que lo que parece mera ficción y novela en otros países es cuestión de verlo observado aquí, y en todo lo que se refiere a las costumbres, Cervantes y Le Sage son historiadores. Porque, cuando se han cruzado los Pirineos, no es solo que pases de un país a otro y de un clima a otro, es que retrocedes un par de siglos»⁴.

La Ley del Barret Mexicà fue, claro, combatida por iberistas, portugueses y españoles, porque tal ley involucraba tanto las visiones románticas de la Alhambra como la leyenda negra de España; lo mismo la fascinación por Cervantes o Lope que la mezcla de «siesta, fiesta, sombrero y corridas de toros». Y eso era barbarismo puro para los iberistas peninsulares. El iberismo peninsular se hizo eco y al mismo tiempo rechazó las imágenes de Washington Irving a través de la reconstrucción de la unidad imperial ibérica – veces con dejos militares y comerciales, casi siempre con

tonos espirituales y culturales-. Cosa que sería más importante a partir de 1898.

A fines del siglo XIX, el iberismo era una extraña forma de patriotismo legal y filológico a favor de la supervivencia, el estudio, promoción y coexistencia de las lenguas, autonomías e instituciones locales de la Península dentro de un marco de tradición común, literaria y políticamente pactista. Una tradición creada y promovida por importantísimos intelectuales en castellano, catalán y portugués. Sinibaldo de Mas, Teófilo Braga o Prat de la Riba defendieron un iberismo comercial y militar. Miguel de Unamuno en España o Antero de Quental en Portugal fueron grandes exponentes de la síntesis de un iberismo más que militar, espiritual. Pero quizá el legado más importante de este iberismo –que en fechas recientes defendió José Saramago– para el hispanismo estadounidense fue el canon literario creado por tres intelectuales portugueses –Almeida Garret, Oliveira Martins y Teixeira de Pascoaes– y por tres importantes filólogos españoles –Manuel Milá i Fontanals, Marcelino Menéndez Pelayo y Ramón Menéndez Pidal–. Juntos, aunque de maneras muy diferentes, crearon una tradición literaria moderna, incluyendo –y esto es muy importante– el rescate de las tradiciones poéticas populares locales en catalán, portugués, gallego y el castellano de México y Nuevo México, de Texas o Extremadura, de Barcelona o de Lima. Construyeron un verdadero archivo de las lenguas ibéricas y de sus literaturas que sigue siendo un punto de referencia al hablar de lo hispánico, lo latino, lo español, lo catalán o lo mexicano. Como escribía Joan Maragall al híper-hispánico José Ortega y Gasset: «La cuestión catalana es la cuestión ibérica, y mientras no se trate paralelamente la relación entre la España castellana y Cataluña, con la relación entre la España castellana y Portugal, no creo que se pueda decir cosa de algún fundamento». Y en 1918, Fernando Pessoa decía de Iberia que era «o imperialismo do futuro», la dueña espiritual de Ibero-América⁵. Para la década de 1920, el iberismo viró en patrimonio de intelectuales afiliados al momento anti-democrático y nacionalista que en la Península terminó en Salazar y en Franco –también, en ambos casos, con apoyo en México, Nueva York o Buenos Aires–. Pero el iberismo tuvo un impacto importante antes y después de las dictaduras. Muchos intelectuales catalanes, españoles, mexicanos o portugueses se desencantaron del fascismo en la década de 1950, pero seguían siendo iberistas: Jaume Vicens Vives, Josep Pla, Álvaro Cunqueiro, Miguel Torga, José Vasconcelos o Gabriela Mistral entrarían en este grupo.

El iberismo influyó en el hispanismo estadounidense no vía Prescott o Ticknor, sino a través de la transformación de este primer hispanismo estadounidense producido por dos extraños «colados»: lo que Francisco Ayala llamó los hispanistas españoles que hicieron su carrera en Estados Unidos y los estudiosos castellano-hablantes, pero estadounidenses. La Ley del Barret Mexicà en Las Ramblas de Barcelona fue creando problemas a los hispanistas españoles y a los *Hispanists* y durante mucho tiempo el hispanismo estadounidense fue víctima de esa Ley, como señalaba Francisco Ayala –quien trabajó en la Universidad de Chicago– en un artículo publicado por *El País*:

«*Tienden [...] a contemplar el objeto de sus desvelos cognitivos desde una altura superior [...] Un poco a la manera en que el antropólogo considera las costumbres de sus salvajes predilectos, o los médicos cuando examinan a un paciente cuyas opiniones no debieran ser tenidas en cuenta*»⁶.

Excepto –decía Ayala– cuando son «hispanistas españoles» o, añadido yo, «gringos» de índole morena.

DE TICKNOR Y PRESCOTT A LA PROFESIONALIZACIÓN

Tres rasgos caracterizaron al primer hispanismo estadounidense en su paso a la profesionalización universitaria a partir de la década de 1880:

- Era filológico: es decir, estaba fascinado por las largas trayectorias históricas del lenguaje y por la recolección de documentos, libros y cartas de un mundo que se asumía perenne y fijo, aunque, bien visto, las ansias de recolectar dejaban entrever que esos filólogos intuían que aquel éxtasis de tradiciones no podía durar mucho.

- Amaba y odiaba al cada vez más potente iberismo de la Península. Los grandes filólogos y coleccionistas españoles, casi todos iberistas, alimentaban a las víctimas de la Ley del Barret Mexicà. Fueron los interlocutores, en México o en España, de Prescott o Ticknor. Pero los iberistas convertidos al credo de la hispanidad a finales del XIX tienen en el punto de mira al hispanismo estadounidense a la Prescott/Ticknor, especialmente cuando quieren lograr la unidad anti-anglosajona de las razas hispánicas. Para cuando Almeida Garret, Oliveria Martins o Marcelino Menéndez Pelayo reinaban, el hispanismo estadounidense ya se había institucionalizado con esa relación de amor y odio al iberismo y así enfrentó varios retos como área de especialización en las universidades estadounidenses.

· En sus primeros momentos de profesionalización, domina en el hispanismo estadounidense una clara jerarquía estética y de civilizaciones: arriba, la España del siglo de oro y su literatura, la historia del crecimiento y declive del imperio español, luego la filología histórica del español y poco o nada de la literatura de las otras Españas, peninsulares o americanas. Sin embargo, desde sus orígenes universitarios, al barco del hispanismo estadounidense se le filtró por todas partes el mundo hispano-americano, cosa que no sucedió en la Península, que pudo mantener un hispanismo inmune a los castellanos de las Américas hasta bien entrado el siglo XX. Prescott fue historiador de México y Perú, mientras que Ticknor entró en contacto con los autores mexicanos, argentinos y cubanos. El iberismo de la Península incluyó, claro está, a Cataluña y a Portugal, pero le tenía sin cuidado lo demás. Menéndez Pelayo reparaba, aunque someramente, en Sor Juana y en algo de Juan Ruiz de Alarcón, pero poco más.

Ticknor, coleccionista de fondos y textos, autor de la historia de la literatura española y *fund riser* para la institucionalización del hispanismo en Estados Unidos, inició la profesionalización universitaria del hispanismo en Harvard, heredando su cátedra a Longfellow. Pero la verdadera profesionalización del estudio de lo hispánico en Estados Unidos es cosa de la segunda mitad del siglo XIX, en especial entre 1880 y 1930; es una historia larga y que se desarrolla a trompicones. Resalto algunas características comunes que ayudan a entender como ese primer impulso Prescott/Ticknor acabó en departamentos de *Romance Languages* y luego, a partir de 1918, de estudios hispánicos. Lo primero fue el auge y crecimiento de lo que hoy conocemos como *the american research university*. Claro, universidades como Harvard, Columbia, Princeton o Yale se remontan al siglo XVII y XVIII, pero en realidad la historia de *the modern research university* es mucho más reciente. Es más, puede decirse que Harvard o Princeton fueron re-fundadas a fines del siglo XIX siguiendo el modelo de profesionalización de las nuevas universidades que iban surgiendo en Alemania y luego en todo Estados Unidos –universidades estatales como Texas o California y privadas como Chicago o Johns Hopkins–. Se experimentó con distintas variaciones de la concepción de las ciencias sociales y las humanidades, de lo que debería ser *a liberal education*, esto es, una educación ilustrada, cívica, exacta y útil. Primero hubo departamentos de ciencias sociales, así, todas las ciencias de lo social juntas, o de técnicas de gobierno o de humanidades. Después empiezan

a surgir departamentos más especializados: historia, sociología, antropología, clásicos, inglés, *romance languages*. Para 1920, casi todas las nuevas *research universities* cuentan con departamentos especializados y con asociaciones específicas para cada disciplina, como *The Modern Language Association*, fundada en 1883, la asociación de profesores de español, creada en 1917, o la revista *Romanic Review*, fundada por Henry Alfred Todd en 1910.

Como en la España de principios del siglo XX, el modelo para la renovación universitaria estadounidense en las décadas de 1880 y 1890 fue la universidad alemana. Casi todos los nuevos departamentos de las *research universities* se remontan a uno o dos, para usar el término emersoniano, «American Scholars» educados en Alemania a fines del siglo XIX. En España, a principios del siglo XX la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas mandó estudiantes a Alemania a especializarse en medicina, filosofía o filología, porque don Santiago Ramón Cajal y los fundadores de la Junta reconocían, como los estadounidenses desde 1880, que la vanguardia universitaria estaba en Alemania con su sistema de educación avanzada sostenido en seminarios, laboratorios, hospitales universitarios y especialización en diferentes campos como la cirugía, la filosofía, la filología o la sociología. Y, claro, esto era mucho más cierto con todo lo que tuviera que ver con los estudios de lenguas y literaturas, especialmente con la «romanística» alemana que llevaba un siglo de fascinación con la literatura medieval y moderna de la Península y con el estudio de la estructura y evolución del español, catalán, vasco, provenzal o portugués. Como llegó a decir el marqués de Francisco Ayala, todo el estudio profesional de la literatura española en el mundo se remonta a la fascinación alemana por Lope, Góngora, Cervantes y Calderón. La profesionalización del hispanismo estadounidense mete en este molde filológico germánico a la tradición Prescott/Ticknor. Es más, Ticknor mismo llegó a España después de una inmersión en la romanística alemana.

Por otro lado, *the research universities* nacen con un canon, flexible, pero bien establecido, para las humanidades: el estudio de clásicos griegos y latinos cual base de una *liberal education*; el estudio, no necesariamente religioso, de las religiones –de ahí la proliferación de *Divinity Schools*–, y el conocimiento de lenguas modernas con una clarísima jerarquía –además del latín y algo de griego clásico, se apreciaba el alemán, el francés, acaso el italiano, y poca cosa más–. El propio Ticknor fue persuadido sin éxito en Harvard para que no se dedicara al español, lengua que había

contribuido poco a la sabiduría de Occidente y era dudosamente occidental. Pero eso sí, no sólo un filólogo, sino un sociólogo con doctorado en Harvard o en Chicago en, un decir, 1903, tenía que dominar el alemán y el francés, lo mismo que un historiador. Además, las propias universidades estadounidenses contrataron a expertos en romanística «a la alemana», como Karl Pietsch o Henry Roseman Lang, tendencia que se renovará, pero ya en otro caldo institucional, con el exilio de estudiosos como Leo Spitzer en la década de 1940. Ahora bien, esta notoria influencia de la romanística alemana en la profesionalización del hispanismo estadounidense no fue una copia *avant-la-lettre*. Incluyó la fascinación con el siglo de oro español e incluso, como en Lang, el estudio de la gran tradición gallego-portuguesa y portuguesa, pero no adaptó del todo la preocupación alemana por el catalán o el provenzal. En Alemania, un filólogo como Max Wagner estudiaba la jergonza de rateros en las calles de la Barcelona de principios de siglo XIX y lo mismo en la ciudad de México⁷. En Estados Unidos no existió esta preocupación tan minuciosa por las variantes de las lenguas romances, pero sí surgió, poco a poco, el estudio de las lenguas indígenas de Norteamérica. Con todo, es claro que la marca alemana en la profesionalización de las lenguas romances en *the research universities* canonizó la admiración por la literatura italiana y francesa y por el siglo de oro español; poco más de lo ibérico y nada de lo hispánico americano.

Pero aquí entra la denominación de origen estadounidense. El auge de *the research universities* se da en un contexto muy específico que marcó el devenir de la romanística à l'américaine. Primero, 1898: la guerra fue lo de menos, lo importante fue el momento anti-hispánico que se da de 1895 a 1898 en la prensa estadounidense, uno de los primeros momentos realmente contemporáneos de olas de opinión pública creadas por *the media*. Los periódicos de William R. Hearst sintetizaron siglos de prejuicios culturales y raciales de lo anglosajón frente a lo hispánico en apoyo de unos pobres Washingtons cubanos. A pesar de la oposición de intelectuales tan célebres como William James, la presión pública fue tal que la guerra fue lo más cercano a la voluntad popular; se hicieron leyenda las imágenes de un Teddy Roosevelt en armas defendiendo la democracia y la libertad en contra de una España feudal. En este contexto, imaginemos la vida de nuestros hispanistas de toga y birrete como los señores de la ínsula Barataria. Pero hay otro tropiezo en el caldo: los hispánicos sin hispanismo, los prietos. Entre 1890 y 1913, cuando Ari-

zona y Nuevo México acceden al rango de Estados de la Unión, hay un callado reto «hispanico» para las instituciones y la cultura estadounidenses. Al tiempo que la «liberación de Cuba» se torna en una amarga guerra imperialista en Filipinas, difícilmente dis-frazable con el lenguaje de la democracia y la civilización, Texas, Arizona, California y Nuevo México crecen en población mexicana gracias a fenómenos como la fiebre del oro, la llegada del ferrocarril y, luego, la Revolución mexicana. Para 1920 ya hay 30.000 mexicanos en Chicago. Y eso es en el lejano y frío Chicago, ni qué decir en Texas o en California. Para 1912, la Constitución del nuevo estado de Nuevo México no tuvo más remedio que aceptar lo aparentemente imposible: el español como una lengua oficial de Nuevo México. Amplias poblaciones de habla española, de origen si no mexicano, novohispano, empiezan a tener peso en la Unión. Además, existían importantes comunidades de exiliados intelectuales de habla hispana que pronto dotaron de un color moreno el hispanismo estadounidense.

Es decir, éste se profesionaliza queriendo ser la ínsula Barataria apartada de una historia morena, por no decir hispánica, tan propia de Estados Unidos como el *Mayflower*, pero que ni los *Hispanists* ni el *mainstream* de la cultura estadounidense querían ver. Sin embargo, estaba ahí, emergía en cosas tan raras para la época como Menéndez Pelayos de Nuevo México o como constituciones estatales que inevitablemente reconocieron al español como lengua estatal o como en el hecho de que en la época más dura de nativismo, cuando un sistema de cuotas cerró la entrada a Estados Unidos a millones de asiáticos y de judíos del este de Europa, los mexicanos jamás estuvieron incluidos en las cuotas. Pero la ínsula Barataria heredada del paradigma Prescott/Ticknor no podía quedar inmune. No es que los morenos tomaran por asalto el hispanismo estadounidense, pero ese vivir entre morenos de toda índole acabó por ensartar en el hispanismo estadounidense algo que estaba ahí *desde'n denantes*: México y las otras Españas americanas. Surgen así, en el seno de la romanística a *l'américaine*, importantes filólogos como el nuevomexicano Aurelio Macedonio Espinosa o se da, como si un milagro, la transformación de un salmantino en la Universidad de Columbia, Federico de Onís, de iberista a la Menéndez Pidal a pan-hispanista americano, un giro impensable en la Península, por mucho amor que Menéndez Pidal o Unamuno tuvieran por Darío o por dos o tres –no más– escritores de las otras Españas. Claro que si el hispanismo estadounidense quería mantener el ya

de por sí débil rango universitario de lo hispánico, debía resistir el proliferar de prietos en el arroz; y resistir, resistieron, pero los prietos son como *els conillets*: muchos, incontrolables, destructores y *molt macos*.

La Revolución mexicana y portuguesa de la década de 1910 y la transformación del papel portugués en África a partir de la Primera Guerra Mundial también afectó la consideración de lo ibérico en Estados Unidos. El hispanismo estadounidense de Ticknor y Prescott aprendió a ser iberista en su profesionalización, pero involucró a Portugal y a México de una manera no pensada por el iberismo español, el cual, a la menor provocación, citaba a Garret, Oliveria Martins, Alexandreerculano o Teixeira de Pascoaes –como también hacían Rubén Darío, Rodó o Vasconcelos–. Henry Roseman Lang introdujo Portugal en Yale como parte del hispanismo estadounidense. Para 1920, la novela de la Revolución mexicana o el corrido ya eran tema hasta para Federico de Onís, que se larga un artículo sobre un corrido mexicano y la noción de «lo mero principal» considerándolo, según cuenta Concha Meléndez, como lo mero espiritual hispánico⁸. Se traduce la novela *Los de debajo*, de Mariano Azuela –escrita, por cierto, en San Antonio, Texas–, que compite con las «gachupinadas» mexicanas de Blasco Ibáñez. Pronto, vía Federico de Onís, Carlos Castillo o Luis Leal y luego vía Renato Rosaldo y Américo Paredes, del vientre del hispanismo universitario estadounidense sale el alien del estudio de lo hispánico en versión México o en la versión de los hispanohablantes de Estados Unidos.

La Primera Guerra Mundial divide a Estados Unidos y los debates suceden precisamente cuando las humanidades están profesionalizándose. Estos entreveros, junto con la marca morena, hirieron de muerte la marca germánica de la filología estadounidense. Las dos guerras mundiales debilitaron el prestigio cultural de la lengua alemana como segunda lengua en las universidades. Los hispanistas saltaron con gusto a la oportunidad de lanzar al español, su producto, como nueva moda. Los profesores de español en Estados Unidos, en su revista *Hispania*, lo tenían claro: el alemán *tot est*, lo que toca es aprender español, que es la lengua de Estados Unidos, del pan-americanismo –muy en boga entonces–; era lo más útil, era un regreso a Jefferson y su amor por el español y por la milenaria valía cultural de España. Uno de los fundadores de la asociación de profesores de español, Lawrence Wilkins, lo puso claro:

«En este país, nosotros escribimos con una C. [Cultura]. Sin ambages rechazamos la K [Kultur]... Digo pues que es de cultura escrita con C, en Estados Unidos, en Francia, en Inglaterra o en Centro y Sudamérica que hablaré hoy. Y en el desarrollo de esa cultura, el estudio del español jugará un papel cada vez más importante»⁹.

El cambio de *Kultur* por cultura, sin embargo, fue para los hispanistas españoles un beso envenenado: en efecto, el español se convertiría en la lengua más estudiada, pero sólo a riesgo de hacer plebeyo un hispanismo que siempre se quiso principesco. Porque la C por la K supuso una transformación en la cultura universitaria estadounidense de mayor alcance que el propio hispanismo. Tuvo que ver con la logofilia de fines del siglo XIX que, si bien con una clara marca alemana, en Estados Unidos llevó al estudio de lenguas nativas y modernas, un estudio menos pegado a nociones de raza o de jerarquía de civilizaciones. Aquí fue vital el papel de Franz Boas en Columbia y, sobre todo, de Edward Sapir en Chicago y Yale. Estos primeros antropólogos profesionales estudiaron el lenguaje en el contexto de la logofilia mundial de la segunda mitad del siglo XIX. Conocían, por supuesto, la revolución filológica del siglo XIX alrededor del sánscrito y comenzaron el estudio de las lenguas indígenas de América con la nueva filología etnográfica. Así, cayeron en la idea de que cada lengua era la estructura mental de un mundo, no distintas maneras de contar el mismo mundo. De ahí surgió la inconmensurabilidad y el relativismo lingüístico. No había lenguas mejores o más atrasadas que otras, sencillamente mundos distintos. Y como mucho de esa filología de fines del XIX venía del Romanticismo –sombra terrible de Herder–, la lengua pronto fue una y la misma cosa que cultura y que pueblo, así que no fue difícil acabar en el relativismo cultural. Esto fue Herder, pero democratizado, hecho ciencia, limpia de medio siglo de teorías raciales de las cuales el hispanismo había sido partícipe gustoso.

Para mediados del siglo XX, pues, los departamentos de *romance languages* o de español ya tenían los frentes abiertos, esos que a lo largo del siglo XX y XXI han guerreado en variopintas condiciones nacionales, universitarias y culturales. Me refiero, por un lado, al campo de la literatura peninsular, separada, casi siempre del todo, del emergente campo de la literatura hispanoamericana. Y dentro del primero, el fuego entre amigos, entre ibe-rismo castellano-centrista marginando lo catalán, lo portugués,

lo gallego e ignorando todo lo demás. A su vez, el campo de lo hispanoamericano o latinoamericano, por mucho tiempo México-centrista, va sacando del anti-españolismo mexicano primero y luego de los pleitos gremiales lo suficiente como para engordar su campo ocupando más y más puestos en los departamentos de lenguas romances o de español y portugués o de literatura brasileña que, en realidad, poco importaba a los *Mexicanists*. Hago caricatura, lo sé, pero es sólo para esbozar los frentes. Ahora...

LA GUERRA, MADRE: LA GUERRA; LA LENGUA, MADRE: LA LENGUA.

Un circunloquio personal antes de pasar a la persistencia del iberismo. A finales de la década de 1980, llegué a Stanford como estudiante de doctorado de historia y desde entonces, después de haberme paseado y vivido por varias universidades estadounidenses, ahí donde fuere, la guerra «vide» en los departamentos de lo ibérico. Eso sí, de lejos, que yo no era ni estudiante ni profesor en esos departamentos, sólo *participant observant*. Por un tiempo, creí que era una casualidad, que, bueno, pues sucedía que mientras yo estaba ahí en Stanford se estaban dando hasta con el comal, o que cuando llegué a Austin, bueno, era un mal momento, y que ahora en Chicago, pues, no sé, nos ha subido la bilirrubina, pero ya bajará. Pero permítanme sugerir que hay algo ahí, algo belicoso, en esos cambios de nombres, en esos pleitos por puestos, por teorías, por limpieza política o moral: que los peninsulares se vayan con italiano y francés, que los latinoamericanistas se unan a los *Latino/a studies*, que no *Spanish* y no *Hispanic*, sino *Iberian* e *Ibero-American* y no *language*, sino *cultural* o *performative or whatever studies*. La guerra, Madre: la guerra.

Los departamentos de lenguas ahora son mucho más grandes que en sus inicios y son indispensables para servir a la demanda estudiantil de español. A las autoridades universitarias –tengo la impresión– les tiene sin cuidado los sentimientos «subalternistas», latinoamericanistas, hispanistas, indigenistas o catalanistas de esos departamentos, mientras sirvan para enseñar español y portugués y mientras produzcan esos jugosos programas de *study abroad*. Cuando uno lee la complicada prosa de un *performative, queer* o *post-Hispanist* estudio de la sardana (un trasunto), encuentra una seriedad e importancia epistemológica, política y moral que no rima con la marginalidad de nuestros departamentos, de nuestros artículos *in the larger scheme of things*. Claro que

academia e intrascendencia son amigas, pero lo que me ha tocado ver y leer es intrascendencia dentro de la intrascendencia.

Y en éstas el iberismo está de regreso; ahora lo chic, lo *cool*, lo correcto y revolucionario, como en la Universidad de Columbia, como en Stanford, como lo quieren algunos profesores en Chicago, es disponer de departamentos de *Iberian and iberian American cultural studies*. ¡Ay! Iberia, como cantaba Celia Cruz, «no sé qué tiene tu voz que fascina».

En términos de los estudios de lo hispánico en Estados Unidos, el exilio latinoamericano de la década de 1970 y 1980, los movimientos sociales de la década de 1960 en Estados Unidos y el *baby boom* en la población universitaria, transformaron el iberismo, que era lo que había, y sus pleitos. Los viejos departamentos filológicos fueron transformados por esa semilla culturalista venida de la antropología y del propio estudio de las lenguas (Edward Sapir), y luego por las luchas por los derechos de minorías en la década de 1960. Lionel Trilling se volvió obsoleto, el *New Criticism* hedía a rancio, se cuestionaron los cánones literarios, primero con mucha sociología marxista de la literatura y luego con toda suerte de *discursive turns* y análisis culturales. El exilio del Cono Sur y de Cuba, de 1960 a 1980, decantó del lado de lo hispanoamericano el balance de los ya descompensados departamentos de español. Y en algún momento de la segunda mitad del siglo XX la propia mirada filológica fue considerada un insulto metodológico y político, ejemplo de inútil erudición, de dominación cultural y de clase, un exceso de historia. Para fines del siglo XX, las guerras culturales y el *cultural studies* habían fincado casa en los departamentos de lenguas. Es más, la literatura, la lengua, pasaron a segundo plano; se empezó a hacer una suerte de crítica de arte o de cine o de música, sin ser críticos ni teóricos del arte ni artistas, ni músicos; se empezó a hacer ensayismo cultural, pero en una lengua doméstica sólo entendible dentro de los correspondientes paradigmas teóricos. Se empezó a hacer filosofía *light*, *diet epistemology*, *history zero* y lenguaje desnatado de poesía o de cualquier cuidado o autoconciencia de su existencia. Todo mayoritariamente en inglés, o en un castellano académico sólo entendible si se conoce el inglés *cultural studies*.

Y vuelve el iberismo en medio de estos pleitos. Un espejo de marginalidades: por un lado, lo peninsular se vuelve marginal ante los debates «latinoamericanistas» que son en verdad «American debates» si los ha habido; por otro, los debates latinoamericanistas son profundamente marginales *vis-à-vis* las discusiones de las uni-

versidades *at large*. Se consume teoría, toda en inglés, y se manufacturan estudios de aparente profundidad y compromiso político y moral, pero de total intrascendencia, ya no para las Sociedades o las Culturas con mayúscula, sino para lo que pasa en la universidad. Claro que el *identity politics*, las luchas sociales en Estados Unidos, incluso el imperialismo, han marcado el desarrollo de estos departamentos, pero en realidad se trata de algo más rústico que esto: lo que manda son pleitos locales, la única conongía sobreviviente en *l'Amérique* tocqueviliana: el *tenure*... el podercito local, las modas y las famas efímeras. Los *Ethnic studies* florecen y surge los *Latin American and Latino/a cultural studies departments*. Una *latinité* divorciada de todas sus raíces ibéricas, francesas, italianas, locales, de conocimiento y habitación en la lengua y la literatura. Y aquí, el iberismo regresa, pues como ya he dicho ahora proliferan los *Iberian and Iberian American cultural studies departments*. La idea es la de antes pero refrita: acabar del todo con las connotaciones imperiales, clasistas y raciales del término «Hispanismo», con la presencia de España en América en vistas a una fascinación –sin ningún sustento lingüístico, historiográfico o filológico– con un genérico *Indigenous languages and cultures*; acabar con el dominio de Castilla en la Península y su marginalización del portugués, gallego, vasco y catalán, pero en realidad un proyecto de hispanistas catalanes en Estados Unidos.

Así, los departamentos de ibero esto o ibero aquello viran en centros de neo indigenismo –à la Walter Mignolo– donde no se sabe ni se habla lengua indígena alguna, pero tanto da, todo es en un inglés abigarrado, exento del largo y complicado estudio filológico de todas esas lenguas indígenas –que se lleva al cabo en los departamentos de lingüística, de antropología o de historia–. Una obsesión que nos regresa a la Ley del Barrer Mexicà en Las Ramblas, pero esta vez el detonador del éxtasis, lo indígena, se autoproclama el ocaso de lo hispánico y del hispanismo. En realidad, es puro Prescott o Ticknor, pero en *hípster*. De algún modo, el nuevo iberismo constituye un reto para el latinoamericanismo o el hispanismo tradicionales, con sus referencias contantes, pero muy superficiales, al quechua, al náhuatl, a la literatura brasileña, a la Cataluña *pàtria del meu cor*. No cuenta mi discutida conclusión, pero sostengo que hasta ahora este nuevo iberismo es una forma de *U.S. catalanism*, muy respetable, pero nada que no haya estado ahí siempre y nada que ayude al propio iberismo a *come to terms* con las connotaciones imperiales del iberismo castellano o catalán. Un pleito muy casero disfrazado de connotaciones cósmicas. Sea pues, pero no sé si esta-

remos mejor considerando el español hablado en el continente por cinco siglos como producto de la «cósmica» opresión hispánica (el calificativo es de J. M. Resina)¹⁰. Nadie va negar que Hernán Cortés y Francisco Pizarro trajeron la lengua española con mosquetones; también fue así con el náhuatl o el catalán como producto del latín o como la lengua usada en los dominios de Jaume *el Conqueridor*. Es cierto que el español fue la lengua de Darío, Martí, Lugones, Machado, Borges o Rulfo, pero también lo fue de Eugeni d'Ors y Josep Pla. Y también ha sido la lengua, a Dios gracias, del romancero nuevomexicano, de compositores populares como Agustín Lara, Enrique Santos Discépolo y Felipe Pinglio.

Para un historiador, es impresionante que sobreviva el ibe-rismo o términos como América Latina o confederación o fede-ración ibérica. Creo llegado el momento de ir, como se dice en mexicano, todos flojitos y cooperando: los peninsularistas, nada qué hacer en Estados Unidos frente a la importancia de Hispano-América y lo hispano-estadounidense, nada. Creer que se puede seguir haciendo sólo España de manera autorreferencial, por mucho que uno le eche su poco de Zizeck o su Agamben, es difícil de sostener. Y es inviable vivir en el paraíso étnico de una epistemología no occidental latinoamericana que ignore a España y Portugal. De modo que flojitos y cooperando: habitan-do la marginalidad con dignidad y regresando a las lenguas. Para Dante, para Camoes o para Góngora escribir en lengua vernácula era pensar a medias en latín. Para Darío o para Eça de Queiroz escribir en sus romances era terciar pensamientos en francés. Y hace mucho que escribir buen ensayo, buen pensamiento, buena literatura en español es imposible sin cargar lo suyo de lecturas en inglés, en buen inglés, no sólo el académico. Somos margina-les, no idiotas. No hay que espantarse. Hay que escribir nuestras romances, nuestro inglés. Habitemos las lenguas a todo lo que da.

NOTAS

¹ Fredrick B. Pike, *United States and Latin America. Myths and Stereotypes of Civilization and Nature*. Austin, The University of Texas, 1992; R. Kagan (Coord.). *Spain in America: The Origins of Hispanism in the United States*. Chicago, The University of Illinois Press, 2002; Iván Jaksic. *Ven conmigo a la España lejana: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880*. Santiago, Fondo de Cultura Econó-

mica, 2007; Miguel Romera Navarro. *El hispanismo en Norte América: exposición y crítica*. Madrid, Renacimiento, 1917.

² James D. Fernández, «“Longfellow's Law”: The Place of Latin America and Spain in U.S. Hispanism, circa 1915». En R. Kagan (Coord.). *Spain in America*; R. Kagan «Prescott's Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain». En *American Historical Review*, vol. 101, Nº 2, abril de 1996, pp. 423-446.

- ³ Louis Menand, *The Methaphysical Club: A History of Ideas in America*. Nueva York, Farrar, S. and Giroux, 2002.
- ⁴ *Life, Letters, and Journals of George Ticknor*, vol. 1. Londres, Sampson Low, Marston, Searle and Rivington, 1876, p. 188.
- ⁵ Carta de Maragall en Josep Pla, *Joan Maragall: un assaig*, Barcelona, Edicions Destino, 1984; Fernando Pessoa. *Iberia, introducción a un imperialismo futuro* (Coord. Antonio Sáez Delgado). Valencia, Pre-Textos, 2013, p. 99; José Antonio Rocamora. *El nacionalismo ibérico: 1732-1936*, Valladolid, Publicaciones Universidad de Valladolid, 1994; Edmundo González-Blanco. *Iberismo y germanismo: España ante el conflicto europeo (tres estudios)*. Valencia, Editorial Cervantes, 1917; José Álvarez Junco. *Mater dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*. Madrid, Taurus, 2001; J. Fred Rippy, «Literary Yankeephobia in Hispanic America». En *The Journal of International Relations*, vol. 12, Nº 3, enero de 1922, pp. 350-371; «Literary Yankeephobia in Hispanic America (Concluded)». En *The Journal of International Relations*, vol. 12, Nº 4, abril de 1922, pp. 524-538; Luiz Werneck Vianna. *A revolução passiva. Iberismo e americanismo no Brasil*. Rio de Janeiro, Revan, 1997.
- ⁶ Francisco Ayala. «Gracias y desgracias del hispanismo». En *El País*, 28-8-1982.
- ⁷ Max Wagner. «Amerikanisch- Spanisch und Vulgärlatein». En *Zeitschrift für romanische Philologie*, 40 (1920), pp. 286-312 y 385-404; «Los elementos español y catalán en los dialectos sardos». En *Revista de Filología Española*, Nº 9, 1922, pp. 255-65; «Notes linguistiques sur l'argot barcelonais». En *Biblioteca Filológica de l'Institut de la Llengua Catalana*, Nº 6, 1924; «Mexikanisches Rotwelsch und asturische Xiriga». En *Zeitschrift für romanische Philologie*, Nº 50, 1930, pp. 738-40.
- ⁸ Concha Mélenlez. «Federico de Onís y la América Hispánica». En *Revista Hispánica Moderna, Homenaje a Federico de Onís*, vol. I, Nº 1-2, 1968, pp. 31-36.
- ⁹ Lawrence Wilkins. «Spanish as a Substitute for German for Training and Culture». En *Hispania*, vol. 1, Nº 4 (Diciembre, 1918), p. 210.
- ¹⁰ *Iberian Modalities, a Relational Approach to the Study of Culture in the Iberian Peninsula* (Coord. J. R. Resina). Liverpool, Liverpool University Press, 2013.
- González-Blanco, Edmundo. *Iberismo y germanismo: España ante el conflicto europeo (tres estudios)*. Valencia, Editorial Cervantes, 1917.
- Jaksic, Iván. *Ven conmigo a la España lejana: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880*. Santiago, Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Kagan, Richard. «Prescott's Paradigm: American Historical Scholarship and the Decline of Spain». En *American Historical Review*, vol. 101, Nº 2, abril de 1996, pp. 423-446.
- Kagan, Richard (Coord.). *Spain in America: The Origins of Hispanism in the United States*. Chicago, The University of Illinois Press, 2002.
- Mélenlez, Concha. «Federico de Onís y la América Hispánica». En *Revista Hispánica Moderna, Homenaje a Federico de Onís*, vol. I, Nº 1-2, 1968, pp. 31-36.
- Menand, Louis, *The Methaphysical Club: A History of Ideas in America*, Nueva York, Farrar, S. and Giroux, 2002.
- Pessoa, Fernando, *Iberia, introducción a un imperialismo futuro*, coordinado por Antonio Sáez Delgado. Valencia, Pre-Textos, 2013.
- Pike, Fredrick B. *United States and Latin America. Myths and Stereotypes of Civilization and Nature*. Austin, The University of Texas, 1992.
- Pla, Josep. *Joan Maragall: un assaig*. Barcelona, Destino, 1984.
- Resina, J. M. (Coord.). *Iberian Modalities, a Relational Approach to the Study of Culture in the Iberian Peninsula*. Liverpool, Liverpool University Press, 2013.
- Rippy, J. Fred. «Literary Yankeephobia in Hispanic America (Concluded)». En *The Journal of International Relations*, vol. 12, Nº. 4, abril de 1922, pp. 524-538.
- Rippy, J. Fred. «Literary Yankeephobia in Hispanic America». En *The Journal of International Relations*, vol. 12, Nº 3, enero de 1922, pp. 350-371.
- Rocamora, José Antonio, *El nacionalismo ibérico: 1732-1936*. Valladolid, Publicaciones Universidad de Valladolid, 1994.
- Romera Navarro, Miguel. *El hispanismo en Norte América: exposición y crítica*. Madrid, Renacimiento, 1917.
- Ticknor, George, *Life, Letters, and Journals of George Ticknor*, vol. 1. Londres, Sampson Low, Marston, Searle and Rivington, 1876.
- Vianna, Luiz Werneck. *A revolução passiva. Iberismo e americanismo no Brasil*. Rio de Janeiro, Revan, 1997.
- Wagner, Max. «Amerikanisch- Spanisch und Vulgärlatein». En *Zeitschrift für romanische Philologie*, Nº 40, 1920, pp. 286-312 y 385-404.
- «Los elementos español y catalán en los dialectos sardos». En *Revista de Filología Española*, Nº 9, 1922, pp. 255-65.
- «Mexikanisches Rotwelsch und asturische Xiriga». En *Zeitschrift für romanische Philologie*, Nº 50, 1930, pp. 738-40.
- «Notes linguistiques sur l'argot barcelonais». En *Biblioteca Filológica de l'Institut de la Llengua Catalana*, Nº 6, 1924.
- Wilkins, Lawrence. «Spanish as a Substitute for German for Training and Culture». En *Hispania*, vol. 1, Nº 4 (Diciembre, 1918).

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Junco, José, *Mater dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*. Madrid, Taurus, 2001.
- Ayala, Francisco. «Gracias y desgracias del hispanismo». En *El País*, 28-8-1982.
- Fernández, James D. «“Longfellow's Law”: The Place of Latin America and Spain in U.S. Hispanism, circa 1915». En R. Kagan (Coord.) *Spain in America: The Origins of Hispanism in the United States*. Chicago, The University of Illinois Press, 2002.

ENSEÑAR ESPAÑA COMO PROBLEMA

Hispanismo para tiempos líquidos

La tarea de los departamentos que se dedican a enseñar español en las universidades americanas es poliédrica. Si la lengua, la literatura y la cultura han sido las áreas de concentración tradicionales, la aportación de los estudios culturales en las últimas décadas ha abierto los campos de estudio a otros ámbitos del conocimiento –cine, arte, arquitectura, etc.–, con sensibilidad hacia cómo la ideología, las dinámicas de poder y los prejuicios sobre etnicidad, género y clase, han influido en la construcción del relato cultural dominante. Al poco de llegar a Wellesley College, una universidad de mujeres a pocos kilómetros de Boston, se me encomendó repensar y enseñar una clase que introdujera a nuestras estudiantes a la cultura de España. Un curso similar había estado en el currículum del departamento –con algunos paréntesis– desde 1935. Se llamaba entonces «Civilización española» y sabemos que tanto Pedro Salinas como Jorge Guillén lo enseñaron en los cursos 1936-1937 y 1940-1941, respectivamente. Con mi doctorado aún fresco, el encargo traía implícita la demanda de dar a la clase un enfoque moderno, alejado de cualquier tentación esencialista. La asignatura sigue siendo parte de mi repertorio y el desafío es seguir haciéndola relevante cada año actualizando sus contenidos. La clase se denomina ahora «Culturas de España», respondiendo a la pluralidad del objeto de estudio, entendida tanto de manera diacrónica como sincrónica. Con la incorporación del portugués al departamento (2013), puede que en un futuro cercano sus contenidos se amplíen y se transforme en «Culturas ibéricas». La aproximación transnacional no es extraña a nuestro enfoque, con clases como «Cervantes en África» o «Asia en Latinoamérica» sólidamente asentadas en el currículum. El objetivo de la asignatura,

además de impartir un conocimiento de la historia y las culturas que conviven y han configurado España, es ofrecer un contexto sólido para profundizar la comprensión de las manifestaciones culturales que estudiarán en otras clases, y facilitar pautas para descifrar el país cuando estudien, vivan o trabajen en él. Desarrollar la conciencia y la competencia intercultural de nuestras alumnas como ciudadanas globales es una parte crucial de su educación. Más del 45% de las estudiantes de Wellesley participan en un programa de estudios en el extranjero, generalmente durante un semestre en su tercer año en la universidad.

Pocas ideas son tan difíciles de conceptualizar como la de cultura. Una de las complejidades de una clase de estas características es la ausencia de una clara y ampliamente aceptada definición del término. Entre las más generalizadas encontramos las de raíz estética, que atienden a las producciones del arte o el pensamiento –con un cuestionamiento en las últimas décadas sobre la preponderancia de la *alta* cultura en favor de las manifestaciones de la cultura popular–, y las antropológicas, que se orientan hacia las costumbres, leyes y creencias que comparten los miembros de un grupo social y refieren al «modo de vivir» de un colectivo, es decir, a los valores y conocimientos que se transmiten mediante la socialización. En estos dos parámetros –estético y antropológico– se inscribiría el estudio de las culturas nacionales. Para pensar en ese concepto se usó en el primer tercio del siglo XX el paradigma de la «civilización», de aire liberal y raíz anglo-francesa e interesado en las manifestaciones políticas, sociales y económicas y, tras la Guerra Civil, el de la «cultura», de origen germánico, con énfasis en el espíritu, el arte y la religión (Jover Zamora 98-115). Pero la sociología nos advierte de que ninguna comunidad es homogénea y de que su cultura no es compartida por todos sus miembros de modo uniforme. La educación, la clase social, el género o el origen étnico van a determinar diferencias, de modo que podemos también hablar de culturas dentro de culturas. Si quisiéramos complicar aún más la definición y el enfoque, podríamos abandonar el plano colectivo y prestar atención a las variables que la psicología introduce en cómo cada individuo filtra, en función de su personalidad, experiencias y circunstancias, los valores de la cultura en que ha nacido. Esa pluralidad de definiciones y de enfoques plantea una situación metodológica singular que, como nos recuerda Uwe Wirth, es condición característica del estudio de la cultura (todas las traducciones son mías): «el enfoque produce la materia [...] El método está determinado por la materia objeto de estudio, pero

simultáneamente constituye esa materia de estudio» (Wirth 87). Siempre he procurado tener conciencia de que mis inclusiones y exclusiones iban a perfilar una identidad de España influida por mi edad, mi experiencia personal, mi temperamento o mis ideas. El proceso de selección de materiales para el curso y la configuración de los contenidos, aunque guiado por la pretensión de objetividad académica, es ineludiblemente subjetivo. Es importante reconocer los sesgos personales para tratar de someterlos al objetivo final de la clase que debe estar asentado en el rigor académico y en las necesidades del alumnado.

La responsabilidad fundamental de una clase que a principios del siglo XXI especula con los espinosos conceptos de las culturas y las identidades que conviven en un país es precisar desde el principio que la «identidad nacional» es un discurso, un modo de construir significados que fluctúa con el tiempo y que oscila en su contenido y expresión según quién participe en su elaboración. Cuáles son y han sido las identidades asociadas a una comunidad y cómo se producen y son mantenidas es un objeto válido de estudio que hace suyas y utiliza pedagógicamente de manera constructiva las tensiones académicas, sociales y filosóficas del momento contemporáneo. Este enfoque, que problematiza desde el principio el objeto de estudio, intenta desestabilizar nociones heredadas, fundadas a menudo en la inercia más que en el análisis. El reto de este planteamiento es evitar que la actitud crítica desemboque en el relativismo. El curso debe ofrecer instrumentos para facilitar que la descodificación y el análisis se hagan con solidez y se basen en argumentos defendibles académicamente. Para organizar la clase, me pareció desde el principio que el modelo de la construcción social de la identidad era un mecanismo sofisticado que permitía una exploración rigurosa y que, además, iba a obligar a las alumnas al análisis. Durante mi doctorado, tuve ocasión de estudiar en un seminario sobre modernidad con el sociólogo austriaco Peter L. Berger, autor con Thomas Luckman de *The Social Construction of Reality* (1966). Su libro pionero se inscribe en la sociología del conocimiento y en él tratan de descifrar la complejidad de una paradoja: la sociedad es un artefacto humano que el individuo produce –y mantiene al internalizarlo– y que al mismo tiempo experimenta como algo externo, objetivo. Las interacciones con otros individuos contribuyen a institucionalizar ese conocimiento pactado de la realidad, por lo que los autores afirman que ésta es construida socialmente. Su trabajo abrió una avenida de análisis muy fértil, al facilitar el estudio de la identidad

cultural de una comunidad no como una noción monolítica, sino como un proceso de significación en el que el individuo es a la vez agente y paciente. Algunos de los conceptos que me han servido para organizar las ideas sobre cómo aproximar el espinoso concepto de la identidad nacional en la línea de investigación abierta por Berger, están tomados de la teorización articulada por el recientemente fallecido Stuart Hall, surgidos a su vez del trabajo de la Birmingham School of Cultural Studies. En su interpretación, una nación no es sólo una entidad política, sino algo que produce significados. La cultura no es un concepto rígido, sino un proceso, un conjunto de prácticas: un sistema de representación cultural (Hall «The Question of Cultural Identity» 292). La identificación se interpreta más como proceso que como estado. En sus propias palabras: «Las identidades se refieren a modos de usar los recursos de la historia, el lenguaje y la cultura en el proceso de llegar a ser, más que en el ser» (Hall «Introduction. Who Needs Identity?» 4). Al enseñar cultura no estamos transmitiendo una verdad, sino descodificando un texto complejo. Considerar la naturaleza discursiva de ciertas prácticas sociales supone aproximarse a la cultura como un artefacto en continuo proceso de reescritura y negociación que exige una descodificación crítica de sus signos y símbolos. Siguiendo la estela de Berger y la de Hall, llegamos a Benedict Anderson, cuyo concepto de la comunidad imaginada, propuesto inicialmente en 1983, presenta la nación como construcción social simbólica que responde al deseo de ser de quienes se consideran parte de ella. La cohesión del grupo está basada en las ideas que sustentan su afinidad.

Ensayo aquí una reflexión sobre qué significa enseñar las «Culturas de España» en Estados Unidos y en el momento histórico presente, marcado por la incertidumbre respecto a la identidad, por la desconfianza hacia las verdades absolutas y excluyentes y por el estado constante de cambio y flujo. En ese contexto, los conceptos de identidad nacional y el de nación son percibidos con sospecha como otros cánones –*metanarrativas*, en la taxonomía de Lyotard– sujetos a desafíos en un entorno en el que abundan la dislocación y la fragmentación. Con todo, como ha observado Stuart Hall, si bien el concepto de identidad se ha visto sometido a los embates críticos de la desconstrucción, que ha mostrado sus fisuras, al no haber sido sustituido por otro, no podemos prescindir de él para efectuar ciertos análisis, pues se trata de «una idea que no puede seguir pensándose a la manera antigua, pero sin la que ciertas cuestiones claves no pueden concebirse». (Hall

«Introduction. Who Needs Identity?» 2). Enseñamos, además, en un mundo transformado por las mareas de la globalización –el comercio, la inmigración, el turismo–, los avances de la ciencia o la ubicuidad de internet. Aunque se podrían aislar más, hay al menos tres efectos de ese nuevo paradigma que debe considerar una clase que se ocupa de la cultura y que trata de adecuar los contenidos y el enfoque al momento presente:

- *Alta* cultura y cultura popular. Los gustos de las élites se han hecho «omnívoros». Como señala Bauman citando a Richard Petersen, la confrontación de los gustos «refinados» con los «vulgares» ha dejado paso a una indefinición en que las élites culturales, incapaces de generar y administrar un canon cultural, consumen una dieta que puede mezclar sin problemas viejos marcadores culturales –ópera, conciertos– con formas populares consideradas vulgares hasta hace unas décadas –música pop, televisión–. En ese contexto, resulta insostenible el concepto surgido de la Ilustración que ligaba la cultura a las «clases educadas» y que era el instrumento para la construcción de la nación (Bauman *Culture in a Liquid Modern World* 1-8).

- Modularidad. La diseminación rápida y global de contenidos por los medios de comunicación y la facilidad para establecer contactos por afinidades mediante internet, hacen que un joven de Sarajevo y otro de Río puedan tener más en común entre sí que con otros jóvenes en otro barrio de su misma ciudad. En palabras de Peter Berger: «Diferentes sectores de la vida diaria [de los individuos] les relacionan con universos de significado y de experiencia que son profundamente diferentes y a menudo discrepantes unos de otros» (Berger 64). Berger denomina a este fenómeno «segmentación» o «pluralización». Otros autores hablan de la modularidad de las experiencias de identificación. De prácticas colectivas integradas alrededor de metanarrativas sólidas –la religión, la nación, la ideología– hemos pasado a modos más fraccionados e individualizados de concebir la experiencia social. Dentro de ese marco, la cultura nacional puede no ser la fuente principal de identificación cultural, sobre todo para sujetos educados en sociedades avanzadas.

- Globalización. La globalización y la implantación de las nuevas tecnologías han tenido un efecto profundo y a veces paradójico en los procesos de identificación. Por un lado, desestabilizando la noción de pertenencia local al facilitar los movimientos globales de personas, mercancías y capital, o la aparición de comunidades virtuales no determinadas por el espacio físico. Estos

nuevos fenómenos globales han propiciado que la nacionalidad no defina de manera dominante la identidad. La globalización, con la separación cada vez más acusada de la política (local) y el poder (globalizado y escapando del control político), amenaza también a la soberanía clásica de la nación-estado (Bauman *Liquid Times: Living in an Age of Uncertainty* 1-2). Aunque, por otro lado –y de ahí la contradicción–, el vínculo atávico con lo local para compensar el desarraigo, la inestabilidad y la incertidumbre se ha hecho más perentorio en momentos de disgregación, desigualdad económica y globalización.

Es indudable que los modos cambiantes de la identificación colectiva en el momento cultural contemporáneo se reflejan también en el alumnado. Sometida a esas mismas tensiones, su generación se adapta con comodidad a una concepción de la identidad segmentada y hasta cierto punto posnacional. Una muestra es la atracción por un imaginario ya transnacional en los elementos de su movilización pública –justicia social, ecología, derechos humanos–. La configuración demográfica de los Estados Unidos como un país históricamente receptor de inmigración ofrece muchas posibilidades de encontrar en el aula una combinación de etnias, religiones, nacionalidades y clases sociales –Wellesley tiene una política de becas muy generosa– difícil de replicar en otros lugares. Esa distribución multicultural del estudiantado sintoniza perfectamente con el enfoque de la clase, que se acerca al entendimiento de la península con una sensibilidad hacia cómo la presencia de culturas diversas ha configurado su universo mental, tanto a lo largo de la historia –celtas, íberos, griegos, fenicios, romanos, judíos, musulmanes, visigodos, gitanos, etc.– como en su realidad plurinacional y receptora de inmigración en la actualidad. Las diversas experiencias vitales de las estudiantes son un recurso adicional en el proceso de entendimiento de un objeto de estudio complejo.

Desarrollar la capacidad de análisis está en la base pedagógica del proyecto. El acceso a cantidades ingentes de información y de opinión es hoy en día tan factible y fundamental, que fomentar la capacidad de gestión crítica del conocimiento debe ser uno de los ejes fundamentales de la experiencia académica. Se trata, además, de ofrecer a las estudiantes un acercamiento epistemológico que la postmodernidad ha hecho predominante: ¿cómo sabemos lo que sabemos? (o cómo creemos que lo sabemos). Tanto como lo que conocemos, importa cómo llegamos a conocerlo. La fuerte dependencia del criterio de los medios de comunicación en la ideología y/o en su correlación con conglomerados de pro-

piedad hace perentoria la distancia crítica al aproximarse a ellos. La noción gramsciana de hegemonía, es decir, el modo en que el pensamiento de las clases dominantes se proyecta socialmente de manera que parece la opción *natural*, o lo que marca el *sentido común*, es útil para insuflar recelo respecto a los discursos oficiales o las ideas que se presentan como mayoritarias. El escrutinio de la relación entre poder y cultura –o *conocimiento*, en Foucault– es complejo y difícil de descifrar, pero conviene, cuando menos, mantener la actitud alerta y la desconfianza crítica. Si bien universidad de mujeres no tiene porqué ser sinónimo de universidad feminista, sí es cierto y positivo que muchas de nuestras estudiantes han participado en clases en las que prima un modo de indagar propenso a revisar y recuperar la experiencia de las mujeres y a cuestionar ciertos paradigmas heredados basados en la autoridad o la ideología, institucionalizada o no. Es por ello de esperar que muchas de las alumnas estén familiarizadas con una mirada crítica hacia el discurso dominante. Esa actitud potencialmente desestabilizadora es, por el contrario, una baza con mucho recorrido pedagógico.

Lógicamente, el universo de las estudiantes o el contexto cultural no son las únicas circunstancias que entran en la consideración del curso. Las del instructor determinan también la dirección del análisis y, como hemos visto, la selección de la materia y el enfoque moldean ya el objeto de estudio. Preparar y organizar este curso me obligó a una introspección a la que difícilmente me hubiera sometido de seguir viviendo en España. Enseñar la cultura del propio país en el extranjero formaliza e institucionaliza la reflexión a la que el sujeto desplazado se somete cotidianamente al reconfigurar su identidad en la nueva situación de transterrado. Parecen oportunas las palabras de Federico de Onís, profesor en Columbia University en Nueva York durante muchos años (1916-1954), antes de la guerra y auto-exiliado del franquismo después:

«No hay experiencia espiritual tan honda como la de una larga estancia en el extranjero. El simple vivir es una polémica constante e inevitable entre el ambiente y la propia personalidad. Todas las ideas, sentimientos, normas y costumbres que forman la trama de nuestro ser, desde la fisiología hasta la más alta vida espiritual, han de sufrir la crítica agresiva de un ambiente implacable y hostil; todo lo que hay en nosotros debe sufrir una revisión profunda y ha de ser bien justificado si es que ha de vivir. Y cada día sentimos cómo nos vamos desnudando de todo lo que era débil y pegadizo en nosotros, de lo que no es capaz de afirmarse y de luchar, mientras

vemos surgir limpias y firmes las líneas constitutivas de nuestra incommovible personalidad. Tenía razón Cervantes al decir que las largas peregrinaciones hacen a los hombres discretos; sólo ellas nos enseñan a conocernos a nosotros mismos, después de haber roto la costra de afectos, rencores y costumbres superficiales que la vida quieta fue dejando sobre nosotros y bajo la cual se esconde invisible la raíz viva de nuestra humanidad, cuyos frutos son la comprensión, el amor y la tolerancia» (Onís 680).

Entre quienes vivimos en más de una cultura y educamos hijos multilingües, la reflexión personal y las conversaciones sobre cuestiones de cultura e identidad no son infrecuentes. Las incertidumbres sobre la pertenencia favorecen cuestionamientos que no suele plantearse quien habita entornos más uniformes y estables en lo lingüístico y lo cultural. Los desplazados, o quienes viven instalados en más de una cultura, experimentan en primera persona la naturaleza pactada y cambiante de las verdades que organizan el día a día, lo que supone, como ha dejado escrito Salman Rushdie en un artículo de título revelador –«Imaginary Homelands»–, estar abocados a una modernidad forzada (Rushdie 12). Él teoriza a propósito de los escritores que viven y escriben fuera de su país y de su lengua y habla de otro fenómeno al que están sometidos: tratar de recuperar el pasado desde la distancia «casi inevitablemente significa que no seremos capaces de reclamar con precisión aquello que se dejó atrás; en resumidas cuentas, crearemos ficciones y no ciudades o pueblos reales, sino otros invisibles, patrias imaginadas, Indias de la mente» (Rushdie 10). Ese es otro imperativo personal para mi trabajo en la clase: ayudar a mis estudiantes a entender, no diseminar nostalgias que son tanto la de volver al lugar conocido como la de reinventarlo a la medida del presente.

Aunque el foco de la clase es descifrar la España contemporánea, el curso se organiza de manera cronológica e inicia su indagación en las migraciones pre-romanas. Tras una unidad introductoria que se ocupa de la geografía de la Península, se presentan los conceptos teóricos que nos ayudarán más adelante a explorar los procesos de identificación contemporáneos. El recorrido por la historia aísla para el estudio ciertos momentos relevantes en la configuración cultural del país: el Mediterráneo y Roma, las tres culturas, los Reyes Católicos, conquista e imperio, Guerra de la Independencia e independencias en las colonias, la agitada vida política del XIX y principios del XX, Guerra Civil, franquismo,

transición y época actual. El sustrato histórico da a las estudiantes el contexto y los instrumentos para el análisis crítico de algunos puntos focales en los debates identitarios contemporáneos. Si interpretamos la identidad como construcción y la construcción como proceso discursivo fluido, es preciso conocer los elementos con que se elabora el relato, dado que la relectura de la historia es uno de los fundamentales, en constante proceso de interpretación, apropiación, representación y olvido. La naturaleza de esos procesos de reinterpretación es compleja, y es necesario alertar al estudiante de los efectos que en la construcción simbólica contemporánea han tenido tanto las visiones exóticas de España propuestas desde el Norte a partir de los viajeros del Romanticismo, como las nostalgias imperiales de un españolismo reaccionario fomentado desde dentro. La importancia del sector turístico en la economía del país a partir de la segunda mitad del siglo XX ha propiciado que visiones románticas surgidas fuera se hayan internalizado y que la industria turística las haya metabolizado con naturalidad. Acaso más que otras, la cultura peninsular ha sido históricamente propicia al tópico. Rastrear los posibles orígenes de ciertas exageraciones y superar los prejuicios son desafíos que se le presentan tanto al enseñante como al estudiante. Ese planteamiento escéptico no supone aislar interpretaciones correctas o incorrectas, sino introducir cierta inestabilidad epistemológica en la fiabilidad del conocimiento adquirido previamente, para evitar que se acepte de manera acrítica como la realidad.

El interés por estudiar la identidad como un elemento fluido, en continua negociación, creación y cuestionamiento, determina que una de las miradas de la clase se proyecte hacia cómo el pasado es reciclado en la España contemporánea. Tanto lo que se recuerda como lo que se olvida, lo que se acepta y lo que se rechaza, son partes del constante proceso de (re)construcción, (re)interpretación y (re)apropiación que requieren las identidades nacionales (Karner 21). Para estudiar de manera práctica y con matices ejemplos de algunas de esas operaciones constantes a las que está sometida una cultura viva, cada unidad o periodo de estudio culmina con un ejercicio de análisis que explora a partir de casos específicos, las relecturas y modulaciones a las que ciertos periodos y conceptos se han visto sometidos en la España actual. Presento aquí tres ejemplos del tipo de propuestas que se ofrece a las estudiantes para el análisis, y que indica tanto la plasticidad del pasado como las fuerzas a las que está sometida la configuración simbólica de sus reverberaciones contemporáneas.

· Pasado islámico. La parte final del estudio de la presencia islámica en la península se dedica a las múltiples reinterpretaciones que el periodo ha recibido, tanto en el siglo XX como en épocas recientes. La polémica que se suscita en la segunda mitad de los años cincuenta entre Claudio Sánchez Albornoz y Américo Castro sobre el papel de la presencia musulmana en la configuración de la identidad nacional es sumamente ilustrativa. Para el primero, que consideraba fundamental la presencia romana y el cristianismo, el periodo musulmán es un mero contratiempo histórico y la Reconquista un importante momento fundacional de la idea de España:

«Sin el Islam, España hubiera seguido los mismos derroteros que Francia, Alemania e Inglaterra; y a juzgar por lo que, a pesar del Islam, hemos hecho a través de los siglos, acaso hubiéramos marchado a su cabeza. Pero no ocurrió así; el Islam conquistó toda la Península, torció los destinos de Iberia, y le señaló un papel diferente en la tragicomedia de la historia; un papel de sacrificio y de vigilia, de centinela y de maestra, un papel que tuvo enorme trascendencia en la vida de Europa, pero que costó muy caro a España» (Sánchez Albornoz 15).

Castro, por el contrario, pensaba que la relación medieval entre cristianos, judíos y musulmanes era un momento central en la génesis «del ser de España». En clara alusión a Sánchez Albornoz, escribirá: «Algunos historiadores contemporáneos siguen creyendo que la dominación árabe desvió, para su mal, el curso de la historia española. Yo creo que sin ella esta historia es incomprendible» (Castro 37-8).

Un salto sustancial en el tiempo nos lleva al escenario posterior al 11 de septiembre, a las reclamaciones de Al-Qaeda y más recientemente del Estado Islámico sobre los territorios históricos de Al-Andalus, a los que se refieren como «la tierra de nuestros antepasados» y que amenazan con recuperar como parte de un hipotético califato islámico. José María Aznar, presidente del gobierno español entre 1996 y 2004, aportó su grano de arena a la discusión en abril 2004, en una alocución en Georgetown University (Washington).

Si el problema parte de los escritos y dichos de Bin Laden, su intención está clarísima. Se darán cuenta de que el problema que España tiene con Al Qaeda y el terrorismo islámico no comienza con la crisis de Iraq. De hecho, no tiene nada que ver con las decisiones del Gobierno. Deben retroceder al menos 1.300

años, a principios del siglo octavo, cuando España, recientemente invadida por los moros, rehusó a convertirse en otra pieza más del mundo islámico y comenzó una larga batalla para recobrar su identidad. Este proceso de reconquista fue largo, unos 800 años. De todas formas, terminó satisfactoriamente.

La contraposición de las perspectivas contemporáneas enfrentadas de historiadores, organizaciones terroristas y políticos confirma la aguda intuición de Faulkner: «el pasado nunca está muerto. Ni siquiera es pasado» y atestigua la vitalidad de las operaciones que utilizan el magma de la historia para dilucidar el presente.

- Transición. La transición de franquismo a democracia es un paradigma de cambio de identidad a gran escala, cuyos efectos, aunque fundamentalmente políticos, afectaron también a la sociedad y a la cultura de modos muy profundos. El periodo es fértil para el análisis por dos razones principales: por un lado, por ofrecer un modelo de metamorfosis social masiva en un periodo reducido de tiempo y que tuvo un gran componente de transformación simbólica; por otro, a casi cuarenta años de la muerte de Franco, el periodo está siendo sometido en ciertos ámbitos a análisis críticos que destacan las carencias y las limitaciones de la operación política y los compromisos que desembocaron en la nueva constitución. Los cuestionamientos afectan principalmente a la jefatura del estado –Monarquía vs. República–, al gran poder de los dos partidos políticos dominantes y a la rigidez del modelo autonómico. El objetivo de esta unidad no es evaluar lo que sus críticos denominan «el régimen del 78», sino alertar a las estudiantes de las principales variables en el discurso político contemporáneo, por ser este un momento único de duda, de introspección y de crítica respecto a las estructuras profundas del estado, que se presta a la observación. Se trata de utilizar los cuestionamientos que afloran en tiempos de crisis en una estrategia pedagógica en la que priman el análisis y las preguntas por encima de la transferencia pasiva de conocimientos.

- Construcciones del discurso nacional. Transitando el territorio de la cultura y la identidad, el de la nación es prácticamente ineludible. Hay tres aspectos relacionados con las culturas nacionales que reciben atención en el curso: la configuración plurinacional de la península, el deslizamiento del concepto de pertenencia geográfica y las construcciones del relato de esa pertenencia. Sabemos por Benedict Anderson que el vínculo con una entidad superior al individuo es fuente de estabilidad en el plano personal.

Las fricciones aparecen cuando esas comunidades que definen la pertenencia deben competir entre ellas para asentarse. En España, el sentido de pertenencia geográfica se distribuye entre ámbitos diferentes con compromisos que oscilan en su intensidad y en la voluntad de participación. A partir sobre todo de la transición, la oferta se ha ampliado. De la promoción oficial y monótona de la «una, grande y libre» del franquismo, se ha pasado a una polifonía que añade a la identidad estatal, la de la comunidad autónoma y la supranacional de la Europa comunitaria. El sentimiento de filiación autonómica o europea precede a la llegada de la democracia, pero se ha institucionalizado desde entonces y convive ahora con la virtualidad no geográfica de las comunidades informáticas basadas en la afinidad. Como vimos antes al referirnos a la modularidad identitaria, la participación y el compromiso emocional con cada una de esas entidades varía, apareciendo en ocasiones solapado con naturalidad, y en otras en conflicto.

La plurinacionalidad peninsular y la fluidez con que las identidades geográficas conviven y compiten ayudan a relatar la historia cultural de la península en términos de comunidades simbólicas de naturaleza discursiva. Para el espinoso asunto de los nacionalismos que pueblan el horizonte del estado español, identificamos los tres más vigorosos –español, catalán y vasco–, pero concentramos la exploración en los dos primeros. Algunas de las dinámicas de retroalimentación entre el central y los dos periféricos son similares, por lo que las referencias al nacionalismo vasco son indirectas. En una dialéctica suficientemente conocida, el término privilegiado requiere del suprimido y depende de él para adquirir significado propio. Las identidades se constituyen tanto por la afinidad como por la exclusión de lo «Otro», el *exterior constitutivo*, que le llama Hall (Hall «Introduction. Who Needs Identity?» 4). Esa dinámica domina la confrontación entre el nacionalismo español y los periféricos. Como nos indica la sociología, nacionalismo e identidad o conciencia nacional no son sinónimos: la segunda precede al primero, que es una subcategoría dentro de ese complejo universo (Karner 21-26). Para analizar los procesos de construcción de identidad nacional en España nos centramos en dos casos específicos sobre los que las estudiantes pueden encontrar suficiente documentación para explorar y desarrollar sus propias conclusiones: por un lado, la «Marca España»; por otro, el llamado «proceso soberanista» en Cataluña.

«Marca España» es una entidad oficial con una fuerte presencia en internet. Su finalidad es «mejorar la imagen de España

en el extranjero y entre los propios españoles» (marcaespaña.es). Ese ambicioso objetivo se persigue según la manera tradicional de operar de la propaganda: de arriba a abajo. En un peculiar español burocrático, la página describe por ejemplo su «plan de mejora del posicionamiento» en estos términos:

«En el contexto de reducir el diferencial existente entre realidad y percepción, se pretende establecer un mecanismo de “gestión consciente” del seguimiento y flujo de información por parte de los distintos Ministerios responsables de cada tema. El fin es asegurar que las valoraciones de estos rankings estén basadas sobre datos y estadísticas actualizadas y completas».

Afortunadamente, los responsables de la operación tienen el buen tino de no dejar toda la empresa en manos de los «Ministerios responsables de cada tema» y en otra sección de la página descubrimos que «Marca España somos todos». Internet hace muy poco creíbles estas macro operaciones oficiales de relaciones públicas y la eficacia de la propaganda es muy baja cuando se dirige a grupos de población que usan las redes sociales de manera sofisticada y que cuando encuentran fuentes oficiales son acaso más propensos a la ironía y el sarcasmo que a la credulidad. El modo más eficaz de acercarse a esa audiencia es tratar de incorporarla a la producción y diseminación del mensaje: «Marca España es un proyecto común que beneficia a todos. Estés donde estés, cuéntale al mundo, a través de las redes sociales, las cosas buenas que pasan en España. ¡Tú haces Marca España!». Se trata de introducir elementos dinámicos y testimonios «reales» en una construcción simbólica de España notablemente teledirigida (El «Alto Comisionado del Gobierno para Marca España» fue creado por el Real Decreto 998/2012 en junio de ese año). Se hace difícil imaginar que una operación similar pueda tener éxito en un espacio refractario a la regulación y al control como es internet. Pero, por otro lado, si propaganda es persuasión, no falta quien opina que todos somos propagandistas en la era de internet, y es hasta cierto punto lógico que los gobiernos quieran también diseminar su voz en la cacofonía de la revolución digital.

Si la página en internet de «Marca España», por su carácter concreto, es una mina para el análisis de los procesos contemporáneos de construcción simbólica del nacionalismo español, los del catalán, aunque se encuentran también en un estado de hiperactividad notable, son más difíciles de aislar para el estudio. El análisis del momento actual en Cataluña contextualiza el «proceso soberanista»

como un afán de desplazar el nacionalismo simbólico/cultural en la dirección del político/económico. Se trata de la noción hegeliana de que para ser considerada un sujeto histórico, una nación requiere estar configurada como estado. La intensificación del deseo de estado muestra otra dimensión de la fluidez de los procesos de identificación y sirve para ilustrar su carácter discursivo y variable.

En *La sociedad del cansancio*, Byung-Chul Han se refiere al siglo XX como una «época inmunológica», propensa a diferenciar entre lo propio y lo extraño:

«Este dispositivo, que se extendía más allá de lo biológico hasta el campo de lo social, o sea, a la sociedad en su conjunto, encerraba una ceguera: se repele todo lo que es extraño. El objeto de la resistencia inmunológica es la extrañeza como tal. Aun cuando el extraño no tenga ninguna intención hostil, incluso cuando de él no parta ningún peligro, será eliminado a causa de su otredad» (Han 12).

Considera también que en tiempos recientes se está produciendo un cambio de paradigma y que la *diferencia* ha sustituido a la *otredad*:

«A la diferencia le falta, por decirlo así, el aguijón de la extrañeza, que provocaría una violenta reacción inmunitaria. También la extrañeza se reduce a una fórmula de consumo. Lo extraño se sustituye por lo exótico y el turista lo recorre. El turista o el consumidor ya no es más un sujeto inmunológico» (Han 14).

En ese sentido, el eslogan del Ministerio de Información y Turismo en la época de Fraga Iribarne –el «España es diferente»– es a un tiempo premonitorio de un nuevo paradigma y derridiano *avant la lettre*. La *différance* describe una relación de negatividad que es requerida para configurar la identidad propia, pero la hace también apetecible al consumo. Es revelador que, por esos mismos años, el paradigma inmunológico de la otredad organizará el discurso político que el régimen proyectaba hacia el interior. En las manifestaciones que se organizaron en España para contrarrestar las protestas internacionales por el proceso de Burgos en 1970, alguien escribió en su pancarta: «España sí, el mundo no». Pocas afirmaciones más ferozmente inmunológicas que ésta. La sagacidad de Fraga, que fue ministro entre 1962 y 1969 le llevó a combinar con naturalidad los dos paradigmas que Han presenta como consecutivos. No en vano su ministerio era el de Información (*otredad*) y Turismo (*diferencia*), y proyectaba sus esfuerzos hacia el interior y el exterior, respectivamente.

El diagnóstico de Han refiere a la percepción del otro, que es un subtexto inherente a una clase de cultura. Dos libros que me ayudaron en las reflexiones iniciales al respecto de ese concepto fueron *El laberinto de la soledad* (1950), de Octavio Paz, y *El espejo enterrado* (1992), de Carlos Fuentes. El primero es una reflexión entre lírica y filosófica sobre la identidad mexicana en la que está muy presente la dialéctica entre el «nosotros» –los mexicanos– y el «ellos» –los «norteamericanos», generalmente; los españoles, a veces–. Fuentes, por su lado, explora la identidad latinoamericana con un enfoque histórico que indaga en la relación especular entre las Américas y España. Se publicó a propósito de las celebraciones del Quinto Centenario y en su aproximación prima la búsqueda de cómo «nosotros» somos «ellos» y viceversa. Para Fuentes, los Estados Unidos son un espacio donde la lengua y la cultura hispanas luchan por asentar su dignidad y donde el mestizaje de la península y del Nuevo Mundo pueden ofrecer un camino en la exploración de la otredad. En esa dirección, Fuentes se interroga: «¿Hay alguien mejor preparado que nosotros, los españoles, los hispanoamericanos y los hispánicos en los Estados Unidos para tratar este tema central del encuentro con el otro en las condiciones de la modernidad del siglo venidero?» (Fuentes 379). No me ocupo de juzgar si todos los conflictos que surgen al cruzar fronteras pueden considerarse «encuentros con el otro», aunque parezca obvio que los encuentros entre dominador y dominado no se establecen en igualdad de condiciones. Lo que me interesa de su planteamiento es que apunta en una dirección acaso más verosímil para la interacción entre culturas: la superación del punto de partida «inmunológico» hacia un modelo que se orienta a la polinización y la convivencia.

En un discurso ante una sesión conjunta del Parlamento de Canadá en abril de 1999, durante la Guerra de Kosovo y los bombardeos de la OTAN sobre posiciones serbias, Václav Havel se refirió al estado-nación como una institución en declive. Para el próximo siglo –el nuestro– predice que «la mayoría de los estados empezarán a cambiar de entidades de culto, cargadas con emoción, a entidades mucho más simples y civilizadas, a unidades administrativas menos poderosas y más racionales que representarán sólo una de las múltiples y complejas maneras en las que nuestra sociedad planetaria se organiza a diferentes niveles» (Havel 4). Estamos aún lejos de esa visión, pero para que ocurra habrá que educar para hacer posible una coexistencia capaz de aceptar la diferencia. Un estudio de los procesos de identificación cultural como el que

se propone aquí –es decir, entendiéndolos como construcción y tratando de explorar los mecanismos de su funcionamiento– cuestiona la omnipotencia de las identidades homogéneas, noción que nos ha llevado a un multiculturalismo de cajas cerradas. Entender la identidad como construcción no es una noción desestabilizadora o relativista. Por el contrario, se trata de trascender ciertas ideas basadas en la emoción o el atavismo y de entender ese proceso como una liberación que nos da poder como personas para enfocar nuestra identidad basándonos en principios morales más que en diferencias tribales. Una dirección útil para esa noción desapegada de la identificación la propuso hace un tiempo Robert Thurman, profesor de Estudios Budistas en Columbia University. La capacidad de separarse de una identidad común heredada es un signo de sabiduría, del mismo modo que salir del Yo en dirección a una perspectiva más altruista es un camino hacia la justicia (Thurman). Deconstruir identidades es un modo de acercarnos al ideal de hacernos responsables de crear activamente la nuestra, y de desarrollar así una conciencia cultural basada en el autoanálisis y la ciudadanía global, una estrategia que trasciende el aula.

BIBLIOGRAFÍA

- Aznar, José María. «La lección de Aznar en Georgetown» (Traducción al español de «Seven Thesis on Today's Terrorism»). *El Siglo de Europa*. Nº 618 - 4/10/2004 21 de septiembre de 2004. Web. 20 de marzo 2015.
- Bauman, Zygmunt. *Culture in a Liquid Modern World*. Cambridge, Polity Press, 2011.
 - «From Pilgrim to Tourist – or a Short History of Identity». *Questions of Cultural Identity* (Eds. Hall, Stuart and Paul du Gay). Londres, SAGE Publications Ltd., 1997, pp. 18-36.
 - *Liquid Times: Living in an Age of Uncertainty*. Cambridge, Polity Press, 2007.
- Berger, Peter, Brigitte Berger, Hansfried Kellner. *The Homeless Mind: Modernization and Consciousness*. New York, Vintage Books Editions, 1974.
- Castro, Américo. *La realidad histórica de España*. México, Editorial Porrúa, 1954.
- Fuentes, Carlos. *El espejo enterrado*. México, D.F., Fondo de Cultura Económica, 1992.
- Hall, Stuart. «Introduction. Who Needs Identity?» *Questions of Cultural Identity*. (Eds. Hall, Stuart and Paul du Gay). Londres, SAGE Publications Ltd., 1997, pp. 1-17.
 - «The Question of Cultural Identity». *Modernity and Its Futures* (Ed. Stuart Hall, D. Held y T. McGraw). Open University Press, 1992, pp. 273-325.
- Han, Byung-Chul. *La Sociedad del cansancio* (Trans. Saraxaga Arregi, Arantzazu). Barcelona, Herder, 2012.
- Havel, Václav. «Kosovo and the End of the Nation-State». *The New York Review of Books* XLVI.10 (1999), pp. 4-6.
- Jover Zamora, José María. *Historia y civilización. Escritos seleccionados* (Ed. Baldó, Marc). Valencia, Universidad de Valencia, 1997.
- Karner, Christian. *Negotiating National Identities between Globalization, the Past and 'the Other'*. 2011. Research in migration and ethnic relations series. Web <<http://O-site.ebrary.com.luna.wellesley.edu/lib/wellesley/Doc?id=10470870%3E>.
- Onís, Federico de. «El estudio del español en los Estados Unidos». *España en América; Estudios, ensayos y discursos sobre temas españoles e hispanoamericanos*. Río Piedras, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1955, pp. 679-702.
- Rushdie, Salman. «Imaginary Homelands». *Imaginary Homelands: Essays and Criticism 1981-1991* (Ed. Rushdie, Salman). Londres, Granta Books, 1991, pp. 9-21.
- Sánchez Albornoz, Claudio. *España y el Islam*. Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1943.
- Thurman, Robert. «Tibetan Buddhist Civilization and Contemporary Western Cosmopolitanism». The English Institute, 1998.
- Wirth, Uwe. «The Underlying Logic of the Study of Culture». *Travelling Concepts for the Study of Culture* (Ed. Birgit Neumann, Ansgar Nunning). Berlin/Boston, De Gruyter, 2012, pp. 85-98.

GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS

¿Qué habría sido de Carmen Laforet, Ana María Matute o Carmen Martín Gaité sin las universidades estadounidenses?, le oí preguntar a Carme Riera. También ella –añadió– tenía mucho que agradecerles: estudiaban su obra, la invitaban a dar cursos o conferencias... Y yo comparto esa gratitud. El mundo universitario de Estados Unidos me ha tratado –me sigue tratando– con una generosidad que nunca podré agradecer. Me ha transmitido una certeza que en España nunca terminé de tener: la de que se me escucha. Me consta que mis libros están allí en las bibliotecas, que se estudian, que los profesores –y sobre todo las profesoras– de literatura española conocen mi obra y siempre les interesa acogerme, hacerme charlar con sus estudiantes. Ciertamente, todo eso sucede también en las universidades españolas, pero en mucha menor escala; y del resto del mundo solo muy de vez en cuando me llegan noticias.

FINALES DE LOS 90. PRIMER CONTACTO

Todo empezó a finales de los 90 o primeros años 2000, cuando algunas jóvenes profesoras estadounidenses, o todavía simples doctorandas, me escribieron para que les contestara algunas preguntas sobre dos libros que acababa de publicar, *Madres e hijas* y *Literatura y mujeres*. Les contesté, claro está, encantada de saber que algunos de mis libros eran leídos al otro lado del Atlántico. Seguimos escribiéndonos ocasionalmente y cuando una de ellas, Katica Urbanc –casada con un profesor español– me anunció que viajaba a Madrid, quedamos en conocernos. Nos vimos por primera vez en La Pecera, la cafetería del Círculo de Bellas Artes. Por entonces, yo aún estaba poco familiarizada con el *melting pot* americano, y me impresionó mucho conocer a alguien que era a la vez, en distintos grados, eslovena, italiana, canadiense, estadounidense y española, y que hablaba con la misma soltura cinco lenguas (aunque me explicó que en cada una se sentía más cómoda en ciertas áreas: en italiano, por ejemplo, la lengua de su madre, tenía un gran vocabulario de cocina).

Por esa época, hacia 2003, yo me estaba separando de mi marido, lo que me permitía –y a la vez obligaba– a iniciar una nueva etapa profesional y vital más autónoma, libre y, también, incierta; por eso di un paso que en otras circunstancias quizá no me hubiera atrevido a dar, por difícil y presuntuoso. Y es que le pregunté a Katica si había alguna posibilidad de que su universidad, la Wagner College de Nueva York, me invitara a dar una conferencia; y Katica dijo que sí (o tal vez fue al revés: ella me lo sugirió y yo acepté).

Recordé entonces el nombre de Christine Henseler. Me había escrito porque preparaba un libro en el que me había propuesto participar –*En sus propias palabras: escritoras españolas ante el mercado literario*–; a Geraldine Nichols, a la que había conocido en 1990 en una feria del libro feminista en Barcelona y que hablaba un catalán impecable y a Nancy Miller, con quien había coincidido en Bath, Inglaterra, durante un congreso sobre madres e hijas en la literatura organizado por Adalgisa Giorgio. Christine era profesora en Cornell (Estado de Nueva York), Geraldine en Gainesville (Florida) y Nancy en CUNY (Nueva York). Les escribí. Y entre unas y otras, y algunas más que fueron surgiendo, me encontré con una gira de conferencias prevista para el otoño de 2004. Estuve encantada, pero a la vez muerta de miedo: ¿estaría a la altura? ¿Resultaría una buena conferenciante ante un público tan distinto al que suelo encontrarme? ¿Conseguiría organizar sin errores un viaje tan complicado? ¿Decepcionaría a mis amabilísimas anfitrionas? El mes de agosto de ese año lo pasé en Limerick: una profesora de esta universidad irlandesa, la andaluza Cinta Ramblado, me había conseguido una invitación, consistente en que me pagaban el viaje y me prestaban una habitación durante un mes en una residencia universitaria vacía, para que pudiese escribir. Cada mañana, al llegar a la biblioteca donde pasaba el día, antes de ponerme a trabajar –acababa de empezar la escritura de *Adolescencia en Barcelona hacia 1970*–, primero escribía a mi todavía marido (hay tantas cosas que decidir, tantas batallas que librar, para poder separarse) y, después, mirando el mapa de los Estados Unidos con el rabillo del ojo, me dedicaba en cuerpo y alma a preparar el viaje. Tenía que ocuparme de mil cosas. Confeccionar la agenda era armar un complicadísimo rompecabezas: debía tener en cuenta las distancias, los tiempos de viaje, los días en que se daba la clase de español en cada sitio, las festividades locales; debía buscar el aeropuerto más próximo a cada ciudad, consultar los horarios de vuelo, solicitar el visado, decidir

si me iba a atrever a dar charlas en inglés o solo en español, etc. Mi inexperiencia lo complicaba todavía más. Por ejemplo, como buena europea, yo daba por supuesto que el mapa universitario coincidía con el administrativo, es decir, que a cada capital de provincia o, en este caso, Estado, correspondía una universidad, y viceversa; y me volví loca buscando la ciudad de Cornell, que como ustedes seguramente saben, no existe; la importantísima universidad del mismo nombre se llama así por su fundador, Ezra Cornell, y la ciudad en la que está situada, Ithaca, no es capital del Estado, ni siquiera una urbe importante, pues tiene 30.000 habitantes de los cuales 20.000 son estudiantes de la universidad. Era difícil, agotador, pero también maravillosamente estimulante: esto es lo que quiero y lo conseguiré –me repetía a mí misma ante cada nueva dificultad (quien haya intentado conseguir por primera vez un visado para Estados Unidos me entenderá)–, lo conseguiré, lo conseguiré, lo conseguiré... Y lo conseguí.

UN NUEVO MUNDO UNIVERSITARIO

Antes de 2004, yo había viajado a Estados Unidos, pero poco: dos breves estancias en Nueva York en los 90, una como editora literaria en Grijalbo y otra de vacaciones con mi marido, y dos viajes también de vacaciones y familiares, uno a California (precioso) y otro a Florida. Esta vez vi un país menos glamuroso, más real, pero para mí sorprendente, porque los campus estadounidenses no se parecían en nada a los españoles: eran lugares con frecuencia aislados, autónomos, no insertados en ninguna ciudad, sino encerrados en sí mismos, con estudiantes que no vivían –como en la universidad española que yo había conocido– con sus padres o en pisos compartidos, sino en residencias, y que estaban a miles de kilómetros de distancia de sus familias. Ser estudiante en Estados Unidos parecía una experiencia mucho más intensa y desconectada del resto del mundo que su equivalente español, un verdadero rito iniciático.

En cada universidad, hablaba en español –con el tiempo me fui atreviendo a hacerlo también en inglés– a un grupo de estudiantes sobre mi trayectoria –empecé a dar una conferencia que gustó mucho y que he dado luego en muchos otros escenarios, desde Institutos de Enseñanza Secundaria en Extremadura hasta el Cervantes de Varsovia, titulada «Cómo me hice escritora, gracias a mi madre, Franco y Simone de Beauvoir»– o sobre las escritoras en el mercado editorial español, o sobre «La intimidad, ¿una dimensión ausente de la literatura española?» También iba

a algunas clases a charlar con estudiantes que habían leído alguna novela o cuentos míos; me sorprendía que fueran grupos tan pequeños y que tuvieran una relación tan estrecha con sus profesoras/as, un poco como si, estando tan lejos de sus casas, formasen unas familias ficticias, de transición. Me sorprendía también la informalidad de su manera de vestir y comportarse: que se sentaran poniendo los pies encima de la silla, que llevaran chanclas y pantalones cortos, que se descalzaran. No me sorprendió, sin embargo, que la gran mayoría fueran chicas –también lo son en las facultades de Letras españolas– ni que hubiera muchas de origen latino; sí lo hizo, en cambio –y me decepcionó– que no hubiera casi ningún afroamericano, chico o chica.

Y en cada lugar, conocía a varias profesoras y profesores del departamento de español: los unos especialistas en el Siglo de Oro, otros en literatura contemporánea, unos peninsularistas, otros hispanoamericanistas. Sobre todo, descubría que existe en Estados Unidos un grupo muy activo y numeroso de profesoras –y algún profesor– que estudian la literatura –y, a menudo, también el cine– del mundo hispanohablante desde una perspectiva de género; están organizadas en una asociación, la Asociación Internacional de Literatura Femenina Hispánica, y publican una revista, *Letras Femeninas*. En los campus, la universidad forma una comunidad tan cerrada que tiene sus propios códigos: colores que le son propios, tradiciones más o menos inventadas o fetiches, como un determinado perro al que se permite circular libremente por las aulas. Otra cosa que no existía hasta hace poco en las universidades españolas son los alumni, exalumnos agrupados en una asociación que lleva a cabo numerosas actividades –una revista, viajes organizados, etc.– y que son una fuente de financiación importantísima. No en vano, los campus están llenos de todo tipo de cosas –un banco, una farola, una valla, una biblioteca, una máquina distribuidora de tampones, un puente, un museo, un polideportivo– donadas por exalumnos y que llevan su nombre individual o el de la promoción de tal o cual año. Y la cosa no acaba ahí: tan intensos e importantes han sido, para tantos estadounidenses, sus años en la universidad, que no solo hacen donaciones o asisten a fiestas o viajes con antiguos compañeros, sino que algunos llegan al extremo de querer ser enterrados en el campus; piadoso deseo que se les concede mediante contraprestación económica, naturalmente.

Descubrí algunas universidades que parecían sacadas de un cuento de hadas, o al menos de aquellos libros de Enid Blyton

que yo leía de pequeña, como Torres de Malory, y que eran también cuentos de hadas solo que situados en Inglaterra, no en el país de las hadas, con personajes que llevaban uniforme escolar. Campus idílicos de césped impecable, suave y cuidado como si fuera terciopelo; inmensas, modernas, eficientísimas bibliotecas; estupendos polideportivos; horarios inimaginables en España –las bibliotecas, por ejemplo, abrían toda la semana hasta las diez de la noche, o las doce o la una, y toda la noche en época de exámenes. Intenté entender, reconozco que sin mucho éxito, en qué sentido o grado las universidades de Estados Unidos –unas tres mil, según leí en alguna parte– son públicas y/o privadas; tampoco entendí, lo confieso, su libérrimo programa de estudios, con las *majors* y las *minors*, ni qué significa exactamente Liberal Arts College.

DIARIO DE VIAJE (2004)

Buscando entre mis papeles, he encontrado notas de aquel viaje, y las resumo a continuación.

ITHACA (NUEVA YORK): EN LA ARISTOCRÁTICA Y EUROPEIZANTE UNIVERSIDAD DE CORNELL.

Tras cinco horas de autocar desde Manhattan, heme aquí en Ithaca, una pequeña ciudad al norte del Estado de Nueva York, que gira en torno a su Universidad: la prestigiosa Cornell, miembro, junto con Harvard, Yale y pocas más, de la selecta Ivy League. Aquí fue profesor Nabokov, y es fácil asociarle a este lugar, frío, aristocrático y europeizante como él. El campus es precioso, con arroyos, cascadas, y venerables edificios neogóticos cubiertos de hiedra; la matrícula cuesta 30.000 dólares al año... La profesora que me acoge, Christine Henseler, una alemana que hizo el Bachillerato en Alicante, me aloja en su casa: una casita de cuento de hadas sobre el lago, con embarcadero y kayak a la puerta; no me extraña que esté enamorada de este país... Me cuenta que el rector es un notorio defensor de la affirmative action (discriminación positiva), en contra de los intentos de Bush de eliminarla, y que fue aquí, en Cornell, donde Derrida se dio a conocer. Es, en fin, una Universidad «liberal», una palabra que oíré mucho durante el viaje: la que define a Kerry; la que ha sustituido a «comunista» como blanco de las iras conservadoras; pero que aquí no remite, como en Europa, al liberalismo económico, sino al intelectualismo y a la libertad de costumbres. Que en Ithaca es especialmente marcada: Christine me cuenta que el hijo de unos amigos suyos, acostumbrado a fre-

cuentar a otros niños con dos papás, o dos mamás, o incluso dos papás y dos mamás (cuando una pareja de lesbianas se asocia con una de gays para tener y criar un hijo entre los cuatro), llegó un día a casa muy enfadado preguntándole a sus padres: «¿Por qué nuestra familia es tan aburrida?». . . Después de mi conferencia («Literatura y mujeres en España: historia de un falso boom»), cenamos profesores con estudiantes, algo que acostumbrada a la distancia que reina en la Universidad española, no dejará de sorprenderme en estos días, y es que aquí, los estudiantes nunca viven con sus padres: se van a estudiar a una Universidad lejana (y harán el doctorado en otra, y si luego son profesores, lo serán en otra distinta); los profesores les hacen un poco de padres. Naturalmente, hablamos de las elecciones. Todos están desolados de que la derecha haya conseguido, apelando a «valores morales», que los menos favorecidos voten en contra de sus intereses. Pregunto si Hillary Clinton, o el senador negro Obama, tienen alguna posibilidad de cara a 2008. Mis interlocutores son pesimistas: Hillary es vista como «demasiado liberal»; como mucho podría aspirar a una vicepresidencia. Obama tiene mejores perspectivas. . . «si es que no le asesinan antes».

EN GAINESVILLE (FLORIDA) CON EL «CASAL CATALÀ».

Cuando dejé Ithaca, nevaba; aterrizo en Gainesville entre palmeras; todo el mundo va en manga corta. Geraldine Nichols ha convocado para almorzar al Casal Català en pleno, léase media docena de estudiantes de doctorado, que están aquí porque la Universidad americana les ofrece becas y recursos mucho mejores que en España. De lo conocida que es aquí Catalunya me ofrece un ejemplo Montserrat: una vez enseñó la documentación en un supermercado y la cajera, viendo su nombre, exclamó: «Rusa, ¿no?». . . Pero no se arredran: el primero de noviembre celebran simultáneamente la castanyada y Halloween, y han llegado a un acuerdo con una librería para que el día de Sant Jordi haga descuento y venda rosas.

LA LITERATURA ESPAÑOLA VISTA POR LOS «DEPARTMENTS OF SPANISH».

En todas las visitas estoy comprobando lo mismo: la literatura española que aquí se estudia es más moderna, e incluye más mujeres y autores periféricos, que la incluida en los programas de las Universidades españolas. Más de una vez me cuentan la misma anécdota: en 1990, un congreso de hispanistas en Ohio fue inaugurado

por un conocido profesor español, el cual hizo un balance de la literatura española en todos los géneros citando más de un centenar de autores... entre los cuales no figuraba –para desconcierto primero e indignación después de los hispanistas norteamericanos presentes– ni una sola mujer... Geraldine me cuenta también que en un reciente congreso en California, ella y unas colegas norteamericanas, en presencia de dos famosas escritoras españolas, mencionaron su interés por la obra de María Barbal... y se dieron cuenta, con profundo asombro, de que las dos españolas no la conocían ni de nombre... En Wagner College (estado de Nueva York) me acoge Katica Urbanc, que prepara un libro sobre la representación de la maternidad en las novelas de Soledad Puértolas. En Montclair (Nueva Jersey) mi anfitriona es Linda Gould Levine, que se ha especializado en la obra de Juan Goytisolo y Lidia Falcón. En Austin (Texas), charlo con Virginia Higginbotham sobre una autora bastante olvidada en España y que ambas adoramos: Rosa Chacel. En Kansas, Jorge Pérez, un joven extremeño, me explica que dejó la Universidad española por rancia («yo creo que lo más moderno que se estudia allá sigue siendo Tiempo de silencio» [1961]) y aquí en cambio ha podido hacer la tesis sobre la «Generación X» (Mañas, Etxebarría y Loriga).

COLLEGE STATION (TEXAS):

BIENVENIDOS AL FEUDO DE LOS BUSH.

«¡Bienvenidos a la Biblioteca-Museo George Bush!», leo en la fachada del minúsculo aeropuerto. Y es que esta es la ciudad preferida del expresidente y su esposa: además del Museo, hay aquí una avenida George Bush, un centro de beneficencia Barbara Bush, y las futuras tumbas previstas para ambos... El lugar es inolvidable: en medio de la llanura tejana –donde no hay nada, más que vacas y pozos de petróleo–, la ciudad consiste en dos avenidas bordeadas por centros comerciales, y el campus. Fundada como Universidad militar, fue una de las últimas en admitir a negros y a mujeres, y no ha perdido su ambiente marcial: hay soldados por doquier; como me explican mis guías, la estudiante catalana Mar Trallero y la profesora mexicana Alessandra Luiselli, ingresar en el Ejército (lo que les da el derecho a estudiar gratis) es la única manera que tienen muchos de acceder a la Universidad, en un país en que las matrículas más baratas cuestan 7.000 dólares al año. El periódico del campus se llama El batallón; por todas partes hay banderas y placas conmemorativas de hazañas militares; el rector es un ex director de la CIA...

Si esto es la América de Bush, está todo dicho... Por cierto, es esta la única Universidad donde nadie se ríe con mi conferencia: o no captan las ironías, o su idea de la autoridad –la de la conferenciante, en este caso– es tan solemne que resulta incompatible con la carcajada... Pero la cena es muy agradable. Un estudiante guatemalteco me sorprende exclamando «Quin patir!». Resulta que es un fan del Barça y ha aprendido algo de catalán escuchando a Josep Maria Puyal... Sueña con conocer Barcelona y hasta con casarse, dice, con «una xicoteta catalana»...

MELTING POT EN MINNEAPOLIS.

Tras la incursión traumática en el «estado rojo» de Tejas («rojos» son los republicanos, «azules» los demócratas), vuelvo a uno «azul»: Minnesota. En el aeropuerto de Minneapolis, me sorprende comprobar que la señalización es bilingüe, pero no, como en casi todas partes, inglés-español, sino inglés y unos ideogramas asiáticos. La profesora que me recibe, Ofelia Ferran, me explica que puede ser la lengua de los Hmong, una etnia vietnamita que tras ayudar a los americanos en la guerra, vive en campos de refugiados en Tailandia, y es poco a poco fletada a Estados Unidos, concretamente a Minnesota, por ser un Estado poco poblado. Pero también podría ser japonés: en Minneapolis se encuentra la atracción turística más visitada del país, que es, ni más ni menos, un centro comercial, el más grande del mundo, que atrae chárteres enteros de japoneses... Esto del melting pot es cosa seria: ese sentido de la identidad tan rudimentario que tenemos por estos pagos –donde parece que lo más complicado que se puede ser es catalán y español a la vez–, aquí da risa. Ofelia es hija de un poeta catalán (Jaume Ferran), se crió en Estados Unidos y está casada con un hindú. Judith Kantz, la profesora en cuya clase doy una charla, también tiene que combinar identidades que parecen difíciles de encajar, aunque en su caso no son nacionales: es lesbiana y judía practicante...

A esta conferencia, la última que doy, llega tarde un grupo de estudiantes. Me explican que estaban en clase de una asignatura llamada Sexualidad en el mundo hispano [sic], y han tenido una acalorada discusión sobre cómo el modelo estadounidense de homosexualidad se está expandiendo, sin tener en cuenta las diferencias culturales, por España y América Latina... Decididamente, la Universidad de Estados Unidos y la española no se parecen mucho, que digamos.

VIRGINIA (2006), DARTMOUTH (2010), URBANA-CHAMPAIGN (2012)

Dos años después de esa gira, mi amigo Mempo Giardinelli, profesor intermitente en la Universidad de Virginia, me propuso dar allí un curso de escritura de un mes; acepté, claro está, encantada, y allí estuve, en Charlottesville, trabajando en el departamento dirigido por el conocido Randolph Pope y alojada en casa del profesor español Fernando Operé y su esposa americana, que con una generosidad impresionante y en nombre de su vieja amistad con Mempo, insistieron en acogerme.

La Universidad de Virginia (UVA) fue fundada por Jefferson en 1819. Además de la mansión del propio Jefferson –que Randolph Pope y su esposa María Inés Lagos, Mané, tuvieron la santa paciencia de llevarme a conocer, cuando deben de haberla visitado unos cuantos cientos de veces–, los edificios de la universidad son un monumento histórico. Cada estudiante –en la época de su fundación eran todos blancos, varones y de las mejores familias– tenía una minúscula casita, con su chimenea y una habitación en el sótano para su esclavo negro particular. En la UVA estudió, por cierto, uno de mis escritores favoritos, el francoamericano Julien Green, que habla mucho de ella en su autobiografía. Hablando de autobiografías, Pope, al saber que yo estaba escribiendo una –esa *Adolescencia...* empezada durante mi estancia en Limerick– me dio un consejo acertadísimo, aunque, la verdad, también bastante problemático: no la muestres a nadie antes de publicarla, me dijo; sobre todo, a nadie de tu familia. Confieso que le desobedecí, pero me he prometido a mí misma obedecerle la próxima vez (que la habrá).

Posteriormente me han invitado a Dartmouth College en 2010, gracias a José del Pino, y a la Universidad de Illinois en Urbana-Champaign en 2012, siendo mi anfitriona esta vez Silvina Montrul. En ambos casos me pidieron, además del taller de escritura «Cómo se escribe un cuento», otro curso más. Se me ocurrió proponerles –y aceptaron– uno de mi invención: el franquismo visto a través de autobiografías de escritoras/es españoles. Cada clase estaba dedicada a un aspecto de la sociedad española entre 1939 y 1975 –la religión, las distintas lenguas, la condición de las mujeres, los exiliados, etc.– ilustrado mediante extractos que yo seleccionaba de las memorias o diarios de autoras/es como Rosa Chacel, Max Aub, Castilla del Pino, Esther Tusquets, Juan Goytisolo o Lidia Falcón ¡Cuánto disfruté preparándolo, primero, y compartiéndolo, después, con aquellas

chicas y chicos criados en la democracia, el deporte, la libertad y el consumo, que para su fortuna jamás conocieron nada parecido a la España de Franco!

Y MUCHAS UNIVERSIDADES MÁS...

He hecho también, en este tiempo, varias giras de conferencias más, siempre invitada por universidades y, alguna vez, también por el Instituto Cervantes. Mi mala memoria me impide concretar en qué años (maldigo siempre al Departamento de Estado norteamericano cuando, para darme un visado, me piden la lista de todos mis viajes a Estados Unidos de los últimos diez o quince años, con fecha de entrada y salida: ¿cómo quieren que me acuerde?), pero no olvido los lugares: Chicago, Philadelphia, Berkeley, Kansas, Alabama, Cornell (Nueva York), Austin (Texas), Carleton (Minneapolis), Davidson (Carolina del Norte), Syracuse (Nueva York), Rutgers (Nueva Jersey), Sonoma (California), Sweet Briar (Virginia)... Y, por supuesto, recuerdo con cariño a todas las profesoras y profesores que me han acogido en ello: la catalana Nuria Morgado y el cubano Rolando Pérez, tan cordiales y acogedores –me alojé en casa de Rolando en Brooklyn cuando el huracán Sandy en 2012–; Mario Santana, profesor en Chicago, pero al que conocí en Barcelona –comimos juntos un día de verano en el jardín del Ateneu–; Dianna Niebylski y su maravilloso apartamento en Chicago, en una planta 47, con vistas que parecen de ciencia ficción; Parissa Tadrissi, que me acogió en San Francisco; Pam De Weese, profesora en la universidad solo para mujeres de Sweet Briar –que tristemente acaba de cerrar–, convertida ahora en la traductora de mi obra al inglés; la española Palmar Álvarez, que me acogió en Carleton y también en su casa de Minneapolis; la infatigable Phyllis Zatin, rebosante de vitalidad y humor zumbón, decidida a no jubilarse nunca; la catalana María Luisa Guardiola, que me invitó a Philadelphia y me contó tantas cosas sobre los cuáqueros; Pepa Anastasio, con quien he comentado su interesante investigación sobre las cupletistas españolas y compartido cena en un estupendo restaurante chino de Manhattan con nuestras respectivas parejas; la eficaz y acogedora Kyra Kietrys; Joana Sabadell, a quien conocí en Philadelphia y volví a ver en Barcelona –estaba preparando entonces la edición de los diarios de Torrente Ballester–; la vital y risueña Linda Gould Levine, con quien comparto tantas amigas feministas; las poetas Marta López Luaces, gallega neoyorquina, y Mercedes Roffé,

argentina, en cuyo apartamento de la punta sur de Manhattan me hospedé –está pegado a las vías de un tren elevado y, cuando una sale al balcón (tapándose los oídos), le parece estar metida en un dibujo del libro *Cuando nuestros abuelos imaginaban el año 2000*; Emilie Bergmann, que me invitó a Berkeley y, más que académica, parecía una hippy jubilada, encantadora y un poco en la luna y Ana Corbalán, de Alabama, Annabel Martín, de Dartmouth, Ana Merino, también de Dartmouth –que luego se fue a Iowa–, Elena Castro, Joyce Tolliver...

EPÍLOGO, QUE ES PRÓLOGO

Mi relación con el mundo universitario estadounidense ha sido, para mí, un regalo caído del cielo. En cuanto a mi carrera literaria, por las razones que expuse al principio, y también en lo personal. Hasta los treinta años, yo me había dedicado a conocer las culturas europeas en las que podía penetrar porque conocía su idioma: España, Francia, Reino Unido y un poco Portugal. Después sentí que había tocado techo; no hablo ruso, ni alemán, ni italiano, ni griego; creí entonces que aunque podía seguir viajando, nunca más iba a descubrir, a conocer a fondo, otro país y su cultura. Y entonces, de pronto, apareció Estados Unidos. Y yo, que como tantos europeos tenía la vaga idea de que se trataba de un país rico y poderoso, sí, pero homogéneo, plano y sin demasiado interés, empecé a conocerlo y a encontrarlo fascinante, sobre todo por su increíble variedad de historias, paisajes, religiones o subculturas.

No he tocado techo. Sigo teniendo un deseo inmenso, vivísimo, de conocer mejor Norteamérica –en 2013 hice una gira por algunas universidades de Canadá–, de visitar los Estados que no conozco todavía, de explorar eso tan sorprendente siempre –pero a lo que solo se puede acceder sabiendo el idioma y teniendo amistades– que es una cotidianeidad distinta de la propia. Y estoy feliz porque hace unos días la profesora Kathy Everly, de la Universidad de Syracuse, en el Estado de Nueva York, acaba de anunciarme que me han concedido algo llamado *Watson Professorship*: un contrato para dar un curso breve, pero intenso, en la primavera de 2016. Estoy pensando que aprovecharé el viaje para ofrecerme a otras universidades y que quiero ir a ver la casa-museo de Emily Dickinson en Massachusetts y visitar el Estado de Maine, y las exposiciones que habrá en el Met cuando yo esté... ¡Adoro Estados Unidos!

MESA REVUELTA



Más prodigiosa cuanto más sencilla
**La poesía de María
Victoria Atencia**

Por Guillermo Carnero

Que yo sepa, María Victoria Atencia no le ha dado importancia –ni siquiera la de rechazarlos– a los cuatro medios de transporte colectivo que se le ofrecen para circular por el espacio literario español: poesía andaluza, poesía del silencio, poesía femenina y generación del 50. Como si hubiera llegado por su cuenta, según dice uno de sus poemas, a «la estación más allá de la cual mi billete no es válido» («Estación en penumbra», de *La pared contigua*); y no porque sea el final del trayecto, sino porque no ha querido seguir viaje.

En la entrevista titulada «Oficio de escribir», que cierra su antología *Ensayo general*, preparada por Rafael Juárez y publicada en 2011, María Victoria ha dado su opinión sobre tres de esas estaciones. De la primera ha dicho: «Se puede hablar de mí cuando se habla de una tradición poética andaluza que ni ejerce de andaluza ni se queda en eso». De la segunda: «No sé qué es exactamente, salvo un rótulo, la poesía del silencio». Y cuando se le ha preguntado si cree en la definición de la literatura desde una perspectiva de género, ha respondido que no asiente a la moda que actualmente privilegia la poesía escrita por mujeres, porque es un insulto a la inteligencia y la sensibilidad de una mujer el ser valorada no por esas cualidades, sino por serlo (Atencia 2011b, 211-213, 218).

¿Es andaluza la poesía de M^a Victoria Atencia? En *El oro de los tigres*, enumera como supuestamente distintivas de Andalucía la inspiración barroca, la contemplación de la feracidad de la vegetación, la resignación senequista, el erotismo y la conciencia de marginación en tanto que cultura rural (Atencia 2009, 23-24, 52, 58).

Para que esa combinación definiera la poesía de Andalucía, habría de darse en ella de modo general y exclusivo, y no es así ni en lo sincrónico ni en lo diacrónico. A mi modo de ver, todas las características citadas podrían atribuirse a Sicilia, sin ir más lejos. Si se trata de seguir la tradición barroca, el principal arquitecto andaluz es un alemán, Baltasar Neumann. Y si hablamos de Góngora, M^a Victoria no está en su linaje, mientras el gongorismo es del dominio público: lo han asumido tanto Rafael Alberti como Gerardo Diego y Miguel Hernández. Y si se trata del entorno humano, trayendo a colación «Epitafio para una muchacha» (de *Cañada de los Ingleses*), su inspiración, que estuvo en el Cementerio Inglés de Málaga, podría haber estado igualmente en la colección de lápidas decimonónicas de la planta baja del Museo Británico, o en la del hijo de pocos meses del pintor Joseph Severn, el amigo de Keats, en el Cementerio Acatólico de Roma. El trasnochado tópico de la manifestación en Literatura de los supuestos caracteres distintivos de los pueblos, con los que en su día empezaban los temarios de oposiciones, no tiene hoy credibilidad ninguna. Y conste que en Andalucía se ha escrito buena parte de la mejor poesía de España, y que no debe confundirse la «poesía andaluza» como categoría con la obra de cualquier conjunto de poetas andaluces, sea cual sea su época.

En cuanto a la poesía de autor femenino, la cuestión es más compleja, ya que al parecer hemos de distinguir entre poesía femenina, poesía feminista y poesía escrita por mujer. Si he entendido bien a las doctoras de la Iglesia, esas

tres variedades corresponden respectivamente a la mujer que asume su condición marginal y vicaria en la sociedad masculina, la que la rechaza y se opone a ella, y la que escribe cuando esa condición ha sido superada. En ese terreno, de la bibliografía que conozco parece deducirse que M^a Victoria comenzó por escribir poesía femenina, pasó a la feminista intuitiva e inconscientemente y se encuentra actualmente en la de mujer.

Lo primero parece evidente. Una parcela de su obra revela lo distintivo de la experiencia y la mirada propias de la mujer que ella ha sido, dada su edad, su época y su adscripción social. Me refiero a la maternidad, la atención a la indumentaria y la perfumería, la variedad y la nomenclatura de las plantas y de las labores de costura, o la casa familiar como ámbito de responsabilidad y gestión personal.

A mi modo de ver, el feminismo nunca asumiría un repertorio como ese, que remite al rol tradicional de la mujer y cuyas manifestaciones, cuando no retrógradas, se consideran prescindibles y adventicias. Me pregunto si puede decirse que, a partir de 1984, M^a Victoria «intensifica la exploración de la condición femenina y consigue una más clara visión del abatimiento de la mujer y su negación como sujeto», aunque ello no sea visible, porque hasta entonces «no ha reflexionado sobre sí misma como sujeto consciente, y ha disfrazado la historia de su propia evolución bajo multitud de formas e imágenes inusuales y de aparente irrelevancia» (Ugalde 1998, 30; cambio a singular el plural del original).

En cuestiones en que ha de contarse con la autocensura y la intuición,

sin duda es posible que alguien asuma una determinada actitud por instinto, sin habérsela formulado e incluso creyendo y afirmando que no le concierne. Para aclarar asunto tan oscuro tendríamos que interpretar textos oscuros, conseguir que hablen cuando su autora ha callado, o testifiquen contra ella en caso contrario. Me parece peligrosa la hiperinterpretación que fuerza los textos desde el apriorismo ideológico, para en resumidas cuentas concluir que, puesto que M^a Victoria ha de ser feminista, lo es sin saberlo e incluso cuando niega expresamente serlo. Aunque confieso paladinamente que en este asunto me aplico aquello de «entréme donde no supe», y que lo menciono porque lo han hecho tanto María Victoria como sus intérpretes, creo también que en su ámbito no falta lo que en español llamamos sacar leche de una alcuza.

Y en estadio final y más perfecto de la femineidad, en el que se alcanzara la poesía de mujer sin más, me pregunto si tendría sentido una supuesta poeticidad o visión del mundo específicamente femenina. Una cuestión paralela a la que plantea la utopía marxista: ¿tendría sentido la conciencia proletaria en una sociedad sin clases, en quien no fuera guardián encargado de garantizarla? Aunque un hombre no sea quien mejor pueda decirlo, creo que más allá de la experiencia de ciertos hechos biológicos, la inteligencia, la sensibilidad y la cultura no dependen del sexo. En su entrevista con Sharon Keefe Ugalde, en el volumen colectivo de 1991 que reúne 17 de esas llamadas *conversaciones*, dice M^a Victoria que para deslindar dos poéticas enfrentadas, la masculina y la femenina,

habría que caer en el error de admitir que hombres y mujeres son distintos del todo y en todo (Ugalde 1991, 8). Y en *El oro de los tigres*, que «la escritura poética no tiene género», y que, suponiendo que hombres y mujeres razonen, pero no sientan, del mismo modo, ha de ser por efecto de la cultura antes que de la naturaleza (Atencia 2009, 13-14, 32).

Para mayor confusión, esta última formulación no es del todo afortunada, pues desatiende el hecho fundamental del que estamos hablando, la deformación y represión de la naturaleza por la cultura; pero también es verdad que, de haberse llegado finalmente a la poesía de mujer, es decir, a la sociedad sin clases sexuales, el obstáculo cultural no sería ya operativo.

Retomando el hilo, yo diría que la consideración regional, provincial o autonómica de la literatura pretende, más que definir lo supuestamente propio y diferencial de lo surgido en esos territorios, llamar la atención hacia lo que en ellos se escribe, cuando se cree que lo periférico resulta desatendido en la habitual gestión literaria centralizada; e igualmente, el feminismo suele de hecho exigir mayor atención social hacia la mujer escritora. Y para ese viaje no necesitábamos alforjas, porque la poesía escrita por mujeres recibe la misma atención que la escrita por hombres, es decir, poca o ninguna. La desaparición de la violencia, la tiranía doméstica masculina y la desigualdad en materia laboral o salarial es sin duda una batalla múltiple que tiene sentido librar, pero es abusivo proyectarla sobre el oficio de escritor. «Pensar que ser mujer escritora suponga hoy la inclusión en un grupo de riesgo me parece querer nadar contra la evidencia», escribe M^a Victoria en *El*

oro de los tigres (Atencia 2009, 51). Estamos, efectivamente, ante un problema de género, un género diariamente ignorado y despreciado: pero un género literario. Si la poesía de hombre, de mujer o de cualquier otro sexo sobrevive es porque las instituciones le conceden la atención que le niegan el público y el mercado. Disfruta así de un simulacro de existencia, en el que la gratitud convive con la melancolía de quien dialoga con su propio eco, mientras, como escribió Cernuda en su poema a Larra, «muere la inspiración envuelta en humo», aunque sea el humo del incienso.

Pasemos a otra cosa. Si alguna vez ha sido evidente la inadecuación del concepto de generación para periodizar la literatura, es en el caso de la llamada «del 50». Para empezar, está dividida en dos subgrupos. El primero el de Barcelona, bien perfilado, con Barral, Gil de Biedma y Goytisolo, como teórico el primer Castellet (el de *Veinte años* y *Un cuarto de siglo de poesía española*), con una revista, *Laye*, una colección de libros, Colliure, y un premio de poesía, el Boscán; el otro, el supuesto e indefinido de Madrid. Pero además, ¿en qué clase de generación, por muy escindida que esté, cabe que uno de esos subgrupos incluya en su proyecto fundacional, como ha contado Jaime Gil de Biedma (Gil de Biedma 2002, 170-171) la hostilidad contra el otro?:

«*La operación era de autopromoción, dirigida contra el grupo de los poetas de Ínsula, de Madrid, y tácitamente contra Claudio Rodríguez.*»

Así que querían no sólo dar la vuelta al ruedo, sino cortar una oreja.

Aunque M^a Victoria no se haya pronunciado al respecto, yo diría que la

pertenencia a esa generación del 50 no le quita el sueño. De todos modos, cuando tuve la oportunidad, en el capítulo que me fue encargado en *The Cambridge History of Spanish Literature* (Carnero 2004, 643-658), la situé donde creí que estaría menos incómoda, porque en historiografía literaria es peligroso viajar solo.

Poca o ninguna semejanza tiene el misterio ocasional de su poesía con el irracionalismo de Claudio Rodríguez o Caballero Bonald. Menos aún su cotidianismo con el de Ángel González o José Agustín Goytisolo. No hay en ella ironía ni autocuestionación personal o de clase, como en Jaime Gil; tampoco crítica social o resistencia política. Alguna afinidad tiene, pero sin identidad, con el intimismo de Francisco Brines, y con la economía verbal del último Valente.

Pongamos un último y extremo ejemplo de extraterritorialidad generacional. Juan García Hortelano afirma, en el prólogo a su antología *El grupo poético de los años 50*, que la primordial característica colectiva de estos poetas, que en 1936 tenían entre 2 y 10 años, es la experiencia de una infancia desgraciada, vivida en las trágicas circunstancias de la guerra y la primera posguerra. Cito literalmente:

«Abolida la infancia, en un país de adultos estremecidos por una locura senil, los niños, matriculados en un cursillo acelerado de vida, se licenciarán pronto en esa deformidad teratológica, causa de espanto e irrisión, denominada precocidad.[...] La segunda experiencia fundamental de estos muchachos de 1939 va a ser la travesía del desierto, una de las operaciones más sórdidas, destructivas y venenosas que una sociedad ha ofrecido

a su juventud [...] Y así [han resultado] burgueses, inconformistas, ensoberbecidos autodidactas, corroídos por el complejo de ignorancia, pedantes, insolidarios, rechazados y rencorosos, convictos de pertenecer a un país bárbaro, edípicos, idealistas o salaces, escépticos [...] Hay que suponerles lecturas suficientes de los textos marxistas».

A pesar del énfasis melodramático del texto, es cierto que la infancia se desnaturaliza en medio de una guerra civil, para quienes la pierden y para quienes la ganan. Pero la cuestión no es esa. ¿Se trató verdaderamente de una experiencia colectiva de la generación del 50, hasta el punto de que ser niños de la guerra sea el único e imprescindible rasgo común? ¿Cuál fue la infancia de M^a Victoria Atencia? ¿Fue sórdida, destructiva y venenosa? ¿Ha salido ella corroída, rencorosa, edípica y lectora de textos marxistas? ¿Ha hecho restallar el látigo, ha silbado de cólera, se ha convertido en lanza ante los males de la patria? Cito literalmente de la entrevista con Sharon Keefe (Ugalde 1991, 3):

«Mi infancia fue muy dichosa, muy feliz, en una casa sencilla pero llena de cariño y de ternura, con una familia muy unida. Los primeros años los pasé en el campo [...] Yo tenía cuatro años cuando estalló nuestra guerra, y todo aquello ensombrecía a los míos, sin que yo supiese por qué».

Veamos cuál fue esa infancia, la que ha querido dejarnos escrita. «Mujeres de la casa» y «Muñecas» (de *Marta y María*) recuerdan la serenidad de la siesta, entre entrevistados delantales y cofias, y los fil-

ms de Shirley Temple; «Santa Clara» y «Color de rosa» (de *Los Sueños*), y «La salamandra» (de *Las Contemplaciones*) rememoran trajes de organdí con dobladillos por los que pasaban sin duda cintas de seda o de terciopelo, los vestidos y las joyas de la madre enferma y el vestido de una tía, adornado por un broche; «Vendeja» (de *El coleccionista*), «Sueño de Churriana» (de *El mundo de M.V.*) y «Las puertas» (de *La Intrusa*), el aroma de frutas y pasas, y el deambular infantil por la casa familiar; «La niña» (*A orillas del Ems*), una infancia plácida con uniforme de colegio; «El triciclo» (*El hueco*), un veraneo en Ronda. Cuando en la entrevista antes citada se le pregunta a M^a Victoria por su infancia, no hay en su respuesta ninguna connotación dramática.

Y si el alojamiento literario de María Victoria no es la poesía andaluza, ni la femenina, ni la del silencio ni la del 50, ¿en qué tradición se sitúa, con cuál se identifica? En la enumeración de sus preferencias han ido siempre mezclados nombres por los que siente respeto, con otros más próximos que son su ascendencia, su familia literaria. Ejemplo de los primeros, Góngora o Quevedo. Los segundos nos interesan más: Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén, Luis Cernuda y los herméticos italianos. Con respecto a los tres primeros, habría que remontarse en el tiempo hasta lo que se llamó Purismo. En cuanto a los herméticos, los más afines a ella en el cultivo de la brevedad, el misterio y la oscuridad bajo una tensión emocional contenida, me parecen Quasímodo y Ungaretti. M^a Victoria pone a su lado a Hopkins y Rilke, lo cual tiene pleno sentido. Fi-

nalmente, ha dejado dicho que su poeta preferido es San Juan de la Cruz (Ugalde 1991, 13; Atencia 2011b, 209); quede anotado, por lo que en seguida veremos. La poesía hermética italiana, por su parte, es contemporánea del Purismo, tiene sus mismos maestros (Mallarmé y Valéry) y una poética equiparable.

Definir lo que fue la poesía pura, en la teoría y la práctica, ha sido una de mis preocupaciones desde hace 25 años, y lo he intentado varias veces a propósito de dos de los maestros de M^a Victoria, Cernuda y Guillén; resumo y recuerdo aquí lo más extensamente expuesto en Carnero 1989, 1990, 1992, 1993 a y b, 2003 y 2010. Vaya por delante que existe una estrecha relación entre Purismo y Misticismo, lo que nos lleva a San Juan de la Cruz.

La *poesía pura* se sitúa en la época del vanguardismo español y primeros pasos de la generación del 27. No es fácil de definir, y fue en su tiempo objeto de polémica, enfrentado al de *impureza*. No toca aquí más que relacionar la poética de M^a Victoria Atencia con la época purista de sus poetas preferidos.

El problema básico que plantea el Purismo es que sólo puede caracterizarse como renuncia a lo que en la tradición decimonónica se consideró adherencia retórica, aspiración que formuló Juan Ramón Jiménez cuando apeló a la «poesía desnuda». Por esa pretensión de limpiar los establos de la poesía, la literatura y el arte, tiene el Purismo proximidad a los movimientos de Vanguardia que se llamaron Cubismo Sintético, Constructivismo, Suprematismo, Rayonismo, Funcionalismo, Realismo Mágico y Nueva Objetividad.

La poesía pura se instala en España al llegarnos los ecos del debate francés levantado por las ideas de Henri Bremond y Paul Valéry, en un clima caldeado por *La deshumanización del arte* de Ortega y Gasset y la hostilidad de Unamuno y Antonio Machado.

El pensamiento de Bremond es difícil de precisar y sintetizar. Desde un concepto de religiosidad muy próximo a la «noche oscura del alma», estableció analogías entre la gracia y la inspiración divina, y entre la vivencia íntima de la religiosidad y el fenómeno poético; su amistad con Paul Valéry condujo esas especulaciones hacia lo literario. El 24 de octubre de 1925 pronunció ante las cinco Academias del Instituto de Francia su conferencia *La poésie pure*, publicada al año siguiente lo mismo que *Prière et poésie*. En esta última reivindica la oración no verbal; en *La poésie pure* afirma que la pureza poética resulta de eliminar relato, patetismo, didactismo, elocuencia, imágenes y razonamiento. Una operación descrita en términos de destilación química, que puede ser entendida como un modelo al que aproximarse abandonando como lastre la retórica romántica, realista y modernista. Si se practicara a ultranza, según Valéry y Bremond, la poesía pura sería silencio, como la Mística. Con la Mística hemos topado.

Si intentamos una recapitulación, la tendencia hacia la obra pura se distingue por: 1º, la reducción al mínimo de la efusión sentimental, la expansión psicológica del yo, lo descriptivo, narrativo y anecdótico, y el desarrollo discursivo; 2º, el realce de la concisión, la síntesis, la sugerencia y el instantaneísmo; 3º, la ocasional vuelta a la estrofa como pro-

cedimiento de contención y síntesis, con lo cual está relacionado el interés por el haikú japonés; 4º, obviamente, la eliminación del discurso doctrinal de cualquier tipo, filosófico, ético o político. Todo ello conviene a la poesía de M^a Victoria Atencia. Como modelo literario, el poema puro viene a estar constituido por una imagen o metáfora o un reducido número de ellas, expresadas con la mayor concisión y con los mínimos elementos referenciales, más su aplicación existencial en términos de ética y autoconocimiento. La brevedad es consustancial al poema puro, que nos deja una sensación visual de estampa, y afecta a nuestra sensibilidad como un destello, lo que M^a Victoria llama el efecto de un flash.

El Purismo está presente en la obra primera de los poetas del 27, singularmente en Jorge Guillén y Luis Cernuda, maestros confesados de M^a Victoria. En mi prólogo a *Como las cosas claman* (Atencia 2011a, 10) yo escribía que «la poesía de María Victoria Atencia tiene el misterio y el encanto de lo replegado sobre sí mismo, lo entreabierto, lo concentrado, lo esbozado y lo pequeño; de hecho, muchos de sus poemas dejan en el aire una gavilla de interrogaciones como las del pincel errático en una acuarela acaso abstracta o quizá premeditadamente inacabada». Si queremos realzar uno entre tantísimos poemas que responden a ese modelo, podría ser «Esa luz», de *Paulina o el libro de las aguas*. Y si la última estación del Purismo es el haikú, para ella sí tiene M^a Victoria billete: «9º30» y «Palo borracho», de *El coleccionista*; «Juan Sebastián Bach», de *Compás binario*; «Vuelo», de *El hueco*.

En este orden de cosas, M^a Victoria no ha mencionado, que yo sepa, ni como referencia histórica ni como asunto propio, el concepto de «poesía pura»; pero sí a su modo, y con otros nombres, «toda ciencia trascendiendo», como decía su santo maestro. En *El oro de los tigres* tenemos una definición del poema puro: «Suelo ocuparme de temas muy leves o aparentemente muy leves, por lo general sobre recuerdos de cosas o de sensaciones muy anteriores, [y] no lo hago sobre algo que me haya afectado con excesiva hondura [...] El poema es como un destello o como una oscuridad fugaces». (Atencia 2009, 19 y 22). También en la entrevista con Sharon Keefe Ugalde (Ugalde 1991, 4): «Muchos de mis poemas deben a la pintura ese aire como de flash». En cuanto a esto último, asiento al flash, pero no a su origen. Mis apreciaciones, por otra parte, coinciden con las de Biruté Cipliauskaitė (Ugalde 1998, 43):

«Llaman la atención la brevedad y la condensación de sus poemas, trátense de estampas o intuiciones instantáneas, o de reflexiones éticas. La densidad raya a veces en lo hermético, notablemente en sus últimos libros, donde los poemas surgen a base de meras insinuaciones».

Los temas predilectos de M^a Victoria son tres, que enumero de mayor a menor entidad: la condición femenina (el amor, la casa familiar, la madurez y el tiempo), las experiencias culturales y las reflexiones metapoéticas.

En el ámbito de exploración de la condición femenina, el amor es, naturalmente, su asunto principal. Puede, al ir a descubrirse, perderse o malograrse por

obra u omisión, propia o ajena, y ha de manejarse con enorme cuidado, por ser frágil como una flor, delicado y quebradizo, «como un vaso lleno todo de transparencias / entre manos inquietas y escurridizos dedos» («A una flor en la acera», «Muchacha», de *Arte y parte*). Sin amor, la vida carece de entidad y de sentido, privada del «estallido floral de primavera», primavera que es naturalmente la del ser humano llegado a la plenitud y la fecundidad («Epitafio para una muchacha», de *Cañada de los Ingleses*).

Las estaciones y episodios del amor suelen adoptar la perspectiva femenina: el requerimiento por iniciativa ajena («Suceso», de *El mundo de M.V.*); la pulsión dionisiaca que teme frustrarse por miedo a perder la compostura y la complacencia en el autodomínio («Paulina Borghese», de *Paulina o el libro de las aguas*), o ser precedera en el tiempo («San Juan», de *Marta y María*). En este ámbito, la oscuridad distintiva de M^a Victoria resulta especialmente patente, dando acaso la razón a María Zambrano cuando escribe que «Un secreto es siempre un secreto de amor» (Zambrano 1999, 59). ¿Cómo, por ejemplo, hemos de entender, en «Estrofa 24» (de *El mundo de M.V.*), la discreta presencia de los lagartos lorquianos que lloran la pérdida del anillo, hermoso por ser de oro, acaso fatigoso por ser de plomo? El poema dedicado a la hermana de Napoleón y esposa del príncipe Camilo Borghese me parece especialmente significativo: aunque hay una gran belleza en la inmovilidad marmórea del retrato esculpido por Canova, no sería menor la de la estatua si echara a andar, desde luego sin vestirse, como anduvo la verdadera Paulina.

Debo referirme aquí a una página de mi prólogo de hace 30 años a *Ex libris* que acaso no ha sido bien interpretada. Decía allí que en la poesía de M^a Victoria, desde *Marta y María*, había desaparecido el pensamiento idílico, y me refería al idilio amoroso dentro de la femineidad tradicional. Ese cambio –según– había dado lugar a una «persistente ocultación de las motivaciones reales y biográficas, que da razón de mayor calidad y elaboración literaria», «una labor de connotación de referentes biográficos que no van a ser nombrados directamente». Un posible cambio existencial de expresión poética velada, que como consecuencia colateral había dado lugar a la desaparición de los tópicos tradicionales propios de la poesía «femenina», adjetivo que ahora utilizo en lo que lo separa de «feminista» y «de mujer». En resumen, el recato extraliterario había llevado a la superación del tópico literario. Eso sería, en otras palabras, lo que Sharon Okeefe (Ugalde 1998, 29-30) interpreta como personalidad dividida por la duda entre la fidelidad al «orden patriarcal» y el desencanto a su respecto. Sin entrar ahora, como no pretendí tampoco en 1984, en las razones de ese supuesto desencanto, lo cierto es que me pareció plausible su resultado literario, porque, como más de una vez he dicho, si la visibilidad de la condición humana es imprescindible para que un poema nos parezca auténtico, la condición humana escrita corre el riesgo de volverse tediosa por repetitiva y previsible, teniendo en cuenta la antigüedad y obsolescencia del pacto autobiográfico que aportó, originalmente en su momento, el Romanticismo. Los libros de María Victoria anteriores a *Marta y*

María me parecieron, en el momento de *Ex Libris*, excesivamente primarios en su dimensión existencial.

Pude estar equivocado, en la medida en que la condición humana escrita femenina, a diferencia de la masculina, pueda no considerarse redundante y obsoleta por haber carecido de una continuidad secular propia en la que manifestarse, consolidarse y diversificarse. En otras palabras, mi elogio de la ocultación sería válido para la escritura masculina, pero no para la femenina (Tina Escaja en Ugalde 1998, 143-144). No sé si no haberlas distinguido me convierte en un representante del orden patriarcal, o en un partidario de una sociedad sin clases de género. Quizá María Victoria y yo seamos feministas sin saberlo.

Tras el amor, en su trayectoria poética la madurez se experimenta como una etapa regida por la moderación de los instintos y estímulos vitales de la juventud, percepción esta que no adoptaría un hombre, en mi opinión. Es un momento de la propia vida en el que «no es justo y conveniente / echarse a los caminos a pecho descubierto» («A esta altura de vida», de *Marta y María*), ni extraviarse por camino nuevo cuando se puede encontrar solaz en el conocido, que es como el reverso de una misma moneda, segura en mano cuando la posesión de otras de más valor es azarosa («La moneda», de *Marta y María*); la mediana edad debe disfrutarse con aceptación de la moderación que le es inherente («Cuando las estaciones», de *El hueco*); la paz interior puede y debe lograrse contemplando el pasado sin amargura ni tampoco indiferencia («Retiro de Fray Alonso», de *El mundo de M. V.*); debe servir de consuelo

el ser consciente de que los individuos han de desaparecer para que se prolongue la cadena de la vida («La madre de Héctor», de *El coleccionista*).

La reflexión acerca de la madurez va necesariamente hermanada a la que tiene por objeto el paso del tiempo. «Si la belleza...» (de *Marta y María*), uno de los mejores poemas de M^a Victoria, agradece la pervivencia de ese don supremo, que permitió en su momento de plenitud que el vaso del ofrecimiento juvenil no se malograra. La percepción del paso del tiempo llevará a unos a la desesperación, pero a otros, entre los que M^a Victoria se cuenta, hará propensos al disfrute y el rescate del momento, percibido más sensorial que intelectualmente.

Finalmente, la casa familiar es el ámbito tanto del recuerdo de la infancia como de la plenitud y el sacrificio de la vida adulta, y una vez más estamos en el ámbito de lo femenino: «Testimonio» (de *Marta y María*). En el prólogo a *Como las cosas claman* escribí, utilizando un título de Balzac, algo que no sabría formular de otro modo:

La casa es para María Victoria ámbito del misterio de lo pasado y de lo presente, un columbario de escondrijos, altillos, sótanos y desvanes, repletos de pañizuelos desgarrados, muñecas desmembradas, vestidos apolillados, abanicos mohosos; los cajones huelen a espliego, en algún lugar resuena el aullido de un perro que no es de este mundo, y el tiempo puede, de noche, sonar como un oleaje manso bajo las camas y los bargueños. De día, la mujer que está al mando —y que debe reunir la misión de las dos hermanas de Lázaro— oficia la que es a veces la misa del ateo, repartiendo «amor

y pan y fruta», cuidando la alineación de las copas y la secuencia de los cubiertos a ambos lados del plato.

En su tratamiento del ámbito doméstico y de otros espacios físicos la poesía de M^a Victoria se aproxima a la Nueva Objetividad. En ella no son irrealles las cosas mismas, pero sorprende e inquieta su lógica y su sintaxis. Si son naturales, por la ley insólita que las rige; si humanas, por el designio que las reúne. La utilización de lo objetivo referencial (ya que no de lo realista en sentido estricto), la serenidad de la emoción no explícita y amordazada, el trazo mínimo y la sugerencia, y en resumidas cuentas la captación de la extrañeza de lo real, todo ello es emparentable con el hermetismo misterioso de tantos poemas de M^a Victoria, que en ocasiones da paso a visiones de gran poder imaginativo, como la de «Mar» (de *Marta y María*).

En cuanto a las experiencias culturales y las reflexiones metapoéticas, poco es lo que debe decirse. M^a Victoria ha anotado, a lo largo de sus viajes, sus visitas a yacimientos arqueológicos y a museos, y sus poemas, en este terreno, son de los más breves en un corpus textual que se distingue por la brevedad: véase «Esclavo agonizante» (de *Paulina o el libro de las aguas*), con sólo tres versos. Más expresivo es «La Chiesa» (del mismo libro), sobre la veneciana Santa María della Salute, cuyo pavimento puede ser tomado por un laberinto, luego identificado con el de la memoria. Pocos de sus textos son metapoéticos, y sus asuntos sencillos: la imprevisibilidad con que se autoimpone el poema necesario («Como las cosas claman», de *De pérdidas y adioses*); la escritura como razón de supervivencia a

falta de otra («Algo de vida», de *Las Contemplaciones*). No sé si me paso de listo al interpretar el poema «Wasa 1628» (de *El mundo de M.V.*) como un manifiesto en pro de la sencillez propia y ajena, en que se identificara con el Barroco el buque que en 1628 iba a ser, para gloria de Gus-

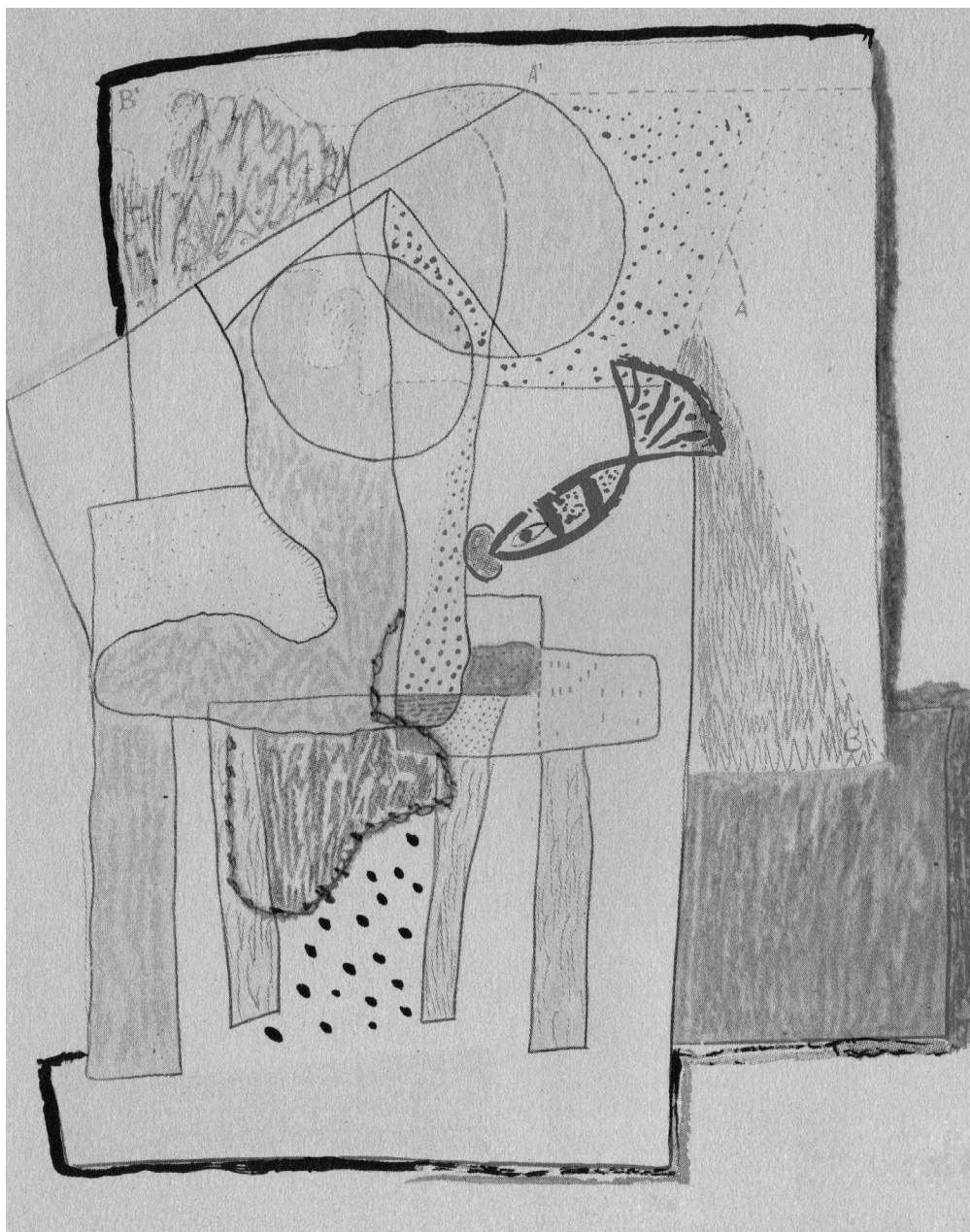
tavo Adolfo II de Suecia, la más hermosa y mortífera obra de arte que hubieran visto los mares, y que por su diseño defectuoso y el peso de su armamento y sus adornos se hundió a los pocos minutos de su botadura; y puede verse en Estocolmo tras haber sido reflotado en 1961.

BIBLIOGRAFÍA

- Atencia, M^a Victoria. *Ex Libris* (Pórtico de Vicente Aleixandre; Prólogo de Guillermo Carnero). Madrid, Visor, 1984.
 - «El oro de los tigres (*Poesía y Literatura*)». Benalmádena, E.D.A., 2009.
 - «*Como las cosas claman (Antología poética 1955-2010)* (Prólogo de Guillermo Carnero). Sevilla, Renacimiento, 2011a.
 - «*Ensayo general (Antología 1976-2010)* (Ed. Rafael Juárez). Granada, Excmo. Ayuntamiento, 2011b.
 - «*El fruto de mi voz* (Ed. y estudio preliminar de Juan Antonio González Iglesias; biobibliografía de Antonio Portela). Salamanca, Universidad de Salamanca / Patrimonio Nacional, 2014a.
 - «*A este lado del paraíso (Antología)* (Ed. Francisco Ruiz Noguera). Sevilla, Junta de Andalucía, 2014b.
 - «*Las Iluminaciones. Antología y poemas inéditos* (Ed. y prólogo de Clara Janés). Madrid, Salto de Página, 2014c.
- Carnero, Guillermo. «Luis Cernuda y el purismo poético: Perfil del Aire». En *Las Armas Abisinias. Estudios sobre arte y literatura del siglo XX*. Barcelona, Anthropos, 1989, pp. 199-211 y en *Actas del Congreso Internacional en conmemoración de los 25 años de la muerte de Luis Cernuda*. Sevilla, Universidad Menéndez Pelayo, 1990, pp. 19-26.
 - «*A la gloria mayor del polvorista: Miguel Hernández y la poesía pura*». En *Ínsula* 544 (1992), 11 y 12 y en *Miguel Hernández cincuenta años después*. Alicante, Diputación et al., 1993a, vol. I, 79-84.
 - «El purismo poético en Jorge Guillén». En *Voz y letra* 4.2 (1993b), pp. 167- 175.
 - «La poesía integral de Jorge Guillén». En Francisco Díaz de Castro (ed.). *Jorge Guillén*. Valladolid, Universidad de Valladolid / Junta Castilla y León, 2003, 162- 174.
 - «Poetry in Franco Spain». En David T. Gies (Coord.). *The Cambridge History of Spanish Literature*. Cambridge University Press, 2004, pp. 643-658.
 - «*Arácnido confuso*: Purismo y Neogongorismo en el primer Miguel Hernández». En *Miguel Hernández. La sombra vencida (1910-2010)*. Catálogo de la exposición en la Biblioteca Nacional. Madrid, SECC / Biblioteca Nacional / Ministerio de Cultura, 2010, vol. I, pp. 56-68.
- García Hortelano, Juan. *El grupo poético de los años 50 (Una antología)*. Madrid, Taurus, 1978.
- Gil de Biedma, Jaime. *Conversaciones* (Ed. y prólogo Javier Pérez Escohotado). Barcelona, El Aleph, 2002.
- Ugalde, Sharon Keefe. *Conversaciones y poemas. La nueva poesía femenina española en castellano*. Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 3-20.
 - (ed.). *La poesía de María Victoria Atencia. Un acercamiento crítico*. Madrid, Huerga y Fierro, 1998.
- VV. AA. *María Victoria Atencia: reina blanca de nuestra poesía*. Sevilla, Centro Andaluz de las Letras, 2014.
- Zambrano, María. *Dictados y sentencias* (Ed. Antoni Marí). Barcelona, Edhasa, 1999.

La perdiz de Federico García Lorca

Por José Antonio Llera



I

Cuando en el verano de 1936, pocos días antes de viajar a Granada, Federico García Lorca decide al fin dar a la imprenta *Poeta en Nueva York* y deja el manuscrito en la mesa de su amigo José Bergamín, hace indicación expresa de que se incluya en la sección sexta el poema en prosa «Amantes asesinados por una perdiz», que ya había sido publicado en la vallisoletana *Ddooss. Revista de poesía* (núm. 13, marzo de 1931). Lo reproduzco siguiendo la edición crítica de Andrew A. Anderson:

AMANTES ASESINADOS POR UNA PERDIZ

–Los dos lo han querido –me dijo su madre–. Los dos...

–No es posible, señora –dije yo–. Usted tiene demasiado temperamento y a su edad ya se sabe por qué caen los alfileres del rocío.

–Calle usted, Luciano, calle usted...

–No, no, Luciano, no. Para resistir este nombre necesito contener el dolor de mis recuerdos. ¿Y usted cree que aquella pequeña dentadura y esa mano de niño que se han dejado olvidada dentro de la ola me pueden consolar de esta tristeza?

–Los dos lo han querido –me dijo su prima–. Los dos.

Me puse a mirar el mar y lo comprendí todo.

¿Será posible que del pico de esa paloma cruelísima que tiene corazón de elefante salga la palidez lunar de aquel trasatlántico que se aleja?

–Recuerdo que tuve que hacer varias veces uso de mi cuchara para defenderme de los lobos. Yo no tenía culpa ninguna; usted lo sabe. ¡Dios mío! Estoy llorando.

–Los dos lo han querido –dije yo–. Los dos. Una manzana será siempre un amante, pero un amante no podrá ser nunca una manzana.

–Por eso se han muerto, por eso. Con veinte ríos y un solo invierno desgarrado.

*

Fue muy sencillo. Se amaban por encima de todos los museos.

Mano derecha,
con mano izquierda. Mano izquierda
con mano derecha.

Pie derecho,
con pie derecho.

Pie izquierdo,
con nube

Cabello,
con planta de pie.

Planta de pie,
con mejilla izquierda.

¡Oh mejilla izquierda! ¡Oh noroeste de barquitos y hormigas de mercurio!... Dame el pañuelo, Genoveba [sic], voy a llorar... Voy a llorar hasta que de mis ojos salga una muchedumbre de siemprevivas...

Se acostaban.

No había otro espectáculo más tierno...

¿Me ha oído usted?

¡Se acostaban!

Muslo izquierdo,
con antebrazo izquierdo.

Ojos cerrados,
con uñas abiertas.

Cintura, con nuca,
y con playa.

Y las cuatro orejitas eran cuatro ángeles en la choza de la nieve. Se querían. Se amaban. A pesar de la ley de

la gravedad. La diferencia que existe entre una espina de rosa y una Star es sencillísima.

Cuando descubrieron esto, se fueron al campo.

Se amaban.

¡Dios mío! Se amaban ante los ojos de todos químicos.

Espalda, con tierra,
tierra, con anís.

Luna, con hombro dormido.

Y las cinturas se entrecruzaban una y otra con un rumor de vidrios.

Yo vi temblar sus mejillas cuando los profesores de la Universidad le traían miel y vinagre en una esponja diminuta. Muchas veces tenían que apartar a los perros que gemían por las yedras blanquísimas del lecho. Pero ellos se amaban.

Eran un hombre y una mujer,
o sea,

un hombre

y un pedacito de tierra,

un elefante

y un niño,

un niño y un junco.

Eran dos mancebos desmayados

y una pierna de níquel.

¡Eran los barqueros!

Sí.

Eran los barqueros del Guadiana que machacan con sus remos todas las rosas del mundo.

El viejo marino escupió el tabaco de su boca y dio grandes voces para espantar a las gaviotas. Pero era ya demasiado tarde.

Cuando las mujeres enlutadas llegaron a casa del Gobernador, éste comía tranquilamente almendras verdes y pescados frescos con exquisito plato de

oro. Era preferible no haber hablado con él.

En las islas Azores.

Casi no puedo llorar.

Yo puse dos telegramas, pero desgraciadamente ya era tarde.

Muy tarde.

Sólo sé decir que dos niños que pasaban por la orilla del bosque vieron una perdiz que echaba un hilito de sangre por el pico.

Ésta es la causa, querido capitán, de mi extraña melancolía¹.

El texto, aparentemente extraño en el conjunto de la obra, llevó a Miguel García-Posada a tachar de absurda su ubicación en la sección sexta, teniendo en cuenta –argumentaba el crítico– la perfecta organicidad y trabazón de otros libros lorquianos. Posteriormente, los trabajos de Mario Hernández y Julio Huélamo Kosma, así como la edición de los *Poemas en prosa* realizada por Andrew A. Anderson han contribuido a explicar el sentido de «Amantes...», atendiendo sobre todo al contexto vanguardista y a su historia textual. Sin embargo, creo que todavía no se ha trazado el túnel que nos lleva desde sus símbolos a la biografía, clave que a mi modo de ver explicaría un poco mejor su génesis y su sentido. Porque, si bien es cierto que un poema no es un documento, tampoco es sostenible la visión ultraformalista de la literatura, apoyada a menudo en malas lecturas de algunas máximas derridianas («il n’y a pas de hors-texte»).

Dos son los aspectos en los que quiero fijar mi atención en estas páginas: el primero, la huella de los presupuestos antiartísticos dalinianos² en el modelado

de la poética lorquiana posterior a *Romancero gitano*, así como las redes intertextuales que conectan «Amantes...» con Platón, Maupassant y Aleixandre; el segundo, el triángulo amoroso que conforman Lorca, Emilio Aladrén y Eleanor Dove, con quien el escultor terminará contrayendo matrimonio. A través de las sucesivas reescrituras se advierte que, aunque el granadino trata de restringir la lectura autobiográfica, su peripecia existencial va dejando un rastro sutil en forma de una serie de juegos anagramáticos y alusiones que tienen como centro el apellido de su rival: Dove. Ese rastro es la fíbula que engarza la poética con la biografía, la que abrocha el *ludus* vanguardista con el sufrimiento de quien siente que una mujer le ha arrebatado el amor, un amor fundado a contrapelo, maldito, oscuro, homosexual y, finalmente, vencido por la sexualidad heteronormativa. En ese momento de cierta desorientación estética, toma la decisión de sumergirse en el corazón de las multitudes, de embarcarse con su maestro Fernando de los Ríos rumbo a Nueva York, poniendo tierra de por medio, de todos y de todo. En el exergo recordará a su amigo Cernuda: «Furia, color de amor, / amor, color de olvido».

Al regreso, cuando empezó a organizar su obra, advertiría que «Amantes...» –ese poema en prosa y no otros– debía incluirse dentro del ciclo neoyorkino: no sólo contenía un mapa cifrado de la crisis estética y sentimental que desencadenó aquel periplo, sino que permitía mostrar ciertas zonas de contraste con respecto al tono desgarrado e imprecatorio, que era el que creaba la atmósfera dominante, el que le hará acreedor de un estilo inconfundible, próximo y a la vez distante de

la vanguardia histórica. A despecho del empecinado juicio de García-Posada, su inserción en la sección sexta de *Poeta en Nueva York* –Eros y Thánatos– es de una lógica aplastante.

II

Hay unanimidad a la hora de fechar aproximadamente la primera versión autógrafa de «Amantes...», la que proyectaba publicarse en *Verso y Prosa*. Tenemos suficientes datos como para pensar que el poema se compuso en el otoño de 1928, cuando ya era patente su alejamiento de Dalí –éste firmará pronto con Buñuel el guion de *Un chien andalou*–, y cuando había confesado por carta al crítico de arte catalán Sebastià Gasch que el *Romancero gitano* suponía una etapa totalmente cerrada, hasta el punto de que el libro se le había muerto en las manos. Otra misiva dirigida a Jorge Zalamea en septiembre de 1928 subrayaba el desapego incluso hacia sus *Odas* más recientes: «Después de construir mis *Odas*, en las que tengo tanta ilusión, cierro este ciclo de poesía para hacer otra cosa. Ahora hago una poesía de abrirse las venas, una poesía evadida ya de la realidad con una emoción donde se refleja todo mi amor por las cosas y mi guasa por las cosas. Amor de morir y burla de morir. Amor. Mi corazón. Así es».

Tiene razón Anderson (2000: 31) al señalar que en «Amantes...» se observa una especie de respuesta a los textos e ideas de Dalí, tanto en el sentido de resonancia o imitación como en el de refutación. En la conferencia que pronuncia en Granada en octubre de 1928 –«Imaginación, inspiración, evasión»–, persisten los ecos de Dalí en la preeminencia que le otorga a la inspiración, libre e ilimitada,

por encima del metaforismo de la imaginación, pegado a la realidad, ceñido por el orden y la inteligencia. Indudablemente, la referencia al humor en la carta a Zalamea también podría ubicarse en el marco referencial de la vanguardia y del surrealismo, que buceará en el *humour noire* y en Freud –éste había definido el humor como un «ahorro del gasto de sentimiento»–. Entiendo que una mínima parte de esa gestualidad irónica está bien representada en «Amantes...». Pero aún más sustancial me parece el hecho de que Lorca se niegue a precipitarse por la senda deshumanizada abierta por el objetivismo daliniano. El cierre del párrafo de la citada carta no puede ser más contra-deshumanizador y propio de un neorromántico comulgante: «Amor. Mi corazón. Así es». La respuesta a Dalí resulta clara: *la sangre es más dulce que la miel* y no al revés, como dictaminaba el título del cuadro del pintor de Figueras en que se reproducía la cabeza mutilada del poeta. ¿Evasión? Sí, de la imaginación estranguladora, pero siempre dentro de un aura telúrica y humana³. El hablante lírico de «Nueva York. Oficina y denuncia» sentencia y corrige: *yo no he venido a ver el cielo*. Esto no quiere decir que el diálogo con el mundo de Dalí y de la vanguardia se apague en *Poeta en Nueva York*, sino que adquiere una dimensión y un sentido singular en el eje de un sistema que, como poeta fuerte, ha sabido resolver las antinomias manteniendo su tensión y su operatividad estéticas.

El motivo esencial que explica la exclusión de otros textos –«Santa Lucía y San Lázaro», «Nadadora sumergida», «Degollación de los inocentes», «Degollación del Bautista» y «Suicidio en Alejandría», principalmente– es que no

armonizaban con la columna vertebral de la serie, pues estaban marcados bien por una apoteosis de la crueldad que había adoptado Dalí por herencia de Sade y Lautréamont, bien por el triunfo de lo grotesco, de un humor desencajado y paródico llamado a fumigar el arte viejo. Después de la experiencia neoyorkina, todos esos poemas quedarían *out of focus*, enajenados, y de ellos sólo se salvaría «Amantes...», el único que conservaba intacta su pulpa dramática e íntima por encima del recubrimiento vanguardista.

Hilos de sangre que manan de la boca de Lorca en el óleo de Dalí *La miel es más dulce que la sangre*. Hilos de sangre en el pico de la perdiz de «Amantes...». Escribir es hilar. Pico de la perdiz: punta de la pluma. Escribir con picos de perdiz punzando en las axilas y las uñas.

III

El primer guiño vanguardista consiste en socavar el tiempo lineal del relato clásico mediante una estructura *in medias res*. Asistimos a un diálogo entre una serie de interlocutores del que se deduce que los amantes ya están muertos. No sólo eso. También se dinamita la continuidad de la voz narrativa, ya que se entrecruzan la primera y la tercera persona. ¿Está el sujeto lírico dentro de la historia, en calidad de testigo –doble o ángel–, o fuera de ella? El caso es que parece dividirse y centrifugarse, hasta que finalmente afirma su dolor por la pérdida de los amantes. Lo que está claro es que el poema no puede calificarse de escritura automática. Nunca se pierde la coherencia interna. En la mayoría de los poemas estrictamente surrealistas los versos o los enunciados son tratados a la manera del *collage* o de *cadavre exquis*, de

forma que se pulveriza la relevancia lingüística. Si nos acercamos a *Les champs magnétiques* o *L'Immaculée Conception* nos damos cuenta de que se yuxtaponen varios enunciadores, provocando una deriva del sentido⁴. Nada de eso ocurre en «Amantes...», que me parece concebido como un *misreading* del surrealismo canónico.

Judith Butler nos ha enseñado que las normas reguladoras del sexo obran performativamente para constituir la materialidad de los cuerpos, para materializar la diferencia sexual consolidando el imperativo heterosexual. No otro lugar simbólico –el de la prohibición, el tabú y la amenaza– representan los dos personajes femeninos que anuncian –y aprueban como inevitable– la muerte de los amantes, una muerte que es castigo por su desvarío, por su transgresión: «Los dos lo han querido». Justa penitencia para aquellos que han sobrepasado un límite y han sido excluidos, expulsados hacia el territorio de lo abyecto⁵. El discurso produce los fenómenos que regula e impone, de ahí que tanto la madre como la prima repitan exactamente la misma frase. Cualquier posibilidad de negar esa

sanción por parte de Luciano, que alude a la experiencia que se presupone en una mujer adulta («usted ya sabe por qué caen los alfileres del rocío»), se ve condenada al fracaso, al silencio. La subversión es imperdonable y no sirve de nada solicitar clemencia o tolerancia para con su memoria: «Calle usted, Luciano, calle usted. No, no, Luciano, no». La negación se inscribe dentro del propio antropónimo masculino –Luciano–, prolongándose como un eco castrante y siniestro.

La gramática enseña que el nombre propio carece de significación, pero posee un valor denominativo: nombra a individuos particulares, a los que designa unívocamente y los distingue de otros de su especie, sin predicar nada sobre ellos (*legisigno indexical remático*: así lo denomina Ch. S. Pierce). Posee significante y referencia. Es muy interesante observar que en la primera versión autógrafa [Fig. 1], el primer nombre que escribe Lorca no es Luciano, sino Emilio, y lo hace hasta tres veces. Leamos el borrador: «Calle usted, Luciano, calle usted Emilio, Emilio, Emilio. Para resistir este nombre se necesita ser dueño de muchas botellas de anís»⁶.

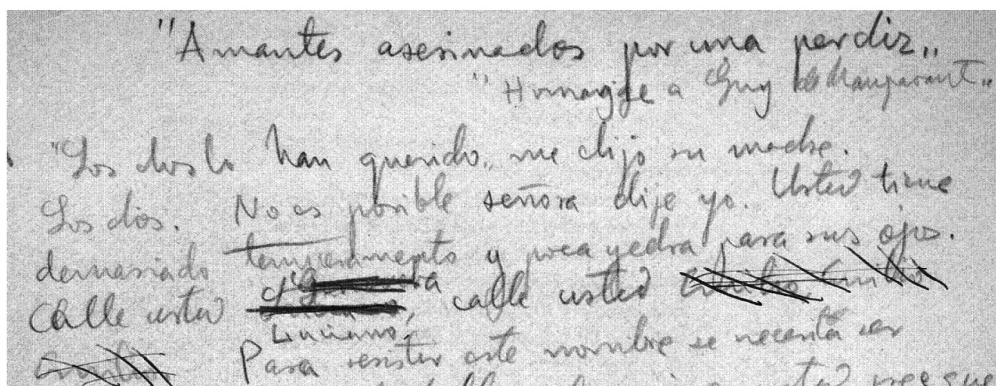


Fig. 1. Borrador autógrafa del poema. Archivo de Juan Guerrero Ruiz.

Ese Emilio no es otro que el escultor Emilio Aladrén, uno de los grandes amores del poeta, junto a Salvador Dalí y Rafael Rodríguez Rapún. Más que un olvido del nombre propio que se reprime por asociarse a un asunto que provoca displacer –así lo explica Freud en su *Psicopatología de la vida cotidiana*–, el nombre propio es desplazado conscientemente en la corrección, sometido a censura, señalando el *punctum* del trauma, el lugar de la herida, reabierto hasta tres veces y tres veces suturada por la tachadura –no borrón oscuro de tinta que ciega el nombre y lo clausura, sino raya, hilo de cirujano que cubre sin invisibilizar–. Pero –Lacan *dixit*– todo lo que se reprime en el plano simbólico retorna en lo real.

El dolor adviene por un nombre propio, por el lenguaje, y es eso lo primero que es preciso soportar, curar, aliviar. La primera operación es la de la sustitución, pero es fallida, pues el significante de *Luciano* también actúa a modo de indicio, señalando el lugar de la culpa. Las botellas de anís adquieren entonces, en este primer autógrafo conservado, un valor de bebida cuya ingesta promete la euforia y el olvido de la realidad. Recordemos la «Oda al rey de Harlem» –«y los escarabajos borrachos de anís / olvidaban el musgo de las aldeas»– o el parlamento de la Novia en *Bodas de sangre*: «Es como si me bebiera una botella de anís y me durmiera en una colcha de rosas. Y me arrastra y sé que me ahogo, pero voy detrás».

Un sentimiento de duelo embarga al hablante, que lanza una pregunta retórica: «¿Y usted cree que aquella pequeña dentadura y esa mano de niño que se han dejado olvidada dentro de la ola me pueden consolar de esta tristeza?» De la

pérdida quedan apenas vestigios lejanos de la presencia irrecuperable. Algo similar sucede en «Iglesia abandonada (Balada de la Gran Guerra)», donde el padre negro –voz subalterna– que ha perdido al hijo soldado sabe que nunca podrá recuperar su cuerpo: «Sé que me darán una manga o una corbata». También hay que considerar los ecos de Dalí, quien había publicado «Poema» en *La Gaceta Literaria* el 15 febrero 1928: «Hay un ombligo puesto en un sitio con su pequeñísima dentadura blanca de espina de pez». Sin olvidar tampoco «Diluvio», de Luis Buñuel: «A mil metros de altura cruzó la luz fantasmal de un tranvía herido acosado de delfines, asaeteado por millones de dentaduras blanquísimas» (1982: 101). Desconsolado, el sujeto lírico sólo encuentra una explicación en el momento en que contempla el mar: «Me puse a mirar el mar y lo comprendí todo». Es conocida la poderosa connotación erótica del agua y el mar en la lírica medieval, así como sus vínculos con la muerte, a lo que puede agregarse la visión que tenía Lorca del mar como el cielo-Urano caído, emblema de la homosexualidad pura derrotada por el cristianismo (Sahuquillo, 1991: 250). Mirando al mar, al fin todo se comprende, acaso al «mar de lo bello», tal y como lo formula Platón en *El Banquete* (210d). Tampoco es desdeñable otra hipótesis de lectura que conecta con el antropónimo, pues precisamente Luciano hablaba en su *Elogio de Demóstenes* de un amor que nacía en el mar y que como él, furioso y voluble, provocaba un deseo ardiente en el pecho, en contraposición al amor celeste. El mar da la respuesta por cuanto nos lleva a la alegría de un *Eros* apasionado.

Acto seguido, otra construcción interrogativa asalta al lector: «¿Será posible que del pico de esa paloma cruelísima que tiene corazón de elefante salga la palidez lunar de aquel trasatlántico que se aleja?». La ambigüedad que retiene la paloma lorquiana ya ha sido señalada por la crítica: símbolo del Espíritu Santo, es el ave de Venus, emblema de un amor casto y lascivo, de ahí que en su conferencia sobre Góngora se acuerde Lorca de los versos del cordobés: «la ave lasciva de la cipria diosa». Pero la crítica no ha reparado en que estas líneas pueden interpretarse también como una alusión a *clef*: la mujer por la que abandona Emilio Aledrén a Federico se apellida precisamente Dove, es decir, «paloma». El simbolismo no neutraliza, por tanto, la referencialidad implícita, la que nos conduce hasta el autor empírico –celos y victimación sacrificial–. Otorgar significación a un nombre es un modo de extrañar y desautomatizar. Muy poco se sabe de Eleanor Dove. Ian Gibson cuenta que Aladrén se casa con ella en 1931 y que la joven trabajaba en Madrid como representante de la casa Elisabeth Arden, una empresa de cosméticos⁷. Pero los juegos con el significado y las grafías del nombre y del apellido de

esta mujer no acaban aquí. Si revisamos el borrador que contiene la primera versión del poema, advertimos que Lorca ha suprimido de nuevo algunas palabras: «Con una A y una E y una L atravesadas en la garganta» [Fig. 2]. Esas grafías en mayúscula no son aleatorias, sino que coinciden con vocales y consonantes de Eleanor. El trauma se condensa entonces en ese significante, que se aloja como una espina en la garganta, en el órgano de la voz, del canto, capaz de provocar la asfixia. Es otro nombre, como el de Emilio, que no puede soportarse, que hace daño en la lengua cada vez que es nombrado⁸. ¿Por qué la luna en este contexto? Téngase presente que, en la edición de la revista *Ddooss*, «Amantes...» se ilustra con un autorretrato original del propio Lorca: unas manos y una figura mayor encierran en su interior un rostro, singularizado por unas espesas cejas, por unos ojos vacíos y por pequeñas lunas negras. Por metonimia, estos astros multiplicados representan la homosexualidad, el amor oscuro que no puede declararse abiertamente, el que busca la sombra, de ahí que el rostro carezca de boca. El desdoblamiento de la cara apunta a la máscara social.

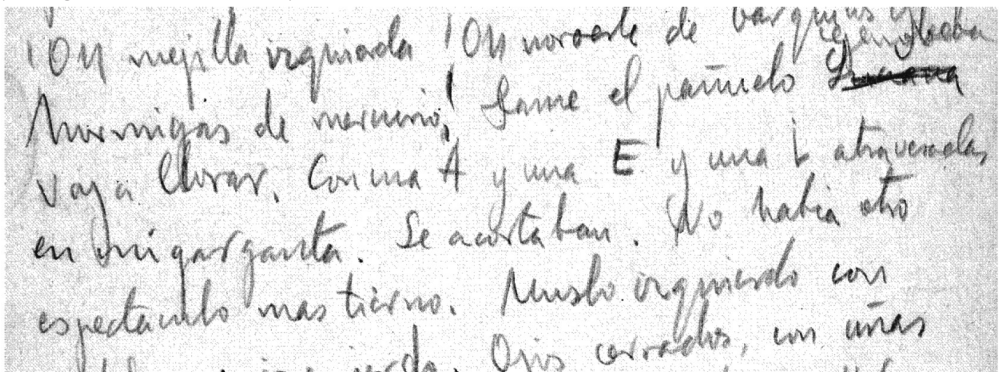


Fig. 2. Borrador autógrafo del poema. Archivo de Juan Guerrero Ruiz.

Aunque se supriman en la versión definitiva del poema estas alusiones privadas a Aladrén y a Eleanor Dove, se mantienen otras más crípticas. El método utilizado no es otro que el anagrama, de amplia tradición renacentista y barroca, y con el que había experimentado ya el granadino. Así, por ejemplo, el dibujo titulado *Slavdor Adil* (1925-1926), antes de que André Breton anagramatizara malévolamente a Dalí como *Avida Dollars*. Como es sabido, entre 1906 y 1909, Ferdinand de Saussure investigó ciertas figuras fónicas en el ámbito de varias tradiciones literarias, sobre todo en la poesía latina. Estos materiales –inéditos en vida de su autor– fueron ordenados y publicados por Jean Starobinski⁹. La intuición que perseguía al lingüista ginebrino, y que no pudo nunca probar, es que determinados acoplamientos fónicos y aliteraciones parecían evocar un nombre propio, que correspondía con el héroe o con el dios mencionado en los versos (Rodríguez Ferrándiz, 1997). Pues bien, a mi juicio, esto es lo que lleva a cabo el propio Lorca en «Amantes...». Las cuatro grafías del apellido de la joven –Dove– que le disputaba el corazón de Emilio Aladrén se encuentran diseminadas en una misma frase. De hecho, resuenan a modo de paronomasia *in absentia* en el antropónimo: «Dame el pañuelo Genoveba [sic]». Es como si este vocativo pudiera atravesar los obstáculos de la censura y señalara el referente mediante un hermético juego de refracciones y deformaciones, al igual que el lenguaje de los sueños estudiado por Freud.

A estas primeras líneas de prosa que estoy examinando, le suceden unos versos de arte menor que no hacen sino

desplegar el alfabeto del deseo de los amantes, en una fusión erótica que implica tanto al cuerpo como al cosmos (ojos, uñas, nuca, playas, muslo...). La estructura versal favorece una cadencia rítmica acelerada, a la vez que, desde la perspectiva icónico-visual, se perfila sobre la página una composición cuyos elementos se concatenan vertebralmente. Esta perfecta cópula de los cuerpos imanta un intertexto señero: el mito del andrógino en *El Banquete* de Platón (189c-193d), donde el deseo aparece bajo el prisma de la carencia:

«Así, pues, una vez que fue seccionada en dos la forma original, añorando cada uno su propia mitad se juntaba con ella y rodeándose con las manos y entrelazándose unos con otros, deseosos de unirse en una sola naturaleza, morían de hambre y de absoluta inacción, por no querer hacer nada separados unos de otros».

En este irrefrenable deseo de unidad que persigue a las criaturas, la homosexualidad resulta ensalzada:

«Cuantos, por el contrario, son sección de varón, persiguen a los varones y mientras son jóvenes, al ser rodajas de varón, aman a los hombres y se alegran de acostarse y abrazarse; éstos son los mejores de entre los jóvenes y adolescentes, ya que son los más viriles por naturaleza. Algunos dicen que son unos desvergonzados, pero se equivocan. Pues no hacen esto por desvergüenza, sino por audacia, hombría y masculinidad, abrazando lo que es similar a ellos»¹⁰.

«Aquella pequeña dentadura y esa mano de niño que se han dejado olvidada dentro de la ola», escribe Lorca. Precisamente, Georges Bataille, surrealista hete-

rodoxo, reflexionará sobre el erotismo en tanto que violencia y disolución de las formas constituidas, de las formas cerradas de la individualidad, y recurrirá al mismo símil: «parecido al vaivén de las olas que se penetran y se pierden una en otra» (1957: 31). *El ser amado representa una promesa de continuidad, del mismo modo que la muerte:*

«Le parece al amante que sólo el ser amado [...] puede, en este mundo, realizar lo que impiden nuestros límites, la plena confusión de dos seres, la continuidad de dos seres discontinuos. La pasión nos compromete así en el sufrimiento, puesto que es, en el fondo, la búsqueda de un imposible» (34)¹¹.

¿Había leído el Vicente Aleixandre de «Se querían», perteneciente a *La destrucción o el amor*, el poema lorquiano? Los ecos de uno en el otro me parecen muy diáfanos, empezando por la construcción anafórica y la metáfora marítima: «Se querían. / Sufrían por la luz, labios azules en la madrugada, / labios saliendo de la noche dura, / labios partidos, sangre, ¿sangre dónde? / Se querían en un lecho navío, mitad noche, mitad luz». Pero hay una diferencia sustancial: Aleixandre canta la realización, la victoria del deseo, no el conflicto, y en esa estela interpreto el desafío final dirigido a un destinatario colectivo: «Sabedlo». Por el contrario, una serie de antagonistas jalonan el poema en prosa lorquiano. Son fuerzas opresoras que vigilan, castigan e instigan al repudio, portadoras de la norma heterosexual judeocristiana:

1.- «Recuerdo que tuve que hacer varias veces uso de mi cuchara para defenderme de los lobos».

2.- «Se amaban por encima de todos los museos».

3.- «Se amaban ante los ojos de los químicos».

4.- «Yo vi temblar sus mejillas cuando los profesores de la Universidad le traían miel y vinagre en una esponja diminuta».

5.- «Muchas veces tenían que apartar a los perros que gemían por las yedras blanquísimas del lecho»¹².

Si el museo simboliza la moral sexual dominante, es muy llamativa la presencia de representantes de la ciencia, del saber, químicos y profesores de universidad, como si Lorca estuviera dialogando con Foucault, anticipándolo. La mención a las instituciones que controlan la legitimidad de los discursos no es arbitraria si se piensa en la existencia de toda una corriente médico-psiquiátrica que en el siglo XIX había estudiado la sexualidad, clasificando y moralizando las conductas. La obra cumbre sería la *Psychopathia Sexualis* (1886), del alemán Richard von Krafft-Ebing, que describe la homosexualidad como una perversión, como un instinto desviado de su finalidad natural, la reproducción. En España, pensemos en los libros del doctor Gregorio Marañón, amigo personal de Lorca. El mismo año en que el granadino viaja a Nueva York publica aquél *La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales*, que conocerá una segunda edición al año siguiente. Aunque Marañón era un liberal, en muchas cuestiones reproduce las teorías científicas y la cultura de su tiempo. Después de condenar los castigos atroces sufridos por los homosexuales en otras épocas, Marañón anota que «el hombre que

busca a otro, o la mujer a otra mujer, son seres tan fieles a su instinto como aquellos que buscan a los del sexo contrario. La diferencia estriba en que, en el primer caso, el instinto está torcido» (1930: 129-130). El homosexual no sería por tanto responsable de su anomalía. A continuación, apela a la función de la sociedad, que debe ser a su juicio estudiar los orígenes profundos de dicha inversión con el fin de rectificarlos. Y agrega: «En modo alguno castigar al homosexual: siempre que no sea escandaloso», de donde se deduce que la exhibición pública de la homosexualidad sí justifica las medidas punitivas.

La zoomorfización en lobos y perros –«¡ay perro en corazón, voz perseguida!»–, leemos en uno de los *Sonetos del amor oscuro*– denota expresivamente el acoso a las víctimas declaradas culpables de abrazar lo prohibido. Recuérdese, asimismo, el parlamento de Adela en *La casa de Bernarda Alba*, asaltada por una pasión que amenaza la estabilidad del gineceo y que la hace temerosa de la exclusión social, quintaesenciada en el calvario de Cristo: «Ya no aguanto el horror de estos techos después de haber probado el sabor de su boca. Seré lo que él quiera que sea. Todo el pueblo contra mí, quemándome con sus dedos de lumbré, perseguida por los que dicen que son decentes, y me pondré la corona de espinas que tienen las que son queridas de algún hombre casado».

«Oh, maravilloso mundo mecánico industrial! Pequeños aparatos metálicos donde se detienen las más lentas ósmosis nocturnas con la carne, los vegetales, el mar, las constelaciones», escribe Dalí en «Poesía del útil estandarizado» (*L'Amic*

de les Arts, 31 de marzo de 1928)¹³. Luis Buñuel también funde el mundo natural con el industrial en «Pájaro de angustia»: «¿Qué anhelos, qué deseos de mares rotos / convertidos en níquel / o en un canto ecuménico de lo que pudo ser la tragedia, / nacerán, los pájaros de nuestras bocas juntas, / mientras la muerte nos entra por los pies?» (1982: 142). «Amantes...» continúa amplificando este léxico común: «Eran dos mancebos desmayados / y una pierna de níquel»¹⁴. A medida que avanzamos en la lectura, se pone de manifiesto que la tragedia era inevitable en su necesidad –lo que los griegos llamaban *ananké*–. Las gaviotas son ahora pájaros de mal agüero que preludian el fatídico final de los amantes, aves rapaces o arpías, acólitas de los que acechan la desgracia. El personaje del gobernador representa la indiferencia del poder hacia la injusticia. Resulta transparente la alusión al Poncio Pilatos de los evangelios, que entrega a Jesús a la multitud y se lava las manos (Mt 27: 24). En «Amantes...», las mujeres enlutadas ven al gobernador entregado al lujo y a los placeres de la gula. No hay posibilidad de aplacar el duelo bajo la forma de una justicia retroactiva que castigara a los culpables o instigadores una vez se ha consumado el crimen. No hay vuelta atrás. El lance patético –así llamaba Aristóteles a toda acción destructora y dolorosa en la tragedia– se ha consumado.

Como en los relatos policíacos, también en este poema en prosa parece haber un sospechoso del crimen: «Sólo sé decirlo que dos niños que pasaban por la orilla del bosque vieron una perdiz que echaba un hilito de sangre por el pico». Estas líneas se introducen posteriormen-

te, ya que no figura en la primera versión autógrafa conocida, la que iba a publicarse en el número 13 de la murciana *Verso y Prosa*. Apuntaba María Teresa Babín que «por alguna razón misteriosa, el poeta convierte en asesina al ave tan estimada por su carne, al ave-mujer, la cual dicen que anda más que vuela» (1962: 47). En realidad, la razón no es tan misteriosa. Dice de la perdiz Sebastián de Covarrubias en su *Diccionario de la lengua castellana o española* (1611) que es «bocado de príncipes». Son los bestiarios medievales los que nos dan las claves simbólicas. Así, en el *Physiologus* paleocristiano leemos en la edición de Nilda Guglielmi:

«Jeremías dice de la perdiz: “Clamó la perdiz, recogiendo los que no había engendrado. La perdiz incubaba huevos ajenos, afanándose y nutriendo a los polluelos. Cuando éstos crecen y comienzan a volar, cada cual, según su género, se escapa y vuela hacia sus padres y dejan sola a la perdiz”.

Así también el diablo se apodera de la generalidad de los niños pero, cuando llegan a la mayoría de edad, se acogen a Cristo y a la Iglesia y queda el diablo burlado. Si alguien es hoy inmoral, se hace mañana morigerado y escapa al demonio, es decir, a la perdiz, y se acoge a sus santos padres, los profetas y los apóstoles» (2005: 102).

Caracterizada por su propensión al hurto también en las imágenes que iluminaban los bestiarios [Fig. 3], hija del engaño y lo demoníaco, esta ave ha de interpretarse como una animalización satírica de Eleanor Dove, la joven que, a los ojos de Lorca, había arrebatado de sus brazos al escultor Emilio Aladrén. La perdiz no

sólo roba los huevos de otra, sino que otros bestiarios ponen de relieve su homosexualidad, como *Le Bestiaire. Das Thierbuch des normannischen Dichters Guillaume le Clerc*:

«Me place contaros a continuación sobre un pájaro muy engañoso: es la perdiz, a la que vemos, que comemos tan a gusto, aunque es sucia y malvada y tiene un pésimo hábito; pues el macho se une al macho. Tan ardiente es la lujuria que olvidan la ley natural. La perdiz es muy traidora, pues como una ladrona roba e incubaba los huevos ajenos» (Malaxecheverría, 1999: 152).

Además de la alusión privada a Eleanor Dove, la perdiz formaba parte del léxico compartido por Dalí y Lorca. Del primero, cabe citar su «Poema de las cositas», remitido a Federico en octubre de 1927. Traspasado de un humor dadaísta, uno de los versos reza: «El ojo de la perdiz es encarnado». O su «Pez perseguido por un racimo de uvas», donde pone en juego la enumeración caótica y la ruptura de la linealidad narrativa, de estirpe surrealista: «un ruido semejante al de la lluvia al caer sobre las pequeñas perdices». El propio Lorca se refiere en «Degollación del Bautista», otro de los textos que iban a publicarse en *Verso y Prosa*, al «cuello tiernísimo de la perdiz viva». Y en «Nadadora sumergida» –parodia de la crónica social, de sus muletillas y de su cursilería, de los amores yertos y *putrefactos*–, leemos: «Es preciso que el elefante tenga ojos de perdiz y la perdiz pezuñas de unicornio».

En la primera versión autógrafa figura un paratexto que no se incorpora a la versión de *Ddooss*: «Homagge [sic] a [sic]

Guy de Maupasant [sic]». ¿Por qué precisamente Maupassant? Se tiene constancia de que Federico tenía en su biblioteca *El testamento*, de Maupassant (Trad. de Augusto Riera. Barcelona, Maucci, 1905)¹⁵. En una época en que, contagiado fundamentalmente por Dalí, se interesaba por la crueldad y los instintos, el mundo del narrador francés debió de llamarle la atención. Considero certera la apreciación de Anderson (2000: 37) cuando apunta como fuente directa el cuento «Amor», en el que dos cazadores matan a una hembra de cerceta. El macho emite entonces un gemido desgarrador: «Ningún gemido arrancado por el sufrimiento me desgarró tanto el corazón como aquel desolador clamor, como la triste angustia del mísero animal solo y errante» (*OC II*: 418). El amor inquebrantable se sella con la muerte del macho, que se acerca sin miedo de la amenaza de los cazadores hasta el cadáver de la hembra y resulta finalmente abatido por un disparo de escopeta. A tenor de la asociación entre los hilos de sangre y la perdiz, pienso que podría citarse también el relato titulado «Hautot padre y sucesor», de regusto irónico. El hijo hereda no sólo la hacienda del padre, sino también a la amante. El accidente de caza en que muere el progenitor se nos describe de este modo:

«Hautot padre, tendido en el suelo, desmayado, se apretaba con las manos el vientre, de donde salían a través del impermeable agujereado por los perdigones, algunos hilos de sangre. Al dejar su escopeta para bajarse a recoger la perdiz muerta, se le había disparado el segundo cañón, atravesándole las entrañas» (*OC II*, 721).

«Amantes...» se cierra con una introspección subjetiva. El hablante lírico analiza su estado anímico y se declara cautivo de la melancolía. Se trata de la melancolía amorosa, a la que dedica varios capítulos el Robert Burton de *The Anamoty of Melancholy* (1621). Uno de los síntomas que recoge Burton es el de los ojos vacíos (*hollow-eyes*), los *oculi cavi* de los tratadistas clásicos, metáfora con la que se quiere dar a entender que el sujeto melancólico tiene la mirada muerta. Uno de los rasgos más inquietantes del autorretrato con que se ilustra el poema en la revista *Ddooss* es una traslación icónica de este síntoma, ya que las dos figuras carecen de glóbulos oculares¹⁶.

El 4 de marzo de 1944 fallecía Emilio Aladrén, víctima de la tuberculosis. Al día siguiente, el diario *ABC* reproducía un retrato del escultor junto a una de sus piezas:

*«El ilustre escultor Emilio Aladrén, que ha fallecido ayer en Madrid, en plena juventud, produciendo su muerte hondo sentimiento en los medios artísticos. En nuestra fotografía aparece el malogrado artista ante el busto de José Antonio [Primo de Rivera], una de sus obras más notables»*¹⁷.

Pura ironía sofoclea: una vez acabada la guerra civil, uno de los grandes amores de Lorca, el mismo que había esculpido en escayola la cabeza del poeta, se convirtió en propagandista del bando que lo había asesinado. De Eleanor Dove sólo sabemos que terminó separándose de Aladrén, con quien tuvo un hijo. Lo más probable es que nunca llegaran a leer «Amantes asesinados por una perdiz».

- ¹ Además de esta versión, se conserva en el Archivo de Juan Guerrero Ruiz un primer autógrafo y una prueba de imprenta corregida por Lorca, producto de la frustrada publicación en la murciana *Verso y Prosa*, así como una tercera versión prosificada con muchas menos variantes, dada a conocer en facsímil en *Planas de Poesía* (Las Palmas de Gran Canaria, XI, diciembre de 1950).
- ² Una versión del *Manifest Groc* se publica traducido al castellano en la revista *gallo* (núm. 2, abril, 1928). Este asunto ha sido analizado pormenorizadamente en los artículos de Mario Hernández (1989) y Andrew A. Anderson (1991).
- ³ En «Nuevos límites de la pintura» (*L'Amic de les Arts*, 29 febrero y 31 de mayo 1928) escribe Dalí: «Hemos aprendido de sobra que nuevas formas de poesía han nacido fuera de los límites que imponía el mecanismo de un verso; fuera de los límites de la literatura hay miles de formas de evasión de los procedimientos artísticos demasiado lentos y poco aptos para los casi siempre estériles procesos rejuvenecedores» (*OC IV*: 82-83). El de Figueres verá en el movimiento surrealista uno de los medios de evasión; se declara partidario de las asociaciones libres entre los objetos y condena el esteticismo. Al contrario, Lorca, cuando piensa en evasión, tiene en mente a San Juan de la Cruz.
- ⁴ Sobre este asunto, véase Derek Harris (1988) y Llera (2013: 48-55).
- ⁵ Para Butler, lo *abyecto* designa «aquellas zonas “invivibles”, “inhabitables” de la vida social que, sin embargo, están densamente pobladas por quienes no gozan de la jerarquía de los sujetos [...]. Esta zona de inhabilitación constituirá el límite que defina el terreno del sujeto [...]. En este sentido, pues, el sujeto se constituye a través de la fuerza de la exclusión y la abyección, una fuerza que produce un exterior constitutivo del sujeto, un exterior abyecto que, después de todo, es “interior” al sujeto como su propio repudio fundacional» (2008: 19-20).
- ⁶ Salvador Dalí, en un poema publicado en *La Gaceta Literaria* (núm. 28, 1928), escribe: «Una botella de anís del mono horizontal sobre una madera vacía, simulando el sueño».
- ⁷ Algunos anuncios publicitarios que he podido localizar en la prensa de la época constatan esta información. Eleanor Dove era la única delegada de la casa Arden en España, y pasaba consulta en el número 9 de la calle Serrano.
- ⁸ Aunque Gibson no se refiere al caso de «Amantes...» que estoy analizando, sí anota certeramente que el nombre de Elena —así conocían a Eleanor sus amigos y así se llamaba también Gala, la amante de Dalí— adquiere connotaciones peyorativas en obras como el guion cinematográfico *Viaje a la luna* y en *El público*.
- ⁹ Jean Starobinski sale al paso del dilema fortuito/consciente como sigue: «Saussure s'est-il trompé? S'est-il laissé fasciner par un mirage? Les anagrammes ressemblent-ils à ces visages qu'on lit dans les taches d'encre? Mais peut-être la seule erreur de Saussure est-elle d'avoir si nettement posé l'alternative entre “effet de hasard” et “procédé conscient”. En l'occurrence, pourquoy ne pas congédier aussi bien le hasard que la conscience? Pourquoi ne verrait-on pas dans l'anagramme un aspect du processus de la parole, — pro-
- cessus ni purement fortuit ni pleinement conscient? Pourquoy n'existerait-il pas une itération, une palliative génératrices, qui projetteraient et redoubleraient dans le discours les matériaux d'une première parole à la fois non prononcée et non tue? Faute d'être une règle consciente, l'anagramme peut néanmoins être considérée comme une régularité (ou une loi) où l'arbitraire du mot-thème se confie à la nécessité d'un processus» (1971: 153-154).
- ¹⁰ Francisco García Lorca (1981: 99) cuenta que a su hermano le fascinaban los diálogos de Platón. Prueba de ello es que llegó a componer varios textos siguiendo este género, entre ellos el *Diálogo de la sombra*, donde aparece Sócrates. Es muy probable que su maestro Giner de los Ríos, que redactó su tesis sobre Platón, le iniciara en estas lecturas. Está documentado que, en su biblioteca, Lorca disponía de un volumen que reunía algunos diálogos: *El banquete o Del amor; Eutifrón; La defensa de Sócrates; Critón*, (Trad., pról. y notas de Rafael Urbano). Madrid, Francisco Beltrán, 1923.
- ¹¹ Luis Cernuda era sin duda más pesimista y por eso habló del ruido triste que hacen los cuerpos cuando se aman. Probablemente, como buen neorromántico, tenía la vista puesta en el dualismo de los *Diálogos de amor* de León Hebreo: «Esto es posible en las almas que son espirituales, porque los eficaces efectos espirituales incorpóreos se pueden compenetrar, unir e identificar con los mentales. Pero en los distintos cuerpos, cada uno de los cuales necesita de lugar propio, esa unión y penetración en la cosa deseada provoca un deseo más ardiente por dicha unión que no se puede conseguir perfectamente» (1986: 158; la cursiva es mía).
- ¹² Los vínculos entre el cuerpo y la yedra son patentes en el *Romancero gitano*, en «Thamar y Amnón»: «Amnón gime por la tela / fresquísimas de la cama. / Yedra del escalofrío / cubre su carne quemada». La relación de la siempreviva con el sufrimiento y la muerte la reconocemos también en *Bodas de sangre*: «Siempreviva de la muerte, / flor de las manos cruzadas; / ¡qué bien estas cuando el aire / llora sobre tu guirnalda!».
- ¹³ Véase también «Mi amiga y la playa» (*L'Amic de les Arts*, 30 de noviembre de 1927), donde Dalí introduce elementos propios del paradigma semántico surrealista, como las hormigas y el níquel, además de usar el diminutivo, estilema que incorpora Lorca en «Amantes...», si bien en un sentido más alejado del humor grotesco abanderado por el pintor.
- ¹⁴ Ténganse en cuenta, además, los versos que hallamos en el sexto número de *La Révolution Surréaliste* (1926): «Les cercueils portières du vent / et les cercueils reflétés des glaces / et le nickel».
- ¹⁵ Sobre la recepción de los cuentos de Maupassant en España, véase el interesante trabajo de Ángeles Ezama (2010).
- ¹⁶ En la prosa «San Pedro de Cerdeña», perteneciente a *Impresiones y paisajes*, encontramos estas líneas: «Todo el monasterio, al que ya aman las yedras y las golondrinas, enseña sus ojos vacíos de una tristeza desconsoladora, y desmoronándose lentamente deja que las yedras lo cubran y los saúcos en flor...».
- ¹⁷ El 7 de marzo del mismo año, Cecilio Barberán, en las páginas de *ABC* de Sevilla, ensalzará la personalidad del es-

cultor en un artículo titulado «El escultor Aladrén, laurel previo ante la obra de una vida». En él se reproducen otras obras, entre ellas la cabeza de Franco y el busto de la condesa de Torre-Blanca.

BIBLIOGRAFÍA

- Aleixandre, Vicente. *Poesías completas* (Ed. Alejandro Duque Amusco). Madrid, Visor, 2001.
- Anderson, Andrew A. «Lorca at the Crossroads: "Imaginación, inspiración, evasión" and the "Novísimas estéticas"». *ALEC* 16.12 (1991), pp. 149-174.
 - «Introducción». Federico García Lorca. *Poemas en prosa*. Granada, Comares, 2000, pp. 7-53.
- Babin, María Teresa. *La prosa mágica de García Lorca*. Santander, La Isla de los Ratones, 1962.
- Bataille, Georges. *El erotismo* (Trad. Antoni Vicens). Barcelona, Tusquets, 1988.
- Breton, André. *Œuvres complètes* (Ed. Marguerite Bonnet). París, Gallimard, 1988-1999. 3 vols.
- Buñuel, Luis. *Obra literaria* (Ed. Agustín Sánchez Vidal). Zaragoza, Heraldo de Aragón, 1982.
- Burton, Robert. *Anatomía de la melancolía* (Trad. Cristina Corredor). Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 2002. 3 vols.
- Butler, Judith. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»* (Trad. Alzira Bixio). Buenos Aires, Paidós, 2002.
- Dalí, Salvador. *Obra completa. Volumen III: Poesía, prosa, teatro y cine. Poemas y prosas, narrativa, proyectos escénicos, guiones y proyectos cinematográficos* (Ed. Agustín Sánchez Vidal). Barcelona, Destino, 2004.
 - «Obra completa. Volumen IV: Ensayos 1. Artículos, 1919-1986 (Ed. Juan José Lahuerta). Barcelona, Destino, 2004.
- Ezama, Ángeles. «La recepción de los cuentos de Maupassant en España». En *Traducción y cultura. La literatura traducida en la prensa británica (1868-98)*. Marta Giné y Solange Hibbs (Eds.). Bern, Peter Lang, 2010, pp. 233-250.
- Freud, Sigmund. *Obras completas* (Trad. Luis López-Ballesteros y de Torres). Madrid, Biblioteca Nueva, 1981. 3 vols.
- García Lorca, Federico. *Dibujos* (Ed. Mario Hernández). Madrid, Ministerio de Cultura, 1986.
 - «Obras completas I. Poesía (Ed. Miguel García-Posada). Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 1996.
 - «Obras completas II. Teatro (Ed. Miguel García-Posada). Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 1997.
 - «Obras completas III. Prosa (Ed. Miguel García-Posada). Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 1997.
 - «Obras completas IV. Primeros escritos (Ed. Miguel García-Posada). Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg, 1997.
 - «Epistolario completo (Ed. Christopher Maurer y Andrew A. Anderson). Madrid, Cátedra, 1997.
 - «Poeta en Nueva York (Ed. Andrew A. Anderson). Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2013.
- García Lorca, Francisco. *Federico y su mundo*. Madrid, Alianza, 1981.
- García-Posada, Miguel. *Lorca: interpretación de Poeta en Nueva York*. Madrid, Akal/Universitaria, 1981.
- Gerli, Michael (Ed.). *Poesía cancioneril castellana*. Madrid, Akal, 1994.
- Gibson, Ian. *Lorca y el mundo gay: caballo azul de mi locura*. Barcelona, Planeta, 2009.
 - «Federico García Lorca. Barcelona, Crítica, 2011.
- Nilda Guglielmi (Ed.). *El Fisiólogo: bestiario medieval*. Madrid, Eneida, 2005.
- Harris, Derek. *Metal Butterflies and Poisonous Lights: The Language of Surrealism in Lorca, Alberti, Cernuda and Aleixandre*. Anstruther, La Sirena, 1988.
- Hebreo, León. *Diálogos de amor* (Trad. Carlos Mazo; Ed. José María Reyes). Barcelona, PPU, 1986.
- Hernández, Mario. «García Lorca y Salvador Dalí: del ruiñón lírico a los burros podridos (Poética y epistolario)». En Dolfi, Laura (Ed.). *L'imposible/posible de Federico García Lorca: Acti del convegno di studi Salerno, 9-10 maggio 1988*. Nápoles, Edizione Scientifiche Italiane, 1989, pp. 267-319.
- Higginbotham, Virginia. *The Comic Spirit of Federico Garcia Lorca*. Austin, University Texas Press, 1976.
- Huéllamo Kosma, Julio. «Los Poemas en prosa: Lorca ante la encrucijada». En *Federico García Lorca, clásico moderno (1898-1998). Congreso Internacional*. Andrés Soria Olmedo, M^o José Sánchez Montes y J. Varo Zafra (Coords.). Granada, Diputación de Granada, 2000, pp. 110-34.
- *L'Amic de les Arts: 1926-1929* (Ed. facsimilar). Vilafranca del Penedés, Edicions i Propostes Culturals Andana, 2008.
- Llera, José Antonio. *Lorca en Nueva York: una poética del grito*. Kassel, Reichenberger, 2013.
- Malaxecheverría, Ignacio (Ed.). *Bestiario medieval*. Madrid, Siruela, 1999.
- Marañón, Gregorio. *La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales*. Madrid, Javier Morata Editor, 1930 (2^a ed.).
- Maupassant, Guy de. *Obras completas. Tomo II. Cuentos* (Trad. Luis Ruiz Contreras). Madrid, Aguilar, 1970.
- Paepe, Christian de, y Fernández-Montesinos García, Manuel. *Catálogo general de los fondos documentales de la Fundación Federico García Lorca. Volumen VIII. La biblioteca de Federico García Lorca*. Madrid, Fundación Federico García Lorca, 2008.
- Platón. *Banquete. Diálogos. III* (Trad. M. Martínez Hernández). Madrid, Gredos, 1992. 143-288.
- Rodríguez Ferrándiz, Raúl. «El anagrama saussuriano. Los textos y la crítica». *Signa* 6 (1997), pp. 385-414.
- Sahuquillo, Ángel. *Federico García Lorca y la cultura de la homosexualidad masculina. Lorca, Dalí, Cernuda, Gil-Albert, Prados y la voz silenciada del amor homosexual*. Alicante, Instituto de la Cultura «Juan Gil-Albert», 1991.
- Santos Torroella, Rafael. *La miel es más dulce que la sangre. Las épocas lorquiana y freudiana de Salvador Dalí*. Barcelona, Seix-Barral, 1984.
- Starobinski, Jean. *Les mots sous les mots. Les anagrammes de Ferdinand de Saussure*, París, Gallimard, 1971.



La carreta y el cuervo

Un ejercicio de traducción comparada

Por Eduardo Moga

La traducción siempre me ha inspirado sentimientos contradictorios: siendo yo radicalmente individualista en mi forma de entender la creación artística, que no concibo subordinada al grupo ni a la fiscalización ajena, sospecho que la mejor traducción es la colectiva. Y lo creo así por una simple constatación práctica: la comparación de muchas siempre me lleva a la conclusión de que la versión ideal, la architraducción de un texto, se compondría de fragmentos de todas ellas. De hecho, así operamos muchos traductores cuando hemos de abordar una obra ya traducida por otros: reunimos los antecedentes y los comparamos entre sí y con nuestra propia interpretación del texto. Y en el alambique del cotejo decantamos nuestra opción final. Esa opción, pese a ser elaborada como si fuese la culminación de un proceso depurativo que ya no puede avanzar más, se integrará, no obstante, en el ciclo del lenguaje, y se convertirá en otra versión con la que comparar las traducciones futuras; más aún, se sumergirá en el flujo incesante del idioma, en el que, con todos sus hallazgos, perfecciones e imperfecciones, acabará diluyéndose, porque ese es el destino de toda traducción, como advirtió Walter Benjamin: desaparecer en el caudal de la palabra, tan voluble, tan frágil como cualquier otra realidad. Paradójicamente, esta desaparición se materializa a menudo en una fosilización cuyo destino son los anaqueles de las bibliotecas de las facultades de Filología, si es que subsisten, o los capítulos de antecedentes históricos de las tesis doctorales, si es que continúan redactándose. Aunque también puede suceder que la traducción acceda

a la condición de obra en sí misma, permanente, como la versión del *Cantar de los cantares*, de fray Luis de León, que es independiente de –y excede a– cualquier versión posterior del libro bíblico.

Con este espíritu colectivo, o colectivizador, abordé la traducción de *Hojas de hierba*, de Walt Whitman. Las dificultades de esta tarea eran muchas. En primer lugar, por su volumen. Whitman amplió la edición inicial de 1855 hasta prácticamente su muerte: la última, «la edición del lecho de muerte», apareció apenas unos meses antes de que su autor falleciera en 1892. Se trata, pues, de la obra de toda una vida, incansablemente acrecida y modificada, del mismo modo en que, por ejemplo, Juan Ramón Jiménez ampliaba y corregía la suya. La edición final de *Hojas de hierba* que se considera la más fiable y completa, contenida en *Complete Poetry and Collected Prose*, de Justin Kaplan, publicada en 1982, y que es la que tuve en cuenta para mi traducción, suma 389 poemas y 490 páginas. Si, insatisfechos con este desafío, queremos traducir también la versión de 1855, que presenta diferencias significativas con la de 1891, el número de páginas crece hasta 608. Y si le añadimos los olvidables poemas de juventud y la poesía fragmentaria y dispersa que Whitman no quiso o no supo recoger en las sucesivas ediciones de *Hojas de hierba*, se acerca a las 700.

Otra dificultad muy notable de la poesía de Whitman son las particularidades de su vocabulario, y no solo porque describan una realidad ya remota de un país en construcción, sino por sus barbarismos y neologismos, con los que

pretende dar una forma específica a su particular visión del mundo, tributaria de un conjunto heterogéneo de credos e intereses, desde el trascendentalismo de Emerson hasta la filosofía de Nietzsche o la frenología. Esta voluntad de acomodar el lenguaje a las necesidades de su pensamiento, aunque supusiera dar sentidos anómalos a las palabras o forzarlo hasta la ruptura, hace que a veces sea muy difícil encontrar las correspondencias adecuadas en castellano; con frecuencia, no existen, y hay que recurrir a los mismos mecanismos de flexión o derivación empleados por el poeta para hallar una opción admisible. Whitman habla, por ejemplo, de «adhesividad» o «amatividad», de «éidolos» o «afflatus», de «palabra En Masa» o «camerados», o bien cuenta las fechas, como hacían los cuáqueros, a partir de 1776, año de la declaración de independencia de los Estados Unidos. A ello se suma el espíritu democrático de su lenguaje, connatural a la épica democrática de su poesía, y que le impulsa a utilizar todo el abanico léxico, desde cultismos y arcaísmos hasta vulgarismos o jergas profesionales. Son reseñables, en este sentido, los muchos términos propios de la carpintería, el oficio de su padre y, durante algún tiempo, también el suyo –en un verso, por ejemplo, incluye una palabra tan chirriante como «machihembrado», que yo he preferido traducir por «ensambladura»–, o de la tipografía, que él asimismo ejerció, *pro pane lucrando*, en su juventud.

Señalo una tercera característica de *Hojas de hierba* que dificulta su traducción: el ritmo que imprime su voz, un ritmo dilatado, versicular y enume-

rativo; una cadencia en la que se combina la lentitud de la dicción amplia, pensada para la tribuna o el espacio abierto, y la velocidad que imprime la acumulación de acontecimientos, paisajes y caracteres. En la génesis de este ritmo singular se encuentran la Biblia, la epopeya antigua y la ópera, de la que Whitman era un amante apasionado –en sus poemas abundan el vocabulario musical y las alusiones a tenores y sopranos–, y sin la cual, como él mismo confesó, no habría escrito *Hojas de hierba*. En este contexto, una dificultad particular son las repeticiones, que constituyen un rasgo esencial del estilo de Whitman, y que deben preservarse, pero que han de hacerse encajar, me parece, en el molde del castellano, un idioma más austero y hasta hostil a la reiteración. También me preocupa la puntuación de Whitman, acaso deudora de esta misma agitación, pero sumamente imprecisa, cuando no errónea; una puntuación en la que los traductores que me han precedido no suelen reparar, como si solo hubiera que traducir las palabras y no los signos que las ordenan. Una de las tareas, pues, a las que me he aplicado con más dedicación ha sido a ajustarla al sentido que, en mi opinión, tienen los versos. Sobre todo, he tratado de conservar la complejidad del fraseo whitmaniano, tan proustiano, con sus enumeraciones, sus cláusulas extensas, sus oraciones enclavadas en otras oraciones, sus paréntesis y sus ramificaciones, a pesar de que a veces la sintaxis se enreda hasta tal punto que uno ya no sabe cuál es el antecedente, o el sujeto de la oración, o a qué califican los adjetivos. Los gerundios, de los que Whitman se sirve con

prodigalidad, han sido difíciles de manejar: primero, porque suspenden la acción descrita, que suele multiplicarse en complementos directos y, segundo, porque tienen unas connotaciones administrativas en castellano que me resultan indigestas. En general, pues, he procurado sustituirlos por formas personales de los verbos, manteniendo, no obstante, su sentido acumulativo y, en la medida en que me ha sido posible, la dilatación temporal que introducen en el pasaje.

No acaban aquí los problemas. A veces, uno no sabe a qué género traducir los términos empleados por Whitman (como ese *hugging and loving bed-fellow* que Borges supone mujer –«la compañera amorosa que comparte mi lecho»–, pero que hay las mismas razones para pensar que se trata de un hombre; es más, conociendo la biografía de Whitman, es muy probable que se trate de un hombre) ni, más a menudo todavía, a qué número hacerlo, singular o plural. ¿Se dirige Whitman a una sola persona, a un individuo, a otro yo tan único como el suyo, o más bien, como poeta épico que es, a una pluralidad de oyentes, a una multitud de ciudadanos, a la comunidad potencialmente infinita de lectores? De vez en cuando, el contexto me ha dado la respuesta, o me ha ayudado a encontrarla; en otras ocasiones, el sentido profundo del poema me ha orientado en una u otra dirección; en algunas más, me temo, mi opción no tiene otro sostén que la intuición o la musicalidad, y la contraria es igualmente válida.

Para acometer esta ímproba –si no hercúlea– tarea, he cotejado mis versio-

nes, como indicaba al principio, con varias de las más significativas traducciones de *Hojas de hierba* al castellano: la de Francisco Alexander, que data de 1953 y que yo he consultado en la edición de Visor de 2006; la muy famosa de Jorge Luis Borges, de 1969, en la edición de Lumen de 1991; la de Pablo Mañé Garzón, de 1978, en la edición de Río Nuevo de 2003; la de Leandro Wolfson, aparecida en Ediciones Librerías Fausto en 1976 y, finalmente, la de Pablo Ingberg, que ha visto la luz en Losada y cuyas peculiaridades empiezan en la página de créditos, donde la ficha bibliográfica indica como fecha de edición 2007, la especificación de la primera edición 2009 y el *copyright* 2008: quédese cada cual con la que prefiera. He descartado la también célebre versión de León Felipe, de 1941, porque no es una traducción *stricto sensu*, sino una paráfrasis del *Canto de mí mismo*, y porque no suelo fiarme de las versiones, como la de autor de *Ganarás la luz*, que traducen *Song of myself* por *Canto a mí mismo*, en lugar de *Canto de mí mismo*: el yo no es el destinatario, sino la materia del poema. He consultado también, para dudas concretas, otras versiones, de la muchas, de las docenas que existen, aunque las que me han servido de guía y orientación fundamentales, por abordar todo *Hojas de hierba* o un volumen muy sustancial de esta obra, o por su relevancia literaria, como en el caso de Borges, han sido las indicadas. La mía se ha publicado en Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores en 2014.

Con todas quiero practicar ahora un ejercicio de traducción comparada

que ilustre algunas de las evidencias, o de las paradojas, a que se enfrentan cada día todos los traductores del mundo: por una parte, la melancólica constatación de que hay tantas traducciones posibles como traductores existen en el planeta. Resulta fascinante comprobar, a veces, hasta qué punto difieren unas de otras. Esa multiplicidad nos hace dolorosamente conscientes de que nuestra pretensión de que haya una objetividad, una medida empírica en el trabajo que desempeñamos, es solo eso: un anhelo que no encuentra acomodo en la realidad. Por otra parte, la existencia de versiones a las que uno pueda recurrir de la obra que nos ocupa no solo aporta información, sino también, a menudo, confusión. Las opciones son tan discrepantes que uno no puede más que liarse el diccionario a la cabeza y optar por la suya, por chirriante o extraña que parezca: esa será su contribución a la confusión general.

El fragmento elegido para este análisis pertenece al poema 33 de *Canto de mí mismo* –ese que empieza, tan juanramoniamente, así: «¡Espacio y Tiempo!»–, cuyo original se encuentra en las págs. 223-224 de la edición que he seguido para mi traducción¹. Dice así:

*I ascend to the foretruck.
I take my place late at night in the
crow's-nest,
We sail the arctic sea, it is plenty
light enough,
Through the clear atmosphere I
stretch around on the wonderful
beauty,
The enormous masses of ice pass
me and I pass them, the scenery is
plain in all directions,*

*The white topt mountains show in
the distance, I fling out my fancies
toward them,
We are approaching some great
battle-field in which we are soon to
be engaged,
We pass the colossal outposts of the
encampment, we pass with still
feet and caution,
Or we are entering by the suburbs
some vast and ruin'd city,
The blocks and fallen architecture
more than all the living cities of
the globe.*

Tres traducciones tienen un inicio agropecuario –«subo a la carreta», dice Borges; «asciendo a la carreta», prefiere Mañé, a quien no le parece disonante utilizar un verbo culto con una realidad plebeya; «me subo al carretón», afirma, contundente, Alexander, lo que no deja de ser extraño, porque, como revelan los versos siguientes, el yo poético se encuentra en un barco. ¿Una carreta –o carretón– en un barco? Puede ser –cosas más raras se han visto en poesía–, pero resulta extraño: Whitman no es un poeta surrealista, sino decididamente realista; más aún, es un bardo de la realidad. Las versiones transcritas reflejan uno de los más acechantes peligros del traductor: ceñirse a las palabras y prescindir del contexto. Si el yo del poema está navegando por el océano Ártico y haciendo de vigía, como dice dos versos después, ¿no debería hacernos sospechar que eso a lo que sube –o asciende, como a los cielos– no puede ser una carreta, sino algo propio de un barco? Wolfson acierta: «Subo al más-til de proa»; esa es también mi opción².

Ingberg, que ha comprendido que a lo que monta un vigía no suele ser una tarzana, sino la arboladura de una embarcación, no tiene empacho, sin embargo, en sumar al evangélico «ascender» una rima interna: «Asciendo al tamborete de trinquete», lo que resulta tan incomprendible como cacofónico, amén de sintácticamente impreciso: se echa en falta el artículo contraído en la preposición: «del trinquete».

Los mismos tres traductores que han optado por la carreta en lugar de por el mástil en el primer verso, prosiguen con la escena campestre en el segundo. Son, al menos, coherentes en el error: «Me instalo, por la noche, en el nido del cuervo» (Alexander); «me instalo en la noche avanzada dentro del nido del cuervo» (Mañé); y «en la alta noche tomo mi lugar en el nido del cuervo» (Borges). Sorprenden, en este caso, la amplitud de su imaginación –¿cabe alguien en el nido de un cuervo?, ¿qué puede alguien querer hacer en el nido de un cuervo?– y su desprecio por el diccionario: el Diccionario Merriam-Webster, por seguir con el que hemos utilizado hasta ahora, define *crow's nest*, en su acepción única, como *a platform with short walls that is high on a ship's mast and from which you can see things (such as land and other ships)*³, es decir, en buen castellano, «cofa», esa especie de tablado o meseta que se forma de piezas de madera en lo alto de los palos mayores de las embarcaciones, y que, entre otras funciones, permitía observar cuándo habían encontrado tierra o llegado a su destino, según el Diccionario Enciclopédico Gaspar y Roig, de 1870. El resultado

de su traducción configura, de nuevo, una escena deliciosamente surreal: el yo del poema se ha subido primero a una carreta y luego al nido de un cuervo, presumiblemente en un árbol. A continuación aparecerá surcando el Ártico. Tampoco me parece una opción afortunada el «instalarse» de Alexander y Mañé: uno se instala en una oficina, en un piso nuevo o en una ciudad, pero no en –o dentro de– un nido, y menos aún de un cuervo, que es muy probable que, si te encuentra allí, te saque los ojos. El doble complemento preposicional, de tiempo y lugar, que envuelve el verso de Borges me resulta igualmente espeso. Wolfson vuelve a atinar: «Ocupo mi lugar en la cofa a altas horas de la noche». Ingberg no desvaría esta vez: «Tomo mi puesto tarde por la noche en la cofa». Yo me decanto por «ocupo mi puesto, entrada la noche, en la cofa de vigía»: «ocupar el puesto» es lo que hace, me parece, quien tiene una obligación profesional, y «la cofa de vigía», asumiendo el riesgo de explicar lo que solo debe ser traducido, aclara el sentido que tiene ocupar ese espacio, la cofa, acaso desconocido para muchos lectores. El ablativo absoluto, «entrada la noche», preserva la naturalidad y, a la vez, la imprecisión del original, *late at night*, y evita la repetición de la estructura preposicional.

El tercer verso presenta también ciertas anomalías en algunas de las traducciones analizadas. Mañé escribe: «Navegamo [sic] por el Mar Ártico. Aún no hay buena luminosidad». A la errata inicial sigue un literal «Mar Ártico», que no es el nombre que tiene en castellano el océano Ártico y que

comete la incorrección de escribir en mayúscula el término «mar». Lo más grave, no obstante, es que la traducción dice lo contrario del verso de Whitman: *it is plenty light enough* significa, incontrovertiblemente, «hay bastante luz». Mañé opina que no, que no hay luz; quizá para compensar la mala noticia, añade ese esperanzado «aún» y convierte la luz en un polisílabo con mucho más empaque, «luminosidad», como hace hoy cualquier político español que quiera hinchar un discurso vacío. Borges también introduce una opción que afecta al sentido: «Divisamos el Océano Ártico, hay bastante luz». ¿Por qué «divisamos»? Whitman dice: *we sail*, «navegamos», «surcamos». ¿Se adelanta un impaciente Borges a los versos siguientes, en los que la voz poética ya no anda encaramada a una carreta ni al nido de ningún pájaro, sino, reconociblemente, al puesto de observación de un barco? Ingberg, en fin, coincide en el «mar ártico», aunque esta vez con la equivocada minúscula de «ártico», y deja su sello inconfundible en el tumefacto e inarmónico «hay abundancia de luz suficiente». Yo me inclino por «surcamos el océano Ártico: basta la luz que hay». El giro final pretende la coherencia de la traducción con la voz que habla: quien está de vigía en una cofa juzga que, aunque es de noche, esa *plenty light enough* es suficiente para distinguir el paisaje a su alrededor y comunicárnoslo.

El cuarto verso plantea algunas dificultades con el adjetivo *clear* –que algunos traductores se complacen en dilatar, quizá para obtener un resultado más *literario*: «límpida» (Alexan-

der), «diáfana» (Wolfson)– y con el verbo *stretch around*. La mayoría prefieren vincularlo al acto de mirar, una opción por fin acorde con el contexto, puesto que quien nos habla es el centinela de un barco. Así, Alexander y Borges recurren a «contemplar»; Wolfson, a «observar»; y Mañé, a «extender la vista», una fórmula que no es desafortunada, pero que parece propia de una mala novela, mientras que Ingberg obedece a las perversas solicitaciones de la literalidad: «me extendo alrededor por la belleza prodigiosa». De hecho, esta es una característica de todo el trabajo de Ingberg: la literalidad. Si Whitman dice *I stretch around*, no hay ninguna duda de que su intérprete argentino traducirá «me extendo alrededor», tan pleonásmica –si algo se extiende, siempre se extiende alrededor– como, en este caso, peligrosa: un vigía que se extienda alrededor tiene muchas posibilidades de estamparse contra la cubierta del barco o de precipitarse en las aguas del mar. Confieso, por último, que no estoy seguro de que mi opción sea la más acertada: «Admiro, en la atmósfera clara, una prodigiosa belleza». Quizá «admirar» se aparte demasiado de *stretch around*, aunque sintetiza, según intuyo, el sentimiento que subyace en esta observación del paisaje polar.

En el quinto y sexto verso de una de las versiones se advierte uno de los errores más habituales en todas las traducciones que he consultado de *Hojas de hierba*: la omisión de versos, o de partes de versos. Dice Alexander: «Pasan las enormes masas de hielo: despiertan mi fantasía», pero, al hacerlo así, exclu-

ye la segunda mitad del quinto verso, *the scenery is plain in all directions*, y la primera del sexto, *the white-topt mountains show in the distance*. Cabe entender –aunque no justificar– estas ausencias, por la espesura textual en la que ha de moverse el ojo del traductor, que puede fácilmente saltarse algún verso, o fragmento, sin advertirlo. Con lo que resulta algo más difícil ser comprensivo es con la osada afirmación de Alexander de que su versión comprende toda la obra de Walt Whitman, «sin que falte ni un verso», como sostiene en el preámbulo de su trabajo⁴. Versos faltan, y no solo estos.

Las diferencias entre todas las versiones se concentran en la segunda mitad del quinto verso. Algunas atienden a la claridad, que es la primera acepción de *plain*, como parece lógico por el contexto: la luz suficiente, la atmósfera clara, el vigía que otea: «el espectáculo es claro» (Borges); «el panorama es claro» (Wolfson); «el paisaje es nítido» (Moga). Otras, en cambio, bucean –a mi juicio, innecesariamente– en segundas y terceras acepciones, y emergen con un «paisaje igual» (Mañé) (¿igual a qué?; ¿puede ser un paisaje nocturno, sembrado de icebergs y con montañas nevadas al fondo, como dice el verso siguiente, igual?) o, asombrosamente, con un «paisaje llano» (Ingberg): ¿llano, cuando «enormes masas de hielo me pasan y yo las paso a ellas», como acaba de traducir, como si, por otra parte, las masas y el protagonista del poema estuvieran disputando una carrera? Pese a la incoherencia, es de justicia admitir que, en este punto, la versión de Ingberg es la única de todas las consi-

deradas, incluyendo la mía, que respeta la aliteración del original: *the enormous masses of ice pass me and I pass them*: «enormes masas de hielo me pasan y yo las paso a ellas».

En el sexto verso se constatan dos opciones (a ninguna de las cuales se adhiere Alexander, porque, como ya hemos visto, este fragmento ha desaparecido de su versión): «las blancas cimas» por las que se decantan Borges y Wolfson –aunque el primero prefiere «montes» a «montañas», un término que se me antoja algo más de secano que el correspondiente a un paisaje ártico– y «las montañas coronadas de blanco» que preferimos Mañé, Ingberg y yo mismo, y que parecen algo más ajustadas al *white-topt* del original. Sin embargo, ahora que considero mi opción con alguna frialdad –y nunca mejor dicho– se me ocurre que «montañas de casquetes blancos» o «montañas de cumbres nevadas» –aunque esta segunda introduzca una indeseada asonancia– podrían ser todavía mejores, y que el verbo «asomar» habría sido quizá más pertinente que el «divisar» de Wolfson y mío o el «ver» de Borges, Mañé e Ingberg: «Montañas de casquetes blancos / de cumbres nevadas asoman a lo lejos». De lo que estoy seguro es de que mi «a lo lejos» es mucho más natural que el literal «a la distancia», *in the distance*, de estos tres últimos.

Las opciones difieren aún más en la segunda mitad de este sexto verso: *I fling out my fancies toward them*. La de Wolfson es literal y verbosa: «lanzo a volar mi fantasía hacia ellas» (Borges, borgiano, la acorta un poco: «lanzo mi

fantasía hacia ellos»); la de Ingberg no solo es excesiva, sino que roza lo incomprendible: «me arrojo desde mis fantasías hacia ellas». Demuestra, no obstante, la propensión de este traductor por despeñar al vigía protagonista del fragmento: antes lo extendía alrededor; ahora lo arroja desde sus fantasías. Mañé es correcto: «Hacia ellas dejo volar mi fantasía»; Alexander, sintético: «despiertan mi fantasía», y yo no lo sé muy bien, pero, si uno lanza algo a alguien y no pretende que sea una pedrada, entiendo que se lo entrega: «les entrego mis fantasías».

Llegamos al séptimo verso, que marca un punto de inflexión: las imágenes que ahora despliega Whitman –los puestos avanzados de un campamento, la ciudad destruida– son producto de su fantasía, como acaba de afirmar. No obstante, siguen inspiradas en el paisaje helado que contempla el yo lírico encaramado a su puesto de vigilancia: las masas de hielo son, por semejanza formal, los atrincheramientos del campamento y los edificios derrumbados de la ciudad. Uno de los traductores más sólidos hasta el momento, Leandro Wolfson, comete dos deslices: «Nos acercamos a algún famoso campo de batalla, pronto habremos de tomar parte». ¿Famoso? ¿Dónde está el famoso en *some great battle-field*? ¿Y «pronto habremos de tomar parte»? ¿Tomar parte en qué? Si es en la batalla, ¿por qué ha roto la conexión entre ambas frases que sí figura en el verso de Whitman: *some great battle-field in which we are soon to be engaged*? Mañé y Alexander caen en la tentación de emplear una palabra más larga, «aproximamos», cuando hay otra

más concisa, exacta y natural: «acercamos». Y Borges se olvida de la coma al final del verso: «nos acercamos a un inmenso campo de batalla donde nos batiremos / Con cauteloso paso [...]». Ingberg es, por una vez, escueto y certero: «Nos acercamos a un gran campo de batalla donde pronto entraremos en combate». Mi opción, quién lo iba a decir, se aproxima a la suya: «nos acercamos a un inmenso campo de batalla, en el que pronto entablaremos combate», aunque me parece más higiénico separar las dos oraciones con una coma, e introducir la subordinada con otra fórmula preposicional, más acorde, a mi juicio, con el original.

Las variaciones léxicas son notables en el octavo verso, cuya segunda mitad plantea dificultades adicionales. Por alguna misteriosa razón, Alexander traduce *colossal*, que significa «colosales», por «formidables»; y Mañé, «encampment», que significa «campamento», por «fortificaciones exteriores». Pero es *we pass with still feet and caution* lo que más fluctuaciones despierta, aunque no por su sentido, que es diáfano. Todos los traductores han respetado la presencia de *we pass*, aunque, como viene siendo habitual, unos con más fortuna que otros: destacan, entre los menos felices, Mañé, que habla de «pies callados y advertidos», e Ingberg, que opta, parecidamente, por «callado pie y cautela». Se me hace difícil concebir un pie callado, a menos que se quiera establecer una implícita y desagradable comparación con un pie que canta. El pie callado es metafóricamente posible, pero no creo que Whitman, que no es un poeta metafórico, haya querido

ser tan audaz. Por mi parte, he omitido la referencia a este segundo pasar, y he unido el segundo sintagma al primero, considerando que ambas acciones son indisociables y que la síntesis estaba aquí justificada: «Atravesamos con sigilo los colosales puestos avanzados del campamento». Puede ser interesante señalar en este punto la tendencia de Borges a anteponer los adjetivos a los sustantivos. En algún lugar ha escrito que es una opción deliberada, con la que intenta reproducir en castellano la sintaxis del inglés, que exige la anteposición. Borges olvida, sin embargo, que esta decisión contraviene el mandato de Octavio Paz de que la traducción produzca en la lengua de destino los mismos efectos que la de partida en el original, aunque por medios distintos. El adjetivo antepuesto no produce ningún efecto en un lector inglés: es lo normal en su lengua; en cambio, sí genera extrañeza en un lector español, donde no es obligatorio ni tan frecuente, y donde suele asociarse, como epíteto, con una naturaleza más estética o literaria. En su versión leemos «alta noche», «clara atmósfera», «enormes masas», «blancas cimas», «inmenso campo», «cauteloso paso», «colosales puestos» y, en los dos últimos versos del fragmento, «vasta ciudad» y «destrozada arquitectura»; solo «océano Ártico», inevitablemente, «hermosura prodigiosa» y «ciudades vivientes» escapan a este esquema. Vale decir, no obstante, que la anteposición del adjetivo es también la opción preferida por Wolfson y Alexander; algo menos por Mañé, Ingberg y Moga. A mí suele desagradarme el adjetivo antepuesto: es explicativo, no especifica-

tivo; resulta, por lo tanto, más *literario* y, en consecuencia, más alejado del discurso común, menos natural.

Por natural destaca, justamente, la versión de Borges del penúltimo verso: «O llegamos a los suburbios de una vasta ciudad en ruinas». Todas las demás nos atenemos al *entering* del original, que obliga a utilizar un complemento circunstancial. La opción de Wolfson y la mía son casi idénticas: «O entramos por los suburbios de alguna gran ciudad en ruinas» y «o entramos, por los suburbios, en una vasta ciudad en ruinas», respectivamente. Cada uno de los otros tres traductores introduce alguna singularidad: Alexandre habla de «una vasta ciudad derruida», con lo que sugiere un matiz de destrucción deliberada que no veo en el original y, además, constituye una aliteración –«vasta ciudad derruida, / Cuyos edificios ruinosos...»– que acaso sugiera el ruido del derrumbamiento, pero que definitivamente no aparece en Whitman: *vast and ruin'd city, / The blocks and fallen architecture*. Mañé, por su parte, aporta una «vasta y ruinoso ciudad», pero «ruinoso» es según el Diccionario de la Real Academia Española, algo «que se empieza a arruinar o amenaza ruina». La ciudad de Whitman, en cambio, ya está arruinada. Aunque *ruin'd* aloje ambos significados –arruinado y ruinoso–, el principio del siguiente y último verso, con esos *blocks and fallen architecture*, no admite dudas: la ciudad no amenaza con caer, sino que está caída. El verso de Mañé, además, presenta una errata, porque se inicia en minúscula («o entramos...»), cuando él, como los otros cinco traductores, respeta el criterio de

Whitman y los empieza con mayúscula. Yo me he apartado de ese criterio porque considero que la mayúscula versal no aporta significación alguna, que obedece a una convención abolida y que puede confundir al lector, aunque Henry James, cáustico como siempre, la considerara el único indicio de que Whitman escribía en verso. Ingberg, en fin, no entra, sino que «ingresa a» la ciudad; más exactamente, dice que «estamos ingresando [...] a una vasta ciudad en ruinas». Pero es lógico que lo haga: el original dice *we are entering* y, si el original dice *we are entering*, Ingberg no puede sino traducir «estamos ingresando». Ahora, releyendo una vez más el fragmento, me asalta la duda de si no habría sido mejor otra fórmula para esos *suburbs* que todos hemos traducido mecánicamente por «suburbios», y que suena, quizá, demasiado inmobiliario, demasiado industrial. Por ejemplo, «afueras» o «arrabales»: «llegamos a las afueras / los arrabales de una vasta ciudad en ruinas».

Llegamos, por fin, al último verso del pasaje analizado. Las variantes vuelven a ser muchas. Ingberg, como siempre, traduce palabra por palabra. ¿Para qué apartarse de ellas –parece pensar– si cada una tiene una correspondencia exacta?: «Los bloques y caída arquitectura más que todas las ciudades vivientes del globo». «Los bloques» nos deja un tanto expectantes: ¿bloques de qué?, aunque se puede entender que Whitman juega con la polisemia del término –que significa tanto «bloque» como, en inglés americano, «edificio» o «manzana de casas»–, y que no es equivocado suponer que se trata de bloques

de hielo, que la imaginación del poeta tiene también por edificios. «Las ciudades vivientes» suena igualmente un poco raro, aunque no tanto como la ausencia de verbo en la frase. Alexander condensa *blocks and fallen architecture* en «edificios ruinosos», una fórmula a la que cabe oponer la misma objeción que se ha hecho a la «ciudad ruinoso» de Mañé en el verso anterior: en rigor, los edificios ruinosos aún no se han desplomado, pero es evidente que en el original de Whitman están caídos y devastados. Borges se inclina por «los muros y la destrozada arquitectura», aunque no veo la necesidad de recurrir a la metonimia de «muros» por «edificios» o «manzanas», como tampoco la de alejarse tanto semánticamente de *fallen*. Wolfson respeta «edificios», pero aún se aleja más de *architecture*, que convierte en «monumentos». Esto ya no es una distancia opinable, sino una solución inadecuada: *architecture* no es, de ningún modo, monumentos. Mañé acierta con «arquitectura derruida», pero traduce *blocks* por pedazos, sin mayor aclaración, aunque con el sentido también –imaginamos– de pedazos de hielo. Pese a ello, nos quedamos con las ganas de preguntarle: ¿pedazos de qué? Si son de los edificios caídos, ¿no habría sido mejor optar por «cascotes» o «escombros»? Yo, en fin, a diferencia de Alexander, he expandido el sintagma, insistiendo en el hecho de la destrucción, que juzgo capital en el verso: «cuyos edificios arrumbados, cuya desmoronada arquitectura». Los cinco traductores, menos Ingberg, introducimos un verbo en la frase –Mañé y Wolfson, «son»; Alexander, Borges y Moga, «va-

len»– y desembocamos en esas *living cities of the globe*, que suscitan, una vez más, soluciones diversas: Borges, Wolfson y, cómo no, Ingberg prefieren, sin demasiadas complicaciones, «ciudades vivientes», aunque sea, me parece, un sintagma anómalo en castellano; Mañé se queda en «ciudades vivas»; Alexander brinca a «ciudades florecientes» y yo me resuelvo por «ciudades habitadas», porque las ciudades solo están vivas si están pobladas.

El primer verso de la siguiente estrofa empieza así: *I am a free companion. I bivouac by invading watchfires... Free companion* significa «mercenario»⁵, como recogemos Wolfson y yo. Borges se acerca con «aventurero», Ingberg y Mañé no pasan de «compañero libre» y Alexander fantasea con «compañero

generoso». La cosa promete. Pero me temo que tendremos que dejarlo para otra ocasión. Con la muestra anterior creo haber acreditado las dificultades de traducir a Walt Whitman y la multiplicidad de opciones que se le abren al traductor, no siempre afortunado en la comprensión de los versos ni del contexto que estos configuran o en el que se integran. La suma de sus aciertos y errores, a los que podrían añadirse los de muchas otras traducciones que he omitido por obvias razones de espacio, conformaría esa traducción ideal a la que tantos aspiramos, aunque sepamos muy bien que no existe, que no puede existir. Nuestra labor, no obstante, ha de estar presidida por la convicción de que es posible, y de que a ella hemos de orientar nuestros esfuerzos.

NOTAS

¹ Walt Whitman, *Complete Poetry and Collected Prose*. Selección, notas y cronología de Justin Kaplan. Nueva York, The Library of America, 1982

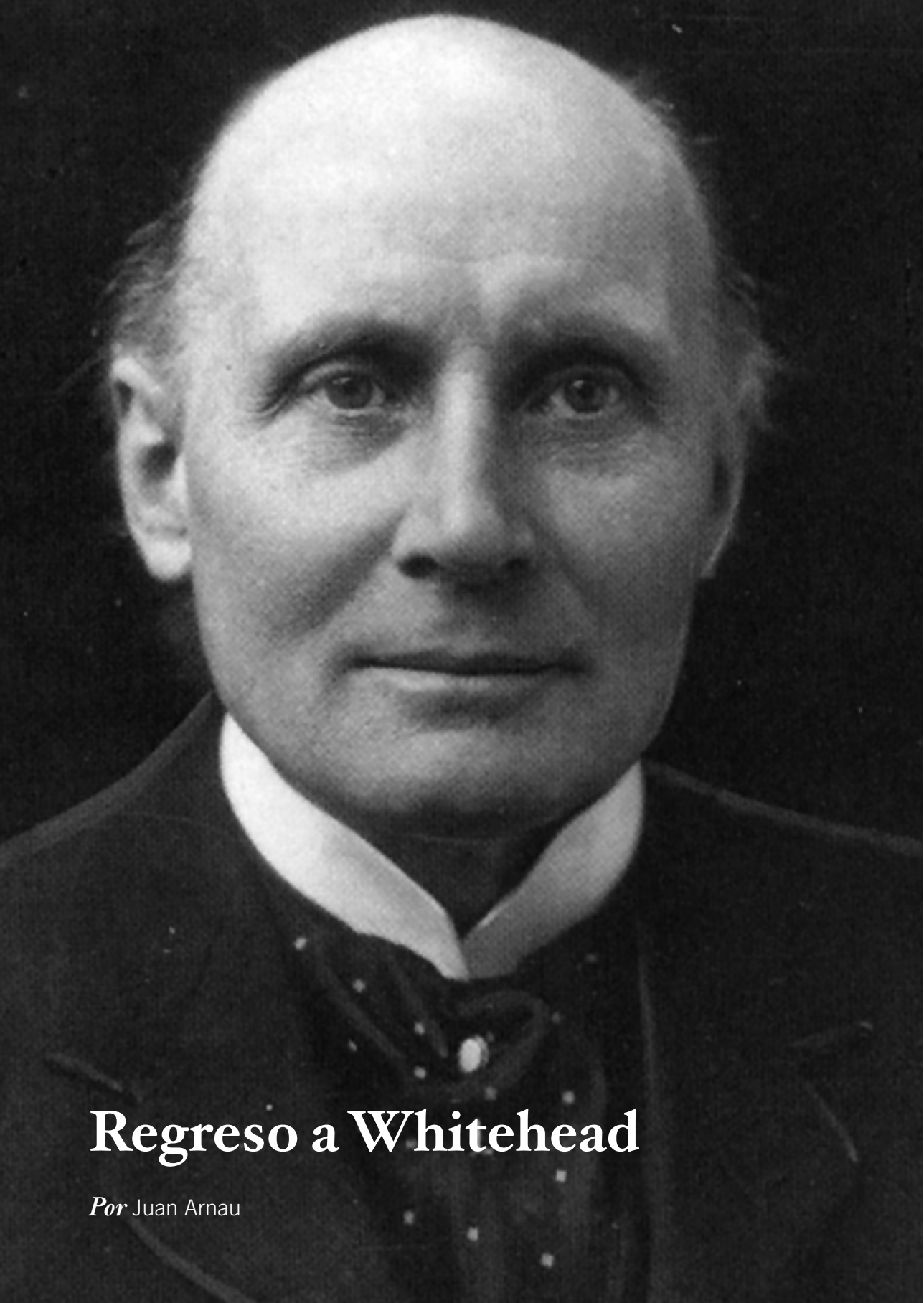
² «The truck at the head of a foremast» (*Diccionario Merriam-Webster*, edición digital, 2015: <http://www.merriam-webster.com/dictionary/foretruck>), siendo *foremast*, según este mismo diccionario «the mast nearest the bow of a ship» (<http://www.merriam-webster.com/dictionary/foremast>), y *truck*, «a small wooden cap at the top of a flagstaff or masthead usually having holes for reeving flag or sig-

nal halyards» (<http://www.merriam-webster.com/dictionary/truck>).

³ <http://www.merriam-webster.com/dictionary/crow's%20nest>. Con esta definición coinciden todos los diccionarios consultados.

⁴ Francisco Alexander. Preámbulo de Walt Whitman, *Hojas de hierba*. Madrid, Visor, 2006, p. 13.

⁵ «One of a band of medieval mercenaries available for hire by a prince or country: CONDOTTIERE» (<http://www.merriam-webster.com/dictionary/free%20companion>).



Regreso a Whitehead

Por Juan Arnau

Se vive en el paisaje y se vive el paisaje. Se sirve al paisaje y también se lo hacer servir. El organismo se rinde al medio y lo hace rendir, lo modifica, se hace un lugar. El neodarwinismo tergiversa la genuina evolución al no considerar esa posibilidad. Y esta otra: que la comunión con el ideal proporciona nuevas fuerzas al medio.

–Nicanor de la Torre

En Inglaterra fue un matemático y en América un filósofo. A veces para ser otro hay que cambiar de paisaje. Cuando llegaba el tiempo de su jubilación, Whitehead aceptó la invitación de la Universidad de Harvard para unirse al departamento de Filosofía. Una metamorfosis interna le había llevado de la lógica matemática a la filosofía de la ciencia y, desde ésta, a la metafísica, un campo que hasta el momento sólo había hollado en privado. Sería en Boston donde desarrollaría el sistema metafísico que llevaba incubando toda su vida.

¿Qué produjo el salto de lo abstracto a lo metafísico? Ciertos acontecimientos. Como él mismo sostendría, la realidad no estaba compuesta de materia, estaba hecha de acontecimientos, de encrucijadas y encuentros. Gradualmente, despertó en él la necesidad de erigir un puente entre la fría pizarra y la lava de las emociones; entre la cumplida abstracción y la confusión de la vida. Esa brecha polarizará el pensamiento filosófico del siglo: de un lado los analíticos, de otro los existencialistas. Whitehead, discreto y poco dado a grandes gestos, no se alinearía ni con unos ni con otros y, ajeno a las inclinaciones de su tiempo

–después de Kierkegaard y Nietzsche los sistemas metafísicos suponían un altivo anacronismo–, se lanza a la elaboración de un esquema general de ideas donde encajar cada uno de los hechos de la experiencia, tanto interior como de laboratorio. Como Bergson, su visión será la de un universo en marcha, un proceso continuo de evolución impulsado por la *creatividad*, esa fuerza que subyace a cada acontecimiento y ocasión. Desde esta perspectiva, el universo es un cúmulo de procesos individuales de devenir asociados. Y esa asociación dará nombre a su filosofía: la filosofía del organismo. Un enfoque pluralista, como el de Leibniz o el de James, pero unificado por la máxima –que parece tomada del budismo– de que nada existe sin depender de otra cosa.

Trataremos de exponer brevemente cómo un joven brillante, nacido en el seno de una familia victoriana y educado en el anglicanismo, fue labrándose su particular idea de la divinidad. Su biógrafo, el historiador de las matemáticas Victor Lowe, refiere lo celoso que era Whitehead de su intimidad. Apenas escribía cartas y, cuando lo hacía, raramente mencionaba emociones o problemas

personales. Como la de Bergson, su vida fue, hasta donde sabemos, una evolución silenciosa y sin aspavientos (la familia cumplió su última voluntad de destruir su archivo a su muerte). Pero hubo un episodio particular que pudo decantar la transformación: en la Gran Guerra, Whitehead perdió a uno de sus hijos. Esa divinidad aventurera había perdido, como él, algo en el camino: su (tradicional) omnipotencia. La idea no era nueva. Un Dios que crecía con el mundo, de inquietante fragilidad, siempre en marcha. No tanto origen y fundamento como camino. Un Dios peripatético, haciéndose eternamente presente en cada suceso, en cada acontecimiento, y cuyo principal atributo era la creatividad.

Los Whitehead provienen del oriente de Inglaterra, de la ciudad de Ramsgate, en el condado de Kent. Un antiguo emplazamiento romano y uno de los principales puertos que custodian el estrecho. Por sus playas incursionaron los sajones en las islas y por ellas embarcarían los ingleses hacia las guerras napoleónicas. A pocas millas se encuentra la Catedral de Canterbury, donde pudo ver de niño la armadura del Príncipe Negro y el atrio donde fue asesinado Thomas Becket. El interés por la educación le viene de familia: es hijo y nieto de maestros de escuela (su abuelo fundó el colegio donde enseña su padre). Al poco de nacer, en 1861, su progenitor, un viejo testamentario con ciertas destrezas retóricas, se convierte en párroco. Durante mucho tiempo escuchará reverberar su voz en la bóveda de una iglesia normanda. Es un niño frágil al que no permiten ir a la escuela o montar a caballo como a sus hermanos. Se educa en casa. Pasa mucho tiempo al aire libre

con un viejo jardinero. Con él hará sus primeros descubrimientos. Durante los inviernos visita a su abuela en Londres, una rica viuda afincada en una casa de Piccadilly desde cuyas ventanas puede espiar los paseos de la Reina Victoria por Green Park y en cuyas cocinas se leen en voz alta las novelas de Dickens. En la adolescencia, ingresa en la escuela pública de Sherborne, una de las mejores del país. Estudia historia naval, latín y griego: «No eran lenguas extranjeras, nada de importancia en el mundo de las ideas podía decirse de otra manera». Lee el Nuevo Testamento en griego, en un ambiente en el que nadie lo leía en inglés: «Éramos religiosos, pero con la moderación natural de aquellos que aprenden su religión en griego». Nunca estudió gramática inglesa: ésta se deducía de la griega y la latina. Había tiempo para el atletismo y la lectura privada. Sus favoritos, los románticos Wordsworth y Shelley, así como los libros de historia. Una formación clásica no muy frecuente en los hombres de ciencia y que defendería en sus propuestas educativas.

Cuando ingresa en Cambridge para estudiar matemáticas (1880-1884) la institución ya tiene como modelo la Academia platónica: la libre discusión entre alumnos y profesores. Conversaciones que también se desarrollan entre los «Apóstoles», una exclusiva liga de estudiantes donde también se tratan asuntos filosóficos y teológicos. De ellas aprendería tanto como en los libros. En 1884 se convierte en *fellow* del Trinity College y enseña matemática aplicada. Es un periodo de dudas y revelaciones, e incluso se plantea ingresar en una orden religiosa. Poco después sobreviene su primera revelación: el lastre del sentido común

arruina la aventura del pensamiento. En matemáticas y otras ciencias se acepta el avance en detalle, pero se impide la novedad fundamental. Se aventura así en una crítica del dogmatismo científico que acabará alejándolo de las matemáticas. Durante dos siglos se ha supuesto que Sir Isaac Newton había descubierto las leyes definitivas del universo. Casi todo en física, salvo unas cuantas anomalías, se daba por conocido. Pero esa certidumbre comenzaba a resquebrajarse y en muy pocos círculos se reconocía. Era más frecuente encontrarse con la falacia de la finalidad dogmática, esa tendencia de cada periodo histórico a creer que su pensamiento es el definitivo.

Poco después conoce a Evelyn Wade, hija de un militar irlandés criada en Francia, y se casa con ella en 1890. Vivirán en Cambridge durante veinte años, ocho de ellos en una antigua granja rural a las afuera de la ciudad. En esta época empieza a sufrir las primeras crisis de insomnio, seguramente debido al trabajo continuo con abstracciones. En sus ratos libres estudia teología y se hace con una buena biblioteca, que posteriormente venderá a cambio de otros libros, presumiblemente de filosofía. En varias ocasiones Whitehead diría que había vivido tres vidas: en Cambridge, en Londres y en Boston (el otro Cambridge). A mediados de su carrera debe abandonar Cambridge y se traslada con su mujer y tres hijos a Londres. Con el tiempo, la Universidad de Londres le ofrece una cátedra. En esta época (1910-1924) se interesa principalmente por la educación y el papel de las universidades en un mundo industrializado. Participa activamente en las discusiones de la

Aristotelian Society, junto a filósofos de corte analítico como Russell y Moore y otros de orientación metafísica como el monadólogo Herbert Wildon Carr y el spinoziano Samuel Alexander. Todos ellos estimularán su reorientación hacia esta disciplina. Cuando estalla la Gran Guerra su hija Jessie ingresa en el Foreign Office y sus dos hijos varones se alistan en el ejército. Eric, el menor, como piloto de la fuerza aérea británica (RFC). Mientras Bertrand Russell se entrega a la causa del pacifismo y se convierte en una figura de fama internacional, Whitehead es partidario de frenar a los alemanes. El avión de Eric es abatido en Francia. Su muerte le llena de amargura.

Como hiciera Berkeley un par de siglos antes, el 16 de Agosto de 1924 se embarca con su familia rumbo a Nueva Inglaterra. La vida le ofrece una segunda oportunidad y, tras un par de décadas en Londres, se siente con fuerzas para empezar de nuevo. Harvard le ofrece incorporarse al departamento de filosofía. Tiene 63 años y le quedan dos para una jubilación obligatoria en el *Imperial College*. Minucioso con sus responsabilidades como decano, la gestión administrativa ha ocupado hasta ahora la mayor parte de su tiempo. Su vida académica ha quedado marcada hasta entonces por su colaboración –primero como maestro y luego como colega– con Russell. Una colaboración iniciada en el Congreso Matemático de París de 1900. Tras diez años de investigación y un copioso intercambio de encuentros, cartas, notas y telegramas se publica el primer volumen de los *Principia Mathematica*. Una obra monumental en tres entregas que sigue un «programa logicista» encaminado a

derivar de la lógica simbólica los conceptos fundamentales de las matemáticas. Ambos terminarán exhaustos por la tarea y contemplarían decepcionados cómo la disciplina acabaría por convertirse en una simple receta para superar escollos. La impresión general en los círculos académicos fue que las aportaciones de Whitehead (geometría) habían sido inferiores a las de Russell (lógica). Ahora tendría la oportunidad de erigir una ontología metafísica propia; la multitud de ideas que bullían en su interior no se perderían.

Aunque siempre reconoció su deuda con James, Bergson y Dewey, y desde su juventud le acompañaban los libros de Platón y Aristóteles, Whitehead no recibió una educación formal en filosofía. En Boston se iniciaría el periodo más productivo de su carrera. Sus ideas se incorporarían de un modo natural a la filosofía norteamericana, que desde la guerra civil vivía una época dorada. Sus trabajos se unirían a los de George Santayana, Charles Sanders Peirce, John Dewey y William James. Para una sociedad que idolatraba la tecnología, reflexionar sobre los fundamentos de la ciencia resultaba imprescindible. Muy poco de la filosofía europea había arraigado en América, tanto el idealismo kantiano como el hegeliano resultaban sospechosos y el existencialismo a duras penas congeniaba con la mentalidad americana. Sin embargo, la filosofía de la ciencia de Whitehead podía dialogar perfectamente con los «espíritus rudos» del pragmatismo. Se sucedieron las invitaciones para impartir conferencias por el país y empezaron a aparecer una gran obra tras otra. *La ciencia y el mundo mo-*

dermo (1925), *Proceso y realidad* (1929), *Aventuras de las ideas* (1933) y *Modos de pensamiento* (1938). De todas ellas, la más importante y más difícil es *Proceso y realidad*. Las *Gifford Lectures* en las que se basa el texto resultaron ininteligibles a sus oyentes. Una obra que cuestiona los principios más arraigados del pensamiento europeo y en la que Whitehead despliega todo un sistema metafísico.

La palabra bondad se repite con frecuencia en quienes lo trataron. Los daguerrotipos muestran un rostro sereno y luminoso, un octogenario rubio, de ojos claros, con aspecto de infante sabio y feliz. No se percibe el peso del ego, desaparecido en la inmensidad del pensamiento. Sus discípulos recuerdan el magnetismo y la frugalidad de alguien que parecía haber domesticado el infinito y se sentía como en casa ante el enigma. Tuvo, para los que le conocieron, algo de visionario y de disipador de sombras. Frente al existencialismo, su pensamiento fue expresión del amor a la vida y a los valores del espíritu; frente al positivismo, una visión imaginativa del mundo, de acción creativa y de libertad. La cercanía de los jóvenes fue un estímulo. Durante más de una década organizó junto a su mujer meriendas en su casa para los estudiantes. No faltaban el chocolate caliente, las pastas y la conversación. La charla debía comenzar apaciblemente, con lugares comunes como el clima o el zodiaco para romper el hielo. La filosofía irrumpirá cuando la estancia haya cogido temperatura. «Por mí mismo no soy más que un profesor más, pero junto a Evelyn soy de primer nivel». Ella diría de él: «su pensamiento es como un prisma, no puede verse des-

de un solo lado. Hay que moverse alrededor y ver como cambia de color y de forma».

El existencialismo –una filosofía del lamento– y el positivismo –una filosofía frígida– casan a la perfección y dominan el siglo. En un mundo frío y sinsentido, regido por interacciones mecánicas, automáticas, la sensibilidad se siente perdida, arrojada y desesperada. Esas eran las dos corrientes hegemónicas cuando Whitehead inicia su andadura como filósofo. Tuvo la osadía de romper con Newton, Descartes y Kant, y se atrevió a incorporar las matemáticas no euclidianas y la nueva física –la relatividad y la cuántica– a un sistema metafísico. Su perspectiva es tan radical que invita a reinterpretar categorías como ciencia y filosofía, incluso las de religión o arte. Su pensamiento, que continúa la filosofía de la percepción de Berkeley, se encuentra hoy semiolvidado. Las razones son evidentes y todavía visibles. Curiosamente él, que había contribuido a la implantación del positivismo lógico en el mundo anglosajón, sería sepultado por éste en los años treinta, cuando numerosos miembros del Círculo de Viena comenzaron a emigrar a América huyendo de los nazis. Poco después de su jubilación en Harvard, Willard O. Quine, destacado representante de la filosofía analítica y del giro lingüístico iniciado por Wittgenstein, se incorporó a la universidad. Y la filosofía se entretendría durante mucho tiempo con los asuntos del habla y olvidaría los de la percepción.

LA FALACIA DE LA UBICACIÓN

A Whitehead le fascinaba Platón. Y de todos sus diálogos el que probablemente

más veces leyó, también por ser uno de los más difíciles, fue el *Timeo*. En sus líneas se habla del receptáculo de todo lo que está llegando a ser. También se dice que en el juego entre la inteligencia y la necesidad, la inteligencia lleva la batuta, pues ha persuadido a la necesidad de ordenar buena parte del devenir. El diálogo asocia esa necesidad con el receptáculo (ὑποδοχή), que es el substrato que hay detrás de todo lo que deviene, de la misma manera que la arcilla subyace a la vasija. El receptáculo alberga las imitaciones de las Formas sin ser afectado por ellas. El receptáculo es imperceptible, carece de forma y tiene una naturaleza plástica. Es la madre, la sede de todo, la gran nodriza del espacio que se humedece en el agua, que se quema en el fuego, que se hace tierra o viento. Su movimiento es constante y desordenado, pero mediante la intervención de la inteligencia, adquiriría forma, proporción y número. El receptáculo hace posible la interdependencia y fraternidad de todas las cosas. Un concepto que recuerda al *ākāśa* de las Upanisad y al orden implicado de David Bohm y que Whitehead asocia con el espacio-tiempo de la física moderna¹.

Estas ideas antiguas le sirven a Whitehead para abandonar la noción de ubicación simple (un espejismo newtoniano). La falacia de la localización simple obedece al simple hecho de que podemos estar en muchos lugares al mismo tiempo (y no soñamos). «Los objetos físicos que denominamos estrellas, planetas, partículas materiales, moléculas, electrones, protones o cuántos han de considerarse como modificaciones de las condiciones que rigen en el espa-

cio-tiempo y extendiendo su acción a toda la amplitud de éste». Hay una «región focal», que es donde convencionalmente se encuentra el objeto, pero hablar de dicho lugar como el objeto mismo allí situado resulta desorientador: «Los objetos no son pasivos y contemplados en su asociación conjunta, portan en sí la creatividad que impulsa el mundo. El proceso de creación es la forma de la unidad del Universo». La cosa es una ubicación dentro del todo, un lugar, sí, con sus propias particularidades, pero donde se manifiesta el principio que guía la constitución del conjunto. Las cosas se encuentran sumergidas en el receptáculo y son focos de agitación del mismo. Negar la ubicación simple significa afirmar que las cosas se encuentran de alguna manera superpuestas, como cuando un ser vivo respira o asimila un alimento.

Las consecuencias epistemológicas no se hacen esperar: resulta extremadamente complicado concebir un hecho completo. Pero las oportunidades se multiplican: no hay limitaciones inherentes al campo de la percepción sensorial. Y dado que para Whitehead «la esencia de la percepción consiste en interesarse», ninguna aprehensión estará desprovista de interés o afecto. La inteligencia de dicha inmersión debe apelar a la convicción –siguiendo al Platón del *Timeo*– de que el elemento divino en el mundo ha de interpretarse como agente persuasivo. Conviene entonces dejarse llevar por la corriente, en lugar de intentar salir de ella. Un navegar (irónico) en el fluido vital de los colores los sonidos y las texturas. Esa es la profunda intuición que nos dejó en herencia el más fracasado entre los filósofos sistemáticos.

Lo divino como agente persuasivo, no coactivo. La ley no puede ser ni impuesta ni trascendente, pertenece a la naturaleza misma del organismo, él la recrea y la pone a funcionar, la *revive*. Son los organismos los que hacen efectivos los ideales y los valores, los que desarrollan las formas posibles de orden. De ahí la consideración de Whitehead de los seres vivos como «huertos de valores». Esa fue la gran contribución de los alejandrinos al pensamiento platónico. Las cosas, al estar sumergidas en la naturaleza divina, son elementos persuasivos en el proceso creador. Muy lejos queda el dios de los bárbaros, sublimación de la relación del tirano con sus súbditos: «el Uno absoluto, omnipotente, omnisciente, manantial de todos los seres, que no necesita para su propia existencia relación alguna con nada situado fuera de él, es decir, internamente completo». No es de extrañar que las teodiceas fracasaran al justificar a la divinidad omnipotente: si era responsable de lo que ocurría en el mundo, era *ipso facto* cruel e indiferente. Y, lógicamente, ese dios sería abandonado.

PAISAJE PERDIDO

El bosque, el desierto o el glaciar son criadores de valores, viveros de hábitos y costumbres (los dioses son siempre locales). La ley no es aquí algo impuesto desde fuera, ni una abstracción desasida de circunstancia vital. El medio entero participa en la naturaleza y alcance de cada acontecimiento. Esos hábitos se encuentran ya comprometidos antes de nacer y cuando el conocimiento despierta ya es circunstancia de vida. Siempre hay paisaje en el ser, incluso en el más desarraigado. Siempre hay tú y nosotros.

Para el asceta en el cuervo o el caimán, para el ciudadano en el paisanaje. El instinto de vida no es nada sin un medio. El instinto vital es de hecho fermentación, condensación misma del medio, aliento de la percepción y la memoria. La idea es vertiginosa. En todo trascurso temporal y en toda localización espacial palpitan otros tiempos y lugares. Espacio y tiempo no son hábitculos de *localizaciones simples*. El organismo nunca está o dura enteramente donde respira. La memoria, esa infatigable constructora del yo, lo recuerda constantemente. Unas veces susurra en la ventanilla de la atención, otras se agazapa en la intuición o se entierra en el instinto.

El modelo mecanicista tiene plejea y confusa a nuestra civilización. Un modelo que debilita el pensamiento y lo hace zozobrar desde el fondo mismo del ser consciente. ¿Por qué habrían de ser irreformables las abstracciones científicas? Si de algo ha de servir la filosofía es precisamente como crítica de las abstracciones. En ese sentido, la filosofía no puede ser una ciencia más –un conjunto articulado de abstracciones–, sino que su función sería la de armonizar y completar las ciencias, incorporando a ellas los testimonios de los grandes poetas y místicos, la experiencia estética y la religiosa. La naturaleza no puede divorciarse de los valores o las emociones estéticas y religiosas. Y recuerda a Goethe cuando dice que el color es un fluido vital y al mismo tiempo un objeto eterno: «ronda el tiempo como un espectro. Viene y se va. Pero dondequiera que va es el mismo color. La montaña tiene con el tiempo y con el espacio una relación diferente a la que tiene con el color». La

vida, en todas sus formas, es «huerto de valores». Pequeños cultivos donde crece la generosidad o la nobleza, la ira o el resentimiento. Whitehead recoge las semillas de estas dos iniciativas, el elogio de la atención de Berkeley y la reconsideración romántica de la naturaleza como experiencia.

LEYES DE LA NATURALEZA

Una sensación recurrente. La idea de ley tiene su origen en la impresión de regularidad. Al mismo tiempo, aunque se trate de una ley de transformación, la ley presupone cierta continuidad. Las cosas cambian, la ley permanece. La creencia en unas leyes de la naturaleza es fundamento de toda ciencia. El comportamiento del mundo ha de seguir ciertas pautas para que los fenómenos sean predecibles y verificables. La ley parece a primera vista condición del conocimiento: ella hace posible el pronóstico. Todo esto es más o menos evidente. Pero entonces surge una cuestión, todavía sin resolver, de la que depende no sólo nuestra cosmovisión, sino también nuestra concepción de la vida consciente. ¿Qué tipo de relación existe entre esas *leyes* y el comportamiento de los seres? ¿Se somete el comportamiento a la ley o la ley al comportamiento? ¿Debe haber necesariamente un eje de dominación o se trata más bien de una influencia bidireccional? El problema es antiguo. Hoy predomina la idea de que los seres somos marionetas biológicas sometidas a ciertas leyes. Whitehead no piensa así. El organismo hace paisaje y puede poner al medio a su servicio.

Exploremos un poco más. Resulta razonable asumir que los organismos

no se comportan del mismo modo en la ciudad, el bosque o el glaciar. Y no digamos si extendemos la comparación a la luna, al interior de una estrella o al espacio interestelar. El comportamiento es contextual. ¿Significa esto que la ley es local? A primera vista parecería que sí. Por otro lado, desde cierta retórica de lo elemental, esas diferencias podrían resultar superficiales. Bastará reducir los cuerpos a moléculas para comprobar que todas estas siguen idénticas leyes químicas, tanto en la ciudad, el bosque o el glaciar. Pero las moléculas son a su vez susceptibles de análisis y no se comportan del mismo modo en condensación o en el vacío, donde rigen las leyes electromagnéticas, y así, sucesivamente, descomponiendo las cosas, podríamos, al menos en teoría, encontrar sucesivos ámbitos donde imperan diferentes leyes.

El determinismo mecanicista –el electrón «corre ciegamente» impulsado por irrevocables leyes– es eco de la obsesión calvinista por la predestinación, que a su vez se remonta a la visión gnóstica de un Dios frío e impersonal, impassible e indiferente. Un Dios que revivirá el existencialismo. ¿No se parece esto a la idea del ser vivo sometido a la inmutabilidad de la ley, incapaz de dirigir su propio destino, marioneta biológica en manos del ineludible designio? El hombre, y con él el resto de los seres conscientes, abocados al mecanismo irresistible de la naturaleza. El neodarwinismo será la última versión de este mito. Un mito que se desliza en la falacia de una causa eficiente absoluta, de un ambiente fijo en el que sobreviven los organismos más adaptados. Se obvia la posibilidad de que los organismos creen

su propio ambiente. Se olvida que organismo es ya paisaje para otros organismos y que el organismo aislado no sólo es inconcebible, sino impotente: modificar el ambiente requiere cooperación, ayuda mutua.

Siendo esto así, la ley será consecuencia, al menos parcialmente, del comportamiento de los organismos, de las «costumbres locales» y la escala de observación. A los factores de campo habría que añadir además el factor «otras presencias» (el comportamiento no es el mismo ante el amante, el padre o la montaña). Sea como fuere, carece de sentido asumir un comportamiento prefijado por leyes impuestas y un organismo inoperativo y a merced de las mismas. Por otro lado, sin ley no habría inteligencia, ni propósitos logrados, ni medios hábiles de actuar. No habría metodologías ni tecnologías. Hoy es más urgente que nunca entender cómo el concepto de ley ha sido interpretado en los diversos climas y épocas. Desde la Revolución científica ha proliferado una especie particular de sujeto: el investigador científico que se somete voluntariamente a una ley –en la que basa su sustento y el de su familia, en caso de haberla– bajo la promesa de no abandonar la cárcel metodológica. Seres inteligentes y bien formados que lo cifran todo a la ley (la facilidad con la que la ley se universaliza responde a una razón oscura). Frente a ellos subsisten los incorregibles de siempre, aquellos que sólo se sienten cómodos fuera de la ley.

Resulta paradójico que, medio siglo después de que Thomas Kuhn perfilara la estructura de las revoluciones científicas, subsista entre los físicos la ambición de una teoría del todo. El sueño de una

ley total es tan antiguo como la ascensión al Sinaí o el cielo platónico. Whitehead fue de los pocos filósofos de la ciencia que, en el siglo de la física, se atrevió a cuestionar dicha aspiración. Proyectar sobre el cosmos insondable las leyes locales del planeta puede resultar cuanto menos arrogante, si no una actitud descaradamente provinciana y cateta.

Lo primero que advierte Whitehead es que mezclamos sin advertirlo diversos conceptos de ley. Así como hay diversos tipos de organismos, también hay diversos tipos de ley. Y esos tipos han calado de diferente manera a lo largo de la historia. La *ley inmanente* pone el acento en la presencia de las cosas. Significa que el orden natural expresa precisamente el carácter de las cosas y que si conocemos la esencia de las cosas, conoceremos sus relaciones mutuas. Los seres son aquí los que ponen las condiciones, no el medio. Pero, más que los seres, sus relaciones mutuas. Semejante doctrina niega la «cosa absoluta» y presupone una interdependencia básica entre todo lo existente. Al ser subsidiaria de los modos de relación de las cosas y dado que las leyes dependerán del carácter de las cosas, al cambiar éstas cambiarán las leyes². Un evolucionismo consecuente –como el de Bergson– deberá asumir el concepto de ley inmanente: una ley que evoluciona a la par de las cosas. Dicho evolucionismo abandonará la idea de un universo que se desarrolla sujeto a leyes fijas y eternas. Pero no todo son parabienes en la perspectiva inmanente, pues ésta no es capaz de explicar «porqué el universo no debería estar cayendo en un caos desprovisto de leyes». Algo debería de haber en ella que asegurara una tendencia hacia el or-

den. Y ello da pie a la siguiente concepción de la ley, de sesgo platónico: la ley impuesta.

La ley impuesta, curiosamente la más extendida en las corrientes dominantes de la ciencia moderna, es inversa a la anterior. Y digo curiosamente porque es la más metafísica de todas. Es una ley, como dijimos, que rige el cambio, pero que ella misma no cambia. ¡Es una ley que está fuera del universo! Al margen de eso que llamamos espacio y eso que llamamos tiempo, en una especie de cielo platónico. Los organismos deben su evolución a la existencia de dichas leyes y sus relaciones vienen impuestas por ellas. Pero en un mundo así –y Newton parece ser que fue consciente de ello– no es posible deducir la naturaleza de los entes del estudio de las leyes que rigen sus relaciones. La doctrina de una ley impuesta lleva implícita la existencia de un algo –divinidad o demiurgo– que la imponga. Y resulta cuanto menos sorprendente que filosofías como el existencialismo o la filosofía analítica bebieran de esa misma fuente. La idea de una ley impuesta, «junto con la reducción de las relaciones físicas a movimientos de carácter espacio-temporal, constituye el concepto simplificado de Naturaleza con el que Galileo, Descartes y Newton edificaron la ciencia moderna». Whitehead reconoce que si el éxito es garantía de verdad, ningún otro sistema de pensamiento ha tenido uno mayor. La ley impuesta, la conozcamos o no, ha de cumplirse de un modo exacto³. No es inconveniente repetir que en estas concepciones reverbera el clamor mosaico, primitivo, de una ley impuesta por una voluntad trascendente. Los alejandrinos se encargarían de rebajar el tono, aterrizando la trascendencia y

posándola en la inmanencia. El Ser primordial debía participar de la naturaleza del mundo. La tendencia hacia el orden no obedecía a una voluntad impuesta desde fuera, sino a una reorganización interna. Como decía Emerson, nadie convence a nadie de nada, ni siquiera Dios al mundo. Ha de convencerse uno mismo, desde dentro.

A estas dos clases de ley hay que añadir la ley positivista. Una aspiración tibia, indiferente y algo desafecta a la que el propio Whitehead contribuyó en su juventud. Los movimientos de las cosas no derivan de necesidades internas. Nada hay que rascar en ellas. Intrínseco a la naturaleza de los átomos es que sean móviles y participen de relaciones espaciales y temporales. Nada más. Simplemente suceden. Simplemente dibujan modelos, modelos que se repiten, modelos que la ciencia se limita a detallar. Entrecruzamiento de trayectorias y concatenación de circunstancias. Nada hay que buscar detrás de esos modelos, son solo descripciones de hechos. En la actitud positivista hay una ley no escrita: no dar un solo paso más allá de la descripción. Prohibido interpretar, prohibido especular o imaginar qué hay más allá del modelo. En esta ley del silencio tiene mucho que ver, claro está, Kant y su inaccesible *cosa en sí*. Pero el positivismo tiene también los modales del puritanismo y el estoicismo: es sobrio. Recomienda observar las cosas y describirlas del modo más sencillo posible. Compresión equivale a sencillez de descripción, a enunciar correlaciones observadas entre hechos observados. El positivista se limita a insistir en la recurrencia de lo observado y sus modelos, eludiendo

cualquier compromiso metafísico. Evita tanto la responsabilidad individual y participativa en la hechura de la ley inmanente como la estricta determinación de la ley impuesta. Se limita a la acumulación de información y a la elaboración y comparación de modelos, de una manera un tanto desafecta y sonámbula.

La especulación en torno a la ley se mueve en ese triángulo. La ley impuesta, la ley inmanente y el modelo positivista. ¿Es posible reconciliar lo inmanente, lo trascendente y lo indiferente? Si la verdad estuviera repartida como creía Leibniz, quizá pudiera conservarse lo que hay de verdad en cada uno de estos enfoques. En el universo de Bergson, que es un universo de libertad, la ley no determina los destinos. William James vería en cada una de estas tres posibilidades sus ventajas. Sea como fuere, lo cierto es que siempre es posible detectar algo emotivo en la ley. Algunos no saben vivir sin ellas y otros se pasan la vida rehuyéndolas. Whitehead, cuya juventud estuvo dominada por la fiebre metodológica, dedicó sus años de madurez al vuelo de la especulación. Ello le permitió bucear en los trasfondos de la actitud metodológica y la especulativa. En esta última hay un fondo de confianza y cierto escepticismo superficial. La imaginación baraja continuamente alternativas y cuestiona los presupuestos del orden vigente. Hay algo de rebeldía en toda especulación. Pero también una confianza profunda en que en el fondo de las cosas podrá encontrarse algo accesible al entendimiento. La actitud metodológica, predominante en los círculos académicos, es la opuesta: un conservadurismo superficial que obedece a prácticas establecidas y

desconfía del fondo de las cosas. Una visión que encastilla los hechos del mundo en disciplinas y se ofende ante cualquier intento de mezclar unas con otras. Whitehead supo reconocer –porque había una parte de él en el asunto– que el positivismo era, a fin de cuentas, la expresión decimonónica de valores burgueses como la comodidad y la utilidad. Desde Kant interesa más el cómo conocemos que el qué conocemos. Las ambiciones se han achicado y con ellas, la imagen misma del conocimiento. Una actitud con la que la modernidad ha terminado de erigir las puertas al campo, y un modo de esquivar todo aquello que inquiete o desconcierte.

NATURALEZA Y VIDA

No deja de sorprender la insistencia del mecanicismo en ver el mundo como algo inerte y ciego. Una actitud tan arraigada que apenas resulta ridícula. Y el mundo acaba por considerarse al margen de la vida, como si la vida y la conciencia fueran anomalías casuales de un mundo muerto hace mucho tiempo. El conocimiento se ha ido atando de pies y manos y pocos han protestado. Uno de los ejemplos favoritos de Whitehead fue el de los insectos que visitan las flores. La observación de este hecho ha abierto paso a ramas enteras de la ciencia, apuntando a la naturaleza complementaria de las flores y los insectos. Para la visión positivista esa visita, esa cortesía que trasmite una semilla, es solo un juego mecánico. Whitehead tuvo el genio de invertir la situación: que la noción de vida envolviera las nociones físico-químicas y no a la inversa. Había llegado el momento de despertar del sinsentido

de una naturaleza estática, sin duración, sin tiempo interno. Demasiado tiempo agachando la cabeza. Poco goce y poca creatividad permitían dichas metafísicas de laboratorio, mucho esfuerzo vano y mucha depresión. La filosofía corpuscular era un modelo agotado.

¿Cómo se pudo llegar hasta aquí? En parte gracias a los avances de la física. La física se ocupa sólo de parte del asunto pero tácitamente se aceptó que se ocupara de todo. «Renunciar voluntariamente a tu libertad, esa es la definición de ridiculez». La frase de Philip Roth expresa a la perfección eso que la ciencia se empeña en demostrar y que el instinto continuamente desmiente. Eso parece haber hecho la ciencia o eso se empeña en demostrar. Se niegan los propósitos a conciencia, se niegan las orientaciones. El pensamiento científico está dominado por el supuesto de que las funciones mentales no forman parte de la naturaleza. Pero la ciencia sabe que cada escala de observación muestra un mundo y presenta los efectos de dicha escala. Que hay efectos ausentes, que habitan otras escalas, y efectos presentes, que escenifican su representación. Y sin embargo, no queda espacio para la contemplación y sí para la fiebre del análisis, para la búsqueda de realidad detrás del escenario. Como si algo entre los bastidores pudiera desmontar el hechizo y no meramente zanjar la conversación. Se niega el tiempo para la recreación y entre tanto aguafiestas se va la vida.

Si se analiza el asunto con precisión microscópica, no hay modo de ver dónde termina el cuerpo y dónde comienza el mundo exterior. La comunidad del cuerpo está sumergida en la comunidad

del ambiente. Es obediente y díscola al mismo tiempo. Emociones, propósitos, goces. ¿Qué sería de la vida sin ellos? Nuestra experiencia del mundo incluye la experiencia del alma, la propia, como uno de los componentes del mundo (el yo como otro). Whitehead quiso distanciarse de todas aquellas corrientes de pensamiento que desconfiaban de la naturaleza. Unos se sentían arrojados en ella, los otros solo se contentaban destripándola. *We murder to dissect / Enough of science and art; / Close up these barren leaves; / Come forth, and bring with you a heart / That watches and receives.* Déjate de deconstrucciones y desmontajes, dice Wordsworth, y tráete un corazón que contemple y perciba. Whitehead atisbó que una ciencia más creativa podía estar guiada por los mismos principios que guían la literatura, el arte y la religión.

¿Es viable el sueño de Whitehead? La mutua inmanencia de unas cosas en otras, la consideración de la totalidad inscrita en cada cosa, resulta difícil de manejar. El problema no es conceptual, sino metodológico. Toda ocasión presupone el mundo anterior como algo activo, pero eso no es fácil de medir. De ahí que se res-

trinje la cosa a su lugar y se olvide aquello que percibe. De ahí la relativa estabilidad de las leyes. Pero la ley no debería oscurecer la autocreación constante de lo natural. Es una aproximación útil, efectiva, pero es solo una parte de la verdad. «La emoción trasciende el presente de dos modos. Surge de y se proyecta hacia. Se recibe, se goza y se traspasa de momento a momento. Toda ocasión es una actividad de interés (*concern*). Es conjunción de inmanencia y trascendencia. La ocasión se interesa, en cuanto al sentimiento y al designio, por las cosas que están más allá de ella. Así, toda ocasión, aunque empeñada en su propia autorrealización inmediata, se halla interesada en el universo». La actividad creadora –en el arte, en el mundo– puede verse como el interés en conservar la intensidad de la emoción. En esa tarea coinciden el artista y el creador. Toda ocasión tiene un componente estético y otro libertario: debe elegir entre las múltiples corrientes de sentimiento recibidas del pasado. Es experiencia y es también memoria. La conservación de la energía ya no rige aquí. La energía física ha sido sustituida por la emoción estética. La ciencia comienza a maravillarse.

NOTAS

¹ La doctrina pitagórico-pitagórica que asocia armonía con las relaciones matemáticas –frente a la insistencia de Aristóteles en dejar de lado los conceptos matemáticos y dedicarse a observar y clasificar– ha contribuido positiva y negativamente al progreso científico. Nunca será posible descartar completamente la pregunta sobre el *cuánto*. La droga cura o mata según su proporción. Pero la apelación a la matemática, a los conceptos de cantidad y número, no basta. Bergson insistirá en ello, en la cualidad irreducible, incuantificable.

² Un ejemplo –que Whitehead no cita– de este tipo de ley inmanente, eminentemente local, sería la teoría budista en torno a *Sukkhavati*, donde el organismo del *bodhisattva* es capaz de crear ámbitos de dicha.

³ Los físicos cuánticos descubrieron una nueva manifestación del azar y sugirieron la inutilidad de seguir buscando «la ley». Pese a ello, la ciencia contemporánea sigue llevando el estigma de la fatalidad y no ha asimilado el desafío cuántico.



Tres poemas

Por Eduardo Mitre

NOCTURNO DE UNDERWOOD PARK

Cerca de la medianoche,
bajo un claro de luna
y las ramas desnudas
de álamos y robles;

uno al lado del otro,
sin un ápice de brisa,
cabizbajos, sin el júbilo
de rozarse los hombros,

como mendigos baldados
en duras aceras de frío,
sobre su sombra escarchada:
los columpios vacíos.

CATULINARIA

Me he vuelto a enamorar
ya entrada la vejez
de una mujer muy joven.

Como un adolescente
me estremezco cada vez
que pronuncian su nombre.

Para colmo, me parece
por momentos entrever
que ella me corresponde.

No sé si agradecer
o maldecir a los dioses.

AÚN

Lentamente, desde la almohada,
reconoce el rumor de la calle,
las voces en el pasillo,
el canturreo optimista
en la ducha del joven vecino.

Sobre el espaldar de la silla,
advierte el cuello gris de su camisa,
y a su derecha, en el piso
el par de zapatos
sin lustre, esperándolo.

Y aunque cada día más lento,
entre incrédulo y agradecido
aparta con ímpetu
la sábana diaria de la resurrección.

Manuel Longares:

«El estilo es el modo de abordar la realidad con la palabra»

Por Carmen de Eusebio

Manuel Longares (Madrid, 1953) es autor de *La novela del corsé* (1979), *Soldaditos de Pavía* (1984) y *Operación Primavera* (1992), trilogía que conforma el ciclo literario experimental *La vida de la letra* (Galaxia Gutenberg, 2014). En 1995 publicó *No puedo vivir sin ti* (Planeta), en 2001 *Romanticismo* (Alfaguara. Premio Nacional de la Crítica), en 2006 *Nuestra epopeya* (Alfaguara), y en 2013 *Los Ingenuos* (Galaxia Gutenberg). Es también autor de dos libros de cuentos, *Extravíos* (Alfaguara, 1999) y *La ciudad sentida* (Alaguara, 2007), y de uno de relatos, *Las cuatro esquinas* (Galaxia Gutenberg, 2011). Ha traducido el libro de sonetos de J.V. Foix, *Sol, i de dol* (*Solo y dolido*. Visor, 1993) y recibido premios como el Ramón Gómez de la Serna, el NH de relatos, el Francisco Umbral o el de los Libreros de Madrid.

Las cuatro esquinas, *Romanticismo* y *Los ingenuos* son algunos de los libros que conforman su obra literaria. Todos ellos comparten el tiempo y el espacio ¿En algún momento ha tenido la idea de crear una serie de novelas interrelacionadas que retratasen la sociedad de su tiempo?

Una época de cambios políticos y sociales como la que vivimos parece reclamar unos episodios nacionales en los que el cronista refleje lo que va de ayer a hoy

o cómo hemos pasado de la miseria de posguerra a una relativa prosperidad. Pero esto, que como lector me puede apetecer, no entra en mis objetivos de escritor. Abordar el mundo de los ricos en *Romanticismo* (2001) y el de los pobres en *Nuestra epopeya* (2007) no responde a un afán sociológico, sino literario, y eso confirma la tendencia que mantengo desde mis comienzos: las tres novelas de *La vida de la letra*, que es lo primero que publico –*La novela del corsé* (1979),



Soldaditos de Pavía (1984) y *Operación Primavera* (1992)–, se inspiran en criterios literarios, y no en los documentos librescos o musicales que les sirven de pretexto, y lo mismo cabe decir, años después, de *Las cuatro esquinas* (2011), pese a su apariencia testimonial. Antes y ahora, un estímulo literario guía mis proyectos narrativos.

Sus libros son muy elaborados, se deduce mucho trabajo, lo que nos hace suponer una tarea lenta y minuciosa de escritura. ¿Es así como trabaja?

Reescribir escrupulosamente el texto –y más ahora que el ordenador facilita las cosas–, es lo que hace con su obra cualquier escritor que aspire a ese nombre. Algunos grandes de nuestra literatura reciente, como Azorín, Valle-Inclán, Faulkner, Borges y Benet, muestran escrituras muy elaboradas. Pero también se empeñó en ello, aunque sin ostentación de lenguaje, un escritor con leyenda de desmañado como Pío Baroja. Todos los escritores, pues, se embarcan en esta tarea, por lo que los lectores no debiéramos sublimarla. Reincidir en lo ya escrito no es un capricho de virtuoso ni un alarde de paciencia, sino algo inseparable del ejercicio literario, con sus raptos de exaltación y de depresión, de lucidez y de ansiedad. En esa revisión, sea lenta o velocísima y suprima o añada texto, el talismán es la palabra. Hay que encontrar el término preciso e incluirlo en el lugar exacto de la frase,

mantener un ritmo en el párrafo y evitar repeticiones y rimas. El oficio de escritor conlleva esa exigencia. Si, como decía Ortega, la claridad es la cortesía del filósofo, el imperativo de cualquier escritor es limpiar sus páginas de incorrecciones.

La narrativa española ha incidido tradicionalmente en una poética realista, pero sabemos que tanto la realidad exterior como el concepto de realismo en literatura son nociones ambiguas. ¿Cómo se define usted respecto a esta tensión, en el caso de que le parezca que la hay?

Un escritor opera sobre la realidad –no hay otro ámbito de coincidencia con el lector– y para relatar los hechos utiliza las palabras que emplea la gente. El realismo es una técnica para desarrollar una historia, una manera determinada de expresar lo que también se puede contar de otra manera. A mí no me interesa tanto el realismo como la interpretación de la realidad, y eso tiene que ver con el concepto de representación literaria, algo que precede al acto de escribir: no hablar de las cosas tal como comparecen a nuestros ojos, sino intervenidas por la literatura. Es decir, no importa tanto la historia que cuento como el lenguaje elegido para contarla porque ese lenguaje determina la historia que voy a contar. Toda historia reclama su lenguaje y si ese lenguaje cambia, también lo hará la historia.

En cualquier crítica literaria, reseña de libros o entrevista, siempre se habla de su estilo, que se ha llegado a denominar «el estilo de Longares». ¿Qué es el estilo? ¿Cómo se consigue un estilo propio?

El estilo es el modo de abordar la realidad con la palabra. La literatura actúa a través de la imaginación y de la memoria, pero es la palabra la que la expresa; y la palabra literaria, para merecer ese título, ha de poseer el rango que le falta en la conversación corriente, ese énfasis del calígrafo que va a depositar una palabra en el papel y se lo piensa antes de tomar la pluma y esmerarse en recrearla. Este ejercicio de escritura comporta un estilo que el escritor asume cuando se reconoce en una voz de las varias que le sugieren cómo decir las cosas. Un día, la respuesta brota inesperadamente del texto que el escritor corrige, y esa voz no procede de una genialidad o una imposición, sino que se ha formado mientras el escritor elaboraba su bloque de palabras. De él emana al fin como fruto de su perseverancia en sondearlo y a partir de ahora deberá vigilar su trayectoria por el escrito para evitar que se desvíe o desfigure.

En las historias que nos cuenta tenemos asegurada una sonrisa y, a veces, carcajadas ante los mínimos sucesos que forjan una vida, sucesos que muestran otra cara, el envés que a menudo resulta ser lo verdadero. ¿El humor y la ironía son parte esencial en el devenir del día?

En la literatura, el humor es una forma más llevadera de encarar la realidad. Esa mirada se expresa literariamente me-

dante situaciones dislocadas o arranques argumentales insólitos. Literatura de o con humor no es la que cuenta chistes, sino la que nos regocija por su modo de conducirnos por la realidad. Se trata de un punto de vista, no de un lenguaje específico. Entre los autores que me hacen reír elegiría a Jardiel Poncela y a Muñoz Seca, pero en el campo del humor prefiero a Cervantes, Dickens, Gogol, Ibarquengoitia, Hasek, los humoristas españoles de la Generación del 27 –fundamentalmente el Edgar Neville dramaturgo y cineasta y el Miguel Mihura de *Tres sombreros de copa* (1932) y *Maribel y la extraña familia* (1959)– y el gran Rafael Azcona que, más allá de su faceta de humorista o de su trabajo en el cine, impone su nombre al mundo artístico que ha creado.

Las estructuras narrativas de *Romanticismo* y *Los Ingenuos* están organizadas en tres partes, reproducen momentos teatrales y gozan de instantes esperpénticos, sobre todo cuando se refiere a la muerte y al descuartizamiento de Franco, todo ello en un estilo narrativo de corte clásico. ¿Qué nos quiere decir al respecto?

Como dije antes, si a uno le interesa la interpretación de la realidad y no el realismo, uno procura que la literatura sea el ingrediente de lo que va a contar, y ello supone desarrollar una mirada y una palabra influidas por la literatura y no por lo que objetivamente percibe. Ya señalé que a la hora de escribir me guío, antes que por el material novelesco, por su forma literaria. Un empeño narrativo que no esté avalado por la literatura no me interesa. Esa voz literaria que al

principio se manifiesta sin perfilar, como dudosa de ser la elegida, y que a medida que la rescatas de la memoria adquiere consistencia, es la que impulsa decididamente tu narración y la lleva a puerto. Esa voz orientadora me garantiza la validez de lo que cuento y que estoy en la línea de lo que literariamente ambiciono.

En su último libro, *Los Ingenuos*, el deseo se palpa en la atmósfera, desde el del individuo hasta el de la sociedad en general. Para unos era la esperanza, para otros el anhelo de no perder el mundo que les había dado todo. ¿Este logro ha sido una intención o ha aparecido durante el proceso de escritura? El ingenuo tiene la seguridad de que el día de mañana el mundo se habrá amoldado a sus intereses. Su desfase con la realidad es antiguo. El ingenuo está tan convencido de sus poderes que acoge el rechazo a sus pretensiones como una equivocación de la historia y no duda de que al siguiente intento se subsanará. Y en esa voluntad de sobreponerse a los reveses de la vida y de afirmarse en su razón, en esa renovación de la vieja ilusión, cada vez que le castiga el infortunio es fácil advertir una raíz quijotesca.

¿La bondad es otra de las características que ha querido resaltar al elegir personajes cautelosos y resignados que están en manos de los que tienen el poder y el dinero?

En la literatura y en la vida prefiero personajes que son víctimas del poder, y no los encumbrados por una estafa de ingeniería financiera, como lo llaman ahora. Me repugnan los ganadores en general y, especialmente, los que justi-

fican sus tropelías en haberse adaptado a la realidad de la vida mucho más perfectamente que sus perjudicados. Estos ricachos, además de esquilmar al pobre, lo menosprecian porque no se atreve a hacer las canalladas que hacen ellos. Me parece intolerable la tacha negativa que recibe la ingenuidad, como si en vez de una virtud fuese un defecto.

Tanto en *Romanticismo* como en *Los ingenuos*, las mujeres son las auténticas protagonistas de la trama. ¿Por qué han sido tan importantes para usted en una etapa de nuestra historia donde su papel en la sociedad pasaba casi inadvertida?

La novela del corsé—que es mi libro más rompedor— termina con una estadística según la cual, a principios del siglo XX, la mayoría de la población de clase baja de Madrid ejerce la prostitución para ganarse la vida y sostener a los suyos. Por eso se calcula que hay una prostituta por cada diecisiete hombres. Educada entre algodones, la mujer rica ignora este problema, pero la que no lo es lo sufre en su familia o en su barrio. En el universo femenino del siglo XIX conviven el ama de casa y su sirvienta y estas categorías no se alteran ni aunque sea la criada galdosiana la que mantiene a su señora. Un siglo después, la protagonista de *Romanticismo* deduce del amotinamiento de sus criadas que están cambiando los tiempos, pero no lo suficiente como para borrar la distancia entre la situada y la que depende de ella. Ricas y pobres habitan mundos enfrentados, pero ambas se relacionan con varones y traen hijos al mundo. Hacerlo dentro o fuera del matrimonio las



marca con el sello de la decencia o de la mala fama. Pero tanto la casada como la soltera habrán comprobado que el caballero que les cae en suerte trabaja menos que ellas, es más inútil para la vida y, paradójicamente, más exigente y altanero, si no violento. Además, como representante de la autoridad, le toca escribir la historia de la que la mujer será su musa. La influencia femenina en ese entorno de prepotencia masculina es poco visible, pero deja huella. Como al hombre hay que hacerle todo, es esa parcela de poder la que la mujer se reserva para gobernar la casa y las familias. Tanto en *Romanticismo*, donde la clase ociosa se retrata, como en *Los ingenuos* (2013), donde son protagonistas los modestos, la mujer conduce

al hombre y, consecuentemente, a la sociedad.

En *Los ingenuos*, el énfasis en la mesa camilla evocada en las escenas que ocurren en la portería y la portería misma, no solo describen –me parece– una clase social, sino que también simbolizan la capacidad que tuvo el régimen para estar presente en las casas. Ahí es donde todo ocurría y donde todo se hablaba. Me gustaría que nos contara algo al respecto.

El franquismo es un estilo, un modo de pensar y de vivir enraizados en la mentalidad y en la manera de ser de la derecha ideológica. El franquismo es la idiosincrasia de la derecha: no hay derecha sin franquismo. Esta manera de actuar en

sociedad y de educar a los descendientes existía antes de que Franco naciera y la sigue recomendando desde su tumba con subidas y bajadas de la manita con la que firmaba penas de muerte. Al fin y al cabo, el franquismo no es un invento del general gallego, sino un costumbrismo arraigado en las gentes de orden desde la noche de los tiempos, unas convicciones transmitidas de padres a hijos que rigen su comportamiento a lo largo de la historia. Este conglomerado de ocurrencias, sentimientos y lugares comunes que se constituye en filosofía de la vida y que avala dictaduras sangrientas se reivindica en la tertulia vespertina de las casas bien en torno a la mesa camilla, al calor del brasero y del asesoramiento eclesiástico, con algo para merendar sobre el mantel que no siempre es el chocolate con picatostes.

Con respecto a la literatura y en los tiempos que usted recorre en su narración –los años 50, 60 y del 75 al 93– ¿qué grandes cambios se produjeron que formen parte de su imaginario literario?

Uno vive, en general, sin darse cuenta de su época y del paso del tiempo, y cuando lo rememora literariamente obtiene una imagen distorsionada que probablemente no responde a la vivencia percibida entonces, pero que la refleja tan bien como si la estuviese captando. Es un ejercicio combinado de imaginación y memoria o, dicho de otra manera, de memoria recreadora. Esta operación se sostiene en la palabra utilizada para describirla y con la que recarga o alivia la rememoración: no produce el mismo efecto en el lector una subordinada que

una oración simple. Si con estos dispositivos pienso en los años cincuenta, las estampas costumbristas me conducen a una evocación en la que los suburbios embarrados, los tranvías, los incipientes grandes almacenes y la voz del locutor de fútbol se diluyen en la atmósfera sahariana de los interminables veraneos en los que, desde su trono en el Azor, Su Excelencia sumerge la caña de pescar en aguas coruñesas. Este testimonio de un tiempo transcurrido pierde fuerza desde que muere Franco, y durante los años ochenta cada día se inaugura el mundo entre frases ingeniosas que reclaman desquitarse del tiempo no vivido. Estas reminiscencias, en las que no hay que descartar el componente cinematográfico o periodístico en la formación del recuerdo, se proponen al lector a través de la literatura, que las distorsiona a su antojo y hace que lo verosímil prevalezca sobre lo que pudiera ser cierto, porque la evidencia notarial o periodística carece de arrestos para levantar un mundo literario.

Si nos detenemos en el *boom* literario de los años 80/90 y lo comparamos con el momento actual, encontramos que el panorama en la escritura, la crítica y el sector editorial es muy diferente. Pareciera que los criterios de selección de lo que se publica han cambiado a favor de una mayor rentabilidad económica. ¿Cómo ve y vive esta situación?

Se ha superado la etapa maniquea de los dictadores culturales, aunque el sectarismo acaba encontrando siempre una tribuna. Frente a esta imposición existe la democracia: nunca hubo lectores más instruidos y, por tanto, más re-

sistentes al engaño, ni tantos escritores apuntados a talleres de creación o con obra en marcha realizada bajo su personalísimo criterio –porque es principio indiscutido que cada autor escribe de lo que le da la gana y como quiere– y que cuesta introducir en el engranaje editorial porque la mayoría de estas industrias se guían por criterios económicos. Con todo, el fenómeno más notable de este tiempo quizá sea la aparición de editoriales pequeñas, valiosísimas editoriales de estructura empresarial modesta y una muy firme vocación literaria. Su incidencia en la difusión de literatura extranjera es equiparable a la que imprimió en nuestro país Carlos Barral, a través de Seix Barral, en los años sesenta del siglo pasado.

No puedo citar con exactitud lo que decía Balzac sobre la novela, pero me atreveré a decir que él pensaba que era la historia secreta de las naciones. ¿Qué piensa sobre la novela y su tan discutido futuro?

Cansa escuchar periódicamente que la novela ha muerto o que se muere o que no tiene futuro. El viejo invento de interpretar la realidad a través de una ficción es imperecedero. Una novela que se ufana de adentrarse en la realidad sin recurrir a la ficción es tan difícil de conjugar como aquello que decía Baroja al hablar del periódico *El pensamiento navarro*, que ambos términos eran contradictorios. Esas novelas que se presentan sin el ingrediente de la ficción y que hoy alcanzan notoriedad –e incluso debate académico– serán un tratado o un reportaje, pero no un combinado de imaginación, memoria y palabra, los tres

factores que otorgan rango literario a la novela. Para novelar hay que inventar, y para este propósito la ficción es más atractiva –y, a la larga, más sólida– que la verdad. Rescatar sucesos que archivaron los jueces o divulgar secretos de familia guarda poca relación con la literatura y es menos difícil y arriesgado que plantear una situación inverosímil. En los dominios de la literatura, el que se juega la piel no es el que canta las verdades del barquero, sino el que sitúa en tierras de la Mancha a dos personajes imposibles. En ese desafío a la realidad que acomete Cervantes con el Quijote está, ni más ni menos, que la verdad de la vida. Si la literatura es lo que siempre ha sido, la novela es ficción o morirá. Con los mimbres de la ficción se ha constituido la literatura y lo que ella proporciona al ser humano: seducción, ensueño, fantasía y fingimiento.

Las cuatro esquinas es un libro de relatos dividido en cuatro partes. Me dirigiré directamente al último relato. Transcurre en nuestros días y nos cuenta la historia de un grupo de músicos retirados que se enfrentan a la desaparición de uno de sus miembros, el más famoso. Este hecho les enfrenta a su propio reconocimiento y a lo que significa la posteridad para el artista. ¿La trascendencia de la obra es la recompensa? ¿Dónde está la recompensa en la literatura?

Estos músicos de *Las cuatro esquinas* no son propiamente creadores, sino intérpretes de música clásica en la Orquesta Nacional. Su trabajo consiste en estrenar o interpretar las propuestas del director. Estos músicos, cuando ensa-

yan de mañana en su casa mientras a su alrededor la vida funciona, no se plantean trascender con su trabajo, al revés que el autor de la partitura. De joven me consolaba la idea de que la obra maestra sobrevivía a su creador y que rebasar con ella el límite de tu vida era una compensación a los sinsabores literarios. Ahora no estoy convencido de esto y mi desconfianza nace del mecanismo de proponer candidaturas. El desparpajo con que se elabora cualquier canon —donde el criterio artístico viene muy determinado por intereses económicos o de grupo y en gran manera por la minuciosa ignorancia del que lo emite— afecta a las restantes decisiones de la cadena editorial. Desconfío de los gustos de los ejecutivos y de los periódicos, del modo de llegar al lector las obras y de los prestigios que consecuentemente se crean. Falla la información sobre libros y cualquier mostrador de novedades suele ser un enigma incluso para el conocedor de la materia. Si, además, el sistema educativo no fomenta la lectura o elige caprichosamente a los autores que leerán sus alumnos, es difícil apostar por la trascendencia como recompensa del trabajo bien hecho. No. El premio de la literatura es la posibilidad de hacerla sin apuros económicos que te la condicionen. Y no hay más, porque es probable que tu literatura muera contigo y que a los dos o tres años de que hayas desaparecido nadie se acuerde de si tenías talento. A la literatura se debe llegar limpio de obsesiones distintas de las que van a alimentar tu escritura. La literatura es tarea absorbente e imposible de compartir con otras preocupa-

ciones, por lo que el dinero para la vida cotidiana debe proceder de otra parte.

En contra de la idea general de que Madrid es un lugar que acoge a todo el mundo, usted se atreve, en ocasiones, a retratarlo como un lugar duro, difícil para el forastero. Madrid ha sido y sigue siendo un lugar que ha dado material para muchas —y, algunas muy buenas— novelas. ¿Qué significa Madrid para usted, ya que ha sido el lugar elegido para contar sus historias?

Desde que nací, Madrid se halla donde vivo y puedo acudir a su zona central o a sus suburbios en un plazo razonable de tiempo. Me resulta muy cómoda porque nada más salir a la calle la encuentro y no tardo en familiarizarme con sus novedades de tráfico o de paisaje. Que al cabo de tanto tiempo de recorrer los mismos itinerarios a horas diversas mantenga afición a determinados trayectos de metro o a rincones que conozco como la palma de la mano o a los sainetes de Arniches y la música de Federico Chueca es algo espontáneo y de este apego a lo que te resulta familiar no hago bandera política. No suelo presumir de algo tan involuntario como el lugar de nacimiento. Para vivir prefiero un recinto exento del virus patriótico y para escribir también, porque en un espacio tan desahogado como el que dispones puedes situar novelas y desarrollar los argumentos que consideres oportuno sin que te fiscalicen las lenguas de doble filo.

Durante un tiempo usted ejerció como periodista y lo abandonó en cuanto pudo. En el boom literario de los años

80, muchos escritores procedían del periodismo, ¿a usted le aportó algo para la literatura?

Atraído por el periodismo literario, trabajé en revistas y en diarios, y de encargos periodísticos nacieron mis dos libros de cuentos, *Extravíos* (1999) y *La ciudad sentida* (2007). Mi simpatía va hacia aquellos periodistas culturales que, sin apenas respaldo de sus directores y con la indiferencia de sus compañeros, escribían sobre libros o sacaban adelante un suplemento literario que todos consideraban la cenicienta de la publicación. Me sorprende leer en la biografía de algunos escritores la doble profesión de escritor y periodista ya que eso es muy difícil de combinar. El periodismo no tiene nada que ver con la literatura, es su antítesis. Si la literatura se mueve entre ficciones, el periodismo pretende la verdad. ¿Hay algo más irreconciliable? ¿Alguien compraría un periódico que se inventara las noticias?

Es evidente que la lectura forma una parte muy importante en usted. ¿Cree que se puede ser escritor sin ser un verdadero lector? ¿Qué autores han marcado su carrera literaria?

No conozco a ningún escritor que no haya sido un lector voraz. Es imposible escribir sin haber leído, y esta tarea de la lectura se acaba transformando en hábito. En torno a la lectura existen manías, como la de no leer autores absorbentes mientras se escribe o la de hacerlo precisamente para aprovechar su influencia. Entre los narradores que me han determinado, destacaré cinco: Pérez Galdós y Pío Baroja te forman el carácter, Chejov te enseña la ternura, Ortega te educa a pensar y a escribir y, por encima de ellos –y de otros igualmente decisivos como Cervantes, Valle Inclán, Clarín, Salinger y Kafka, o de libros eternamente jóvenes como *Diario de un cazador*, de Miguel Delibes, y *El rey de las Dos Sicilias*, de Andrzej Kusniewicz–, queda Proust, porque Proust es la literatura.

BIBLIOTECA

^[01] **Luz a la zona rara**

^[02] **Un testimonio apolítico
de la Revolución de 1917**

^[03] **Ferlosio y el fraude
de la profundidad**

^[04] **Hacer saber, comprender
y sentir**

[01]

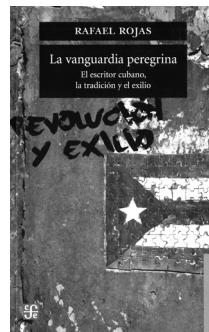
Rafael Rojas:

La vanguardia peregrina.

El escritor cubano, la tradición y el exilio

FCE, México, 2014

228 páginas, 14€



Luz a la zona rara

Por GERARDO FERNÁNDEZ FE

En febrero de 1959, a un mes de la entrada en La Habana de la caravana conducida por Fidel Castro, arribaba a la capital cubana Jaime García Terrés, director de *Revista de la Universidad de México*. «Encuentro una ciudad tranquila. Ni asomos de miedo o violencia. Decididamente la revolución no está en las calles. Está en los ánimos, en las conciencias, en los planes para el futuro», anotaba en un cuaderno de apuntes con el que recorrió la ciudad durante dos semanas. Un mes más tarde aparecía el número 7 del mensual dedicado a la literatura y a las ideas que Terrés dirigía, dedicado en su totalidad a la Revolución cubana; una enorme foto de Castro, sonriente, engalanaba la portada. Aquí, además de un ilusionado ensayo de Carlos Fuentes y de textos de

Carleton Beals, William Attwood y otros analistas, se publicaba «Diario de un escritor en La Habana», el resultado de aquellos apuntes que García Terrés tomara al pie de la calle. Pues en este diario íntimo, después de constatar la prevalencia de la «música popular revolucionaria» en el ambiente de la urbe y tras asistir a un pase de documentales de actualidad nacional en un cine de la calle San Rafael, García Terrés es recibido brevemente «en el local del Lyceum» por la intelectual comunista Mirta Aguirre, entre «refrescos y pastelitos de almendra». En esta escena, quien ya empezaba a fungir como brazo telúrico de la represión cultural observaba que el pueblo cubano era «muy “politizado”», se declaraba «contra el sectarismo que [había] comenzado a manifestarse

“disfrazado de extrema izquierda”» y admitía que «una derecha limpia» había contribuido, como otras fuerzas, al derrocamiento de la dictadura de Fulgencio Batista. No sabía entonces García Terrés que, veinte años más tarde, la persona que le ofrecía el pastelito de almendra con una sonrisa cerraría una exitosa carrera de censora e ingeniera de almas al servicio del Partido Comunista con la exclusión del *Diccionario de la Literatura Cubana* de muchos de los escritores que no se habían plegado desde aquel enero al *dictum* de la autarquía naciente y habían escogido el camino definitivo del exilio.

Si bien en ninguno de los recodos del libro *La vanguardia peregrina. El escritor cubano, la tradición y el exilio* (Fondo de Cultura Económica, 2013), del historiador y crítico Rafael Rojas, aparece el relato de este encuentro entre un visitante extranjero y una de las ideólogas del continuado manejo de la cultura desde el estado totalitario, ciertos es que los unifica algo que ya es hasta una obviedad: que más allá de los impulsos de la izquierda y de la decencia de cierta derecha, a partir de 1959 todo pasaría por un único punto, el de la adhesión sin fisuras y la fe ciega. Y que para el díscolo solo quedaría la exclusión, la desaparición de la ciudad letrada y el exilio.

Son leídos en este libro ensayos sobre Calvert Casey y Severo Sarduy, Nivaria Tejera y José Kozzer, Julieta Campos y Lorenzo García Vega, escritores que eran bastante jóvenes en aquel año bisagra, que estéticamente respondían muy poco a los preceptos propios del espacio literario republicano y que, entre esa fecha y 1968, salieron de Cuba para radicarse en diferentes capitales de Occidente, donde interactuaron con otros modos de ver y sentir el arte, lo po-

lítico y la existencia misma. Claro que no es este un libro sobre todos los escritores que tomaron un avión y huyeron del paraíso revolucionario. Si así lo fuera, nos tocaría leer sobre Gastón Baquero y Lydia Cabrera, Lino Novás Calvo, Jorge Mañach o Enrique Labrador Ruiz. Se trata aquí de escritores que, condicionados por su estatus de exiliados, horadaron de diversas maneras la argamasa totémica del canon establecido de nuestras letras, se desconectaron de muchas de nuestras obsesiones nacionalistas, asimilaron el flujo de ideas y de percepciones que les ofrecían sus nuevos entornos —neorrealismo italiano y *nouveauroman*, *beat generation* y budismo, postestructuralismo francés, Freud, Lacan y Marcuse— y, si bien no todos podrían ser hoy observados desde un mismo prisma que determina qué es y qué no es «vanguardia» como categoría estética, sí conformaron una especie de *zona rara* dentro de las letras nacionales, mientras, de muros hacia adentro, otros escritores abrazaban el conversacionalismo poético, el latinoamericanismo militante y el realismo socialista importado del oriente europeo, además de escudriñar lo menos posible en otros modos de expresión y de percepción venidos de los focos culturales occidentales.

Rojas ha querido puntuar este segmento de vanguardia no tanto a partir de enero de 1959, cuando la euforia y la ilusión se apropiaron de casi todos los cubanos, sino de noviembre de 1961, fecha en la que fue cerrado el suplemento *Lunes de Revolución*, tras la cual la joven *intelligentsia* comenzó a entrever el fin de la «continuidad de los proyectos culturales vanguardistas», propiciado por el primer gobierno revolucionario; en la que los aires de pluralidad —a pesar de las incesantes visitas de simpatizantes ex-

tranjeros, las ediciones masivas y los ciclos de cine europeo— eran solo eso, aire, y que para quienes aspiraban a una sociedad en justicia, lejos del dogma estalinista, el idilio empezaba a desfallecer. Es por ello que el autor se ocupa de deslindar a un exilio de estirpe republicana, no obligatoriamente de corte anticomunista hasta antes de esa fecha, de este otro exilio mucho más joven, de filiación a la izquierda, pero horrorizado por la orientación prosoviética que fue adquiriendo el gobierno de Fidel Castro en la medida en que este se fue desentendiendo de ciertos ejecutantes de la revolución que le habían sido afines, incluida, obviamente, aquella «derecha limpia» a la que se refería Mirta Aguirre. El modo en que a estos jóvenes escritores se les hizo ardua la convivencia en sus sociedades de adopción lo resume la escena del diario de Lorenzo García Vega, recién llegado a Madrid en 1968, cuando Antonio Buero Vallejo le adelantó que «no se [veía] bien [...] entre el mundillo intelectual, cualquier opinión contraria al régimen imperante en Cuba».

Notemos que esta difícil condición de gente de izquierda y de exiliado-cubano-que-cae-mal en los medios letrados de sus países de adopción no convierte automáticamente a estos seis escritores en autores vanguardistas. Una relación de fricción con la tradición, un agarrar nuevos modos de ver y de hacer, tienen que haberse producido para que estos autores —unos más que otros— integren, no tanto una vanguardia como una zona rara, incómoda por sus maneras, por sus lecturas y por su cosmopolitismo, de la literatura cubana, toda ella producida en el exilio, de la cual Rafael Rojas, en los últimos quince años, ha sido uno de los más lúcidos valedores. Sobre este mismo tópico, vale señalar, a partir de su

ensayo sobre Severo Sarduy, lo que Rojas denomina «esa complejísima operación intelectual» a través de la cual un joven escritor con afinidades políticas con la izquierda se empeña en insertar su obra en un medio artístico que, automáticamente, ha venido identificando a la Revolución Cubana «como alternativa de aquellos autoritarismos de la Guerra Fría, respaldados por los Estados Unidos». Hasta entonces, la tendencia en los países democráticos era la aceptación y comprensión de un exilio que provenía de las dictaduras de derecha que pulularon en América Latina durante cerca de treinta años. De ahí que el exiliado cubano, el que ha huido de una sociedad concebida «por y para el bien de todos» —como versa todavía el eslogan— se convierta en un ser raro, medio retorcido, medio traidor, siempre ingrato, como testimonio Guillermo Cabrera Infante por diversas vías tras su paso por Madrid y como todavía suele ser la reacción de académicos y editores de medio mundo ante el abanico de propuestas de escrituras que pueden emanar de esa ciudad endiablada que conocemos como Miami, capital del exilio cubano —aunque este no sea el tema del libro de Rojas—.

Deslocalizar a estos recién llegados, como sí se constata en *La vanguardia peregrina*, formaba parte entonces de esa «comprensible extrañeza» de la que eran objeto, por un lado como exiliados, y por otro como escritores que no le dedicaban una lectura reverencial al canon nacional. Nivaria Tejera, a todas luces evitada por Julio Cortázar, y García Vega, advertido por Buero Vallejo, son sólo dos ejemplos literarios, ya que también hubo artistas plásticos incómodos para los galeristas o cineastas exiliados a los que se les hacía difícil el acceso a los canales públicos de televisión. Tal fue el

caso de Calvert Casey, a quien Rojas le dedica uno de los análisis de este libro. Será en su escabrosa historia personal en donde mejor se palpe el desamparo del escritor exiliado, quien, como tantos otros, primeramente había visto en la llegada de Castro a La Habana un gesto de apertura hacia modos más abiertos de concebir la sociedad y, sobre todo, la sexualidad, pero que en muy poco tiempo entiende que se estaba produciendo, por parte del nuevo régimen, una recodificación del machismo y la homofobia «como valores –apunta Rojas– afirmativos de la nueva moral socialista». El suicidio de Casey en Roma a mediados de mayo de 1969 redondeó finalmente una idea que había hecho muy suya, vehemente y morbosa, de la muerte como emancipación definitiva, de la cual, no la vanguardia, aunque sí el exilio, había sido un paso previo.

Le siguen, en este necesario libro-paño, la «voluntad de escritura cosmopolita y exterior» de Nivaria Tejera, la «dimen-

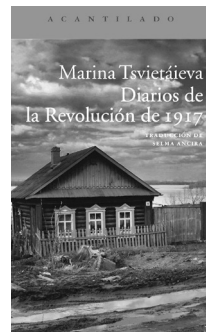
sión astronómica o cósmica» de la aventura de Severo Sarduy, «la tozuda apuesta» de Lorenzo García Vega «por una expresión de vanguardia en medio de la desintegración nacional»; el «vanguardismo controlado» de Julieta Campos, el «sentido cosmopolita y diaspórico» de la poesía de José Kozer, vista como «una experiencia radical de las facultades liberadoras de la poesía», así como la revisión de la obra de Antón Arrufat –el único no-exiliado– como un diálogo constante con la figura siempre incómoda de Virgilio Piñera. Unas cuantas páginas más, dedicadas a Guillermo Cabrera Infante y a Octavio Armand, hubieran complementado una idea más redonda y justa de quienes tuvieron el tino de desmarcarse tanto del «nacionalismo telúrico y sanguíneo» cubano, como de la ola realista y heroica de mucha de esa literatura, y que a partir de 1961, con dolor o vehiculándolo hacia otras tierras menos pasionales, optaron por el viaje definitivo.

Marina Tsvietáieva:

Diarios de la Revolución de 1917

Acantilado, Barcelona, 2015

224 páginas, 14€



Un testimonio apolítico de la Revolución de 1917

Por JULIO SERRANO

La vida de Marina Tsvietáieva (Moscú, 1892-Yelábuga, Tartaristán, 1941) está marcada trágicamente por la Revolución rusa y sus consecuencias. Su destino, funesto donde los haya: una de sus hijas moriría de hambre en un hospicio, la otra sería torturada hasta «confesar» haber sido una espía francesa bajo las órdenes de su padre, su marido sería fusilado, su hijo enviado a trabajar a un campo de minas y ella misma sería evacuada a Yelábuga, donde se suicidó ahorcándose el 31 de agosto de 1941. Su poesía es intensa («Toda yo-en cursivas»), no deja respiro alguno; sus diarios, más anecdóticos, oscilan entre la anotación de sucesos cotidianos y la brillantez de unas reflexiones agudas, incisivas.

Bajo el título *Diarios de la Revolución de 1917* se reúnen notas que fueron escritas entre 1917 y 1920, así como fragmentos del libro *Indicios terrestres*, todo ello traducido por Selma Ancira, cuya vasta labor nos ha permitido leer en castellano casi toda la prosa de Tsvietáieva, de la cual destaca —amén del sentido— la musicalidad de sus palabras. Estos fragmentos son apuntes biográficos, reflexiones en torno al amor, la gratitud, la riqueza, pero también conversaciones que la autora va escuchando a su paso y que nos informan de las suspicacias de ese tiempo cruel, de los recelos de unos contra otros, del hambre y de la miseria. A través de ese paseo, asistimos al retrato de una época en la que cobra especial importancia lo que no se dice, o lo que se dice en-

vuelto en los distintos ropajes que adopta el miedo; asistimos al servilismo de algunos y al convencimiento de otros, a las argucias de aquellos que tratan de situar ideológicamente a Marina Tsvietáieva u obtener algo de ella, a los dichos y refranes que se decían en determinados lugares, al pillaje y la usura de tantos, a las carestías alimenticias y a las dificultades para subsanarlas, o a las mentiras que la época obliga a impostar para conseguir un salvoconducto o un poco de mijo. En muchas de estas anotaciones, Tsvietáieva apenas sí se posiciona; se limita a observar y redactar lo que acontece a su alrededor, motivo por el que sus apuntes cobran un especial valor como documento de primera mano a la hora de indagar en lo cotidiano de una época salvaje.

El diario comienza con la frase «Dos días y medio ni un bocado, ni un trago», escrita en noviembre de 1917. Lo escribe en un vagón que se dirige a Moscú. Tiene en ese momento veinticinco años, está casada con Serguéi Efrón y tiene dos hijas, Alia e Irina. Ignora el paradero de su marido porque acaba de estallar la revolución entre partisanos del antiguo régimen—Efrón forma parte de este bando, aunque luego cambiará radicalmente y se convertirá en agente secreto soviético— y revolucionarios. Ella no se identifica con ninguna adscripción política. Cuando le preguntan si su marido está con la gente humilde, responde que él «está con la gente *toda*», algo que podría afirmar también de sí misma. En el vagón va escribiendo una carta a su marido en la que hace una suerte de promesa que tomará en serio el resto de su vida «Si Dios obra el milagro de conservarlo con vida, lo seguiré como un perro».

El encuentro con su marido es breve ya que éste se enrola en el Ejército Blanco y

Marina Tsvietáieva quedará atrapada durante casi seis años en Moscú sufriendo terribles penalidades económicas. Nos cuenta que a finales de 1918 consigue un trabajo para el Comisariado del Pueblo de las Nacionalidades, pero este oficio no le permite dedicar tiempo a aquello para lo que ha nacido, la escritura: «Acabo de incorporarme y me hago un juramento solemne: no me emplearé más. Nunca. Mejor morir». La vida cotidiana apenas le interesa, desprecia los quehaceres diarios o el trabajo nutricional y elige vivir en el absoluto («vivir en el fuego»), lo que posibilita el espacio en el que desarrolla su poesía, eso sí, a un alto precio. Los extractos reunidos bajo el título «Mi buhardilla» nos acercan a su cotidianidad con sus hijas de dos y seis años. Vive de comidas gratuitas, de donativos, de manera extremadamente precaria, y su diario se convierte en testimonio de sus conversaciones con su hija mayor, de las obligaciones cotidianas, de su día a día marcado por la penuria. En estos diarios no se recoge lo que sucederá a continuación, pero sabemos por *Confesiones*—la autobiografía compuesta a título póstumo de la mano de Tzvetan Todorov— que esta situación no podrá prolongarse, viéndose obligada a llevar a sus hijas a un hospicio ante la falta de alimento. Ante el «horror que es el hospicio», decidirá sacar de allí a su hija mayor, a la que adora, desentendiéndose de la pequeña, menos querida, que fallecerá allí poco después («Fue culpa mía»). Este comportamiento parece responder a un patrón familiar pues, cuando Marina nos habla de su madre en *Confesiones*, lo hace para contaros que nunca recibió su amor, que se llevaba íntegramente su hermana Anastasía. La madre habría deseado tener un hijo, músico para más señas. Un hijo que, de alguna

manera, fuera una prolongación de sí misma, que hiciera lo que ella no había conseguido realizar y que calmara su frustración como música. Egoísmo materno que Marina repetirá con su hija menor, ya que ella misma deseaba un segundo hijo varón y tuvo a Irina, una niña que ni siquiera parecía mínimamente inteligente. Marina Tsvietaieva, quien tiene una alta conciencia de sí misma —«No conozco a una sola mujer con más talento que yo para la poesía. Debería decir ser humano»—, da a luz una hija que «parecía que tuviera la cabeza llena de corcho». Marina no llega a saber de qué muere su hija pequeña, aunque intuye el motivo de su enfermedad: «no se encontró en el mundo suficiente amor para una pequeña niña». Es más que probable que Tsvietaieva hubiera podido alimentar mejor a sus hijas de haber intentado encontrar un trabajo —en esta época le ofrecen varios que rechaza—, pero para ella su oficio es la escritura y no sabe ni puede hacer otra cosa salvo escribir: «Mi “no quiero” es siempre “no puedo” [...] Quítanme la escritura y simplemente no podré vivir, no querré, no podré». Y aclara «No soy un parásito porque trabajo y no quiero nada más que trabajar: pero lo *mío*, no lo de otros». En la parte del diario dedicada a «Mis empleos» nos habla de la miseria laboral y de su negativa a aceptar la humillación de un régimen abusivo: «Quédese usted con estos setenta rublos —para tres libras de patatas [...] y yo con sesenta rublos *míos*, le pondré una vela a la Virgen de Iversk por el fin de un régimen que valora así el trabajo». La consecuencia es la miseria. Marina y su hija viven en la pobreza, entre caos y suciedad. Cuando su ex-inquilino va a visitarla, al ver la casa, exclama: «¡Pero esto es horrible!; No tiene usted derecho! ¡Tiene una niña pequeña!», a lo que Alia contesta que

su madre no lava los platos porque es poeta. Para Tsvietaieva la poesía está por encima de la vida y no duda en sacrificar lo cotidiano, que desprecia. Con respecto a su hija Alia, dice que «con los demás ríe, y conmigo llora; con los demás engorda y conmigo adelgaza», pero «sin mí, por supuesto, no escribiré ni un solo verso, porque los versos son —yo, y su cuaderno— el dolor». Es la misma imposición de la madre de Marina hacia ésta cuando quería convertirla a cualquier precio en una excelente pianista y Marina no duda moralmente de esta prioridad para con su hija con tal de vivir de acuerdo a sus principios. Para ella «Todo salvo la escritura, es nada».

En estos diarios se incluyen unos capítulos temáticos en los que están reunidas reflexiones de un mismo signo, como el dedicado a la gratitud, emoción que rechaza: «Tomo, como doy: a ciegas, con la misma indiferencia por la mano que da, como por la mía, que recibe». Para ella, agradecer es una suerte de prostitución, un pueril «amor de pago» en el que uno se da a sí mismo a cambio del bien recibido. Concluye que este darse es ofensivo y por tanto «si es ofensivo para mí, es ofensivo para el otro». Desliga el bien de la fuente del bien. «Compro vuestro pan y os injurio». El que da, da porque puede, por tanto opina que «dar es vergonzoso», es más, afirma que «habría que dar de rodillas, como piden los mendigos». Privada de todo por la Revolución, no quiere perder su orgullo, aunque dependa materialmente de las dádivas. Es crítica con la turbación de aquellos que le dan algo: la de los pobres que se disculpan por no poder dar más, la de los ricos por no querer dar más. Pero no se vincula por el yugo deudor de lo que ella considera la gratitud, esa suerte de imposición moral de devolver algo, ella toma el

pan recibido y le parece justo que haya llegado a sus manos.

Otro capítulo está dedicado a sus reflexiones en torno al amor. Un amor en el que «no existen grados». Habla de la fuerza del amor maternal («La verdadera maternidad es con hombría») o de su apego al ideal («No soy una heroína amorosa, nunca me abandonaré a un amante, siempre al amor»). Tsvietaieva vivirá a lo largo de su vida –pero sobre todo en este período– numerosos idilios que seguirán un esquema que ella conoce bien y que tiende a repetir: «El mismo entusiasmo-piedad-deseo de colmar de regalos (¡de amor!), y al mismo tiempo/al cabo de un tiempo: ofuscamiento-enfriamiento-desprecio»). Ama de manera intensa, absoluta («Ayer-todo, hoy-nada»). Sus idilios en esta época son frecuentes y, mientras duran, profundos. Tsvietaieva analiza esta «insaciabilidad del alma», esa búsqueda de amor –exento de sensualidad en muchas ocasiones– que a su vez busca en vano colmar su sed de absoluto. «Puedo tener diez relaciones (¡vaya relaciones!) al mismo tiempo y asegurarle a cada uno, desde mis profundidades más profundas, que es el único». La necesidad de amar y de ser amada medida con una medida no humana, sino infinita. Para Marina el amor es reflejo de Dios y alcanzar ese absoluto es una meta, pero también causa de una profunda insatisfacción. Su necesidad de amar y, sobre todo, su necesidad de ser amada, es excesiva; mucho mayor, sin duda, de lo que uno sólo de estos muchachos quisiera recibir y, por tanto, ha de diversificar, expandirse, sin dejar por ello de ser profunda en sus idilios. Es, también, vanidosa. Ser amada supone ser comprendida, admirada, alabada, no sólo como mujer –esto pa-

ra ella es secundario–, sino como escritora. Ella quiere que la amen no necesariamente a ella, sino a lo suyo. Y para ello busca jóvenes cultos, enfermizos, traumatizados, heridos de una u otra forma en su pureza, porque en ellos es más fácil que se produzca el encantamiento, el enamoramiento que Tsvietaieva necesita. A esto se une cierta compasión maternal hacia estos hombres, víctimas de una vida desdichada: «Muchachitos! En eso radica mi amor. ¡De corazón puro! ¡Cruelmente ultrajados por la vida! ¡Muchachitos huérfanos!». Marina, incapaz de entender la infancia, sí es capaz de compadecerse por la juventud herida en su pureza. Y, así, estos idilios repiten un idéntico patrón: son jóvenes, enfermizos, puros; como Efrón, su marido. De alguna manera Marina no hace sino revivir parcialmente ese instante, el del descubrimiento del amor con Efrón, que entre sus recuerdos se halla como el de mayor belleza de su vida. Él ocupa para ella un lugar sagrado. Apenas escribe sobre él, pero para ella él es para siempre. Es el que mantiene vivo su ideal del amor, ideal inquebrantable al que los idilios no llegan a perturbar porque están en un plano distinto. Efrón representa la confianza absoluta, la lealtad inquebrantable. Y así fue siempre. Hasta el último momento de su vida, él le daría muestras de esa lealtad. Casi al final, sometido a violentos interrogatorios por parte de agentes del NKVD en los que trataron de que incriminase a su mujer, Efrón fue imposible de doblegar. En palabras de Todorov: «Este hombre –un ser débil y un incapaz toda su vida [...]– de pronto se descubre hecho de la pasta de los héroes». Sería finalmente fusilado el 16 de octubre de 1941, mes y medio después del suicidio de Marina Tsvietaieva.

Selma Ancira destaca de estos escritos «su falta de afectación política. Ella no tuvo necesidad de dejar una idea de la Revolución desde la adscripción o el odio a uno de los dos bandos en lucha. Sencillamente se dedicó a describir cómo pasó aquello por su vida. No hace juicios de valor, sino que constata lo que ve». De hecho, fue ese el motivo por el que no consiguió publicar en vida estos diarios. El editor fue tajante: «Son apolíticos». En una carta de 1931 a Raísa Nikoláievna, una mujer que había conseguido salir de la Rusia soviética le escribía lo siguiente: «Yo

soy diferente. Toda la vida me han reprochado mi *falta de ideología* [...]. No pertenezco a ninguna clase, ni a ningún partido, ni a ningún grupo literario, NUNCA».

Independientes, valientes, estos textos suponen por un lado una ventana más a lo que se estaba viviendo en el momento de la Revolución y un mayor acercamiento al misterio que fue Tsvietáieva, una mujer ambivalente e insondable en última instancia: «Soy una fuente inagotable de herejías. Sin conocer ninguna, las confieso todas. Y quizá las elaboro».

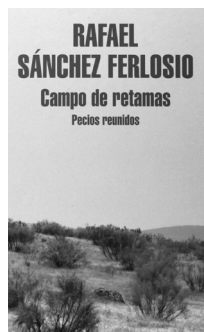
[03]

Rafael Sánchez Ferlosio:

Campo de retamas. Pecios reunidos

Random House, Barcelona, 2015

195 páginas, 15.90€ (e-book 10€)



Ferlosio y el fraude de la profundidad

Por JUAN ÁNGEL JURISTO

En 1993, Rafael Sánchez Ferlosio publicó *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*, con el que obtuvo el Premio Nacional de Narrativa al año siguiente. Se trataba del primer libro de aforismos de su autor, que hasta entonces se había caracterizado por dotar a su estilo de una inconfundible sintaxis con abundancia de oraciones subordinadas. Luego, en *La hija de la guerra y la madre de la patria* (2002), el autor volvió al género con notable fortuna, género que, por otra parte, ha denominado «pecios», como si conformaran los restos de un naufragio porque, en cierto modo, indagar en la realidad lleva implícito el accidente fatídico, por seguir con el símil marítimo. Estos libros generaron cierta leyenda en torno a su autor, en especial el primero de ellos, que se convirtió en libro de

culto para ferlosianos irredentos, fenómeno acrecentado, además, por el hecho de que era difícil de encontrar. Fernando Savater bautizó en frase afortunada esta etapa denominándola «Ferlosio en comprimidos». Es exacta la definición, máxime si tenemos en cuenta que para Savater el aforismo posee una rotundidad de pensamiento que el texto largo, que recurre al argumento, debilita por razones obvias. Savater, que le fascina el lado de intensidad lírica del aforismo, afecto a Lichtenberg, es lector apasionado de este Ferlosio por su capacidad de condensación del pensamiento, lo que le lleva a rastrear huellas con las que poder reconstruir aquello que las ha producido. Un modo idóneo, pues, de aunar la intensidad poética con la reflexión.

Campo de retamas. Pecos reunidos, es el nuevo libro de Sánchez Ferlosio que, bajo el cuidado de Ignacio Echevarría, recoge estos dos volúmenes, suficientemente expurgados de aquellos textos que, a años vista, no han superado el listón que el autor exigía, amén de diversos artículos publicados en los diarios *El País* y *ABC*. El volumen se completa con unos treinta inéditos y varias cartas al director enviadas a *El País* que hacen un total de casi la mitad de sus 224 páginas de textos no recogidos antes en forma de libro, además del discurso pronunciado cuando se le otorgó el Premio Mariano de Cavia de Periodismo en 2002. Reflexiones, por otro lado, con las que Ferlosio frecuenta una ambigüedad que proviene de la densidad misma de lo expuesto, lo que le permite, en un juego fascinante, advertir al lector, admirado de ciertas profundidades halladas en estos pecos, de desconfiar de los mismos, ya que existe un peligro, el del fraude de la profundidad, «fetiche de los necios». Ferlosio advierte, y advierte incluso contra él: es el máximo juego de la sinceridad consigo mismo y con el lector. Pero hay más: existe en esta advertencia un serio exponente moral, quizá del mismo calado que hizo a T.W. Adorno ironizar sobre el fetichismo de sus compatriotas cuando otorgaban profundidad y más verdad a los textos oscuros, densos. No fue otra cosa su célebre «jerga de la autenticidad». Y de algo parecido parece querer vacunarnos Ferlosio en el texto titulado «Como a manera de prólogo»: «Lo profundo lo inventa la necesidad de refugiarse en algo indiscutible, y nada hay tan indiscutible como el dicho enigmático, que se autoexime de tener que dar razón de sí. La indiscutibilidad es como un carisma que sacraliza la palabra, canjeando por la magia de la literalidad toda posible capacidad

significante». Este tipo de afirmaciones producen fascinación, pero también desconcierto. Por ejemplo, en lo que concierne a las referencias. Estamos acostumbrados a que los ensayistas escriban ateniéndose a un corpus cultural, es decir, nos tranquiliza saber a qué atenernos cuando, de forma inconsciente, podemos contextualizar aquello que leemos. Sucede que el desconcierto se apodera muchas veces de los lectores de Ferlosio –y repito que ese fenómeno lleva aparejado también el de la fascinación– cuando reparan en que da la impresión de partir de cero, sin apenas referentes en los que apoyarse, y cuando lo hace citando, por ejemplo, un lingüista que los especialistas hace tiempo consideran histórico: Karl Bühler. Esa escasez de referencias resulta un agudo contraste con el ensayo actual, donde la cita es profusa, pero el desconcierto no se produce por ello, sino por la impresión que causa la reflexión, bajo forma de apunte, a que el lector se enfrenta: la de encontrarse a la deriva, precisamente por esa falta de apoyo, de referencia.

Creo, sin embargo, que lo que sucede a Sánchez Ferlosio –y aquí me voy a apropiarme de una terminología que Gottfried Benn ha prodigado en sus ensayos sobre el carácter creador del poeta– es que nuestro autor procede a la manera de los artistas, es decir, parte de un centro desde el que se expresa, y muchas veces ese centro prescinde del hecho mismo de la cultura, rozándola sin ser parte constituyente de la misma, al contrario que el ensayo, que lo exige. Y el aforismo viene de perlas para esa actitud, pues en cierto modo actúa como un poema, prescindiendo del desarrollo argumental que, eso sí, lleva a sumergirse de lleno en el contexto cultural –no sólo el de la expresión– desde el centro del propio creador. Vale decir, el

texto lleva carne. En el libro nos encontramos un pecio que puede resumir como nada el asunto: «Concretar lo universal es convertirlo en derecho positivo».

El volumen se abre con un poema de Marta Sánchez Martín –hija del autor y de Carmen Martín Gaité– en su memoria, y a continuación nos hallamos ante una reflexión de media página de extensión, «Glosas a Ojo conmigo», en torno a lo sagrado y lo profano en lo que sea la esencia de la palabra. Es una toma de posición sin miramientos. Radical, sin ambages, capaz de definir todo un programa intelectual: «La palabra sagrada ya no dice, no habla, no es más que letra muerta, voz muda, signo inerte; la sacralización sumerge toda la luz de significación en las tinieblas de la mera materia gráfica o sonora materia ciega, pero segura y firme como un noray de amarre incommovible». De nuevo la imagen de la terminología marítima, que en Ferlosio actúa como imán irresistible. Quizá sea el modo, casi precario, de encontrar algún apoyo en una infinitud líquida que se quiere metáfora del mundo mismo, cuando no de los límites del conocimiento.

En estos pecios hay de todo: desde reflexiones sobre el deporte –una de sus bestias negras–, hasta el oficio de periodista, pasando por la religión, la moda, la política, cierto carácter nacional al que llama «la españolez» –que detesta–, algún que otro villancico y tengo para mí que incluso por ciertas notas autobiográficas, motivos todos ellos por los que recuerda al *Juan de Mairena*, de Antonio Machado. La sencillez de la expresión, la defensa a ultranza de una retórica donde somos definidos por aquello que decimos –y, es más, somos lo que decimos–, planea sobre este libro que, al igual que el de Machado, representa una

rebeldía incommovible porque está sujeta desde el centro mismo de aquello que define al individuo: su humanidad. Leyendo estos pecios de Ferlosio caemos en la cuenta de que pueden proclamarse del mismo lado que el de los grandes aforistas. Hay alguno que parece sacado de algún trozo afortunado de Paul Valéry. Así, el llamado «Aquella helada noche de Estocolmo»: «Ejemplo de sencilla arrogancia, de humilde compostura, tan espontánea que cualquier imitador sería un afectado, lo dejó Descartes diciéndolo: *Il faut partir*». Otros son más nuestros, como el que dedica a Sócrates, con ironía socarrona: «Conócete a ti mismo» ¡Sí, hombre, como si no tuviera una otra cosa en que pensar!». Pero lo que distingue a estos aforismos de los de estirpe clásica es que parecen no seguir ninguna regla de armonía, es decir, los hay desde el que podría calificarse de forma canónica como aforismo, al que se despliega en una página entera al modo de un poema en prosa.

Aforismos, pues, que por su pertenencia a lo inmediato podríamos emparentar con la labor crítica llevada a cabo por Karl Kraus, e incluso algo semejante hay del carácter del austríaco en esa feroz rebeldía, casi expresionista, de Ferlosio. No en vano he citado a Gottfried Benn y Kraus refiriéndome a estos pecios, pues en cierta forma cumplen con esa labor de recogida de restos a modo de reflexiones de una realidad que se presenta fragmentaria, líquida, a veces casi inasible, como se enfrentaron estos dos centroeuropeos a los avatares de su tiempo. Aforismos que el propio autor es consciente que dentro de unos años tendrán que ir acompañados de notas a pie de página porque pocos sabrán de los nombres de ciertos políticos actuales. Ni que decir tiene, tratándose de Ferlosio, que en estos textos

abundan los felices neologismos –Ortegajo, cospedalia, españolez– donde se inmiscuye una defensa apasionada de Cervantes, una antipatía profunda por la obligada simpatía y, sobre todo, una guerra sin cuartel contra las frases hechas que salen de las ideologías. En fin, aquí hay de todo, incluso algunos poemas, género que, según confesión propia, «no le entra», pero en el que incurre porque –y eso lo sabe– estos aforismos están transidos en gran parte atendiendo a un impulso poético que no toma la forma del verso. Ferlosio –nos consta– escribe muchos poemas que no publica, pero en este libro podemos leer alguno como «1811 o los Canchos de Ramiro», «Campanas vespertinas», «Solsticio de verano» y el antes aludido villancico, que no desmerece de sus otros pecios, aunque confieso que me quedo con el Ferlosio en prosa, tanto el de los aforismos como el de la frase larga, subordinada, el frecuentador de la famosa hipotaxis, tan suya que, de pronto, descubre el valor de la condensación, de la píldora, en la afortunada definición de Savater.

Ferlosio es un literato, un literato reflexivo, lo que le convierte en un escritor moderno, un escritor que hace de la auto-reflexión sobre el oficio parte de su discurso conceptual. Lo que sucede es que, además, siente la curiosidad del presente que le tira, y así convendría adherirle a esa corriente de escritores a los que les fascina la tribuna pública, el periodismo, y lo utiliza con el mismo talante, afán y entrega con el que lo hubiera desempeñado siglos atrás en una plaza. De ahí que en ciertos momentos el libro adquiera caracteres de sublime batiburrillo: desde luego, los textos no están sujetos, como en el caso de Valéry, a dibujar un libro para los que estaban geométricamente diseñados. Aquí el dibujo acontece, se presenta más errático, al modo de como transcurre la vida. El libro es importante porque mantiene incólumes dos características difícilmente enlazables: la de estar escrito desde un centro que parece inmovible –el del autor como sujeto de expresión– con el fluir que otorga la vida misma. Es, por eso, libro preciosísimo, gozoso.

[04]

Jordi Canal (Dir. y Coord.):

España. La apertura al mundo. Tomo 3
Taurus y Fundación Mapfre, Madrid, 2014
368 páginas, 15 Euros (e-book 8€)

Jordi Canal (Dir.)

Eduardo González Calleja (Coord.):

España. Mirando hacia dentro. Tomo 4
Taurus y Fundación Mapfre, Madrid, 2014
359 páginas, 15 Euros (e-book 8€)



Hacer saber, comprender y sentir

Por ISABEL DE ARMAS

El trabajo que comentamos está formado por cinco volúmenes dedicados al estudio de la historia de España contemporánea, desde 1808 hasta nuestros días, y forma parte de un gran proyecto impulsado por la Fundación Mapfre en colaboración con el Grupo Editorial Penguin Random House que pretende repensar la historia reciente de todos los países iberoamericanos; los europeos, esto es, España y Portugal, y los americanos, en especial los nacidos en el siglo XIX. Su intención última es la de ser capaz de combinar de forma equilibrada el hacer saber, el hacer comprender y el hacer sentir. El reto es apasionante pero, sin duda, difícil de conseguir. Los varios cientos de autores que han colaborado y colaboran en este descomunal trabajo han puesto to-

do su empeño para aproximarse a estas metas ideales.

Jordi Canal, profesor en la École des Hautes Études en Sciens Sociales de París y director de este trabajo, apunta ya en la introducción que la división cronológica de la historia contemporánea española en cinco volúmenes (1808-1830, 1830-1880, 1880-1930, 1930-1960 y 1960-2000) deriva de la conjunción y armonización de dos criterios: la propia especificidad de la historia hispánica y la voluntad de adaptarla, en lo posible, a la evolución del conjunto de países que integran el proyecto global de la colección. Cada uno de estos tomos que estudian los últimos doscientos años de historia de España sigue el mismo esquema: cronología, claves del periodo, vida política,

España en el mundo, proceso económico, población y sociedad y, finalmente, cultura. También incluyen una bien seleccionada bibliografía recomendada y un reflejo de la época en significativas imágenes. El tomo 1, *España. Crisis imperial e independencia*, apareció a mediados de 2010 y el tomo 2, *España. La construcción nacional*, en 2012. El tercero, *España. La apertura al mundo*, y el cuarto, *España. Mirando hacia dentro*, han visto la luz a finales de 2014. La llegada del quinto y último tomo, *España. La búsqueda de la democracia*, se espera para el año en curso. Al contenido de los tomos 3 y 4 dedicamos, de manera específica, nuestros comentarios y análisis.

Entre 1875 y 1930 se sucedieron en España dos regímenes políticos, de tipo liberal avanzado el primero –que no llegó a convertirse nunca en totalmente democrático– y de carácter dictatorial y autoritario el segundo. El golpe de Estado del general Miguel Primo de Rivera en 1923 se erigió en hito separador entre el uno y el otro, aunque ello no iba a afectar a la continuidad de la institución monárquica. Fue la época de los Alfonsos: Alfonso XII, un rey popular que contribuyó a legitimar la monarquía en España y que ocupó el trono desde 1875 hasta su fallecimiento en 1885, y Alfonso XIII, el joven monarca que reinó desde 1902 hasta su salida del país, hacia el exilio romano, en la primavera de 1931. El largo medio siglo de la historia contemporánea de España que es objeto de tratamiento en este tomo 3 está caracterizado, en todos y cada uno de sus múltiples y variados aspectos, por la dialéctica entre lo nuevo y lo viejo, entre la modernidad y la tradición. Los autores quieren dejar claro que el régimen de la Restauración logró poner fin en España al largo periodo de enfrentamientos,

revueltas y luchas civiles que presidió la conformación del Estado nación liberal contemporáneo. «Empezaba –escribe Jordi Canal– una etapa de estabilidad que iba a alargarse en España, así como en la mayoría de los países europeos y americanos, hasta la I Guerra Mundial, únicamente perturbada coyunturalmente en torno a 1898». «El pacto de alternancia –afirma el mismo autor–, concretado en el llamado turno pacífico o turnismo, se imponía; el acuerdo, la tolerancia y la aceptación del adversario, no visto ya como enemigo, resultaban esenciales». Estos dos partidos respetables funcionaron sin demasiados problemas hasta la coyuntura finisecular. Era el propio ejercicio del poder, sostenido en la confianza en la autoridad moderadora de la institución monárquica, lo que les otorgaba cohesión y acuerdo. Evidentemente, siempre quedaba la posibilidad para los sectores críticos de formar grupos y construir plataformas de diferentes tipos como eran los integrados por carlistas, republicanos, nacionalistas o anarquistas, que reclamaban su porción de espacio. Pero llegaron las crisis de final de siglo: la Guerra de Cuba (1895-1898) y la pérdida de las colonias, los problemas económicos, los conflictos sociales, la crisis del sistema político de la Restauración en su versión canovista y, por último, las interrogaciones intelectuales. Poco a poco, salvo algún respiro, todo parece tambalearse, hasta el punto que las resistencias al golpe de Estado de 1923 resultaron menores y aisladas. «En puridad –escriben Jordi Canal y Ángel Duarte–, éste fue visto con alivio y complacencia por amplios núcleos de las élites políticas, sociales e, incluso, en un primer momento, culturales».

Un pronunciamiento, a finales de 1874, facilitó la llegada al trono de Alfonso XII.

Unas elecciones, en abril de 1931, forzaron la inevitable decisión del exilio de Alfonso XIII. Este es el periodo de la historia de España que, de forma muy sintética, trata el volumen que comentamos, y que pretende abarcar las claves del periodo: la vida política interior y exterior, el proceso económico, el panorama social y el mundo de la cultura, bajo la dirección de Jordi Canal y la especial colaboración de Ángel Duarte, catedrático de Historia Contemporánea en la Universitat de Girona; Lourenzo Fernández Prieto, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Santiago de Compostela; Xosé Manoel Núñez Seixas, catedrático de Historia Contemporánea de Europa en la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich; Ignacio Peiró, profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad de Zaragoza; Manuel Pérez Ledesma, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Madrid y Pedro Rújula, profesor titular de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza.

Si España tenía una presencia en el mundo entre el último cuarto del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX era, sobre todo, gracias a los tres factores que en este libro nos explica el profesor Núñez Seixas: en primer lugar, destaca lo que queda de un imperio ultramarino forjado en la Edad Moderna y en buena parte perdido tras 1824-1826; en segundo lugar, apunta la presencia de nutridas comunidades de emigrantes en Europa, sobre todo en Francia y, de manera muy destacada, en algunos países de América del Sur y el Caribe –Argentina, Uruguay, Brasil– y, en mucha menor proporción, México o Estados Unidos y, en tercer lugar, nos habla de la presencia diplomática española y su relativo peso en las relaciones internacionales, en los foros tanto políticos como económicos y cul-

turales. En cuanto al proceso económico, es el profesor Fernández Prieto quien explica que «crisis, recuperación y expansión transformadora definen este medio siglo de proceso económico en España». Para él, se trata de un periodo de cambio sostenido y de estabilidad relativa del modelo económico y social en construcción.

Del panorama social, el profesor Pérez Ledesma destaca la creación de la primera cátedra de Sociología en 1898, ocupada por Manuel Sales y Ferré, y la publicación de los importantes estudios sociológicos de Adolfo González Posada. También nos habla de la aprobación de las primeras leyes laborales a partir de 1900 y de la creación de organismos como el Instituto de Reformas Sociales, en 1903, y de la fundación del Ministerio de Trabajo en los años veinte. Del mundo de la cultura, el profesor Peiró escribe acerca de lo que considera «dos momentos axiales»: el primero, el que llegó con la Gran Guerra y el protagonismo adquirido por los científicos e intelectuales que abren nuevos caminos; el segundo, el marcado por el resultado de la Guerra Civil de 1936 a 1939, que significará la ruptura traumática con la vida intelectual de la década de 1920 y los años reformistas de la Segunda República española. Peiró se explaya en la función de los Ateneos, en el gran papel de La Junta de Ampliación de Estudios (JAE) y del Institut d'Estudis Catalans –que siempre estuvieron bien avenidos– y, en el mundo de las letras, destaca la fusión de Espasa-Calpe como una buena colaboración entre Madrid y Barcelona.

El tomo 4 (1930-1960), también dirigido por Jordi Canal, cuenta con la colaboración de Fernando del Rey, catedrático de Historia del Pensamiento en la Universidad Complutense de Madrid;

Eduardo González Calleja, profesor titular en la Universidad Carlos III de Madrid; Jordi Gracia, catedrático de Literatura Española en la Universidad de Barcelona; Elena Martínez Ruiz, doctora en Economía por la Universidad de Alcalá de Henares, y Enrique Moradiellos, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Extremadura. Este volumen abre sus páginas con la idea clara de que la violencia a gran escala la iniciaron los sublevados al alzarse contra el régimen republicano y provocar una división de los instrumentos de seguridad estatal que desembocó en un peligroso vacío de poder que abrió el camino a la revolución y a la violencia colectiva. «Por tanto –afirma el profesor González Calleja–, la violencia no fue la causa, sino la consecuencia, manifestación y efecto de un golpe de Estado que, al frustrar sus expectativas de conquista inmediata al poder, degeneró en esa forma límite de resolución de conflictos por vía armada que fue la Guerra Civil».

A lo largo de esta obra contemplamos el desplome sucesivo de dos regímenes políticos –la longeva monarquía, restaurada en 1875, y la efímera república de abril de 1931– y la consolidación del régimen dictatorial más duradero de nuestra historia contemporánea. En la evolución del régimen franquista, el profesor Moradiellos distingue dos etapas: un primer franquismo, que llama «retardatorio», instalado en el estancamiento socioeconómico, la rigidez política y el aislamiento internacional, y un segundo franquismo, que denomina «mo-

dernizador», abocado al desarrollo social y económico, la flexibilización política y la apertura controlada al exterior. En cuanto al proceso económico de este periodo, Elena Martínez Ruiz distingue tres claras etapas: la primera abarca desde la proclamación de la Segunda República hasta el estallido de la Guerra Civil, un periodo marcado por el impacto de la Gran Depresión en el exterior y la inestabilidad política en el interior; la segunda incluye los tres años de guerra, y la autora reconoce la superioridad de los militares sublevados a la hora de organizar una economía de guerra eficaz, mientras que la tercera se extiende a lo largo de los veinte años que duró la autarquía, donde destaca el radical contraste entre el estancamiento del decenio de 1940 y el dinamismo de los años cincuenta. Por su parte, el profesor del Rey hace un interesante análisis de la sociedad española de los años treinta y de la involución social en el franquismo. En cuanto a la cultura, el profesor Gracia realiza un resumen desolador al contrastar «las intensas ilusiones de un tiempo nuevo que genera la República desde abril de 1931 y el sentimiento de fracaso absoluto e irreversible de esa aventura modernizadora en 1939».

Dice el dicho popular que «el que mucho abarca poco aprieta». Esta historia contemporánea de España pretender abarcar, apretar y contribuir, con todo el rigor y amenidad posibles, a una mejor comprensión del pasado español, y así ayudar a generar, más allá de prejuicios y simplismos, nuevos debates y reflexiones.

¿POR QUÉ NO TE CALLAS?

El derecho a blasfemar en tiempo de fanáticos

CON LA COLABORACIÓN DE

JOSÉ M. RUIZ SOROA * JOSÉ LUIS PARDO * ARCADI ESPADA * P. FLORES D'ARCAIS * BELÉN LARA * UGO PIPITONE *
HELENA BÉJAR * BASILIO BALTASAR * PABLO BARRIOS * JORDI GRACIA * JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO * EMIL CIORAN

FUNDADA POR JAVIER PRADERA / DIRECTOR: FERNANDO SAVATER

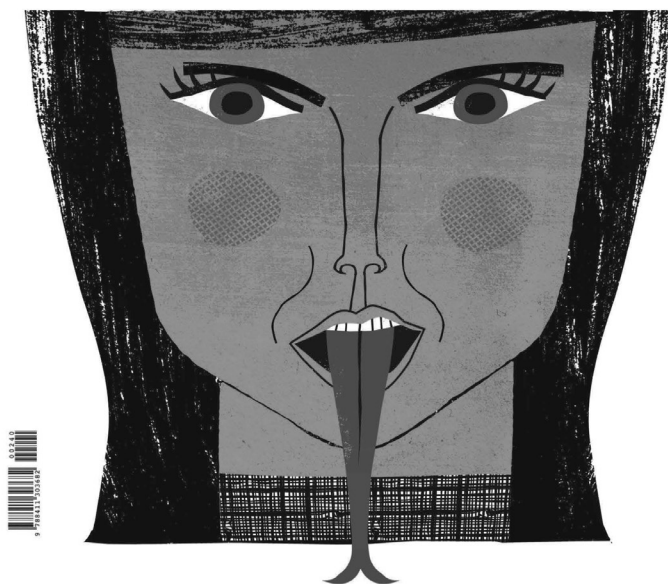
2ª ÉPOCA

CLAVES

DE RAZÓN PRÁCTICA

Mayo / Junio 2015
Precio 8€

240



JOSÉ M. RUIZ SOROA * JOSÉ LUIS PARDO * ARCADI ESPADA * P. FLORES D'ARCAIS

¿POR QUÉ NO TE CALLAS?

El derecho a blasfemar en tiempo de fanáticos

POLÍTICA: Belén Lara / Ugo Pipitone / ENSAYO: Helena Béjar / Basilio Baltasar / CINE: Pablo Barrios /
LIBROS: Jordi Gracia / SEMBLANZAS: José Álvarez Junco / CITAS: Emil Cioran

Dirigida por Fernando Savater.

Suscripciones: 902 101 146 prisarevistas.com/claves

cuadernos hispanoamericanos



cuadernos hispanoamericanos

Don _____
Con residencia en _____
c/ _____ n° _____
Ciudad _____ CP _____

Se suscribe a la revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de _____
A partir del número _____
Cuyo importe de _____

Se compromete a pagar mediante talón bancario a nombre de:
CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

El suscriptor _____ de _____ de 2015
Remítase a _____

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(IVA no incluido)

España

Anual (12m): 52€

Ejemplar mes: 5€

Europa

Anual (12m): 109€

Ejemplar mes: 10€

Resto del mundo

Anual (12m): 120€

Ejemplar mes: 12€

Pedidos y correspondencia

Administración: CUADERNOS HISPANOAMERICANOS.
AECID, Avda. de los Reyes Católicos, 4. 28040. Madrid, España.
T. 915827945. E-mail: mcarmen.fernandez@aecid.es

AVISO LEGAL PARA SOLICITANTES DE INFORMACIÓN

De conformidad con lo dispuesto en la Ley Orgánica 15/1999, de 13 de diciembre, de protección de datos de carácter personal, le informamos de que sus datos de carácter personal son incorporados en ficheros titularidad de la AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO denominados «Publicaciones», cuyo objetivo es la gestión de las suscripciones o solicitudes de envío de las publicaciones solicitadas y las acciones que eso conlleva.

Para ejercitar los derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición previstos en la ley, puede dirigirse por escrito al área de ASUNTOS JURÍDICOS DE LA AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL PARA EL DESARROLLO, calle Almansa 105, 28040 Madrid.



Precio: 5€

